

Todos los derechos reservados


directy by
PACHETE RAMIZ
LA MUJER QUE
TRANSFORMO MI VIDA
Todos los derechos reservados

Título: La mujer que transformo mi vida
© 2023, Pachete Ramiz
©De los textos: Pachete Ramiz
Ilustración de portada: Pachete Ramiz
Edición emitida por: Pachete Ramiz
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Capítulo 1
Capitulo 2
Capitulo 3
Capitulo 4
Capitulo 5
Capitulo 6
Capitulo 7
Capitulo 8
Capitulo 9
Capitulo 10
Capitulo 11
Capitulo 12
Capitulo 13
Capitulo 14
Capitulo 15
Capitulo 16
Capitulo 17
Capitulo 18
Capitulo 19
Capitulo 20
Capitulo 21
Capitulo 22
Capitulo 23
Capitulo 24
Capitulo 25
Capitulo 26
Capitulo 27
Capitulo 28
Capitulo 29
Capitulo 30
Capitulo 31
Capitulo 32
Capitulo 33
Capitulo 34
Capitulo 35
Capitulo 36
Capitulo 37
Capitulo 38
Epílogo

Capítulo 1

Kentucky 1873

El olor a patatas quemadas flotaba en el aire de la tarde. El humo de su cena arruinada hizo que los ojos de Ester se humedecieran mientras se escondía detrás de la mesa.

"¿¡Quién quemó mi maldita cena!?" gritó su padre, su voz enojada resonando en las débiles paredes de la cabaña.

Armando Spinelly era un roble gigante de un hombre con un temperamento terrible y una mano dura.

Stephany Spinelly, la madre de Ester, bajó la cabeza mientras estaba de pie frente a su esposo. "Lo siento. Puedo hacer más".

Un crujido resonante llenó la cabina cuando Armando salió y golpeó a su esposa con fuerza en la cara. Ester hizo una mueca cuando Stephany cayó de rodillas y se agarró la mejilla sudorosa.

"¿Crees que tengo dinero por comida desperdiciada? ¿Quieres tirar mi dinero?"

Antes de que Stephany pudiera responder, Armando la pateó y ella cayó de espaldas sobre el piso de tierra. Ester gritó cuando su padre pateó el cuerpo maltratado de su madre una y otra y otra vez.

Armando siempre había sido molesto y abusivo, pero esto era diferente. El licor en su aliento era más fuerte y su temperamento más grande de lo que Ester había conocido antes.

Iba a matar a su madre.

Ester se puso en pie de un salto y corrió hacia él. "¡Papá, detente! ¡La vas a matar!"

Él no pareció escucharla mientras continuaba golpeando el cuerpo de su esposa con sus gastadas botas de cuero.

Ester deseaba que su madre hubiera luchado años atrás contra el demonio de un hombre. Deseaba que su madre hubiera encontrado la fuerza para alejarse del monstruo. Pero la mujer nunca había luchado contra el abuso de su marido, y ahora eso le iba a costar la vida.

En un acto de pura desesperación, Ester saltó sobre la espalda de su padre. Armando rugió de rabia. Se olvidó de su ataque a Stephany y centró su atención en su única hija.

"¡Ingrata, mocosa niña!" exclamó, alcanzando detrás de él en un intento desesperado por sacar a Ester. "¿Te atreves a poner tus manos sobre mí?"

Ester no tenía prisa por sentir sus puños furiosos golpeándola de nuevo, pero ya era suficiente. ¡El hombre tenía que ser detenido!

Armando giró en amplios círculos y Ester lo sujetó con fuerza.

Bramando su frustración, Armando corrió hacia atrás y empujó a Ester contra la pared. El aliento salió de sus pulmones. El dolor la aturdió y su agarre sobre su padre se desvaneció.

Cuando Ester cayó al suelo, Armando se giró para mirarla. "¿Cómo te atreves a atacarme…?"

Gruñó, la rabia brillando en sus duros ojos marrones.

"La estabas matando..." Ester jadeó, luchando por sacar aire a sus aturdidos pulmones.

Armando resopló. "Es una puta sin valor. Nunca fue una buena esposa. Comidas quemadas y un hogar desordenado... y solo un desperdicio de una niña salió de su vientre".

Ester sintió lágrimas en su rostro. Lágrimas nacidas de la ira y el miedo. "Por favor pa... Mamá y yo, hacemos lo mejor que podemos..."

Armando la fulminó con la mirada antes de agacharse y agitar el puño con fuerza. Se conectó sólidamente con la mandíbula de Ester.

Las estrellas explotaron en su cabeza y el mundo giró. Era vagamente consciente de que su padre salía furioso de la cabaña hacia el frío de finales de febrero. Cuando la puerta se cerró de golpe detrás de él, Ester cayó al suelo y su mundo se volvió negro.

****

El viento silbando a través de las grietas en las paredes de la cabaña despertó a Ester un tiempo después. Había caído la noche, la cabaña estaba a oscuras y le dolía la cabeza.

"Mamá....?" Ester susurró a través del dolor.

No hubo respuesta.

El miedo pesaba sobre el corazón de Ester mientras se arrastraba por el suelo de tierra hacia su madre.

Stephany Spinelly estaba respirando pero las respiraciones eran superficiales Su rostro estaba hinchado, descolorido e irreconocible.

"Mamá...?" Ester gimió, poniendo una mano suave en la mejilla de la mujer.

Los ojos de Stephany se abrieron mientras respiraba con dificultad. "Ester..."

"¿Qué hago, mamá?" preguntó Ester, sintiéndose mucho más joven que sus diecisiete años.

Stephany tragó saliva. La tristeza era profunda en lo poco visible de sus ojos azules. "Corre Ester. Huye. Deja esta montaña y no mires atrás. No dejes que te mate a ti también... o te case con un hombre que haría lo mismo..."

Ester negó con la cabeza. "Pero, mamá, no puedo dejarte..."

Los ojos tristes de Stephany se cerraron y su respiración se volvió aún más débil. "Me estoy muriendo, niña".

"No mamá..."

Los ojos de Stephany se abrieron un poco y una sonrisa triste curvó sus mejillas hinchadas. "Tienes que ser fuerte ahora. Eres una mujer y necesitas dejar este lugar e ir a algún lugar donde realmente puedas vivir y ser feliz".

El corazón de Ester yacía roto en su pecho. No quería creer que su madre se estaba muriendo, pero podía ver la prueba por sí misma.

"Prométeme..." suplicó Stephany. "Prométeme que te irás".

A Ester se le hizo un nudo en la garganta, pero de alguna manera se las arregló para chillar: "Está bien".

Su madre pareció relajarse entonces. Ester observó con horror impotente cómo su pecho dejó de levantarse y su cabeza cayó hacia un lado.

Dejando escapar un grito de desesperación, Ester se aferró al cuerpo destrozado de su madre. Ella lloró de dolor por su pérdida. Lloró de pena por la vida desperdiciada que había llevado su madre casada con un montañés mezquino y cruel.

Y, ella lloró por sí misma. Por la incertidumbre y el miedo que ahora enfrentaba.

Ester no tenía idea real de cuánto tiempo yació sosteniendo el cuerpo sin vida de su madre. Un ruido del exterior la sacó de su pena. ¿Había regresado su padre?

Si lo hubiera hecho, probablemente también la mataría a ella, después de todo, ella fue testigo de un asesinato. Nadie escucharía a una pobre montañesa ignorante de todos modos. Los hombres en la montaña la verían como nada más que una esclava para satisfacer sus necesidades y nadie de los valles de abajo pondría mucho valor en su palabra.

Pero su padre la mataría de todos modos. O la golpearía hasta que ella suplicara, suplicara, deseara la muerte.

El ruido resultó ser una falsa alarma, pero fue suficiente para que se moviera. Ester presionó un último beso en la fría frente de su mamá y se puso de pie.

Se puso su raído abrigo de lana y deslizó sus sucios pies descalzos en los andrajosos zapatos desechados de su padre. Su gorro de lana y sus guantes tenían agujeros que las ratas les habían mordido, pero Ester se los puso, tendrían que servir.

Ester lanzó una última mirada triste a su madre, deseando poder hacer *algo* y sin embargo sabiendo que no podía. Su padre podría regresar en cualquier momento. No tenía más tiempo que perder.

Ajustándose más el abrigo, Ester abrió la puerta y se adentró en la nieve profunda y el viento helado.

Abajo.

Las piernas de Ester la llevaron montaña abajo.

Ella nunca había estado fuera de la montaña antes. Su padre había insistido en que nunca se aventurara a los pueblos y valles de abajo. Juró que la gente de allí era mala y odiaba a cualquiera de las montañas. Ester nunca en su vida había conocido a una persona del valle.

Todo lo que sabía de ellos lo había aprendido de otros montañeses. Lo que la hizo preguntarse y dudar si alguno de esos esnobs de abajo la ayudaría en algo.

El frío rápidamente le quitó la fuerza y la energía mientras se filtraba en sus huesos y le robaba el aliento. Aun así, Ester caminó penosamente a través de la nieve que casi llegaba hasta las rodillas. Su familia no tenía un caballo. Ella deseaba que lo hicieran. Podría haberlo robado y hacer su escape un poco más fácil.

Sus pasos comenzaron a vacilar cuando Ester tropezó sola, apenas notando que la nieve parecía estar cada vez menos profunda. Sabía que tenía que encontrar refugio pronto, o el frío la mataría

antes de que su padre tuviera la oportunidad de hacerlo.

El suelo comenzó a nivelarse y la nieve solo le llegaba a los pies cuando Ester se acercó al pie de la montaña. Ella había estado caminando por millas y millas. Tenía la cara y las manos entumecidas por el frío, y su fuerza estaba fallando rápidamente.

Todavía siguió adelante en la oscuridad, el viento, la nieve...

Ester casi gritó de sorpresa cuando un edificio oscuro de repente apareció en la distancia.

Un granero.

Detrás había una casa, pero Ester no se atrevió a llamar a una puerta en medio de la noche. No tan cerca del pie de la montaña. No podía estar segura de si el dueño de la casa sería amigo o enemigo.

Ester abrió un poco la puerta del granero y se deslizó adentro. La vaca lechera y los dos caballos apenas parecieron notar su llegada. Ester se tambaleó en la oscuridad hasta un puesto trasero vacío.

Se enterró en el heno, su cuerpo temblaba tan violentamente, sus dientes castañeteaban.

No estaba segura de si viviría hasta mañana. Ella estaba muy muy fría.

Las lágrimas se congelaron en sus mejillas mientras permanecía enterrada en ese heno y se preguntaba qué haría si viviera.

Capitulo 2

Alfonzo estaba despierto con el amanecer. Había revisado y reiniciado todas sus trampas el día anterior para liberarse hoy. Hoy tenía planes de cazar y peinar esas montañas en busca de un semental negro del que había visto destellos a lo largo de los años. La bestia gigante era una belleza de caballo, pero hasta ahora había eludido la captura durante cuatro años.

Alfonzo esperaba que hoy fuera el día en que se le acabaría la suerte. Un caballo tan bueno como ese tendría un buen precio.

Se metió varios bocados de carne de venado seca en la boca, se ajustó la gorra forrada de piel y salió al frío. Se abrió paso a través de la nieve y abrió la puerta del granero que crujía.

"Buenos días, señoras", saludó a las dos yeguas y la vaca en el interior.

No fueron muy habladoras en respuesta, pero a Alfonzo no le importó. Era un hombre solitario y le gustaba que fuera así. La conversación simplemente no era para él. Solo tenía un puñado de amigos y no los veía con demasiada frecuencia. Sabían que le gustaba su privacidad.

Alfonzo rompió el hielo que se había formado sobre los bebederos y rellenó los comederos. Palmeó el cuello de su yegua favorita. "Cariño, creo que te dejaré comer antes de salir por el día".

Alfonzo entró en el compartimiento libre donde almacenaba heno, paja y avena. Inclinándose, agarró un poco de heno, luego gritó en estado de shock, saltó y dejó caer el heno al suelo.

¡Seguro que no esperaba ver un brazo! Era un hombre de veintisiete años y había estado viviendo aquí solo durante once años y esta era sin duda la primera vez.

Alfonzo retrocedió hacia el montón de heno y usó sus manos para descubrir rápidamente el cuerpo. Era una mujer joven con piel de porcelana y cabello medianoche. Un gran moretón enfadado le marcaba la mandíbula y sus labios carnosos estaban casi morados.

¿Estaba muerta?

"¿Señora?" la llamó, dándole un suave codazo en el hombro.

Alfonzo se sintió aliviado cuando ella gimió en protesta a pesar de que no recuperó el conocimiento. Se quitó el guante y puso su mano desnuda contra su rostro.

Siseó mientras apartaba la mano. La mujer estaba malditamente casi congelada. Parecía que encontrar ese caballo negro iba a tener que esperar.

Con un suspiro, Alfonzo se agachó y levantó a la mujer inerte en sus brazos. Era ligera como una pluma y se dio cuenta de que estaba bastante flaca debajo de ese abrigo de lana raído y demasiado grande lleno de agujeros, flacucha de hambre.

¿De dónde diablos había venido?

Alfonzo la llevó a su camarote y la acostó en la cama. Fue al fuego y lo avivó, echando varios leños más para añadir más calor al aire. La ciudad estaba a un buen viaje de dos horas con este clima y probablemente moriría congelada si él intentara tomarla ahora.

Parecía que iba a tener un maldito invitado en casa por un tiempo. Él la calentaría, la despertaría, la alimentaría y luego la llevaría a donde fuera que se dirigía antes de que terminara en su granero.

Alfonzo extendió su piel de oso en el suelo y volvió a la cama. La ropa de la mujer estaba mojada y el frío solo la mataría más rápido si se la dejaba puesta.

La desnudó rápidamente, haciendo todo lo posible por ser un hombre decente y evitar que su mirada se detuviera en su cuerpo desnudo. No pudo evitar notar varios moretones, algunos viejos y otros recientes, y sus huesos eran claramente visibles, sobresaliendo contra su piel.

Golpeada, magullada, flaca, congelada y escondida en un montón de heno en su granero. ¿Quién diablos era esta mujer?

Alfonzo la envolvió con fuerza en un velo espeso antes de acostarla sobre la piel de oso, cerca del calor del fuego.

Con un poco de molestia, Alfonzo se dio cuenta de que no podía salir de la cabaña hasta que ella se despertara. No quería que ella se despertara y estuviera aterrorizada en un entorno extraño.

Suspirando con derrota, Alfonzo colgó su ropa para que se secara frente al fuego y se dispuso a preparar el desayuno. No tenía ningún sentido masticar cecina todo el día cuando tenía mucho tiempo para cocinar una buena comida.

***

El olor a tocino frito despertó los sentidos de Ester y la despertó. Hacía mucho tiempo que su mamá no cocinaba tocino. ¿De dónde había sacado su padre el dinero para comprar un cerdo?

Ester se hundió más en la piel y el edredón en el que estaba envuelta. Nunca en su vida recordaba haber estado tan abrigada.

Los recuerdos pasaron por su mente. Cena quemada. Su padre volando en un ataque de ira. La muerte de su madre. El frío helado mientras bajaba la montaña y el montón de heno en el que se había enterrado...

Pero no era heno en lo que estaba cubierta ahora, y ¿dónde estaba su ropa?

Abriendo los ojos solo un poco, Ester vio a un hombre parado al otro lado de la cabaña de una habitación. Era alto y ancho debajo de su camisa de ante metida en unos pantalones del mismo material.

Pareció sentir sus ojos en él porque se volvió hacia ella. Ester tragó saliva. Su piel estaba bronceada por el sol. El desordenado cabello castaño caía sobre su frente y colgaba hasta el cuello de su camisa. Tenía ojos marrones y la mirada inconfundible, exactamente de lo que ella había estado huyendo.

Un hombre de montaña.

"Es bueno ver que finalmente estás despierta".

Ester frunció el ceño. No hablaba como ningún montañés que ella conociera.

"¿No eres una persona realmente habladora?" Se encogió de hombros. "Bien, no me gustan muchas charlas". Puso un plato de tocino en la mesa junto a un montón de patatas y huevos. "El desayuno esta listo."

A Ester se le hizo agua la boca al ver tanta comida. ¿Lo había cocinado él mismo? Ester no sabía que los hombres sabían cómo hacer esas cosas. Esos son los deberes de las mujeres, como los habría llamado su padre.

"¿Puedo..." La voz de Ester tembló y se humedeció los labios. "No estoy vestida."

Estaba segura de que vio que sus mejillas se sonrojaban mientras se dirigía a la puerta. "Saldré mientras te vistes. Tu ropa cuelga detrás de ti. Estaba mojada y medio congelada, así que tuve que quitártela. No hice nada inapropiado..." Su mandíbula se cerró cuando pareció darse cuenta. Él había estado divagando.

Sin otra palabra, salió por la puerta y la cerró de golpe detrás de él.

Ester se apresuró a levantarse y se puso la ropa desgastada, consciente del dolor en la espalda por haber sido golpeada contra la pared tan bruscamente la noche anterior. Se apresuró torpemente a realizar su tarea, no queriendo que el extraño regresara y la viera.

Por otra parte, él ya la había visto desnuda.

Tragando saliva, Ester empujó su cabello detrás de sus orejas y simplemente se paró torpemente sobre la piel de oso. Todavía no estaba segura de si este hombre era amigo o enemigo.

Vivía muy cerca de la montaña y vestía pieles como un montañés, pero no había gritado ni había sido cruel con ella. Incluso le había salvado la vida.

Ester se quedó allí un largo rato, simplemente mordiéndose el labio y mirando toda esa comida. Se moría de hambre pero no se atrevía a tocarla sin permiso.

Alfonzo volvió y frunció el ceño cuando la vio parada donde la había dejado. "¿No vas a comer?"

"¿P-puedo?"

El hombre inclinó la cabeza y la estudió como si fuera el rompecabezas más extraño que jamás había visto. Luego sacudió la cabeza y se dirigió a la mesa. "No puedo comerlo todo yo solo".

Ester caminó con cautela hacia la mesa, el dolor en su espalda era bastante intenso. Podía sentir su aguda mirada sobre ella mientras se sentaba frente a él en la mesa.

Vacilante, Ester colocó una tira de tocino y una cucharada de huevos en su plato. Los ojos marrones del hombre se entrecerraron y su mandíbula firme se tensó.

¿Ester había hecho algo mal?

Extendió la mano hacia ella y Ester gimió mientras se agachaba.

"Dios todopoderoso, señora", se quejó mientras tomaba varias tiras más de tocino y las arrojaba en su plato.

El rostro de Ester se calentó y enrojeció. "Gracias, señor".

"Alfonzo", corrigió rápidamente antes de empujar un gran tenedor de huevos en su boca.

Ester tomó un pequeño bocado y se dio cuenta de que él la miraba expectante. Ella frunció el ceño, insegura de lo que él quería.

Alfonzo parecía bastante molesto y Ester sintió que su propio temperamento aumentaba, aunque

nunca sería lo suficientemente tonta como para ser grosera con un hombre.

"Cuando alguien te dice su nombre, es costumbre decirles tu nombre de vuelta", le informó Alfonzo.

"Ester", respondió ella rápidamente, ansiosa por complacerlo y evitar su enojo.

Alfonzo simplemente asintió y continuó su comida en silencio. Ester hizo lo mismo.

La comida era deliciosa, pero su estómago, no estaba acostumbrado a comidas tan abundantes. Su plato estaba lleno más de la mitad cuando lo apartó.

Alfonzo gruñó su disgusto. "Necesitas comer más. Eres piel y huesos".

Ester no podía explicar el dolor en su estómago por su insulto. No era su culpa que nunca hubiera habido suficiente comida.

Alfonzo se puso de pie y comenzó a limpiar la mesa. Ester abrió la boca para ofrecer su ayuda, pero fue silenciada cuando una voz sonó desde afuera.

"¿Alfonzo Prieto? Soy Armando Spinelly. ¡Necesito hablar contigo!"

Capitulo 3

Alfonzo se tensó, de alguna manera sabiendo la reacción que Ester tendría.

Cuando los ojos de la mujer se dirigieron hacia la puerta trasera, salió corriendo. Alfonzo entró en acción, colocándose entre Ester y la puerta justo antes de que ella la alcanzara.

Su impulso la hizo chocar contra su pecho. Alfonzo la rodeó con sus brazos para evitar que se cayera y, maldición, si no se sintiera como si un rayo lo hubiera golpeado.

Santo infierno.

Se preguntó si Ester también lo sintió, pero cuando se apartó y la miró a la cara, todo lo que vio fue miedo. Terror puro y duro.

"Ester, ¿te está buscando?"

Un asentimiento apenas perceptible inclinó la cabeza.

"¿Y le tienes miedo?"

Otro asentimiento mientras ella temblaba recordándole a Alfonzo una hoja en una tormenta de viento.

Alfonzo sintió que sus puños se apretaban. Cualquier hombre que reduzca a una mujer a este tipo de miedo merece ser ahorcado.

El puño de Armando golpeó la puerta con fuerza tres veces. "¿Alfonzo Prieto? ¿Estás aquí?"

"Estoy aquí", respondió Alfonzo.

Los ojos azules de Ester se llenaron de lágrimas. "Por favor…" jadeó ella. "Por favor, ayúdame...."

Alfonzo asintió. La llevó a un armario en la esquina al lado de la cama y abrió la puerta. "Entra aquí, quédate aquí y no hagas ruido".

La gratitud iluminó sus ojos y Alfonzo habría estado mintiendo si hubiera dicho que no le tocó el corazón.

Se escondió dentro del armario y Alfonzo cerró la puerta. Rápidamente arrojó su abrigo, guantes, sombrero y zapatos en el sillón andrajoso y los cubrió con la colcha.

Alfonzo deslizó el cinturón de su pistola alrededor de sus caderas y lo abrochó cómodamente antes de abrir la puerta.

Armando Spinelly estaba de pie en el porche con los puños cerrados y la ira en sus ojos duros y oscuros.

¿Qué haces aquí, Armando?

Alfonzo se había encontrado con el hombre varias veces a lo largo de los años y le había desagradado un poco más con cada encuentro... No esperaba que esta vez fuera diferente.

Armando se pasó una mano por su cabello negro y fibroso y su delgado labio superior se

curvó. "Estoy buscando a alguien". Miró por encima de los hombros de Alfonzo. "¿No me vas a invitar a entrar? Hace mucho frío aquí".

Alfonzo levantó un hombro y se hizo a un lado. "Estaba terminando el desayuno. Sírvete tú mismo".

Armando se abrió paso a empujones y la débil silla de la cocina gruñó en protesta cuando la montaña de un hombre se sentó. Con bastante comida en un plato, Armando comenzó a meterse tenedor tras tenedor en su boca.

Alfonzo agregó varios troncos al fuego y se quedó con los brazos cruzados mientras observaba a Armando convertirse en un cerdo. "Entonces, ¿a quién estás buscando?"

Armando se pasó la manga manchada por la boca con bigote. "Mi pobre hija".

"No sabía que tenías una hija".

Armando asintió. "Ella se queda en la cabaña, que es su maldito lugar. Además, eso evita que todos los jóvenes de las montañas traten de malcriarla. Stephany, mi esposa, la estaba entrenando y yo he estado buscando maridos para ella". Ahora que ha crecido. Estoy tratando de ver cuánto puedo conseguir por ella.

Alfonzo sintió que la ira le quemaba el estómago. Las cosas eran diferentes en las montañas. Las personas vivían según sus propias reglas y tenían sus propias costumbres y creencias.

Alfonzo sabía que Armando era un borracho ruidoso, cruel, abrasivo y de mano dura, al igual que muchos otros allí. Era un marido rudo, y aparentemente padre también si esos moretones en Ester eran una indicación.

¿Golpear a mujeres, vender niños y matar de hambre a tu familia cuando tú mismo no parecías haberte perdido nunca una comida? Esas cosas irritaron el temperamento de Alfonzo rápidamente.

"¿Dijiste que se escapó? ¿Qué haría que una chica se escapara con este tipo de clima?"

Armando lo fulminó con la mirada. "Es un asunto familiar personal. No hay nada que te preocupe".

"Bueno, no he visto a nadie, Armando".

Armando se levantó lentamente. "Seguí un rastro hacia abajo. Supuse que era de ella. Conducía a tu granero".

Alfonzo se encogió de hombros. "Estuve ahí fuera y no vi un alma".

"¿Te importa si lo compruebo yo mismo?"

"¿Mi palabra no es suficiente para ti?" inquirió Alfonzo.

Armando dejó escapar un suspiro. "Solo quiero estar seguro. Estoy terriblemente preocupado. Verás, su mamá se enfermó anoche y falleció. Ester estaba tan molesta que simplemente se fue... ¿puedes creer eso? La mocosa desagradecida, corriendo y ¿Abandonar a su padre en su momento de necesidad?

Alfonzo luchó contra el impulso de resoplar. Armando debió haber matado a la pobre Stephany y Ester había huido para salvar su vida.

"No." Sacudió la cabeza. "Seguro que no puedo".

El infame temperamento de Armando asomó la cabeza. Dio un paso adelante con los puños cerrados. "¡¿Me estás llamando mentiroso?!" gritó.

La mirada de Alfonzo fue hacia arriba y se mantuvo firme. No se asustaba fácilmente y se necesitaría más que un cobarde demasiado grande para lograrlo. "Cálmate, Armando. Esta es mi casa, no la tuya. Exijo un poco más de respeto por parte de mis invitados, especialmente después de haber tenido la amabilidad de alimentarlos".

Armando estaba furioso. Alfonzo prácticamente podía ver el humo saliendo de sus oídos. "Ahora tu maldita hija no está aquí. Si crees que necesitas revisar el granero, adelante. Pero creo que debes volver a buscar en la montaña. Lo más probable es que ella nunca haya bajado con ese clima y si llego a bajar, seguramente ya murió de frío".

Armando gruñó. "Le serviría bien. Abandonar a su padre cuando él la necesita..."

Alfonzo levantó una ceja. "Los niños de estos días".

Armando se dirigió hacia la puerta. "Voy a echar un vistazo en ese granero".

Cruzando los brazos sobre el pecho, Alfonzo se encogió de hombros. "Haz lo que tengas que hacer".

Armando cerró la puerta detrás de él cuando salió de la cabaña, sacudiendo las paredes. Alfonzo se acercó a la ventana y vio al gran hombre entrar al granero. Estuvo allí mucho tiempo antes de finalmente dar un paso atrás y dirigirse hacia el sendero de la montaña.

Alfonzo dejó caer la cortina, cerró la puerta y cruzó la habitación hacia el armario. Abrió la puerta y miró a Ester.

Estaba sentada en el fondo del armario con las rodillas pegadas al pecho y lágrimas en el rostro. Algo dentro de Alfonzo se suavizó al verla. El hecho de que fuera un solitario no significaba que tuviera un corazón frío.

Tenía una debilidad por ayudar a los necesitados. Era algo que su tía le había inculcado desde muy joven.

Alfonzo extendió una mano. "Ya puedes salir, Ester".

Miró fijamente su mano un momento antes de extender la mano y tomarla. "¿El se fue?" susurró, mientras Alfonzo la ayudaba a ponerse de pie.

"Sí, creo que sí", respondió Alfonzo, soltando su mano e intentando estabilizarse. Algo en el toque de esta mujer lo hizo sentir descentrado.

"¿Ester Spinelly? ¿Ese es tu nombre? ¿Eres la hija de Armando Spinelly?"

"Sí", admitió ella.

Alfonzo se dio cuenta de que había abierto toda una caja de problemas al salvar a esta mujer, traerla y mentirle a su padre. Si bien Armando no lo asustó, si Armando así lo deseaba, podría regresar con una pandilla completa de montañeses si descubría que Alfonzo estaba mintiendo.

No había ley por cientos de millas. Los hombres tendían a tomarse la justicia por su mano y resolver los problemas a su manera.

"Por favor…" suplicó. "Por favor, Alfonzo, ayúdame a llegar a un pueblo. Iba de camino a uno cuando me encontraste".

"No, ibas de camino a la tumba cuando te encontré".

Ester se mordió el labio inferior lleno y Alfonzo notó que sus ojos se sentían atraídos por el movimiento. ¿Qué diablos estaba mal con él?

"Te agradezco, Alfonzo. Realmente lo hago. Y te agradezco por ayudarme con mi padre en este momento... No te pediré nada más si pudieras indicarme la dirección de la ciudad... "

"No."

Su rostro cayó. "Pero no puedo quedarme aquí".

"Sé que no puedes", le aseguró Alfonzo rápidamente. Alfonzo no buscaba compañía permanente, ni siquiera de las bonitas.

Alfonzo vio la confusión en su rostro. *Querido Dios, ¿quería* quedarse la mujer?

"Entonces encontraré la ciudad por mi cuenta", anunció.

"Hoy no, no lo harás", argumentó Alfonzo. "El cielo se ve mal. Pronto comenzará a nevar nuevamente. El viento aúlla y hace un frío glacial. Incluso a caballo, en un clima como este, te tomaría unas dos horas o más llegar a la ciudad. Y tú morirías congelada a pie".

Alfonzo suspiró al darse cuenta de lo que tenía que hacer. Te quedarás aquí hasta que mejore el tiempo.

El miedo iluminó sus ojos azules. "¿Contigo?"

"Maldita sea", murmuró Alfonzo. "Si fuera a lastimarte, ya lo habría hecho".

Se alejó de ella y se dirigió a la puerta. "Podemos hablar más tarde. Por ahora, tengo establos que limpiar y animales que atender. Ponte cómoda, Ester".

Sin darle tiempo a responder, Alfonzo salió de la cabina. Tenía preguntas que quería hacer, pero, siendo él mismo una persona reservada, no se sentía cómodo siendo demasiado personal.

Además, no quería tener demasiadas charlas con ella. No quería que ella formara algún tipo de apego. La llevaría a la ciudad, aseguraría de que estuviera en buenas manos y eso sería todo.

Capitulo 4

Ester dejó la tarta de manzana recién horneada en la mesa y miró alrededor de la cabaña. Había barrido, quitado el polvo y ordenado el lugar como agradecimiento a Alfonzo por todo lo que había hecho.

No lo había visto desde que había salido antes y la noche estaba oscureciendo afuera. Ester esperaba que le gustara la tarta de manzana, quería hacer algo para complacerlo.

Alfonzo era, *diferente*, de cualquiera que ella hubiera conocido antes. A pesar de su forma de vestir, no se parecía en nada a los hombres que ella tanto temía en esa montaña. Él la había ayudado. Él la había protegido contra su padre, y no mostró ninguna señal de querer hacerle daño.

Los pasos en el porche indicaron que se acercaba. Ester se quedó ansiosa cuando la puerta se abrió y una ráfaga de aire nevado acompañó a Alfonzo al interior.

Cerró la puerta, se sacudió el frío con un gruñido y miró alrededor de la cabaña con los ojos muy abiertos. "Tú limpiaste...."

Ester se retorció las manos. "Espero que no estés enojado".

"No, no estoy enojado." Pasó la mano por la mesa auxiliar libre de polvo. "Simplemente no me lo esperaba".

Las fosas nasales de Alfonzo se ensancharon y su mirada se dirigió a la mesa. "¿Tú horneaste pastel?"

"¿Estás enojado?"

La mirada que le dirigió estaba llena de molestia. "Si haces algo que me haga enojar, te lo haré saber. Hasta entonces, deja de preguntar".

El rostro de Ester se enrojeció cuando bajó la mirada a sus pies. Alfonzo suspiró. "Vamos a comer un poco de pastel".

Ester se sorprendió cuando Alfonzo le sirvió un pedazo antes de conseguir uno para él. Con anticipación lo vio tomar un bocado y sintió orgullo cuando él asintió con aprobación.

"Esto es condenadamente bueno. No creo que haya comido mejor pastel". Luego frunció el ceño. "¿No vas a comer?"

Los dos terminaron su comida en silencio. Ester notó que Alfonzo se comió casi la mitad del pastel. Después de que terminaron, Alfonzo se puso de pie. "Bueno, me he convertido en un cerdo y no pude comer otro bocado. ¿Quieres que te cocine la cena? No comiste mucho pastel".

"Uh... N... no..." tartamudeó Ester. "No, estoy bien". Nunca en toda su vida un hombre se había ofrecido a cocinar para ella.

Alfonzo se encogió de hombros. "Bien entonces."

Volvió a salir por la puerta y Ester se preguntó a dónde había ido hasta que regresó con un montón de leña. Ester le abrió la puerta y observó cómo arrojaba la leña en la caja junto a la

chimenea.

Alfonzo era fuerte y, sin embargo, se movía con una delicadeza y una gracia que nunca antes había visto en un hombre. Estaba claro que era poderoso, capaz y confiado.

Ester se preguntó qué pensaría él de ella.

"Mañana debería poder llevarte a la ciudad. La nieve está aflojando y creo que se está moviendo".

"Está bien", susurró ella.

Sabía que no podía quedarse con este hombre, no debería querer hacerlo. Su madre le había dicho que corriera y construyera una vida feliz... No que se casara con el primer hombre que encontrara y se convirtiera en esclava de la cocina, la limpieza y la maternidad.

Ester sabía que tenía que haber más.

"¿Sabías de la muerte de tu mamá?" preguntó Alfonzo tiempo después, interrumpiendo el silencio.

El dolor atravesó el corazón de Ester mientras tragaba saliva. "Sí."

"Tu padre dice que se enfermó y te escapaste y lo abandonaste".

Ester sintió que la ira brotaba y ardía en su pecho. Siempre había tenido temperamento, pero había aprendido a mantenerlo oculto a lo largo de los años para evitar las palizas... su padre no creía que las mujeres deberían tener temperamento, opiniones, pensamientos o sentimientos de ningún tipo.

"Ese hombre es un mentiroso", dijo ella.

Sus ojos se agrandaron y su corazón latió con fuerza cuando Ester se dio cuenta de que acababa de usar un tono duro con él.

En lugar de enojarse, Alfonzo se rió entre dientes. El sonido bondadoso retumbó desde su pecho. "Es bueno ver que todavía tienes algo de espíritu en ti".

La expresión de Alfonzo se volvió seria. "Siento lo de tu madre. Conozco ese dolor".

Ester se movió sobre el pelaje de piel de oso en el que estaba sentada. "¿Has perdido a tu madre?"

Alfonzo miró fijamente el fuego y su mandíbula ligeramente sin afeitar se tensó. "Sí."

Ester se dio cuenta de que no era algo de lo que quisiera hablar. Después de varios momentos de silencio, Alfonzo se aclaró la garganta. "Probablemente no te dejará seguir adelante".

El estómago de Ester se revolvió. "Lo sé... pero tengo que intentarlo. Si vuelvo me matará o me venderá a un marido igual de cruel".

Alfonzo pareció pensar en eso por un momento. "Haré lo que pueda para asegurarme de que estés a salvo".

Ester inclinó la cabeza mientras lo miraba sentado en el sillón hecho jirones. "¿Por qué me estás ayudando?"

Alfonzo parecía incómodo con la pregunta. "Simplemente tratando de hacer lo correcto".

"Pero no me debes nada. Ni siquiera me conoces".

Alfonzo dejó escapar un suspiro. "Si no quieres mi ayuda..."

"Yo no dije eso".

"Entonces, ¿por qué todas las preguntas?" demandó, levantando una ceja.

"Solo trato de entender".

Sacudió la cabeza y su mirada volvió al fuego. "Bueno, detente. La vida no siempre está destinada a ser entendida".

****

Alfonzo se quedó mirando la luz del fuego mucho después de que Ester se hubiera quedado dormida en su cama de piel de oso. Esa mujer era un misterio complejo y, maldición si no se moría por saber más.

Lo desconcertaba y lo irritaba lo rápido que se había metido debajo de su piel. Quería ver que ella estaba a salvo y protegida. Haría todo lo posible para mantenerla fuera de las manos de su padre.

Ninguna mujer se merecía lo que estaba viviendo Ester.

Le había sucedido a su propia madre y la mujer había muerto sin conocer nunca la verdadera felicidad.

Alfonzo no permitiría que se dijera lo mismo de una mujer tan buena como Ester. Para el hombre adecuado, un hombre que realmente la mereciera, Ester sería una buena esposa.

Estaba claro que en el fondo poseía fuerza y espíritu. Tenía un corazón de servicio, como se muestra en la forma en que había cocinado y limpiado para él. Y diablos, ¡podría ella cocinar! No había estado mintiendo acerca de que ese pastel era el mejor que había probado, incluso su tía no podría haberlo hecho mejor.

Tenía expresivos ojos azules, labios carnosos, piel suave y pálida y cabello tan negro como la medianoche.

Alfonzo miró fijamente la luz del fuego que se extinguía y suspiró mientras agarraba el vaso de agua en su mano con un poco más de fuerza.

Sí, Ester Spinelly sería una excelente esposa para alguien.

Capitulo 5

"¿Puedes montar un caballo?" preguntó Alfonzo a la mañana siguiente después del desayuno.

Ester se puso el abrigo y sacudió la cabeza. "Mi familia nunca tuvo uno".

Alfonzo asintió. Entonces tendrás que montarte en Kaiser conmigo.

"¿Kaiser?" Ester sonrió. "Ese es un nombre bonito."

Los ojos de Alfonzo se clavaron en su boca un momento antes de gruñir y alejarse de ella.

Terminaron de ponerse los guantes y las gorras antes de que Alfonzo llevara a Ester al frío. Después de estar tan caliente dentro de la cabina, el aire helado fue un shock para su sistema. El sol, brillando intensamente en el cielo, no parecía tener mucho poder detrás de él.

Entraron en el granero y Alfonzo empezó a ensillar a Kaiser. Era una hermosa yegua marrón con una estrella blanca en la frente. Ester caminó hacia el otro caballo de Alfonzo.

No le había preguntado sobre el dinero, o cuánto tenía, pero sabía que debía estar bien. El hombre de alguna manera tenía dos caballos cuando la mayoría de las personas que ella conocía no podían permitirse el lujo de tener ni siquiera uno.

Ester alargó la mano y acarició el suave cuello gris de la yegua. "¿Cómo se llama?"

Alfonzo miró por encima del hombro antes de encogerse de hombros. "Ella no tiene uno".

Ester frunció el ceño. "Ella *tiene* que tener un nombre".

Alfonzo volvió su atención a Kaiser. "Ella es un caballo. No le importa".

Ester negó con la cabeza. "Pero tal vez sí".

Alfonzo gruñó por lo bajo antes de dejar escapar un suspiro. "Caballo. Su nombre es Caballo".

"Ese es un nombre terrible", murmuró Ester.

Alfonzo se enderezó y se volvió hacia ella. Ester movió los pies. ¿Estaba enojado? Ella no había tenido la intención de insultarlo.

Pero no había ira en los ojos marrones de Alfonzo mientras la miraban. Fue divertido. "¿Y cómo la llamarías exactamente?"

Ester se mordió el labio. "Cain."

La risa, un sonido que Ester nunca había escuchado retumbar tan libremente de un hombre, llenó el granero. "¿Cain?" Sacudió la cabeza. "Creo que ella prefiere Caballo".

"No, no lo hace. Cain le queda bien".

La ceja de Alfonzo se elevó. "¿Por qué?"

"Porque es gris", respondió Ester tímidamente. Decir lo que piensa y expresar una opinión no eran cosas con las que tuviera mucha experiencia.

"¿Alguna vez has visto niebla gris? Yo no. Creo que Humo o Tormenta le irían mejor".

Ester bajó la mirada y asintió. "Bueno." Ella no iba a discutir.

Cuando Alfonzo permaneció en silencio, Ester lo miró y se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. "Lo siento", ofreció ella.

El ceño de Alfonzo se profundizó. "No."

"¿No qué?"

"Discúlpate cuando hayas hecho algo malo. Y no te inclines así. No bajes la cabeza y te rindas. Si quieres algo o crees en algo, entonces di lo que piensas y mantente firme".

Ester no podía creer lo que escuchaba. Estaba segura de que su mandíbula casi golpeó el suelo. Su cabeza se sacudió rápidamente. "Ningún hombre quiere una mujer obstinada. Mi pa..."

Alfonzo gruñó en voz alta y la interrumpió. "No soy tu padre y no todos los hombres le temen a una mujer fuerte".

Ester no estaba segura de qué decir, así que no dijo nada. Alfonzo volvió a su tarea de preparar a Kaiser. Ester lo siguió mientras él conducía el caballo afuera.

Alfonzo se deslizó con fluidez en la silla. Extendió una mano para ayudar a Ester a levantarse. En el momento en que deslizó su mano en su palma callosa y sus fuertes dedos envolvieron los de ella, Ester sintió que una onda expansiva la atravesaba. Sus rodillas se debilitaron.

Cada vez que Alfonzo la tocaba, Ester sentía la misma reacción desgarradora. ¿Qué significaba? ¿Alfonzo también lo sintió?

Ester lo miró a la cara, esperando ver algún tipo de respuesta. En cambio, simplemente frunció el ceño y dio un tirón, levantándola en la silla detrás de él.

Ester, que nunca antes había montado a caballo, se aferró a Alfonzo y tembló violentamente. Kaiser se removió inquieta debajo de ellos y Ester casi gritó.

Alfonzo palmeó el cuello de la yegua. "Cálmate, Ester. Ella puede sentir tu miedo".

"Pero... Pero, ¿y si me caigo, o ella se asusta y me tira, o..."

"Tienes que confiar en el caballo y tienes que confiar en ti misma. Si haces eso, ella te respetará".

"¿Podrías..." Ester dejó de hablar cuando Alfonzo llevó a Kaiser por el sendero nevado.

"¿Podría qué?" preguntó pacientemente.

"Si algún día tienes tiempo, me gustaría aprender a montar a caballo".

Alfonzo asintió. "Cuando las cosas se calmen y si decides quedarte aquí, te enseñaré".

Ester dejó de hablar mientras cabalgaban en silencio y pensó en su futuro. ¿Se quedaría tan cerca de la montaña? ¿Podría ella? Seguramente si ella estuviera donde su padre pudiera encontrarla, nunca conocería la paz.

Pero, ¿dónde podría ir ella? No tenía dinero, ni educación ni conocimiento del mundo.

Como si pudiera sentir la confusión en su mente, Alfonzo puso su mano sobre la de ella sobre su delgado estómago. "No tengas miedo. La ciudad está lo suficientemente lejos de las montañas para evitar que tu padre intente mucho allí. Y hay mucha gente buena allí. Te indicaré las

direcciones correctas".

Él dejó caer su mano de la de ella. "Y también cuidaré de ti. No te abandonaré, Ester".

Ester no podía explicar la calidez que sintió con sus últimas palabras. Ningún hombre había sido nunca un consuelo para ella. Ninguno la había hecho sentir segura y protegida. Pero con Alfonzo, estaba empezando a sentir ambas cosas.

Tal vez *encontraría* seguridad en la ciudad. Tal vez, lejos de esa montaña, más personas serían como Alfonzo.

Por primera vez en su vida, Ester sintió esperanza.

Capitulo 6

Cuando entraron en la ciudad, Alfonzo sintió que Ester se tensaba cada vez más detrás de él. Su agarre en su cintura se hizo más fuerte, pero a Alfonzo no le importó.

Ella tocándolo de esa manera, consolándose con él, se sentía condenadamente bien.

Alfonzo gruñó. ¿De dónde demonios había salido ese pensamiento?

"Alfonzo... no puedo... no puedo hacer esto..."

Alfonzo inmediatamente detuvo a Kaiser. Su mano cubrió la de Ester en su cintura y las siguientes palabras salieron de su boca antes de que Alfonzo se diera cuenta de que las iba a pronunciar. "¿Quieres que te lleve de regreso a mi cabaña?"

¿Por qué le había preguntado eso? ¿No le gustaba su soledad? Sí. Pero también le gustaba su compañía.

Ester guardó silencio un momento mientras permanecían en medio de la fría calle. Alfonzo podía sentir ojos sobre ellos pero los ignoró. Nunca había pensado mucho en lo que otros pudieran decir o pensar sobre él.

"No..." Ester finalmente susurró. "No, estaré bien".

Alfonzo se esforzó por decirse a sí mismo que era alivio lo que sentía por su respuesta.

Una vez más, Alfonzo instó a Kaiser a seguir. Se detuvo frente a la gran casa de huéspedes de dos pisos. Alfonzo se deslizó hacia abajo y ayudó a Ester a bajar también. "Este es el lugar de la Sra. Chepina. Ella es una muy buena persona y se ocupará de ti".

Alfonzo tuvo que poner algo de distancia entre ellos. Estaba mirando para pensar cosas y decir cosas que simplemente no eran él. "¿No vienes?" preguntó Ester, con miedo en su voz.

Alfonzo se esforzó por sonreír tranquilizadoramente, esta mujer lo tenía nervioso. "Estarás bien. No voy a la ciudad a menudo y tengo negocios que atender". Además, no estaba dispuesto a dejar que su tía lo viera con Ester y comenzara a tener pensamientos en su cabeza.

Él vio su labio temblar mientras envolvía sus brazos alrededor de sí misma. Alfonzo maldijo por dentro. Metió la mano en su bolsillo y sacó varias monedas. "Toma..." gruñó.

Ester se quedó mirando el dinero un momento antes de levantar la barbilla y mirarlo a los ojos con toda su fuerza. "No quiero tu dinero".

Alfonzo negó con la cabeza. "No seas terca. Puede que lo necesites".

Después de varios momentos de enfrentamiento, Ester tomó el dinero de su mano. "Te lo devolveré".

Alfonzo simplemente se encogió de hombros. "La Sra. Chepina cuidará de ti, Ester. Estarás a salvo aquí".

Ella asintió mientras aspiraba un suspiro tembloroso. "Gracias por todo".

"Nos vemos, Ester".

Alfonzo se volvió rápidamente y se llevó a Kaiser. Esto fue lo mejor. A Alfonzo le gustaba su vida tal como era y no quería complicaciones. Ester *estaría* bien aquí en la ciudad. Alfonzo se aseguraría de eso.

***

Ester estaba aterrorizada. Le temblaban las rodillas y le costaba respirar mientras subía por el sendero de piedra hasta el porche de la pensión.

Ester echó un vistazo por encima del hombro, pero Alfonzo estaba bien encaminado por la carretera. Sabía que su dolor y su decepción eran injustos. Alfonzo había hecho tanto por ella, más que nadie, que no tenía derecho a querer más.

Volviendo su atención a la tarea que tenía entre manos, Ester subió los escalones del porche y golpeó suavemente la puerta tres veces. Jugueteó con las mangas de su abrigo mientras esperaba que abrieran la puerta.

La idea de conocer a una nueva persona sola la aterrorizaba, pero si Alfonzo confiaba en esta mujer, Ester también lo haría. La puerta se abrió y Ester se encontró cara a cara con una mujer regordeta que parecía rondar los cincuenta años.

Su cabello rubio estaba canoso y las líneas rodeaban las esquinas de sus amables ojos marrones. "¿Puedo ayudarle?"

"¿Estás..." Ester tomó aliento para contener su voz. "¿Es usted la Sra. Chepina?"

Una sonrisa se formó en los labios de la mujer mayor. "Claro que sí. ¿Cuál es tu nombre, cariño?"

"Ester..." Ester no estaba segura de si debía decirle a la mujer su apellido.

Chepina levantó una ceja canosa. "¿Ester Spinelly?"

El miedo le arañó el estómago. ¡Su papá debe haberla golpeado! ¡Ahora él sabría dónde estaba ella! Esta gente le diría. Alfonzo se había equivocado. Ella no estaba a salvo.

Ester se volvió para correr, pero la mano de Chepina se cerró alrededor de su muñeca, deteniéndola. "No corras, cariño. Estarás a salvo aquí. Ese bastardo no te tocará aquí".

Los ojos de Ester se agrandaron no solo por la promesa de la mujer sino también por su lenguaje. Parecía una dama demasiado inocente para usar esa palabra. Ester no sabía si quería reír o llorar.

Chepina sonrió una vez más y palmeó suavemente el brazo de Ester. "¿Quién te trajo aquí? Seguramente no caminaste todo este camino en el frío".

"No." Ester miró hacia la carretera y vio a Alfonzo subiendo al vehículo comercial. "Alfonzo Prieto me encontró... Me quedé dormida en su granero y él me acogió, me alimentó y me trajo aquí".

"¿Él lo hizo?" Los ojos marrones de Chepina se llenaron de orgullo. "Mi sobrino salió bien, si puedo decirlo yo misma. Era joven cuando su mamá falleció. El esposo de mi hermana es un padre terrible e hice lo mejor que pude para enseñarle a Alfonzo el mal y el bien para que no terminara como su papá".

La cabeza de Ester daba vueltas mientras asimilaba toda esa información. Había aprendido más

de Alfonzo en los últimos sesenta segundos de lo que había aprendido en los últimos días.

¿Por qué Alfonzo no le había dicho que la Sra. Chepina era su tía?

"Pareces perdida, cariño", dijo Chepina suavemente.

Ester asintió. "Lo estoy.... Tanto ha cambiado en tan poco tiempo".

Chepina tomó su mano. "Ven del frío y hablaremos de eso".

Ester se dejó llevar a la casa. Era más fino y grandioso que cualquiera que hubiera visto jamás. Los suelos eran de madera pulida. Las paredes fueron pintadas y empapeladas. Un pasillo corto conducía a una sala de estar con un sofá floral y una chimenea crepitante.

Chepina le indicó a Ester que se sentara, vertió agua en un vaso brillante y lo colocó en la mano de Ester antes de sentarse a su lado. "Está bien, cariño. Ya he decidido acogerte y ayudarte en todo lo que pueda. Te enseñaré habilidades útiles para una mujer, te ayudaré a encontrar una manera de ganar dinero y ponerte de pie. Mientras pasas por ese proceso de crecimiento me vas diciendo exactamente qué te llevó a mi puerta hoy".

Ester agarró el vaso con fuerza. Cuanto más rápido consiguiera la historia, menos tiempo tendría para romper a llorar. Entonces, después de una respiración profunda, comenzó Ester.

Le contó a Chepina todo sobre la terrible noche en que su padre finalmente llevó sus palizas demasiado lejos y mató a su madre. Había sido honesta acerca de su propio miedo e incertidumbre cuando se escapó y huyó de esa montaña en la oscuridad y el frío.

Incluso se encontró contándole a la otra mujer un poco sobre crecer en la montaña. Aislada y viendo poco más que esas cuatro paredes de cabina toda su vida.

Los ojos marrones de Chepina eran comprensivos mientras palmeaba la mano de Ester. "Estás a salvo aquí, cariño. Soy respetada en esta ciudad y también lo es Alfonzo. No tienes que preocuparte por nada".

Ester se puso rígida al principio cuando Chepina la envolvió en un cálido abrazo. Luego se relajó con el amable gesto, tan diferente a la mayoría de lo que había conocido toda su vida.

Con ese abrazo, Ester sintió que el calor y la paz florecían en su corazón. Era la segunda vez en su vida que sentía algo así y se preguntó si todos los miembros de la familia de Alfonzo tendrían ese efecto en ella.

Capitulo 7

Ester había dormido tranquila su primera noche en la pensión de Chepina. Tenía su propia habitación pequeña con una diminuta cama de latón, un armario y su propia mesita de madera con un lavabo de cerámica.

Ester nunca había tenido tantas galas ni una habitación propia.

"¿Dormiste bien?" preguntó Chepina mientras Ester seguía el olor del tocino frito y entraba en la cocina.

"Sí, señora", respondió Ester cortésmente.

"No la llames señora", advirtió una joven de cabello oscuro que estaba comiendo en la mesa. "Ella lo odia."

"Es verdad", suspiró Chepina. "Sí."

Ester inclinó la cabeza y bajó la mirada a sus pies. "Lo lamento."

"¡Bueno, no hagas eso!" exclamó la chica de la mesa. "¡Ahora me siento culpable por regañarla!"

Otra mujer joven, probablemente unos años mayor que Ester, entró en la cocina. "Shania, deja de torturar a la chica nueva", bromeó mientras echaba hacia atrás su cabello rubio.

Ester luchaba por respirar. Estaba completamente abrumada y luchando contra el impulso de darse la vuelta y correr. La mano de Chepina acarició suavemente su brazo. "No les hagas caso, cariño. Señoras, esta es Ester. Acaba de salir de una mala situación y necesita tiempo para adaptarse antes de que ustedes dos le den demasiados problemas".

Ester odiaba lo débil que la hacía sonar. Enderezó los hombros y forzó una sonrisa, a pesar de sus manos temblorosas. "Estoy bien, señorita Chepina".

"Sí." La chica de cabello oscuro con pecas se puso de pie. No podía tener más de doce años. "Ella esta bien." La niña le tendió la mano y Ester se obligó a estrecharla. "Mi nombre es Shania y la rubia grosera es Legarda".

"¿Grosera?" Legarda se rió levemente. "Shania no conocería los modales si la golpearas con ellos".

Shania se burló. "¡He mejorado!" Empujó a Chepina con el codo. "¡Dile que he mejorado!"

El rostro de la Sra. Chepina no reveló más que paciencia. "Por supuesto que sí. Pero, debo recordarte que es descortés dar un codazo".

El rostro de Shania ardió de color rojo brillante debajo de sus pecas. "Lo siento, señorita Chepina".

Chepina volvió su sonrisa hacia Ester. "Desayuna, Ester, y luego las chicas te llevarán a la modista".

El corazón de Ester dio un vuelco de emoción. ¿Un vestido? ¿Un vestido solo para ella? ¿Un nuevo vestido? Ella frunció. "Pero... los vestidos cuestan dinero... no tengo ninguno".

Pensó en las monedas que Alfonzo le había dado. ¿Cincuenta centavos comprarían un vestido? Ester no tenía idea. Ella nunca había estado de compras.

Shania resopló con una sonrisa. "Eres un pajarito tímido, ¿no?"

"Déjala en paz", Legarda la regañó suavemente. Pasó su brazo sobre los hombros de Ester. "Puedes comprar cosas con el crédito de la Sra. Chepina y, una vez que hayas comenzado a ganar dinero, puedes devolverle el dinero".

Ester se sintió perdida. No sabía nada del mundo y tenía mucho que aprender.

"No te preocupes, Ester", la consoló Chepina a sabiendas. "Estás abrumada, pero te ayudaremos. Ahora tienes amigas".

Después de que Ester se hartara del desayuno, ella, Legarda y Shania se fueron a las modistas.

"Tenemos suerte de que la tala esté funcionando tan bien", señaló Legarda mientras caminaban por el paseo marítimo bastante concurrido. "Y más afortunado es que las minas están en auge un poco más lejos. Significa que todavía tenemos viajeros e ingresos aquí en Spring Falls, sin esos tipos de minería incivilizados y violencia".

Ester simplemente asintió mientras Shania y Legarda continuaban hablando sobre todos los negocios y demás que Spring Falls tenía para ofrecer. ¡Ella deseaba que fuera un poco menos! Tal vez entonces no tendría miedo de perderse en la bulliciosa multitud.

O tal vez la multitud era buena, haría que a su padre le resultara más difícil encontrarla.

No había estado tan lleno ayer. Ester sabía que era el aire más cálido lo que hacía que la gente saliera hoy. El sol brillaba y hacía al menos quince grados más que el día anterior.

Cuando Ester entró en la tienda de modistas, sus ojos tardaron unos momentos en adaptarse al cambio de luz. Cuando lo hicieron, se quedó boquiabierta.

¡Ester nunca había visto vestidos y telas tan hermosos! La mayoría de estos parecían lo suficientemente finos como para que los usara la realeza. Ester pasó las yemas de los dedos por un vestido de seda verde oscuro y un suspiro escapó de sus labios.

Legarda estaba sonriendo. "Eso estaría hermoso para ti, Ester, pero cuesta tres dólares".

Ester se apartó como si se hubiera quemado. Sabía lo suficiente por los desvaríos de su padre sobre el dinero para saber que tres dólares era mucho.

Shania señaló hacia la parte trasera de la tienda. "Tienen vestidos más prácticos, también más baratos, allá atrás".

Ester echó un último vistazo al vestido verde con escote de lentejuelas y corpiño ajustado, antes de seguir a sus acompañantes.

"¿Puedo ayudarlas, *señoras*?" una mujer matrona con una cara hermosa y un moño severo preguntó secamente mientras entraba por la puerta detrás del mostrador.

Shania le dio un codazo en el estómago a Ester. "A la Sra. Palacios no le agradamos, ni ninguna otra chica que haya vivido en la casa de huéspedes. Nos llama la gentuza de Chepina y nos mira por encima de su nariz torcida".

"¿Podríamos ir a otro lado a comprar?" preguntó Ester, nada cómoda con la mirada altiva con la

que la Sra. Palacios las estaba estudiando.

"¿Y darle la satisfacción?" Shania guiñó un ojo. "De ninguna manera."

Ester escondió su sonrisa detrás de su mano cuando Legarda se acercó al mostrador para dirigirse a la mujer. "Necesitamos comprar algunas cosas con el crédito de la Sra. Chepina. Ester es nueva aquí y..."

La Sra. Palacios frunció el ceño cuando sus ojos oscuros se posaron bruscamente en Ester. "¿Eres Ester Spinelly?"

"Sí, señora", respondió Ester, esperando que la señora Palacios no supiera su nombre debido a su padre.

La Sra. Palacios se burló mientras miraba por encima de su nariz. "Esperaba a alguien un poco más *especial*".

"¿De qué estás hablando?" Shania habló.

La señora Palacios cruzó las manos frente a ella. "Cuando Alfonzo Prieto estuvo aquí y pagó dinero por ella por adelantado, supuse que era algo especial".

Los ojos de Legarda estaban muy abiertos cuando se volvió hacia Ester. "¿Conoces a Alfonzo?"

Ester sintió calor subir por sus mejillas. Movió los pies y miró hacia el suelo. "Sí. Él me rescató".

"Caridad." La voz de la Sra. Palacios goteaba veneno. "Debería haber sabido."

"¿Por qué no comes estiércol?" Shania escupió, apretando sus diminutos puños.

"¡Fuera de mi tienda!" La Sra. Palacios le ordenó a la niña.

Shania resopló. "Con alegría."

Salió corriendo por la puerta y la Sra. Palacios volvió su atención a una confundida Ester. "Alfonzo dejó suficiente dinero para uno de mis vestidos de guinga prefabricados y suficiente tela para tres más, así como ropa interior. Por favor, haga sus compras rápido. No me gusta su tipo en mi tienda".

Legarda puso los ojos en blanco y llevó a Ester a los vestidos prefabricados en su rango de precios. "¿Cuatro vestidos?" Ester negó con la cabeza. "Ni siquiera he tenido un vestido nuevo..."

"Cuatro son bastantes... Solo tengo dos. Alfonzo realmente debe preocuparse por ti".

El corazón de Ester saltó y revoloteó en su pecho. ¿Él lo hizo?

"¿Por qué la Sra. Palacios está tan enojada?" preguntó Ester, cambiando de tema.

Legarda hizo una mueca que hizo que Ester se riera un poco. "Su hija, Chendalla, ha estado detrás de Alfonzo durante años. Está desesperada por casarse con él. Él ha dejado en claro que no tiene ningún interés en ella y Chepina ha dejado en claro que ella tampoco la aprueba". Palacios nos odia porque somos las chicas de Chepina. Ahora ella te odiará el doble porque parece que le gustas a Alfonzo".

Ester negó con la cabeza, ignorando la alegría que sintió al escuchar que Alfonzo no estaba interesado en la hija de la Sra. Palacios... ¡Ester ni siquiera conocía a la mujer!

"No, no lo ha hecho... Sólo siente lástima por mí, eso es todo".

Legarda se rió y palmeó el brazo de Ester como si fuera una niña. Tienes mucho que aprender sobre la vida y los hombres.

Ester suspiró. Ella no podía discutir eso.

La risa ligera de Legarda llenó la tienda. "Ya nos preocuparemos de eso más tarde. Por ahora, una lección de moda".

***

Ester salió de la tienda con un vestido nuevo envuelto en papel marrón y suficiente tela para hacer tres más, si aprendiera a coser. Supuso que eso era algo más en lo que necesitaría recibir lecciones.

"Vamos a la mercantil. La Sra. Chepina quería que consiguiéramos algunas cosas".

Ester siguió a Legarda por el paseo marítimo. El camino del mediodía era pacífico y bastante silencioso excepto por los ladridos de varios perros y las risas de los niños.

Todo estuvo tranquilo, es decir, hasta que Shania salió volando del mercantil con lágrimas en sus mejillas pecosas. Se dio la vuelta y se enfrentó al mercantil con los puños cerrados. "¡No me empujes!" gritó ella.

Un niño, probablemente de la misma edad que Shania, salió riendo disimuladamente con otros dos niños a su lado. "No vuelvas a poner un pie en mi mercancía", replicó el chico. "No necesitamos bichos feos aquí".

Shania resopló. "¡Entonces será mejor que te quedes afuera! Y esa no es tu mercancía. ¡No veo tu nombre en ninguna parte!"

El chico dio un paso adelante. "¡Te voy a cortar la cabeza por hablarme así!" el exclamó.

Ester había visto suficiente. Había pasado toda su vida siendo acosada, no vería cómo se lo hacían a Shania.

Sin pensarlo mucho, Ester dio un paso adelante. "¡Chicos! ¡Es suficiente! ¡Deberían avergonzarse de ustedes mismos por tratar a una chica de esa manera!"

Los tres chicos compartieron una mirada y luego se echaron a reír. "¿La escuchaste hablar?" exigió el cabecilla. "¿Qué hace la basura de la montaña ensuciando nuestra ciudad?"

Ester trató de que los insultos no la molestaran. "Tienes que parar. Estás siendo grosero e inmaduro y no es agradable".

"¿Qué pasa, montañés? ¿Vas a llorar?" exigió el chico, dando un paso hacia ella. "Te golpearé de la misma manera que iba a golpear a tu feo amigo".

Ester sabía que era una tontería tener tanto miedo de un niño, pero lo tenía.

Imágenes de la cara enojada de su padre, retorcida y roja de rabia pasaron por su mente. Vio sus puños furiosos y sintió el dolor; vio a su madre muerta.

Tomando bocanadas de aire, Ester luchó por contener las lágrimas mientras todo su cuerpo temblaba y se estremecía. Los chicos, reforzados por su miedo, lanzaron más insultos y se acercaron.

Ester era ligeramente consciente de que Shania les gritaba que se detuvieran y era ligeramente

consciente de que Legarda la llamaba por su nombre. Los gritos eran tan fuertes...

Entonces todo eso desapareció cuando una gran mano se cerró sobre su hombro y una sombra se cernió detrás de ella. Ester casi gritó cuando una voz profunda y familiar retumbó: "¿Hay algún problema aquí?"

Capitulo 8

Alfonzo no podía creer que estaba cabalgando hacia la ciudad. ¿No acababa de hacer el mismo viaje ayer? ¿No solía pasar semanas, a veces incluso meses, entre viajes a la ciudad?

La respuesta a esas preguntas era sí. Era lo suficientemente hombre como para admitir, al menos para sí mismo, que Ester se había metido en su piel y era la razón por la que había venido a la ciudad hoy.

Al menos trató de convencerse a sí mismo de que era solo la preocupación por la mujer lo que lo hacía querer controlarla y nada más tierno o significativo... pero no era un mentiroso muy experimentado.

Los pensamientos de Alfonzo sobre Ester fueron interrumpidos por fuertes gritos de un comerciante cercano. Girando la cabeza, Alfonzo vio a tres chicos acercándose a una mujer. Estaban gritando e insultándola, amenazando con violencia.

Todo eso habría sido suficiente para enviar a Alfonzo a intervenir, entonces Alfonzo se dio cuenta de quién era la mujer y su temperamento se encendió.

Saltando de Kaiser y llevándola de las riendas, Alfonzo se colocó detrás de una temblorosa Ester y le puso la mano en el hombro. "¿Hay algún problema aquí?" demandó, forzando su voz a permanecer uniforme y calmada.

Lo último que Ester necesitaba ahora era que él gritara y mostrara pruebas de lo enojado que estaba.

"¿Alfonzo...?" susurró la suave voz de Ester. Su temblor se detuvo y ella se recostó contra él. Su diminuto cuerpo, de poco más de metro y medio, habría encajado perfectamente contra el pecho de Alfonzo si él hubiera deslizado su brazo alrededor de ella.

Maldición.

Las piernas de Alfonzo temblaban y su corazón latía con fuerza.

Ester le hizo cosas que ninguna otra mujer le había hecho antes... Y estaba seguro de que ella ni siquiera se había dado cuenta.

"¿Señor Prieto?" Alfonzo reconoció al chico que se había estado burlando y amenazando a Ester con más fuerza.

"¿Miguel?" La mirada de Alfonzo se estrechó hacia el chico. "¿Tu mamá sabe que estás en la ciudad intimidando a las damas?"

El rostro de Miguel palideció. "No se lo diga, señor Prieto", suplicó. "Ella me gritará bien".

"Debería", escupió Shania.

Alfonzo le sonrió a la luchadora chica de cabello oscuro. Su tía ciertamente estaba muy ocupada con eso.

"Shania, ¿podrías Legarda y tú llevar a Ester a casa de mi tía mientras yo hablo con los niños?"

Ester se giró y esos grandes ojos azules se clavaron en los de él. Parecía asustada, confundida y

avergonzada. Alfonzo luchó contra el impulso de tomar su diminuto cuerpo entre sus brazos y protegerla, escudarla, de todo lo malo del mundo.

"¿Puedes..." Ester tragó saliva. "Me gustaría si pudieras..."

Alfonzo de alguna manera sabía lo que ella quería sin tener que escucharla decirlo. "Estaré contigo en breve", prometió.

Alfonzo observó al trío de damas caminar por el camino antes de volver su atención al trío de niños. "Por favor, no le diga a mi mamá, Sr. Prieto... No me di cuenta de que la dama de la montaña era especial para usted".

Alfonzo se quejó. "Lo que ella es o no es para mí no importa. Lo que importa es cómo trataste a las damas. Un hombre no intimida a alguien más débil que él. Y ciertamente no ataca una debilidad cuando la ve".

Miguel pateó la tierra mientras los otros dos chicos se miraban los pies. "Sí señor..." murmuraron los tres.

Alfonzo suspiró. "Un hombre ayuda cuando puede, predica con el ejemplo y es alguien con quien los demás pueden contar. Si no tiene algo importante, útil o significativo que decir, entonces mantiene la boca cerrada".

Esta vez Miguel lo miró a los ojos. "Sí, señor."

"Ahora, si me das tu palabra de que te disculparás con la señorita Ester, la señorita Legarda y la señorita Shania la próxima vez que las veas, no se lo diré a tu mamá".

Miguel sonrió y asintió de todo corazón. "Sí señor, Sr. Prieto. ¡Todos nos disculparemos!"

Alfonzo asintió al chico. Sabía que sus amigos harían lo que hiciera Miguel. Miguel era el cabecilla entre ellos. Si Alfonzo pudiera ayudar a enviar a Miguel por un buen camino, los otros dos lo seguirían.

Una sonrisa se formó en el rostro de Alfonzo. "¿Y Miguel?" añadió. "Si te gusta la señorita Shania, realmente deberías decírselo. Las chicas no entienden los empujones".

Alfonzo dio media vuelta y se alejó, dejando a Miguel con la cara roja y tartamudeando mientras sus amigos se reían.

Sabiendo que tenía que ver cómo estaba Ester, Alfonzo se dirigió hacia allí. No estaba seguro de por qué se había enfadado tanto con los chicos jóvenes que se burlaban de ella, pero tenía que verla ahora y asegurarse de que estaba bien.

Alfonzo no pudo irse a casa hasta que la vio sonreír al menos una vez...

Al entrar a la casa de su tía, Alfonzo encontró a Ester en la cocina rodeada de Chepina, Legarda y Shania. Tenía una taza de té en la mano y una débil sonrisa en sus labios mientras todas se preocupaban por ella.

Alfonzo no necesitaba hablar. Estaba claro que Ester sintió su presencia cuando sus ojos lo encontraron. "Hola Alfonzo…" saludó débilmente.

"Hola, Ester".

Su tía se adelantó corriendo, con el rostro sonrojado y los gestos animados. "¡No toleraré esto,

Alfonzo!"

Alfonzo puso su mano sobre sus suaves hombros y asintió. "Tía Chepina, hablé con los chicos..."

Ella resopló. "Sí, esos demonios eran malos, ¡pero me refiero a la Sra. Palacios y los problemas que causaste!"

Alfonzo notó los paquetes de papel marrón y frunció el ceño. "¿Yo causé problemas? ¿Cómo?"

"¿Tuviste *que* ir a *esa* tienda de ropa y dejarle dinero a Ester? De todas las veces que finalmente te interesaste en una mujer, ¿tuviste que anunciarlo a *esa* novilla?"

Alfonzo se rascó el espeso cabello castaño con confusión. Solo podía concentrarse en parte de ese discurso a la vez. "Puse dinero allí porque esa es la tienda que siempre usas, ¿no es así?"

Chepina puso los ojos en blanco, claramente exasperada por su sobrino. "Sí, pero, ¿tuviste *que* usarlo? ¡Todo lo que lograste fue atraer más ira hacia Ester!"

Alfonzo se sintió perdido. "¿Por qué?"

"Porque *mostraste* un interés especial en Ester. Para la Sra. Palacios de todas las personas. La madre *de Chendalla ", le informó Legarda.*

Alfonzo dejó escapar un largo suspiro. La gente era complicada. Las relaciones eran complicadas. Es por eso que Alfonzo evitó ambos y mantuvo sus tratos con ellos al mínimo.

Se frotó bruscamente la cara y miró a las tres mujeres que estaban de pie entre él y Ester. "¿Podemos tener algo de privacidad? Me gustaría hablar con Ester".

Chepina puso sus manos en sus amplias caderas. "Será mejor que hagas las cosas bien, Alfonzo..."

Alfonzo hizo un gesto hacia la puerta. "Déjame hablar con Ester".

"Te dejaremos *hablar",* cedió Chepina, mientras sacaba a Legarda y Shania de la habitación.

Alfonzo se sentó en la mesa frente a Ester. Dejó escapar un suspiro. "Ester, yo... lo siento si te causé problemas. Admito que soy un hombre sencillo y no suelo pensar mucho en cómo otras personas pueden reaccionar ante las cosas. La gente me confunde".

Ester se quedó mirando la taza de té en sus manos. "No... No causaste problemas. Al menos no tan mal, de verdad".

Alfonzo se pasó la mano por el cabello haciendo que cayera sobre su frente. Deseaba que ella lo mirara. Quería ver esos ojos azules. "Debería haberlo pensado antes de darle el dinero *a esa* mujer. La tía Chepina tenía razón en eso".

"A ella no le habría gustado de todos modos", le aseguró Ester. "A ella no parece gustarle las chicas de Chepina".

Alfonzo se sorprendió incluso a sí mismo cuando extendió la mano y tomó su mano. No te preocupes por ella. Tiene la nariz tan alta que es un milagro que un pájaro no haya anidado en una fosa nasal.

Ester rió levemente, una sonrisa permaneció en sus labios cuando finalmente lo miró. Alfonzo sintió que su corazón se apretaba casi dolorosamente en su pecho. Esta mujer lo tenía enredado... y aún no estaba seguro de si quería estar ahí.

Se hizo el silencio mientras simplemente se miraban el uno al otro. A Alfonzo no le importó. Disfrutaba de la tranquilidad. Acarició el suave nudillo de Ester con su pulgar calloso y sintió que lo invadía una paz que solo había sentido en los últimos días desde que la conoció.

"¿Alfonzo...?" Ester comenzó en voz baja. "¿Por qué me ayudaste de nuevo? ¿Por qué dejarías ese dinero? Tenías que saber que Chepina les compra a sus niñas la ropa que necesitan".

Alfonzo se movió en su silla. "Mi tía siempre me enseñó a ayudar a los demás. Solo intentaba hacer lo que me enseñaban".

Ester se mordió el labio y Alfonzo estaba seguro de que vio dolor y decepción en sus ojos azules antes de que desviara la mirada. Alfonzo gruñó por lo bajo.

¿Qué *quería* la mujer que él dijera? ¿Que él la ayudó porque ella había llegado a él y él *tenía* que saber que estaba protegida y provista?

No, no iba a decir eso...

"Lo siento de nuevo por cualquier problema que causé", murmuró mientras apartaba la mano y se ponía de pie. "No se preocupen demasiado por esos muchachos. Hablé con ellos y ya no las molestarán más. La mayoría de los muchachos pasan por una etapa en la que piensan que la intimidación los vuelve duros. Con suerte, les mostré algo diferente hoy".

"He oído cosas peores de lo que dijeron", susurró Ester, sin apartar la mirada de su té.

Los puños de Alfonzo se apretaron. Maldición, pero él quería tocarla. Quería abrazarla cerca de él, respirar el aroma de su cabello y besar cada línea de preocupación y dolor grabada tan profundamente en su rostro.

"Nos vemos, Ester..."

Sin esperar a que Ester respondiera, Alfonzo salió corriendo. Necesitaba volver a su vida sin complicaciones. Su vida solitaria.

Mientras se deslizaba sobre la espalda de Kaiser, otra descripción de su vida entró en su mente que hizo que a Alfonzo le doliera el corazón.

Solitario.

Pero estar solo era mejor que estar roto... Había visto el daño que el amor podía causar... No estaba ansioso por terminar en esa forma.

Alfonzo señaló a Kaiser hacia la carretera que salía de la ciudad y se dirigió hacia allí rápidamente.

Capitulo 9

La siguiente semana pasó en un borrón. Después de que Ester pasó una noche llorando por Alfonzo, decidió que necesitaba concentrarse en sí misma. Su madre le había dicho que construyera una vida, una vida feliz, y eso es lo que iba a hacer.

Alfonzo había admitido, sin muchas palabras, que Ester en realidad solo había sido un caso de caridad. Esa engreída señora Palacios había tenido razón al menos en eso.

Ester sabía que una parte de su corazón siempre sería de Alfonzo. Él había sido el primero en mostrarle verdadera amabilidad y cariño. Siempre le estaría agradecida por todo lo que había hecho. Pero tenía que pasar a la vida que le había prometido a su madre que encontraría.

"Ester, ¿cómo te va el vestido?" preguntó Chepina, acomodándose en el sofá floreado a su lado.

Ester levantó la monstruosidad de un vestido para revelar un escote torcido y una manga saliendo de la cintura. Chepina suspiró. "Bueno, eso se resuelve".

Ester rió levemente, ocultando su vergüenza. "Realmente soy mala en esto". ¿Qué clase de mujer no sabía coser?

"Es hora de tus lecciones, cariño. Te están esperando en la cocina", le dijo Chepina. "Veré si hay alguna esperanza para este vestido", agregó, tomando el horror cambray azul.

Ester salió rápidamente de la habitación, ansiosa por reunirse con el tutor. En la semana que había estado aquí, Ester había estado tomando lecciones de lectura y escritura con Shania.

Su maestra, una mujer de mediana edad con la voz más suave que Ester había escuchado, le recordaba a su madre. Al principio había dolido incluso mirar a la Sra. Evan, pero su espíritu amable y gentil pronto había superado el dolor de Ester y Ester había comenzado a aprender rápidamente.

Ahora podía recitar todo el alfabeto e incluso estaba aprendiendo a escribir la mayoría de sus letras. Incluso conocía cada sonido diferente que hacían. Estaba bastante orgullosa de sí misma. A los diecisiete años, era demasiado mayor para aprender esas cosas ahora, pero leer y escribir no se consideraban importantes en las montañas. Nadie allí recibió nunca una educación.

"¡Buenos días, Ester!" La Sra. Evan saludó alegremente.

"Buenos días", respondió Ester con una sonrisa. Sonreír era algo que hacía cada vez con más frecuencia.

Con cada día que pasaba sin ver ni escuchar a su padre, Ester estaba sanando.

"¿Ves este libro que ella quiere que leamos?" Shania exigió, sosteniendo un libro que tenía que contener más de doscientas páginas. "¡Está fuera de sí!"

La respuesta de la Sra. Evan fue simplemente sonreír. "Me lo agradecerás algún día, Shania".

Shania murmuró por lo bajo y se encorvó en la silla. La Sra. Evan le indicó a Ester que se sentara. "Empecemos."

***

-Alfonzo, ¿estás bien?

Alfonzo gruñó en respuesta a la vacilante pregunta. Miró a sus dos mejores amigos. Se conocían desde que eran poco más que bebés.

"Estoy bien, Frank. Adolfo, ¿podrías decirle a Frank que estoy bien?".

Adolfo sonrió con una sonrisa torcida. "Él está bien, Frank".

Frank miró al hombre, pero Adolfo borró esa mirada con un rápido beso en los labios de Frank. Alfonzo sabía la verdad sobre sus amigos, siempre la había sabido. Era una verdad que tenían que ocultar a casi todos los demás que conocían para ser aceptados.

Adolfo y Frank estaban enamorados. Estaban juntos y lo habían estado desde que cualquiera de ellos podía recordar.

"Él no está bien, Adolfo", respondió Frank. "Diablos, siempre ha sido un recluso callado, pero últimamente está peor. ¡Ni siquiera nos habla!"

Adolfo se tocó la barbilla, pensativo. "¿Alfonzo? Frank dice que no estás bien".

Alfonzo arrojó heno en el comedero. "Ahí tienes, Cain", dijo, rascando suavemente el cuello de la yegua.

"¿Cain?" preguntó Frank.

Adolfo sacó la lengua con una mueca. "Ese es un nombre terrible".

Alfonzo se rió entre dientes. "Si lo se."

"¿*Ella* la nombró?" preguntó Frank.

Cuando Alfonzo permaneció en silencio, Adolfo se rió. La recuerdas, ¿no? ¿La mujer que te tiene tan enredado? ¿La que nos ordenaste proteger como un tesoro?

Alfonzo empujó a sus amigos y salió del granero, respirando el aire frío que salía de la montaña. "Nunca dije tesoro", se quejó.

"Sí, lo hiciste", insistió Adolfo. El día que llegaste a la ciudad con ella. Nos dijiste que vigiláramos a Armando y la cuidáramos como un tesoro.

Alfonzo levantó una ceja. "Entonces, ¿por qué estás aquí en lugar de allá?"

Adolfo se encogió de hombros. Somos malos guardias.

"Sí", coincidió Frank. "Es por eso que no tenemos ningún tesoro".

Alfonzo se rió entre dientes a pesar de su molestia.

"Parece estar bien, en caso de que te lo estés preguntando", afirmó Frank.

"Va a haber un baile en el granero en las afueras de la ciudad el próximo fin de semana", agregó Adolfo.

"¿Por qué me importa si hay un baile?"

Adolfo puso los ojos en blanco. "Es un día triste en verdad cuando *sabemos* más sobre las mujeres que tú".

Alfonzo negó con la cabeza. "Yo no voy."

"Deberías", insistió Frank. "Creo que ella sería buena para ti".

"La niña", habló Adolfo. "No el baile... Sin embargo, bailar también sería bueno. Con la chica, por supuesto. Podría ayudarte un poco".

"No me pasa nada malo", insistió Alfonzo.

Adolfo suspiró, su expresión se tornó triste. "Te sientes solo, Alfonzo, y todo es porque tienes miedo".

"No tengo miedo de nada, Adolfo".

"Tal vez no físicamente, sino emocionalmente, eres un maldito pollo", acusó Frank.

Alfonzo resopló pero no pudo pensar en ninguna respuesta inteligente. Sus amigos siempre habían sido mejores con las palabras que él... definitivamente estaba en desventaja.

"El amor no es tu madre y tu padre", dijo Frank, deslizando su brazo alrededor de los hombros de Adolfo. "¿Míranos? El amor puede ser bueno".

Alfonzo sintió que se le abrían viejas heridas, heridas que había mantenido tapadas e ignorado durante mucho tiempo. Miró a sus amigos y se alegró cuando ambos asintieron y acordaron, sin palabras, dar marcha atrás.

Sabían que le gustaba su privacidad y estaban cruzando la línea.

"No quisimos molestarte", se disculpó Frank.

"Sí, solo nos preocupamos por ti", agregó Adolfo.

Alfonzo suspiró y se frotó el cuello. "No sigas. Estoy bien. Ahora, si has terminado de jugar al casamentero, Kaiser y yo vamos a cabalgar y cazar ese caballo negro".

"Iremos contigo", ofreció Frank.

Adolfo asintió. "Seis ojos ven mejor que dos".

Alfonzo sonrió. Sus mejores amigos lo volvían loco a veces, pero eran dos de las mejores personas que conocía. Siempre podía contar con ellos cuando los necesitaba.

****

Alfonzo, Adolfo y Frank se separaron en el camino que conducía a su cabaña esa noche. Estaba oscuro y frío cuando Alfonzo instaló a Kaiser en el granero.

La búsqueda había sido infructuosa y Alfonzo estaba frustrado.

Subió los escalones del porche y entró en la cabina oscura y vacía.

No había luces encendidas. No ruge el fuego. No hay cena esperándolo. No había ojos azules en los que perderse ni conversaciones tranquilas para pasar el tiempo.

Infierno.

Alfonzo siempre había estado contento solo. Entonces llegó Ester, pasó una noche en la cabaña y ahora...

Ahora, sin ella allí, se sentía menos como un hogar.

Alfonzo colgó el cinturón de su pistola junto a la puerta, encendió un fuego para calentar el aire y se acomodó con un puñado de venado ahumado y galleta dura.

Alfonzo siempre había disfrutado de la soledad. Ahora, parecía solo.

Capitulo 10

Ester salió del mercado con una canasta llena de suministros para la Sra. Chepina. Era otro día frío de febrero, pero el cielo era de un azul claro y nítido.

Ester estaba demasiado ocupada mirando el cielo como para prestar mucha atención a dónde iba. Debido a eso, se topó con algo duro y dejó caer su canasta, esparciendo el contenido.

"Diablos, Ester, lo siento", la voz de Alfonzo tenía temblores en la espalda.

Sus manos grandes, pero suaves, se cerraron alrededor de sus brazos para estabilizarla. "¿Estás bien?" preguntó. "No estaba prestando atención a dónde iba y te atropellé".

Ester finalmente miró hacia arriba, viendo esos profundos ojos marrones con los que había estado soñando durante más de una semana. "Yo tampoco estaba prestando atención. Nos encontramos".

Una sonrisa iluminó el rostro de Alfonzo, destacando sus pómulos cincelados. "Déjame arreglar todo esto por ti".

Ester observó cómo Alfonzo recogía la canasta y los artículos que se habían caído. No pudo evitar apreciar la forma en que se movía el ágil cuerpo de Alfonzo. Él le recordaba a los escurridizos grandes felinos de la montaña.

Alfonzo se colgó la cesta del brazo. "¿Ibas de regreso a casa de Chepina?"

Ester solo pudo asentir. Deseaba saber por qué estaba él aquí. ¿Había sido casualidad o Alfonzo había venido a verla?

Extendió su brazo libre y Ester, vacilante, pasó su brazo por el hueco de este. "¿Cómo has estado?" preguntó Alfonzo mientras miraban hacia el camino tomados del brazo. Ester podía sentir ojos mirándolos desde todas direcciones.

"Bien", respondió Ester, incapaz de negar la paz, la calidez y la seguridad que sentía al estar tan cerca de Alfonzo. La hizo sentir como si nada en el mundo pudiera hacerle daño.

"He estado aprendiendo a leer y escribir", le dijo con orgullo.

"Eso es realmente bueno", respondió Alfonzo con una sonrisa genuina. "¿La ciudad ha mejorado desde tu mal primer día?"

"Sí." Ester rió levemente. "Afortunadamente. Esos chicos vinieron a casa de Chepina con flores para mí, Legarda y Shania y se disculparon".

"Bien. Necesitaban disculparse. ¿Es algo que te gusta?"

Ester frunció el ceño. "¿Disculpas?"

Una risa retumbó en el pecho de Alfonzo. "No. Flores".

Ester se mordió el labio. "Nunca antes me habían regalado flores. Eran malas hierbas de invierno pequeñas y resistentes, pero sí. Me gustaban". Ester puso su mano libre en el antebrazo de Alfonzo. "Algo gracioso sucedió el día que se disculparon".

Ester se preguntó por qué le temblaba la garganta cuando miró su mano. Estiró el cuello hacia un lado. "¿Qué pasó?"

"Uno de los chicos, Miguel, invitó a Shania al baile este fin de semana".

"¿Ella dijo que sí?"

Ester rió levemente. "Sí. Todavía no puedo creerlo".

Ester sintió que Alfonzo se tensaba ligeramente y lo miró a la cara para verlo fruncir el ceño mientras miraba al frente. "¿Alguien te ha invitado al baile?" preguntó firmemente.

Ester casi se echa a reír a carcajadas. "¡No, por supuesto que no! Nadie quiere ir con la montañesa flacucha que no habla mucho... Además, no creo que confíe en ellos..."

"No hay nada malo en ti, Ester", afirmó Alfonzo con firmeza. "No te menosprecies".

Ester se mordió el labio una vez más. ¿Por qué había preguntado Alfonzo sobre el baile? ¿Deseaba llevarla?

"Nunca he ido a un baile", admitió en voz baja.

Salieron al porche de Chepina y Ester vio a Alfonzo pasar una mano por su cabello, haciendo que cayera sobre su frente. "Solo quería ir a ver cómo estabas, Ester. Te ves bien..." El color se elevó en las mejillas de Alfonzo. "Bien descansada, quiero decir."

Ester estaba confundida por él. ¿Sentía Alfonzo lo que ella sentía cuando estaban juntos? Ella *no* quería ser una organización benéfica. No quería que él la viera simplemente como alguien que necesitaba su ayuda, su lástima.

"Alfonzo, aprecio todo lo que has hecho por mí, de verdad... Pero no necesito que me cuides... No quiero que desperdicies caridad conmigo".

Alfonzo levantó la mano y Ester se quedó en silencio. "¿De qué estás hablando? ¿De caridad?"

Ester movió los pies y tiró de la cesta de su brazo. "Ya no *tienes que* hacer nada más por mí".

Alfonzo la miró fijamente durante un momento. Su expresión era de dolor. "Bueno, esta bien entonces."

Alfonzo empezó a darse la vuelta, pero la puerta se abrió y salió Chepina. "Alfonzo, creí escuchar tu voz. Necesito tu ayuda".

Alfonzo suspiró. "¿Qué necesitas?"

"¿Interrumpí algo?" preguntó Chepina, mirando de un lado a otro entre ellos.

Ester negó suavemente con la cabeza mientras luchaba por contener las lágrimas de frustración y confusión.

"¿Qué necesitas, tía Chepina?" Alfonzo volvió a preguntar.

Chepina frunció el ceño pero les indicó que entraran. "No puedo alcanzar mi lata de especias. Podría subirme al mostrador pero..."

"No seas tonta", la regañó Alfonzo suavemente. "Te caerías y romperías algo".

Chepina le dio un manotazo en el brazo con suavidad. "Respeta".

El trío entró en la cocina, pero Ester deseaba poder estar en cualquier otro lugar. Estar tan cerca de Alfonzo pero sentir que él estaba tan lejos era un dolor que nunca había experimentado antes, y Ester sabía un par de cosas sobre el dolor.

Chepina señaló su lata que estaba encima de un armario. Sin muchos problemas, Alfonzo lo agarró y lo puso en las manos de su tía que esperaba.

"Gracias, Alfonzo".

"No fue nada", se encogió de hombros Alfonzo. Luego los labios se curvaron en una mueca. "Aparentemente hago demasiada caridad".

Shania se rió mientras entraba a la cocina. "No, no lo haces. Eres lo suficientemente amable, pero no te llamaría caritativo. Un recluso antisocial es más como eso".

Ester tragó saliva cuando los ojos de Chepina la perforaron antes de agrandarse. "¿Es eso por lo que salí?" exigió Chepina. "¡Ester, tienes que dejar de ser mala con Alfonzo!"

La mandíbula de Ester cayó. Alfonzo dio un paso adelante. "No, tómatelo con calma..."

Chepina puso su lata de especias sobre la mesa y sus manos se fueron a sus amplias caderas. "¿Todavía estás molesto por lo que dijo esa vaquilla en la modista? ¡Ojalá dejaras de preocuparte por eso!"

Ester sintió lágrimas ardiendo detrás de sus ojos y luchó contra ellas con todo lo que tenía. Ella sólo quería ser valiosa para alguien. Ester quería ser especial para al menos una persona en el mundo. Nunca en su vida había sabido cómo se sentía eso.

"Yo..." Ester se retorció las manos y deseó poder desaparecer mientras Alfonzo la estudiaba atentamente.

El reconocimiento finalmente amaneció en sus ojos marrones y su mandíbula se endureció. "Ester, ¿vendrás a dar un paseo conmigo?"

Ester no pudo leer su expresión o su tono. "¿Estás enojado?" Ella susurró.

Alfonzo se quejó. "Sabes que no me gusta esa pregunta." Movió los pies mientras la miraba. "¿Me tienes miedo?"

"Por supuesto que no", respondió Ester, sabiendo que era la verdad.

"Entonces ven a dar un paseo conmigo".

Ester asintió. No podía explicarlo, pero sabía que dondequiera que estuviera Alfonzo, ella quería estar.

"Diviértete, Ester", gritó Chepina con picardía.

Ester se sonrojó y siguió a Alfonzo por la puerta. Caminaron en silencio hasta que llegaron a un banco detrás de la oficina de telégrafos en las afueras de la ciudad.

Alfonzo se reclinó hacia atrás, sus largas piernas estiradas y su camisa de piel de ante ceñida sobre su estómago delgado y su amplio pecho. Ester se quedó sin aliento. Seguro que era algo para mirar.

"Ester, soy un hombre reservado. No me abro y no dejo que la gente se acerque demasiado...", comenzó Alfonzo con firmeza. "Lo siento si te he confundido desde que estás aquí, pero,

sinceramente, yo también estoy bastante confundido. Estaba perfectamente contento con mi vida y con la forma en que eran las cosas... hasta que llegaste".

Ester no estaba segura de si eso era bueno o malo, su tono hacía que fuera imposible saberlo.

"Quiero asegurarme de que sepas que significas más para mí que la caridad, Ester. Mucho más..."

Alfonzo gruñó por lo bajo y se pasó la mano por el cabello una vez más. "Maldita sea, señora, no soy bueno con los sentimientos y las palabras. Como dije antes, soy un hombre simple. Ojalá pudiera decir las cosas mejor..."

Ester parecía no poder hablar. Era como si hubiera olvidado cómo hacerlo. Alfonzo tiró de la manga de su camisa. "¿No vas a decir nada?" suplicó.

Ester estaba temblando, su garganta se sentía seca y su estómago revoloteaba. Habló antes de tener tiempo de darse cuenta de que iba a hacerlo y una vez que las palabras salieron de su boca, Ester se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo con Shania y que la naturaleza impulsiva de la chica se estaba contagiando.

"Llévame al baile".

Capitulo 11

Alfonzo parpadeó varias veces, tratando de procesar la demanda que acababa de lanzarle.

¿El baile?

Los ojos de Ester seguían vacilando mientras luchaba por sostener su mirada. Sus mejillas estaban rojas y estaba abusando de su labio inferior con los dientes.

Alfonzo tuvo que admitir que pintó una imagen muy linda mientras se sentaba allí haciéndole saber lo que quería. Estaba feliz de que ella se sintiera lo suficientemente cómoda con él para hacerlo. Pero.....

¿El baile?

¿Alfonzo acababa de abrirse a ella y derramar su corazón más que nunca antes y ella estaba preocupada por un baile?

"Yo no voy a bailes sociales", se quejó Alfonzo. Había estado en tres de ellos en su vida y odiaba a cada uno de ellos.

Mujeres batiendo sus pestañas, adulando a los solteros como yeguas enamoradas en celo con la esperanza de arrebatarle un marido. Hombres alardeando y fanfarroneando. Chismosos moviendo la lengua. Multitudes Ruido... No. Alfonzo odiaba los bailes sociales.

"Oh..." La cara de Ester cayó. "Si, por supuesto. Lo siento. No debería haberlo soltado así".

"No lo hagas", lo regañó Alfonzo suavemente. "No hagas disculpas y excusas por pedir algo".

"Está bien..." murmuró Ester, bajando la mirada.

Alfonzo suspiró. "Odio esos bailes, Ester. No me gusta estar rodeado de mucha gente".

"Está bien", repitió Ester, su voz más fuerte. "De verdad, Alfonzo. Está bien".

Alfonzo frunció el ceño. Puso su dedo debajo de su barbilla y levantó su mirada hacia la suya. Ella *parecía* estar bien. "Si yo fuera el tipo de hombre que va a los bailes, no aceptaría a nadie más que a ti", ofreció.

Una sonrisa temblorosa curvó las mejillas de Ester y antes de que Alfonzo pudiera detenerse, se inclinó hacia delante y le dio un suave beso en los labios. El corazón de Alfonzo latía con fuerza y sus manos temblaban mientras se alejaba.

Santo infierno... Había besado a mujeres antes... pero nunca en veintisiete años de vida había sentido algo como lo que ese pequeño roce de labios le hizo.

Los ojos marrones de Ester se abrieron lentamente y la sorpresa en ellos era obvia. "Nunca pienses que no eres especial para mí, Ester..." Le aseguró Alfonzo, su voz tensa. "Lo eres. Nunca me había sentido así antes".

Se humedeció el labio tembloroso. "Yo tampoco."

Alfonzo sintió un fuerte impulso de besarla de nuevo, pero se resistió. Necesitaba darle tiempo a Ester, diablos, darse tiempo a sí mismo, antes de ir demasiado lejos.

Levantándose lentamente, Alfonzo ayudó a Ester a ponerse de pie. "Vamos a sacarte de este frío".

Alfonzo extendió su brazo y Ester una vez más pasó el suyo. La sostuvo más cerca de su costado mientras se dirigían a la pensión. Una vez en la puerta, Alfonzo le dio un tierno beso en el cabello, respirando el aroma de lavanda antes de distanciarse.

Cuando entraron en la cocina, Alfonzo puso los ojos en blanco. Su tía estaba de pie allí con un brillo de complicidad en los ojos y una sonrisa en el rostro.

"¿Tuviste una buena *charla*?"

Alfonzo notó que el rostro de Ester estaba rojo como una llama. "Creo que aclaré algunas cosas", respondió Alfonzo.

"Bueno, eso es bueno", guiñó Chepina. "Ester, cariño, ya que tus lecciones de costura no han ayudado mucho, intentaremos cocinar hoy".

"Yo... puedo coser un poco..." murmuró Ester, claramente avergonzada.

Alfonzo se rió entre dientes. "Hornear", afirmó. "Déjala hornear". Sabía que su tía hacía todo lo posible por enseñarles habilidades a sus niñas para ayudarlas a ganar dinero. "Ester me hizo la mejor tarta de manzana que he comido. Mejor que la tuya, tía Chepina, y eso ya es decir".

Chepina frunció los labios ante su sobrino antes de volver su atención a Ester. "¿Tú horneas?"

Estaba claro que Ester no estaba segura de cómo tomar el elogio de Alfonzo mientras se sonrojaba. "Le hice un pastel a Alfonzo".

"Y con gusto pagaría por otro", dijo Alfonzo, disfrutando de la forma en que se iluminaron los ojos de Ester. "Estaría dispuesto a apostar que otras personas también lo harían".

"No te haría pagarme por un pastel", susurró.

Alfonzo le sonrió. Dejó que las yemas de sus dedos bailaran sobre su mejilla, recordó que tenía público y se dirigió a la puerta. "Nos vemos, Ester".

Alfonzo se abrió paso rápidamente por el camino, ansioso por escapar antes de que su tía hiciera algo para avergonzarlo. Fue tomado por sorpresa cuando Legarda lo detuvo en el paseo marítimo.

"¿Has ido a ver a Ester?"

Alfonzo miró a la rubia. Llevaba tres años viviendo con Chepina y le gustaba entrometerse en los asuntos de los demás. Por lo general, Alfonzo odiaba a las personas como ella, pero ella era prácticamente de la familia, por lo que Alfonzo generalmente la toleraba.

"Sí, lo hice y estaba de camino a casa".

Alfonzo intentó esquivarla, pero ella se mantuvo firme. "¿Te contó sobre el baile?"

"Ella lo mencionó", respondió Alfonzo, deseando poder escuchar lo último sobre ese baile.

"¿Mencionó por casualidad cuánto significaría para ella ir a ese baile?"

Alfonzo frunció el ceño. "No...."

Legarda puso los ojos en blanco. "Los hombres seguro que son ignorantes. Ella nunca ha ido a

un baile, Alfonzo. La mantuvieron encerrada en esa cabaña de la montaña y nunca experimentó nada. Se muere por *vestirse*, escuchar la música y hacer algo que nunca hubiera podido hacer si ella no hubiera escapado".

Alfonzo se quejó. "Entonces ella puede ir", murmuró. El no era su guardián. Ella no necesitaba su permiso.

Legarda respiró hondo como para calmar su temperamento. "Dado que esto es nuevo para ti, te ayudaré con tu vida amorosa solo por esta vez", ofreció amablemente.

Alfonzo la miró fijamente. "Por favor, no lo hagas".

Legarda parecía imperturbable. "A Ester le está yendo bien en casa de Chepina. Realmente lo está. Está aprendiendo cosas y comenzando a salir un poco de su caparazón. Pero tiene miedo. Tiene miedo de la gente, de las multitudes, de demasiado ruido. El más mínimo grito la aterroriza. Y ella casi salta fuera de su piel si la gente accidentalmente la choca en la calle.

"Pero tú, la haces sentir segura. Ella ha puesto mucha fe en ti, Alfonzo Prieto, ya sea que alguno de ustedes se dé cuenta de eso o no. Ester no irá al baile sin ti, pero creo que sería egoísta de tu parte dejar que eso suceda solo porque no te *gustan* los bailes".

"¿Ya terminaste?" Alfonzo se quejó.

"Sí."

"Eres terriblemente malditamente insistente".

"Y eres terriblemente ciego, terco y obstinado en tus caminos. Pero está bien. Escuché que Clarence Tackett estaba pensando en cortejar a Ester. Tal vez ella también se sienta segura con él y la lleve a bailar".

Alfonzo sintió celos, una nueva emoción para él, arder a la vida en sus entrañas. ¿Clarence Tackett? Ese bastardo que casi suspiró necesitaba mantener sus manos alejadas de lo que pertenecía a Alfonzo.

Si el baile significaba tanto para Ester, ¿por qué diablos no lo había dicho? Alfonzo no era muy bueno leyendo sutilezas. Necesitaba que ella le dijera lo que quería, y si era algo que significaba mucho para ella, necesitaba asegurarse de que lo entendiera.

Era lo suficientemente hombre como para admitir que haría casi cualquier cosa para hacerla feliz, esa sonrisa suya era una obra maestra.

Sin otra palabra, Alfonzo dio media vuelta y regresó a la pensión. Entró en la cocina y Ester levantó la vista de la masa de pastel que estaba extendiendo.

Alfonzo sonrió, incapaz de evitar hacerlo mientras la miraba con harina en la nariz. "Sí", afirmó.

Ester frunció el ceño cuando Chepina y Shania compartieron una sonrisa. "¿De qué estás hablando?" ella preguntó.

Alfonzo se encogió de hombros. "Sí. Te llevaré al baile".

La sonrisa que iluminó el rostro de Ester la hizo brillar como un diamante y Alfonzo casi se traga la lengua. "Sí... bueno... te veré entonces", tartamudeó antes de salir tambaleándose por la puerta y sentirse tan incómodo y nervioso como un niño de escuela.

Pero era un colegial nervioso con una sonrisa... Tal vez este baile no sería tan malo, la compañía definitivamente sería mejor.

Capitulo 12

En el momento en que Alfonzo accedió a llevar a Ester al baile, el tiempo se hizo más lento. Solo había pasado un día y necesitaban pasar cuatro más antes del día del baile, pero Ester quería ver a Alfonzo ahora.

Él *había* dicho que quería otro pastel y ella tenía uno recién horneado en la cocina... Caminar hasta la cabaña de Alfonzo tomaría algunas horas, pero aún era temprano y el día ya era inusualmente cálido. Ester estaba acostumbrada a caminar y disfrutaría haciéndolo hoy.

Deslizándose en su nuevo vestido de cambray azul que la Sra. Chepina de alguna manera había logrado salvar, Ester miró su reflejo en el espejo. Había estado lejos de su padre durante una semana y media y ya podía ver la diferencia.

Tenía un brillo más saludable en su piel pálida y los círculos oscuros alrededor de sus ojos azules habían desaparecido. Las comidas regulares también hicieron que su cuerpo comenzara a llenarse lentamente.

Ester se preguntó si a Alfonzo le gustaban los cambios en ella.

Ella sonrió al recordar su beso el día anterior. Nunca había sabido que un beso en sus labios podría parecer que llegaría claro a su corazón. Ester nunca había visto ternura o amor tierno entre un hombre y una mujer.

Ella hizo una pausa. ¿Ella amaba a Alfonzo? ¿Él la amaba? Ester no lo sabía, pero estaba ansiosa por averiguarlo, por aprender más sobre el lado bueno de la vida.

Ester se puso los botines nuevos que Chepina le había comprado y se puso el abrigo raído. Afortunadamente, pudo conseguir su pastel y pasar desapercibida de la casa. Si alguien la hubiera visto, probablemente habría insistido en venir y Ester no quería eso.

A Alfonzo parecía gustarle la privacidad y era más abierto con ella cuando no había nadie cerca.

La caminata fue larga, pero a Ester le hizo bien dejar atrás la ciudad y respirar el aire libre.

Los nervios atacaron su estómago cuando vio el humo de la chimenea. Casi corrió hacia el otro lado cuando la cabaña y el granero de Alfonzo quedaron a la vista. ¿Y si Alfonzo no la quisiera allí? ¿Qué pasaría si él se enojaría porque ella lo molestara en casa?

Ester se obligó a dominar ese miedo y tragó saliva. Alfonzo había dicho que ella era especial. Él había dicho que ella significaba mucho para él. Él la había besado... Una sonrisa curvó sus labios ante el recuerdo. Seguramente estaría feliz de que ella hubiera venido de visita.

Ester se dirigió hacia la casa hasta que escuchó una voz en el granero. ¿Tenía compañía? Ester se pasó la cesta al otro brazo. Esperaba no estar interrumpiendo nada importante.

"¿Alfonzo?" ella llamó vacilante.

La cabeza de Alfonzo salió del granero. "¿Ester?" Una sonrisa de sorpresa iluminó su rostro, resaltó sus rasgos toscos y robó el aliento de Ester. Estaba sucio y era evidente que había estado trabajando.

Ester se mordió el labio. "Espero no estar interrumpiendo. Te escuché hablar..."

Alfonzo negó con la cabeza. "Nunca interrumpirías nada. Me gusta más tu compañía que la de cualquier otra persona con la que estaría hablando". Se encogió de hombros. "Solo estaba charlando con los caballos".

Ester sintió como si su corazón fuera a salirse disparado de su pecho. ¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo un hombre tan amable y gentil se había enamorado de una montañesa como ella?

Ester ni siquiera sabía que existían hombres como Alfonzo.

Se dirigió hacia ella y el corazón de Ester se aceleró cuando le dio un tierno beso en el cabello. Mientras se alejaba, miró a su alrededor y la sonrisa de Alfonzo se convirtió en un ceño fruncido. "¿Cómo has llegado hasta aquí?"

"Yo... yo caminé".

"¿Sola?" La voz de Alfonzo se elevó. "¿Tienes alguna idea de lo tonto y peligroso que fue eso? Podrías haber sido..."

La molestia de Alfonzo se apagó. Ester estaba tratando de contener las lágrimas mientras levantaba las manos protectoramente y hacía una mueca hacia atrás.

Estaba segura de que Alfonzo la iba a golpear.

En cambio, dejó escapar una maldición amortiguada antes de lanzarse hacia adelante y tirar de ella en un tierno abrazo. La cabeza de Ester estaba apoyada contra su pecho y el latido constante de su corazón calmó lentamente su miedo.

"Diablos, Ester…" susurró. "Nunca vuelvas a mirarme así. Nunca te pondría una mano enojado. Nunca te lastimaré, Ester".

"Lo sé…" le aseguró. Y lo hizo, pero los viejos hábitos se resistieron a morir y ella había aprendido hacía mucho tiempo que la voz enfadada de un hombre a menudo llegaba justo antes que sus puños enfadados.

Alfonzo se apartó lentamente y Ester no pudo evitar notar lo apretada que estaba su mandíbula. "Salir aquí sola *fue* peligroso, Ester, pero estoy feliz de verte. Estaba preocupado, eso es todo. No debí haberte gritado. No quiero que te pase nada malo...". Su mano a través de su cabello y Ester supo que estaba tratando de ser abierto con sus sentimientos y eso era nuevo para él. "No quiero perderte".

Ester se encontró luchando por contener las lágrimas una vez más, pero estas eran de felicidad... así como de culpa.

"Lamento haber venido sola, Alfonzo. Ni siquiera pensé en el peligro y sé que debería haberlo hecho... Solo quería verte".

Alfonzo suspiró y colocó un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja. "Y me alegro de que estés aquí. En el baile, te presentaré a mis amigos Frank y Adolfo. Son muy buenos hombres y viven muy cerca de la ciudad. Cuando quieras venir a verme, ellos pueden traerte aquí a salvo".

Ester asintió. Si Alfonzo confiara en ellos, Ester conocería a sus amigos y les daría una oportunidad. Confiaba en el juicio de Alfonzo.

Alfonzo pareció notar la canasta por primera vez. Sus fosas nasales se ensancharon. "¿Me trajiste

un pastel?"

"Sí. Mencionaste que querías uno ayer".

La sonrisa de Alfonzo volvió. "Eres una maravilla de mujer."

Ester sonrió. Alfonzo dio un paso atrás y se aclaró la garganta. "¿Por qué no llevas ese pastel y yo estaré dentro en un minuto? Voy a ir al arroyo y limpiar".

Ester asintió y se dirigió a la cabaña, feliz de que Alfonzo estuviera complacido de verla y lamentando haberlo preocupado. Él estaba en lo correcto. Había corrido un gran riesgo. Si su padre hubiera estado en ese camino...

Ester respiró hondo para tranquilizarse. Solo tenía que estar agradecida de que él no lo hubiera estado y recordar que no debía volver a ser tan descuidada.

***

Alfonzo se sintió como el trasero de un caballo gigante mientras caminaba hacia el arroyo.

Ester, la mujer que lo tenía atado y pensando en un futuro, había venido a pie todo el camino solo para verlo y ¿qué había hecho? ¡Él le había gritado!

Alfonzo no era un hombre que gritara, o al menos no lo hacía habitualmente. Pero, la idea de que Ester estuviera ahí sola y ese bastardo le pusiera las manos encima...

Le irritó el temperamento y le heló la sangre, todo al mismo tiempo.

Con un gruñido, Alfonzo se echó agua en la cara, se enjuagó las manos y regresó a la cabaña. Cuando entró y vio a Ester de pie junto a la mesa con una sonrisa en el rostro, Alfonzo supo que estaba bien.

Su rostro sonriente saludándolo después de un largo día de trabajo era lo que deseaba para siempre.

Maldición.

Hace dos semanas, si alguien le hubiera dicho que encontraría a una mujer con la que quería pasar todos los días del resto de su vida, Alfonzo lo habría acusado de estar loco. Y, sin embargo, aquí estaba, preguntándose si era demasiado pronto para pedirle a Ester que fuera su esposa.

"Espero que no te importe. Recordé dónde estaba todo", dijo Ester, señalando hacia la mesa.

Solo entonces Alfonzo notó los dos platos llenos de pastel sobre la mesa. Se le hizo agua la boca. "Eso está más que bien para mí", le aseguró con una sonrisa.

Alfonzo se acercó a la mesa y acercó su silla antes de sentarse frente a ella. "Te alegrará saber que Cain está disfrutando de tener un nombre real", dijo Alfonzo antes de meterse un gran bocado de pastel en su boca.

Sus ojos se cerraron y gimió. Maldita sea, esa mujer horneó puro cielo.

El rostro de Ester se iluminó con sorpresa. "¿Mantuviste su nombre?"

Alfonzo gruñó antes de tomar otro bocado. "Sí. Creo que le gusta más que caballo".

"¿Puedo aprender a montar hoy?"

Alfonzo asintió. "No veo por qué no. Solo déjame disfrutar de este pedazo de cielo y saldremos a montar".

***

Alfonzo estaba orgulloso de lo rápido que Ester parecía aprender a montar. Ella había recordado sus advertencias anteriores acerca de confiar en la manguera para ganarse su respeto y Cain había tomado a Ester rápidamente. La yegua de cuerpo pequeño encajaba bien con la diminuta mujer.

"Probablemente deberíamos regresar a la ciudad", dijo Alfonzo malhumorado cuando se dio cuenta de lo bajo que se hundía el sol en el cielo. Apenas lograrían regresar antes del anochecer.

Alfonzo deseaba que Ester pudiera quedarse con él y nunca tener que irse.

Algún día, se prometió a sí mismo. Algún día Ester sería su esposa.

Sabía desde el principio que Ester sería una buena esposa para alguien, ahora sabía que ese alguien era él mismo.

Alfonzo ayudó a Ester a volver a montar en la silla de Cain y se tomó un momento para mirar a la mujer. El tiempo que había pasado en casa de Chepina hasta ahora había sido bueno para ella.

Su belleza, una vez dominada por el miedo y la delgadez, realmente comenzaba a brillar. Era la mujer más hermosa que Alfonzo había conocido.

"¿Qué estás mirando?" preguntó Ester, moviéndose en la silla.

Alfonzo se dio cuenta de que había estado mirando y rápidamente desvió la mirada. Saltó sobre la espalda de Kaiser y se pasó la mano por el pelo. "Vamos a la ciudad y probemos tu nuevo talento".

Ester sonrió. "¿Soy buena en eso?"

Alfonzo asintió y la condujo por el sendero. Deberías conocerme lo suficiente para saber que no digo cosas que no quiero decir.

Ester mantuvo la conversación durante todo el camino a la ciudad. Por una vez, que interrumpieran su silencio no molestó a Alfonzo. Disfrutó del sonido de su voz y de las intuiciones en su mente que permitían sus conversaciones.

Desafortunadamente, el viaje a la ciudad pareció terminar más rápido de lo habitual. Estaban pasando por la tienda de ropa de la Sra. Palacios cuando el horror mismo salió. "Alfonzo, es bueno verte", dijo.

Alfonzo apenas logró asentir cortésmente en respuesta. Después de la forma en que la mujer había tratado a Ester, no quería nada más que darle una rápida patada en el trasero.

"¿Asistirás al baile, Alfonzo? Sé que Chendalla ha hablado de poco más".

Alfonzo refunfuñó y luego sonrió. Se sentó más derecho. "Sí. Lo estaré. Creo que conoces a mi cita, ¿la señorita Ester Spinelly?"

Le sonrió con orgullo a Ester mientras sus mejillas se sonrojaban y parecía lista para estar en cualquier otro lugar. La Sra. Palacios, sin embargo, parecía apta para estar atada. Prácticamente podía ver el humo saliendo de sus oídos.

"Sí... bueno... es muy *caritativo* de tu parte renunciar a tu noche para mostrarle a un campesino

desfavorecido de la montaña un buen momento".

Alfonzo simplemente se rió entre dientes. "Vamos, Ester. Que tenga un buen día, señora".

Alfonzo notó el silencio de Ester y cuando la ayudó a salir de Cain frente a la Casa de Huéspedes, la abrazó un poco más cerca y más fuerte de lo apropiado.

"¿Qué ocurre?"

"Nada", susurró ella.

Alfonzo normalmente lo habría dejado así. Habría asumido que ella realmente quería decir que nada estaba mal porque eso es lo que dijo. Pero, estaba tratando de aprender a leer entre líneas... y *algo* andaba mal con Ester.

Supuso que sabía lo que era.

Alfonzo se agachó y la besó en la sien. "No dejes que ese viejo murciélago celoso te moleste".

Los ojos de Ester encontraron los suyos y Alfonzo deseaba tanto probar sus labios... Pero no aquí. Si Alfonzo la besaba, le costaría mucho detenerse y había demasiada gente por ahí.

"¿Estás seguro de que quieres llevarme al baile en lugar de a otra persona?"

Alfonzo respiró hondo. Tenía que ser paciente. Ester estaba protegida e ingenua en el mundo fuera de esas chozas de montaña. Por supuesto, fácilmente caería presa de mujeres como la Sra. Palacios y sus lenguas rencorosas.

"Ester, ni siquiera me molestaría con el baile si no fuera por ti".

Una sonrisa iluminó su rostro y de repente a Alfonzo no le importaron los espectadores. Se abalanzó y capturó la boca de Ester debajo de la suya.

Ella jadeó con sorpresa justo antes de que sus brazos se deslizaran alrededor de su cuello y su cuerpo se amoldara al de él.

Alfonzo no podía tener suficiente de su sabor. Quería profundizar el beso. Quería probar más de ella, toda ella.

Con un gemido, se apartó, poniendo un pie de distancia entre ellos.

"¿Qué estoy haciendo mal?" Ester cuestionó con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por los besos.

"¿Eh?" Maldición, pero el cerebro de Alfonzo no estaba funcionando bien después de ese beso.

"Siempre te apartas así... ¿qué estoy haciendo mal?"

Alfonzo se rió entre dientes. "Nada, Ester. Lo haces todo bien. Me tengo que ir ahora, está oscureciendo. Estaré en el bosque durante los próximos días, pero te recogeré aquí para el baile".

"Bueno." Ester suspiró. "Probablemente no debería ir... No tengo un vestido bonito, no como el que está en el escaparate de la tienda de ropa".

Alfonzo le puso la mano en la mejilla. "Serás la mujer más hermosa allí".

Tragó saliva ante la mirada en sus ojos azules mientras ella lo miraba.

Tanteando y casi dejándolas caer varias veces, Alfonzo agarró las riendas de Cain. "Te veré el

sábado", dijo rápidamente. Luego se alejó por el camino antes de darle a la gente del pueblo algo más sobre lo que hablar.

Capitulo 13

Los nervios ya se estaban abriendo camino a través del estómago de Alfonzo, y solo era el amanecer. Todavía tenía unas buenas ocho horas para matar antes de que tuviera que ir a la ciudad a recoger a Ester.

....y ya esa mujer era todo en lo que podía pensar.

Demonios, ella era todo en lo que había pensado desde que la encontró en su granero.

Alfonzo pasó su mano por la melena de Kaiser y dejó escapar un largo suspiro. "Estoy pensando en pedirle a Ester que se convierta en un elemento más permanente por aquí esta noche".

Se sorprendió al descubrir que le temblaban las manos. "Diablos, nunca había estado tan nervioso en toda mi vida. Extraño los días en que no necesitaba a nadie".

Cain dejó escapar un gemido corto detrás de él. Alfonzo sonrió. "Sí, creo que ella también lo vale".

Alfonzo se dedicó a acicalar y cuidar a los animales en un esfuerzo por pasar el tiempo y ocupar su mente. Sus tareas fueron interrumpidas por el sonido de un caballo que se acercaba.

¿Quién cabalgaría? Frank y Adolfo habían visitado ayer y Alfonzo nunca recibió muchos otros visitantes. A menos que Ester hubiera decidido volver a salir.

La sonrisa en los labios de Alfonzo se desvaneció rápidamente cuando salió del granero y se dio cuenta de quién era su visitante. Un hombre que no había visto en cuatro años....

Cuatro años de paz.

El bastardo que había ayudado a crearlo.

Su padre.

"Hola, Alfonzo".

Alfonzo gruñó y se quitó los guantes. "¿Por qué estás aquí?"

Victor soltó una risita mientras se bajaba de la silla. "No pierdes el tiempo con cumplidos, ya veo".

Alfonzo simplemente se encogió de hombros.

Victor había envejecido diez años en los últimos cuatro. El cabello que una vez había sido tan oscuro como el de Alfonzo ahora era más gris que negro. Su rostro bronceado por el sol parecía cuero agrietado y su cuerpo parecía torcido y desgastado.

Ya no era el montañés recto, sólido, fuerte, que con su descuido y descuido había causado la muerte de su esposa...

"Esperaba que pudiéramos hablar, hijo".

Alfonzo negó con la cabeza. "Hoy no."

Su padre nunca había sido un verdadero padre y Alfonzo había pasado gran parte de su vida

odiándolo. Ahora no podía lograr que le importara lo suficiente como para manejar el odio.

Se sentía indiferente por el hombre que tenía delante, y Alfonzo no podía molestarse en hablar con las personas que le gustaban.

Victor no parecía inmutarse. "Quiero hablar con mi hijo".

Alfonzo apretó los puños. Tal vez si le daba al hombre lo que quería, desaparecería por otros cuatro años. Con un gruñido, Alfonzo se dirigió hacia la cabaña y le indicó a Victor que lo siguiera.

Arrojó un poco de leña al fuego moribundo y se sentó a la mesa de la cocina. "¿Qué quieres, Victor?"

"Soy un hombre viejo, Alfonzo. Estoy pensando en establecerme. Cada día suena mejor".

"Entonces ve a algún lado y acomódate".

Victor se sentó frente a él y lo miró a los ojos con determinación. "Me estoy instalando por aquí, Alfonzo. Ya he visitado a algunos viejos amigos en la montaña".

"Todavía no te he oído decir qué tiene que ver esto conmigo", interrumpió Alfonzo.

Victor se movió en la silla. "Solo quería que mi hijo supiera que me quedaría".

Alfonzo inclinó la cabeza. "Ahora sé."

Alfonzo se puso de pie y se dirigió a la puerta. Victor permaneció en su silla y miró a su alrededor. "No recuerdo que fueras tan prolijo y limpio".

Alfonzo dejó que su propia mirada vagara por la cabaña, observando todos los pequeños toques que Ester había hecho. Se colocó un edredón sobre el sofá, se pulieron los muebles, se colocaron cortinas sobre las ventanas y se organizaron los platos.

Ester solo había estado en la cabaña por unas horas y de alguna manera había hecho que pareciera más un hogar.

"Puedes irte ahora", instó Alfonzo.

Volvió su atención a su padre justo a tiempo para ver que el hombre mayor usaba sus manos para robar un trozo del último trozo de pastel.

El temperamento de Alfonzo estalló. "¡Eso no era tuyo!" él chasqueó.

"Este es un pastel muy bueno". Los ojos de Victor se entrecerraron. "¿Tienes una mujer, chico? Esta cabaña está gritando mujer".

"No soy un chico y nunca antes has mostrado interés en mi vida. No empieces ahora".

"¡Diablos, hijo!" Victor golpeó la mesa con las manos y se puso de pie. "No estás casado, ¿verdad? Te enseñé algo mejor que eso".

La mandíbula de Alfonzo se abrió cuando abrió la puerta. "Nunca te has preocupado por mí, Victor. No empieces ahora. Ahora vete. Tengo planes en la ciudad esta noche".

"¿El baile?" Victor frunció el ceño. "Estás tomando a una mujer, ¿no? ¿Tienes que aprender por las malas que no se puede confiar en ellas? Tu mamá..."

"No digas una maldita palabra sobre esa mujer", gritó Alfonzo mientras daba un paso adelante. "Era una muy buena mujer que pasó su corta vida siendo desatendida, ignorada y maltratada por su esposo. No te preocupes, Victor. No planeo cometer tus errores".

Alfonzo vio como el color desaparecía del rostro de su padre.

"Cometí muchos errores, Alfonzo, pero amaba a tu mamá".

Alfonzo optó por no decir nada.

Victor caminó hacia la puerta abierta. "Un viejo amigo mío, Armando Spinelly, dice que su hija se escapó. La ha estado buscando y cree que usted puede saber dónde está".

Alfonzo se puso rígido. ¿Viejo amigo? Una razón más para no querer a su padre.

"Se equivocó", se quejó Alfonzo. "Ahora mira por ti mismo. Tengo cosas que hacer".

"Bien, me iré por ahora. Pero regresaré, hijo. Como dije, estoy buscando establecerme".

Alfonzo cerró la puerta de golpe después de que su padre salió. Se tiró en el sofá y miró fijamente al fuego.

No tenía idea de por qué su inútil padre había elegido regresar ahora, pero no estaba feliz por eso. Alfonzo *había* sido feliz. Había estado feliz y esperanzado sobre el futuro.

Luego había llegado Victor Prieto con su odio hacia las mujeres, su charla sobre establecerse y su mención a Armando. Ahora el temperamento de Alfonzo estaba irritado y temía lo que sabía que serían los próximos conflictos con su padre.

Alfonzo echó la cabeza hacia atrás. Cuando cerró los ojos, Alfonzo vio una imagen del rostro de Ester. Una sonrisa curvó instantáneamente sus labios.

Alfonzo iba a olvidarse de su padre y del estrés que sin duda crearía el hombre. Esta noche, Alfonzo se iba a concentrar en Ester y en la nueva vida que quería con ella como su esposa.

****

Victor se paró al sol y pensó en su hijo. Había sospechado que no recibiría una cálida bienvenida, pero le había ido peor de lo que le había preocupado.

Victor había cometido bastantes errores en lo que a Alfonzo se refería. Pero ahora sus intenciones eran buenas. Quería conocer a su hijo y quería lo mejor para Alfonzo.

Lo que significaba que Victor subiría a esa montaña y le diría a Armando dónde encontrar a su hija. Si había algo en lo que Alfonzo no era bueno, era en mentir.

Alfonzo planeaba ir a ese baile esta noche y la cita que estaba tomando era la hija de Armando Spinelly. Victor no vería a su hijo hacerse enemigo de los hombres en la montaña.

Y no vería cómo la mujer que amaba le arrancaba el corazón a su hijo. Victor le ahorraría a su hijo ese dolor... Ningún hombre merecía ese dolor.

Capitulo 14

Ester no había podido comer en todo el día. Sus nervios simplemente no la dejaban. Esta noche vería a Alfonzo y Ester iría a su primer baile.

Ester no tenía idea de cómo bailar... ¿avergonzaría a Alfonzo? Y seguramente estar rodeado de tanta gente sería intimidante. Si no fuera por saber que Alfonzo estaría a su lado, Ester estaría demasiado asustada.

Ester solo deseaba tener algo más hermoso que ponerse además de su sencillo vestido de guinga....

El hermoso vestido verde había desaparecido del escaparate días atrás. Ester sabía que cualquier mujer que usara ese vestido sería la mujer más hermosa allí.

"¡Ester!" La voz de la Sra. Chepina resonó desde la sala de estar.

Ester bajó corriendo las escaleras y encontró a Chepina de pie con un paquete de papel marrón en los brazos. "¿Qué es eso?" preguntó Ester.

Estaba claro que Chepina estaba fingiendo ignorancia mientras batía las pestañas. "No tengo idea. No es mío, así que no lo he abierto".

"¿De quién es? ¿Necesitas que lo entregue?"

Chepina negó con la cabeza. "Lo entregaré". Le tendió el paquete a Ester. "Y se entrega".

Ester frunció el ceño mientras tentativamente tomó el paquete en sus manos. "¿Es para mi?" Ella susurró. "¿Pero de quién...?"

Los ojos de Chepina brillaron. "Alfonzo".

Ester no podía respirar y las lágrimas llenaron sus ojos. ¿Alfonzo le había comprado un regalo? Pero él ya había hecho tanto por ella... Nadie jamás le había dado regalos, tiempo o ternura como lo hizo Alfonzo.

"Hay una nota adjunta", le informó Chepina ansiosamente, claramente tan emocionada y curiosa como lo estaba Ester.

Sin perder más tiempo, Ester sacó el sobre del paquete y lo abrió. La frustración la llenó. Si bien podía distinguir varias palabras y eventualmente podría haber pronunciado el resto, su falta de habilidad para leer le impidió leer la nota tan rápido como quería.

Con un suspiro, Ester le dio la carta a Chepina. Chepina asintió y se aclaró la garganta.

mi queridísima Ester

No soy mejor escribiendo cartas que diciendo palabras. Y tampoco soy bueno para leer entre líneas, pero el otro día estaba escuchando atentamente. Podrías usar esa ropa desgastada y hecha jirones que te encontré y aún estaría llevando a la mujer más hermosa del mundo al baile. Pero quiero que te *sientas especial.*

Espero que te guste tu regalo.

Tuyo

Alfonzo

"¡Oh, mi sobrino es un hombre tan dulce!" Chepina dijo efusivamente.

Ester se limpió una lágrima de su ojo antes de agarrar el paquete y arrancar el papel. Cuando sus ojos se posaron en esa seda verde, las lágrimas de Ester cayeron con más fuerza y la tela se desdibujó.

Alfonzo le había conseguido el vestido que había admirado desde que había llegado a la ciudad. Pero más que eso... Él se aseguraría de que ella tuviera la confianza para entrar en ese baile sin sentirse como la pobre montañesa que había sido toda su vida.

Ester sería la mujer que brillaría tan hermosamente con el reluciente vestido esmeralda.

"¡Ester, eso es hermoso!" Legarda dijo efusivamente cuando entró en la sala de estar. "¿No es ese el vestido que estabas esperando de la tienda de la Sra. Palacios?"

"Sí. Es un regalo de Alfonzo".

Legarda se rió levemente. "Apuesto a que la cabeza de la Sra. Palacios casi estalló en llamas cuando entró y lo pidió".

Ester se mordió el labio y contuvo la risa. Ella nunca había pensado en eso. Miró el vestido y luego volvió a mirar a Legarda. "¿Puedes...?"

Legarda sonrió. "¿Puedo qué?"

Ester tragó saliva y se encogió de hombros. "Ayúdame. Nunca antes me había vestido bien..."

"¡Por supuesto que te ayudaré!" Legarda le aseguró. "Shania está en el baño ahora. Ven y podemos prepararnos todas juntas".

Ester sintió como si estuviera flotando cuando Legarda le pasó el brazo por los hombros y la condujo fuera de la habitación. Su vida era diferente, mejor, de lo que jamás había pensado que podría ser. Tenía amigos y era libre de vivir sin miedo... Había comenzado a hornear y vender pasteles y ya tenía varios pedidos completos y más en fila.

Y tenía a Alfonzo, un hombre tan diferente a cualquiera que hubiera conocido que existiera. Cálido, cariñoso y considerado. Un hombre que no le gritara, ni le levantara las manos enojado ni la obligara a hacer nada.

Ester estaba construyendo su vida. La vida que su madre había deseado tan desesperadamente para ella.

"Sé lo que significa esa sonrisa". Legarda movió las cejas. "Vamos a embellecerte para que estés lista para ver a ese hombre con el que estás soñando".

Ester se sonrojó y se mordió el labio. Esperaba que Alfonzo estuviera tan emocionado por esta noche como ella.

****

Ester sintió como si sus nervios fueran a hacerle un agujero en el estómago mientras paseaba por la sala de estar y esperaba a que llegara Alfonzo.

Un golpe en la puerta la hizo detenerse en seco.

Shania se puso de pie de un salto. "¡Lo tengo!" Patinó hasta detenerse en la puerta, se ajustó la falda de lana y abrió la puerta.

Miguel se quedó allí con una sonrisa nerviosa en su joven rostro. "Hola, Shania. Te ves eh..." Su rostro se enrojeció. "Muy bonita".

Shania, en un momento tan fuera de lugar para ella, se sonrojó, se mordió el labio y se colocó un mechón suelto de cabello oscuro detrás de la oreja. "Gracias."

La Sra. Chepina se adelantó y saludó a Miguel. "Hola, Miguel. Confío en que cuidarás bien de Shania y la devolverás a casa antes de que sea demasiado tarde".

Miguel asintió. "Por supuesto, señora".

"Los acompañaré al baile", ofreció Legarda, poniéndose el chal. "Clarence me está esperando. Va a tocar música allí esta noche".

Ester los vio irse y reanudó su paseo. ¿Dónde estaba Alfonzo? ¿Había cambiado de opinión? ¿Le había pasado algo?

El golpe repentino en la puerta sobresaltó a Ester de su paseo y la hizo soltar un grito de sorpresa.

La puerta se abrió de golpe ante el sonido de su grito y Alfonzo irrumpió pareciendo listo para pelear.

"¡Alfonzo!" exclamó Chepina, agarrándose el pecho. "¿Qué te ha pasado?"

Alfonzo se pasó la mano por el cabello engominado y miró tímidamente a su tía. "Escuché a Ester y pensé que algo andaba mal..."

Ester sintió como si un relámpago la atravesara cuando los ojos oscuros de Alfonzo realmente se posaron en ella. "Ester…" Su voz era tensa. "Te ves..." Alfonzo se aclaró la garganta. "...muy bonita."

Ester sonrió y bajó la mirada al suelo mientras se mordía el labio. "Tú también te ves bien", murmuró ella.

Alfonzo había cambiado su piel de antes por pantalones negros y una chaqueta a juego sobre un chaleco gris. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás y era mucho más elegante y guapo de lo que Ester había visto nunca a un hombre.

"Ese vestido te queda mucho más bonito que en la tienda".

La mención del vestido hizo que Ester superara algunos de los nervios y la timidez que sentía en presencia de Alfonzo. "Alfonzo, quiero agradecerte mucho por el vestido. Nunca me había puesto algo tan bonito".

Alfonzo sonrió. Se detuvo, tomó la mano de Ester y se abalanzó para besar su sien. "Y nunca he visto una mujer más hermosa".

Alfonzo soltó su mano y extendió su brazo para que Ester pudiera pasar el de ella. "¿Estás lista, Ester?"

Ester se sacudió la niebla feliz del tierno beso de Alfonzo y lo tomó del brazo mientras su

emoción crecía. "Estoy lista."

Alfonzo miró a su tía que los observaba con adoración. "¿Vienes? Tengo un segundo brazo", ofreció.

Chepina rechazó su oferta. "No, creo que una noche tranquila me atrae más".

"Probablemente debería decirte que Victor apareció hoy. Dice que se quedará un tiempo".

Chepina resopló mientras su nariz se curvaba. "Ese idiota no te molestó demasiado, ¿verdad?"

"Puedo manejarlo", le aseguró Alfonzo suavemente, dejando a Ester con mucha curiosidad por saber quién era Victor.

Una vez que Alfonzo la estaba guiando por el paseo marítimo, Ester le preguntó.

Inmediatamente, el rostro de Alfonzo se oscureció. "Él es mi padre. No lo he visto mucho en toda mi vida y nunca ha sido un buen padre".

"¿Él te golpeó?"

Alfonzo negó con la cabeza. "No... no, él nunca fue violento. Simplemente no estaba... *presente*".

Ester odiaba la tristeza en los ojos oscuros de Alfonzo. Esta noche fue una noche de felicidad. Ella apretó su brazo con más fuerza y apoyó la cabeza contra su hombro.

"Nunca he ido a un baile, Alfonzo. Gracias por esto".

La sonrisa que le dedicó casi hizo que Ester tropezara con sus pies. "Cualquier cosa por ti, Ester".

Ester sintió como si estuviera brillando. Y ella realmente le creyó. Alfonzo no era lo suficientemente aficionado a las palabras como para perder el tiempo en las que no quería decir.

Capitulo 15

Alfonzo nunca se había sentido más orgulloso que cuando entró en ese baile con Ester del brazo.

"Hay tanta gente..." ella jadeó, abrazándolo más fuerte.

Alfonzo le dio unas palmaditas en la mano que descansaba sobre su brazo. "Estoy aquí contigo".

Sintió que Ester se relajaba y su pecho se tensaba. Demonios, había sido un solitario toda su vida, pero Ester había derribado una pared y despertado una parte de él que Alfonzo no sabía que existía.

Ninguna otra mujer lo había tentado siquiera brevemente para establecerse, pero Alfonzo sabía que al final de la noche le pediría a Ester que fuera su esposa.

"Todos son tan bonitos", jadeó Ester.

Alfonzo miró alrededor del granero lleno de gente a la masa de gente que se arremolinaba. Hablaban, comían y bailaban al ritmo de la música que llenaba el espacio polvoriento e iluminado por faroles.

Todos estaban vestidos con sus mejores galas, pero nadie podía compararse con Ester. "Están Frank y Adolfo. Ven y te los presentaré".

Alfonzo guió suavemente a Ester a través de la multitud, con cuidado de evitar que se tropezara con alguien. Sabía lo incómoda y temerosa que estaba Ester con los extraños.

"¿Alfonzo?" Frank saludó con sorpresa. "No pensamos que vendrías. No lo mencionaste ayer".

Adolfo sonrió y le dio un codazo en las costillas a Frank. "Ella debe haberlo golpeado hasta que se rindió".

Ester se hundió más en él mientras negaba con la cabeza. "Nunca lastimaría a Alfonzo".

Frank inclinó la cabeza. "Perdona a Adolfo. No quiere decir cosas estúpidas, simplemente sucede".

Alfonzo se rió en voz baja. "Es natural".

Alfonzo miró los nerviosos ojos azules de Ester y sonrió. "Ester, estos son Frank y Adolfo". Señaló a cada uno de ellos a su vez. "Han sido mis amigos desde que éramos niños. Son buenos hombres y confío en ellos. Tú también puedes, lo prometo".

Adolfo batió sus pestañas y puso una mano sobre su pecho. "Creo que eso podría ser lo más agradable que Alfonzo haya dicho sobre nosotros, Frank".

Frank se balanceó sobre sus talones. "Creo que tienes razón. Me pregunto si los cerdos del camino están volando".

Alfonzo frunció el ceño al dúo con el cerebro confundido. "Ustedes dos, esta es Ester Spinelly".

Adolfo hizo un gran espectáculo al inclinarse profundamente antes de tomar la mano de Ester y besarla. Ester casi apartó la mano de un tirón y parecía lista para correr hacia la puerta.

Adolfo, sin embargo, no parecía inmutarse. "Es un placer conocerte, Ester. Eres una belleza

incomparable y solo lamento que Alfonzo te haya visto primero".

Frank lo golpeó en la nuca y Adolfo sonrió tímidamente. "Perdónalo, por favor, Ester. Tiene buenas intenciones", le aseguró Frank.

Alfonzo observó a Ester cuidadosamente. Se preguntó qué estaba pasando en su mente protegida. La sorpresa lo llenó cuando ella sonrió y ya no se encogió contra él. "Es un placer conocerlos a los dos".

"Es bueno finalmente ser presentado de verdad", coincidió Frank.

"Te hemos estado observando desde que llegaste a la ciudad", agregó Adolfo.

Ester se mordió el labio. "¿Ustedes?"

"Sí, Alfonzo nos dio instrucciones estrictas para vigilarte y protegerte como si fueras... ¿Cuál era la palabra?" preguntó Adolfo, mirando a Frank.

Alfonzo esperaba que su amigo menos molesto le dijera a su hombre que dejara de hablar, pero en cambio, Frank mostró una sonrisa traviesa. "Tesoro. La palabra era tesoro".

Las mejillas de Ester se sonrojaron mientras bajaba la mirada para ocultar su sonrisa. "¿Tesoro?" Ella susurró. "¿En serio?"

Alfonzo se aclaró la garganta ruidosamente y se frotó el cuello. "Tan divertido como ha sido esto, estoy seguro de que Ester tiene hambre. La llevaré a buscar algo de comida".

Alfonzo rápidamente alejó a Ester de Frank y Adolfo y sintió sus ojos en él. Con un suspiro, Alfonzo la miró. Quedó impresionado en ese momento por la profundidad de la emoción que brillaba en sus ojos azules hacia él.

"¿De verdad los tenías cuidando de mí?"

Alfonzo asintió. "Sí…" Se sintió incómodo y esperaba que ella no se enojara demasiado porque la había estado observando en la ciudad. "Sabía que no podía estar allí todo el tiempo y casi siempre están por la ciudad, así que dejé que te vigilaran. No quería que tu padre se colara..."

Ester sonrió. "Gracias, Alfonzo. Gracias por preocuparte tanto por mí".

Alfonzo asintió cuando llegaron a la mesa de refrescos y le llenó una taza con limonada fría. "Me preocupo más por ti, Ester. Yo..."

"¿Alfonzo?"

Alfonzo se puso rígido y su cabeza inmediatamente comenzó a doler. Conocía ese gemido agudo.

Chendalla.

Pobre Ester. Era demasiado amable, inocente y pura para tener que aguantar a una arpía sedienta de sangre como Chendalla.

Girando lentamente, la mirada de Alfonzo se posó en la mujer que había estado jadeando tras él durante los últimos años. "Hola Chendalla".

Ella sonrió, sus impecables mejillas pálidas pintadas de rosa y llenas. "Esperaba verte aquí esta noche".

Alfonzo forzó una sonrisa cortés en su rostro. "No podría defraudar a Ester. No conoces a Ester, ¿verdad?" Alfonzo miró a Ester, que parecía confundida y bastante insegura de sí misma. "Chendalla, esta es Ester Spinelly. Ester, esta es Chendalla Palacios".

El reconocimiento apareció en los ojos de Ester cuando una vez más miró a Chendalla. Alfonzo sabía que estaba evaluando a la otra mujer. Chendalla era hermosa, era cierto. Tenía una figura de reloj de arena perfecta, piel de porcelana, cabello rojo que caía en suaves rizos y brillantes ojos verdes, pero era una serpiente. Una mujer suelta que se aprovechaba de los hombres. Seduciéndolos e intentando atraparlos para que se casen.

Alfonzo no fue tan tonto como para enamorarse de ella.

"Oh..." La voz de Chendalla estaba mezclada con veneno mientras sus ojos también miraban a la mujer que consideraba competencia. "Mi madre me dijo que recientemente habías comenzado a incursionar en *la caridad*".

Alfonzo respiró hondo. Era conocido por ser sensato. Perder los estribos en tal multitud, con una mujer, ciertamente no le ganaría ningún respeto. "Chendalla, Ester y yo estábamos tratando de disfrutar nuestra velada. Si no te importa..."

"¿Por qué no habla, Alfonzo?" Chendalla reflexionó, mirando por encima del hombro a la mujer más pequeña. "¿No aprenden a hablar en esas montañas?"

Ester agarró el brazo de Alfonzo con fuerza. "Aprendemos a hablar cuando lo necesitamos y a callarnos cuando no. No tengo nada que decir en este momento".

Alfonzo trató desesperadamente de contener la risa, pero se le escapó una risita y provocó que la sorpresa en el rostro de Chendalla se transformara en rabia. "¿Te atreves a hablarme de esa manera? No eres más que una montañés ignorante, y además fea". Chendalla dirigió su atención a Alfonzo. "Cuando estés listo para parar con esta tontería, estaré lista para bailar".

"Ciertamente lo tendré en cuenta", respondió Alfonzo con un rápido movimiento de cabeza. "Pero te sugiero que bailes sin mí. Si esperas hasta que esté listo para dejar a Ester para bailar contigo, me temo que tus zapatos se llenarán de polvo".

Chendalla estaba furiosa y Alfonzo encontró diversión en su temperamento. Observó cómo apretaba los puños mientras sus fosas nasales se ensanchaban. Claramente ella quería gritar y gritar, posiblemente incluso golpearlo. Pero ella no lo haría. Su preocupación por lo que todos los demás en el granero pensaran de ella le impediría hacer tal escena.

Dejando escapar un resoplido, Chendalla giró sobre sus talones, arrojó su cabello sobre su espalda y se alejó. Alfonzo volvió su atención a Ester. "Lo siento por ella", murmuró.

Ester estaba frunciendo el ceño. "¿Esa es Chendalla? Es muy bonita".

Alfonzo solo se encogió de hombros. "¿Tienes hambre, Ester?"

"Quiero bailar." Ella se mordió el labio. "Quiero decir... ¿Podemos bailar?"

Alfonzo quería decir que no. Demonios, él no bailaba. Nunca en su vida había bailado. Pero no podía negarle a Ester todo lo que quería. Ella lo tenía envuelto alrededor de su delicado dedo meñique y no parecía darse cuenta.

"Seguro." Sonrió y se sentó en la taza que había llenado. "Vamos a bailar."

Alfonzo la hizo girar una y otra vez y la risa que brotaba de su garganta hizo que se desvaneciera su disgusto por bailar. Ester parecía tan relajada, tan tranquila y tan feliz. Desapareció por completo, al menos por un momento, todo el miedo y la incertidumbre.

Después de tres canciones, las mejillas de Ester estaban rojas y estaba claro que estaba sobrecalentada. Alfonzo le hizo señas a Adolfo, quien rápidamente se acercó. "Ester, deja que Adolfo te lleve a refrescarte un minuto y te traeré un poco de limonada".

"Estoy bien…" comenzó Ester pero Alfonzo tomó su mano.

"¿Por favor? Quiero hablar contigo sobre algo lejos de la multitud".

Ester parecía confundida pero asintió y Adolfo hizo un gran espectáculo entrelazando sus brazos. "No te preocupes ni un poco, Alfonzo", dijo con un guiño. "Cuidaré bien de ella".

Alfonzo vio que Adolfo se llevaba a Ester y se sintió aliviado cuando ella no parecía tensa ni asustada. Quería verla sanar y ser capaz de seguir con su vida sin que su pasado la detuviera.

Alfonzo caminó hacia la mesa de refrescos y sus manos temblaron cuando llenó un vaso. Iba a pedirle a Ester que fuera su esposa... y estaba aterrorizado.

Alfonzo no se abría a la gente. Tenía miedo de exponerse a sí mismo, desnudar su corazón y sus deseos a Ester y ella lo aplastaría... Maldición, era petrificante darle a alguien ese tipo de poder.

Tomando una respiración profunda para mantener el equilibrio, Alfonzo se dio la vuelta y se encontró casi chocando con Chendalla. Ella se rió y Alfonzo supo que estaba levantando un poco más su impresionante escote con su vestido azul a propósito.

Su estómago se revolvió.

"Disculpa, Chendalla. No me di cuenta de que estabas detrás de mí".

Ella puso su mano en su brazo. "Alfonzo, dejemos este lugar. Podemos ir a un lugar más... *privado*".

Alfonzo negó con la cabeza. "Estoy aquí con Ester, Chendalla, y me iré con Ester. Ahora, si me disculpas..."

El agarre de Chendalla en su brazo se hizo más fuerte. "Deja de decir tonterías. Esa rata de montaña no puede complacerte de la forma en que yo podría".

Alfonzo sintió que se le partía la mandíbula. Sacó su brazo de su agarre y vio a Frank dirigiéndose hacia él. "Me he esforzado por ser cortés y paciente contigo, Chendalla, pero he tolerado todo lo que puedo tolerar. Estoy seguro de que algún día encontrarás un esposo. Alguien que te ame y cuide de ti... pero esta noche no es esa noche y yo no soy ese hombre".

Ella batió sus pestañas y se acercó más, frotando su cuerpo contra el de él. "Pero ni siquiera me has probado todavía, Alfonzo. Solo dame una noche y te haré cambiar de opinión".

Alfonzo había tenido suficiente. Usando su hombro, Alfonzo empujó a Chendalla, lo que provocó que la mujer perdiera el equilibrio y cayera al suelo. "Dije que no", gruñó antes de alejarse.

Débilmente, Alfonzo se dio cuenta de que Frank se reía mientras ponía de pie a una Chendalla que gruñía. No le importaba. Solo quería salir con Ester y sentir la paz de su presencia en el aire tranquilo de la noche.

Al salir del granero, Alfonzo miró a izquierda y derecha. ¿Dónde estaban Ester y Adolfo?

"Alfonzo..."

Alfonzo giró la cabeza hacia la voz débil y vio a Victor caminando alrededor del granero. La sangre brotó de un corte en la sien del hombre, corriendo por su rostro.

"¿Qué diablos pasó?" Alfonzo exigió de su padre.

"Yo... no sabía... no me di cuenta".

El miedo se apoderó de Alfonzo, especialmente cuando Adolfo dobló la misma esquina, tambaleándose y aferrándose a la pared con un bulto en la frente.

"¿Dónde está Ester?" preguntó, su cuerpo vibrando con pavor.

"Él la tomó, Alfonzo..." Victor levantó las manos, su rostro pálido y sus ojos suplicando piedad. "Pensé que era lo mejor, pero no sabía... Armando y yo éramos amigos cuando éramos niños, pero no lo había visto mucho en más de treinta años... No sabía que la lastimaría".

"¿¡Lastimarla!? ¿Trajiste a Armando aquí?" Alfonzo estaba gritando pero no le importaba. Se abalanzó sobre su padre, lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrojó contra la pared del granero. "¿Dónde? ¿Dónde está Ester?"

Las lágrimas cayeron de los ojos de Victor. "Él la llevó a la montaña... Por favor, Alfonzo... Te juro que no sabía que la lastimaría. Te estaba protegiendo".

Alfonzo apretó el puño. Todo en él quería lastimar al hombre frente a él. Pero eso no resolvería nada... y cada momento que desperdiciaba aquí con Victor era un segundo más que Ester sufría a manos de Armando.

Frank salió corriendo por la puerta. "¡Adolfo!" gritó antes de correr hacia su compañero y ayudarlo a sostener su peso. "¿Quien hizo esto?"

"Armando," siseó Alfonzo. Y tiene a Ester.

Alfonzo dio media vuelta y se dirigió hacia la yegua. "¿Adónde vas?" exigió Frank.

"A recuperarla".

"No puedes", respondió Frank. "La montaña tiene sus propias leyes, Alfonzo, lo sabes. Ester es su hija. Ella es su propiedad. No te permitirán cabalgar hasta allí y llevártela".

Alfonzo se detuvo. Frank tenía razón. Alfonzo tenía que asegurarse de que, hiciera lo que hiciera, nadie pudiera decir que había robado la propiedad de Armando; solo pensar en Ester de esa manera le ardía las tripas.

Luchando por formar un pensamiento o plan claro con tanta ira y miedo nublando su mente, Alfonzo respiró hondo y se pasó la mano por el cabello oscuro.

Tenía que jugar según las reglas de la montaña. Dado que Ester era la hija de Armando, ella era propiedad de él hasta que se casara, luego se convertiría en propiedad de su esposo.

Dándose la vuelta, Alfonzo se apresuró a regresar al granero. Examinó la multitud hasta que sus ojos encontraron a Peter Empire. Un joven bajito y delgado con una lengua adecuada y anteojos. Era el predicador más nuevo en llegar a la ciudad y era conocido por ser menos rígido en su forma de pensar.

Alfonzo se acercó a él con una misión. "¿Peter? Necesito tu ayuda".

Peter se subió las gafas sobre la nariz y asintió. "Haré lo que pueda. ¿Qué necesitas?"

Alfonzo tragó saliva. Odiaba hacer esto. ¡Diablos, no había querido que las cosas sucedieran así! "Necesito que realices un matrimonio".

Capitulo 16

Ester se estremeció sobre el piso de tierra de la choza de su padre. El miedo, el dolor y el frío hicieron que su cuerpo se estremeciera mientras se abrazaba con fuerza y observaba el paso del gigante enojado.

"Todos estos años, te he provisto, te he cuidado, me he asegurado de que tengas comida y ropa y ¿cómo me pagas?" gruñó. Caminó cerca y se agachó, el olor a licor espeso en su aliento. "¡Convirtiéndote en una puta! ¡Una jezabel! ¡Huyendo de mí cuando más te necesitaba y abriendo tus piernas para un hombre del valle!"

Ester sabía que nada de lo que ella dijera aliviaría su temperamento. No había forma de razonar con Armando Spinelly cuando estaba borracho.

Su padre dejó escapar otro gruñido de enfado y movió la mano, golpeándola con fuerza en la mandíbula.

Ester dejó escapar un gemido cuando su cuerpo fue arrojado hacia un lado. Se acurrucó sobre sí misma en el suelo y sollozó en la tierra. No había un lugar en su cuerpo que no doliera. Los puños y pies furiosos de su padre no le habían mostrado piedad.

Su mirada seguía regresando al lugar exacto en el piso de la choza donde su madre había muerto. ¿Ese sería también su destino?

Cuando su padre se alejó y reanudó su paso agitado, Ester cerró los ojos y trató de bloquear el dolor. Una imagen de Alfonzo pasó por su mente.

Sin duda, el hombre estaba frenético por la preocupación, pero Ester dudaba que la encontrara a tiempo. Estaba casi segura de que su padre había matado a Adolfo, por lo que no habría nadie que le dijera a Alfonzo quién se la había llevado.

Sintiendo que la desesperación amenazaba con apoderarse de ella, Ester obligó a su mente a otras cosas. Pensó en la vida que había estado construyendo. Chepina, Shania y Legarda. Pensó en las lecciones de lectura que nunca terminaría. Los pasteles que ella nunca horniearía.

Pensó en Alfonzo y se preguntó qué podría haberles sucedido. ¿Cuál hubiera sido su futuro si su padre no la hubiera encontrado?

Una leve sonrisa curvó sus labios cuando Ester pensó en el baile. La forma en que Alfonzo parecía tan orgulloso y feliz de estar sosteniéndola cerca y haciéndola girar. Pensó en la forma en que él la había mirado: se había sentido realmente especial y querida toda la noche.

Y ella no había estado tan asustada como pensó que estaría. Adolfo y Frank habían sido buenos hombres, tal como había dicho Alfonzo, y todos en el baile habían sido cordiales y educados. Nadie la había juzgado u odiado simplemente porque era una extraña, es decir, nadie, excepto Chendalla.

La ira comenzó a llenarla.

Ester no quería morir.

Quería volver a la vida que había estado construyendo. De vuelta con sus amigos y de vuelta con

Alfonzo.

¿Qué derecho tenía el padre borracho de quitarle eso?

Lentamente, dolorosamente, Ester se puso de pie, usando la pared áspera detrás de ella para aliviar la presión de sus piernas temblorosas. Se acercó a la puerta. Ester no tenía ninguna duda de que no era lo suficientemente fuerte para salir de la montaña... Moriría allí en su intento de escapar.

Pero al menos moriría luchando por su libertad. Ella simplemente no permitiría que este hombre, o cualquier otro hombre, le quitaran la vida sin luchar.

Ester apenas pudo dar más de tres pasos tambaleantes antes de que su padre se volviera y gruñera. "¿A dónde crees que vas?"

"Atrás..." La voz de Ester tembló y respiró hondo, segura de que su corazón iba a latir con fuerza fuera de su pecho. "Voy... v... vuelvo a la ciudad".

Armando caminó hacia ella, su cálido aliento rancio y asqueroso contra su rostro. "¿Por qué? ¿Para que puedas ser su puta un poco más? ¡Tu padre te necesita aquí!"

Ester estaba temblando tan violentamente que sus dientes chasquearon, pero no podía retroceder. Ella estaría muerta si se quedaba aquí... lamentablemente, ella también estaría muerta si se fuera.

"Yo... voy a volver con Alfonzo, pa..."

"¡Alfonzo!"

Armando levantó el puño y Ester se preparó para el dolor de su golpe, pero nunca llegó.

Antes de que su mano enojada pudiera caer, una voz gritó desde la oscuridad exterior. "¡Armando Spinelly! ¡Sal y habla conmigo!"

Alfonzo!

La esperanza floreció dentro de Ester, pero, al mismo tiempo, también lo hizo el miedo. ¿Y si su padre le hacía daño? ¡Ester no valía eso! ¡No podría soportar que algo le pasara a Alfonzo por su culpa!

El rostro de su padre palideció bajo su barba oscura. Él se alejó de ella y sus ojos recorrieron la choza de una habitación, obviamente con la esperanza de escapar.

"Abre la puerta, Armando", llamó Alfonzo, su voz uniforme y tranquila. "No me hagas abrirla yo mismo".

Ester podía decir que su padre tenía miedo. Era algo que nunca había visto hacer a su padre antes. Ella no sabía que él era capaz de tener miedo. De alguna manera, la hizo sentir menos impotente saber que Armando Spinelly no era tan indestructible como había pensado que era.

"¿Por qué estás aquí, Alfonzo?" Armando gritó desde detrás de la puerta cerrada.

"Sabes por qué estoy aquí, Armando", respondió Alfonzo, su voz aún tan tranquila como un estanque de montaña. "Devuélveme a Ester".

El corazón de Ester tartamudeó dentro de su pecho. Él estaba aquí por ella... ella lo sabía, pero escucharlo decirlo causó que una emoción la atravesara como nunca lo había sabido. Pero no

podía soportar verlo herido, no por ella.

"Pa... pa, solo déjame ir..." susurró Ester.

Armando gruñó, escupió en el suelo de tierra y la agarró del brazo. Ester dejó escapar un grito de dolor y sintió que la arrastraban hacia la puerta.

Su padre la abrió y allí estaba Alfonzo, sentado sobre su caballo a unos tres metros de distancia. Ester también vio a Frank y a un hombre que creía que era un predicador en la ciudad. También allí, aunque parecía bastante débil y ensangrentado en la silla de montar, había un hombre mayor, probablemente de unos cincuenta años, destacaba mucho a Alfonzo. El hombre que la había entregado a su padre y luego intentó apartarla del hombre cuando se dio cuenta de que Armando era violento y estaba loco. Sabía que el hombre era el padre de Alfonzo.

"Déjala ir, Armando", gruñó Alfonzo, su voz bajando a poco más que un susurro áspero mientras se ponía rígido sobre Kaiser.

"Ella me pertenece, Alfonzo. ¡No tienes derechos aquí en esta montaña! Ven aquí e intentas llevarte a mi hija y te mataré, luego la mataré por causarme tantos problemas".

Alfonzo se deslizó de la silla y se quedó con la mano sobre el arma. "¿Me vas a disparar, chico?" Armando se burló, aunque Ester podía oír el temblor en su voz y podía ver la forma en que su labio temblaba bajo su bigote.

Ester no podía permitir eso... si Alfonzo le disparaba a Armando, toda la montaña se precipitaría y acabaría con su vida. La gente resolvía sus propias disputas por aquí. No había ninguna ley a la que recurrir y nadie podría salvar a Alfonzo. Él moriría.

"No, Alfonzo...", susurró Ester, encontrando su mirada a través del cabello castaño enredado que colgaba sobre su rostro, pegado a la sangre. "No vale la pena matarlo".

"¿Es así, pequeña puta?" exigió Armando.

Ester no estaba segura de dónde venía su valentía. Levantó la cabeza para mirar a su padre a los ojos a pesar del dolor en su cuerpo dolorido. "Sí, así es. Asesinaste a mi mamá... No dejaré que ni tú ni ninguno de los hombres de esta montaña asesinen a Alfonzo también".

Entonces ella escupió.

En el rostro de su padre.

¿Qué estaba pensando?

Instantáneamente el hombre rugió de rabia.

Gritos de alarma resonaron entre los hombres a caballo.

Ester fue levemente consciente de que Alfonzo la llamaba por su nombre.

Y luego el puño de su padre se estrelló contra su cara y el mundo se volvió negro.

****

En el momento en que el puño de Armando envió la cabeza de Ester hacia atrás y la mujer cayó al suelo frío y duro, la ira de Alfonzo lo abrumó.

Saltó hacia adelante, sorprendiendo a Armando y chocando contra el hombre con tanta fuerza

que ambos fueron lanzados hacia atrás dentro de la cabina y se estrellaron contra el suelo.

Alfonzo agitó los puños como si fueran martillos, con la intención de hundir a Armando Spinelly dos metros bajo tierra.

Solo cuando unas manos se cerraron sobre su brazo y lo arrancaron de Armando, Alfonzo se dio cuenta por completo de lo que había estado haciendo. Él había estado matando al hombre.

No podía asesinar a Armando Spinelly, por mucho que ese hijo de puta mereciera morir. Alfonzo nunca había sido del tipo violento o del tipo que usaba la violencia para resolver disputas.

Si asesinaba a Armando ahora, los hombres de esta montaña lo encontrarían y lo colgarían. No había duda sobre eso. Su única opción era hacer algo por lo que no estaba seguro de que Ester no lo odiara mañana.

Tenía que casarse con ella... aunque no pudiera despertarla por completo. Tenía que convertirse en su esposo para que los montañeses la vieran como propiedad suya en lugar de Armando. Solo entonces podría sacarla de esta montaña. Victor y Peter irían de puerta en puerta esa noche y anunciarían el matrimonio, sirviendo como testigos para que Armando no pudiera mentir mañana.

Todos en la montaña aceptarían la palabra de un compañero montañés y un hombre santo. Armando no sería creído si intentara llamar a la boda una farsa.

Pero eso es exactamente lo que era... no era lo que Alfonzo quería para Ester en absoluto.

No podía preocuparse por eso ahora.

Mirando alrededor a la cabaña sucia y destartalada con muebles rotos y paredes agrietadas, Alfonzo maldijo por lo bajo. Así había crecido Ester. Él prometió que ella *siempre* tendría todo lo que necesitara y también todo lo que quisiera.

Alfonzo vio a su padre inclinado sobre la forma inmóvil de Ester y rápidamente corrió hacia ella. Dejándose caer de rodillas, Alfonzo la levantó en su regazo y apartó el cabello enredado de su rostro manchado de sangre y suciedad. Los moretones, las ronchas y la hinchazón fueron suficientes para revolverle el estómago.

¿Qué clase de hombre le hizo eso a su hija?

"¿Ester?" Alfonzo susurró.

Ella gimió pero no se despertó.

"Querido Dios..." Peter jadeó mientras él también entraba en la cabina y miraba a su alrededor. "Esa pobre mujer..."

"Alfonzo, creo que casi matas al viejo Armando", le informó Frank.

Alfonzo simplemente gruñó.

"Alfonzo...", comenzó Victor mientras se retorcía el sombrero en las manos. "Lo siento... no lo sabía. Te lo juro".

"Me ocuparé de ti más tarde", prometió Alfonzo, haciendo que su padre palideciera debajo de sus moretones y retrocediera un poco.

"Tenía mis dudas acerca de hacer esto por ti", admitió Peter con un movimiento de

cabeza. "Normalmente no apruebo la celebración de bodas sin el permiso exacto o la aprobación de ambas partes, sin embargo..." Los ojos de Peter se dirigieron a Armando y luego de nuevo a Ester. "Escuché sobre ti y esta mujer. Escuché los susurros de que estás enamorado y ella te ama tanto. Y para salvarla de ese hombre..." Peter dejó escapar un suspiro y asintió. Empujando sus anteojos sobre su nariz. "Comencemos la ceremonia".

Frank chasqueó la lengua. "El hombre grande está empezando a recuperarse. Atémoslo muy bien antes de comenzar. No queremos que se oponga con violencia".

Capitulo 17

Un dolor profundo y doloroso saludó a Ester cuando volvió en sí. Cada respiración era agonizante y su cuerpo se sentía en carne viva, su rostro hinchado.

Lentamente, Ester abrió los ojos y miró a su alrededor. Reconoció dónde estaba inmediatamente. La cabaña de Alfonzo.

¿Pero cómo? Lo último que recordaba era el puño enojado de su padre chocando contra su rostro y el grito enojado de Alfonzo. ¿Por qué estaba ella aquí? ¿Alfonzo había matado a su padre? ¿Alfonzo estaba bien?

Girando la cabeza hacia la derecha, Ester casi gritó de sorpresa cuando vio una silla cerca de la cama y Alfonzo se tumbó en ella, con la barbilla apoyada en el pecho, durmiendo profundamente.

Todavía vestía los pantalones y la camisa que había usado para el baile. Estaban sucios y andrajosos en algunos lugares. Sus ojos se posaron en sus manos e hizo una mueca cuando vio sus nudillos ensangrentados y maltratados.

Ester se movió debajo de la piel que estaba cubierta y se congeló. ¿Dónde estaba su ropa? Por segunda vez se despertaba desnuda en la cabaña de Alfonzo sin tener idea de cómo había llegado allí.

"¿Alfonzo?" susurró, descubriendo que le dolía incluso mover los labios para hablar. Solo podía imaginar cómo se vería gracias a los puños de su padre.

Instantáneamente, los ojos marrones de Alfonzo se abrieron y él cerró la distancia entre ellos, sus dedos trazando la línea de su mandíbula con ternura. "Es bueno ver tus ojos, Ester".

Ester se sonrojó y se mordió el labio. "C... ¿cómo llegué aquí? ¿Dónde está mi ropa?"

Fue el turno de Alfonzo de enrojecer cuando se apartó, se frotó las manos en los muslos y se puso de pie. "Yo, eh... subí a la montaña y te atrapé", respondió. "Y el médico te quitó la ropa para atenderte las costillas y los moretones. La tía Chepina y las niñas salieron esta mañana a traerte algunas cosas".

Rápidamente, Alfonzo se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Ester se tomó un momento para mirar debajo de la manta y se dio cuenta de que estaba bien envuelta por la mitad con una tela blanca. Le dolían terriblemente las costillas. Se preguntó si su padre las habría roto.

Ester volvió a colocar la manta y observó a Alfonzo llenar un plato con un estofado que olía delicioso. Regresó a la cama y volvió a la silla. "¿Puedes sentarte?" preguntó.

Ester asintió. Alfonzo colocó el cuenco en la pequeña mesita de noche y la ayudó a levantarse para que quedara apoyada contra la cabecera. Ella tomó respiraciones dolorosas y tranquilizadoras. "Duele moverse y respirar".

Vio los ojos de Alfonzo relampaguear y su mandíbula saltó. Sus fosas nasales se ensancharon cuando tomó el cuenco en sus manos. "Sí. El doctor dijo que tienes algunas costillas rotas y algunas magulladas".

Ester se mordió el labio y sonrió tímidamente cuando Alfonzo le llevó la cuchara a la boca. Rápidamente se tragó el bocado y su estómago rugió a la vida.

"¿Cuánto tiempo he estado aquí?" ella preguntó.

"Es por la tarde y te traje aquí anoche. El médico me aseguró que te despertarías después de un buen descanso. Sin embargo, me estaba preocupando". Alfonzo empujó la cuchara rellenada más cerca de su boca. "Come. Necesitas comida".

Ester puso los ojos en blanco ante su mandonería, pero hizo lo que dijo porque *tenía* hambre. "¿Alfonzo? ¿Cómo me trajiste aquí?"

"A caballo", murmuró, moviéndose incómodo cuando sus ojos dejaron los de ella.

La inquietud la llenó. "¿Él es...? ¿Lo mataste?" Ella esperaba que no. No porque le importara la vida del hombre que había asesinado a su madre, sino porque Alfonzo recibiría una recompensa por su cabeza de parte de esos hombres de la montaña si lo hubiera hecho.

Alfonzo negó con la cabeza y le dio otra cucharada. "No. No está muerto. Frank me detuvo antes de que pudiera dejarlo sin vida".

Su mirada cayó a sus nudillos. Eso explicaba esos.

"¿Qué..." Ella se mordió el labio y bajó la mirada. "¿Qué hiciste entonces? Vendrá por ti con hombres por robarme, Alfonzo.... Él..."

"Tú no le perteneces, Ester", se quejó Alfonzo.

"Sí", insistió, haciendo una mueca por el dolor en el pecho. "Según las leyes de la montaña, le pertenezco".

Alfonzo rellenó la cuchara y le dio otro bocado antes de responder. "Ya no."

Ester frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando?

"Alfonzo... ¿Qué hiciste?"

Alfonzo se quedó mirando el cuenco que tenía en las manos. Se aclaró la garganta una vez... dos veces... hizo crujir el cuello y se encogió de hombros. "Hice lo que tenía que hacer, Ester. No podía dejar que te matara y no podía matarlo o robarte sin poner una recompensa por nuestras cabezas..."

"¿Alfonzo?"

Ester se sorprendió al darse cuenta de que le temblaban las manos mientras sostenía una cucharada de estofado. "Llevé a Peter conmigo... el nuevo predicador en la ciudad..."

Ester sabía de él pero ¿por qué Alfonzo se había llevado a Peter?

Alfonzo dejó escapar un suspiro tembloroso. "Soy tu esposo, Ester... y haré todo lo que pueda para ser uno bueno".

El aliento abandonó los pulmones de Ester rápidamente. ¿Marido? ¿Era una esposa? ¡Ella no había accedido a eso! Ella no había aceptado ser esclava de un hombre... ¡una cocinera y una fábrica de cría!

¡Ella no quería la vida de su madre!

"¿¡Como pudiste!?" gritó, sorprendiéndose incluso a sí misma con el volumen de su voz y lamentándose inmediatamente cuando el dolor irradió a través de ella.

La cuchara en la mano de Alfonzo se detuvo en su viaje hacia su boca. Sus ojos oscuros parecían confusos. "Tenía que hacerlo", le recordó. "Era la única manera."

"No.... No, yo no... Yo... ¿Cómo pudiste hacerme eso?"

Alfonzo volvió a dejar caer la cuchara en el cuenco mientras su rostro palidecía y se ponía de pie. "Diablos, señora. Yo no... Yo no pensé..."

"¿Tu no pensaste qué?" exigió Ester.

Alfonzo negó con la cabeza. "Diablos, no pensé que te molestaría tanto la idea de ser mi esposa".

Ester tiró de la manta más apretada a su alrededor. "¿Y qué hay de mis deberes maritales? ¿Ya te encargaste de eso mientras dormía?"

Ester se arrepintió de las palabras al instante. ¡¿Por qué había dicho tal cosa?!

El dolor y la ira contrajeron las facciones de Alfonzo. Pero en lugar de irrumpir hacia ella, se dirigió a la puerta. "Si pudieras pensar algo así sobre mí, entonces tal vez cometí un error".

Sin darle tiempo a Ester para responder, Alfonzo arrojó el tazón sobre la mesa y salió de la cabaña, cerrando la puerta detrás de él.

Ester simplemente se quedó sentada en estado de shock durante varios largos momentos y luego las lágrimas comenzaron a caer.

Lágrimas de confusión, de dolor, de culpa, de dolor.....

Había sucedido más de lo que podía procesar. Realmente se estaba divirtiendo en el baile y luego el padre de Alfonzo había aparecido con su padre y todo había cambiado. La habían tomado, golpeado y segura de que moriría.

Hasta que llegó Alfonzo.

Le había salvado la vida, pero también la había atrapado. Ahora era una esposa. Ella era una vez más una posesión. Alfonzo se había apoderado de ella sin siquiera preguntarle si así lo deseaba.

Mientras Ester se sentaba allí, limpiándose las lágrimas, recordó el baile y los momentos que había pasado con Alfonzo. Él le había salvado la vida cuando la encontró en su granero. Él la había alimentado, la había llevado a la ciudad, la había puesto en buenas manos con Chepina y las niñas, y desde entonces había mostrado verdadero interés y preocupación por ella.

Él la hizo sonreír y reír. Era cálido y pensativo. Fuerte pero amable y pacífico.

Ella lo amaba.

Pero el matrimonio... El matrimonio siempre había sido una pesadilla en su mente. Había visto el matrimonio de su madre y había conocido a algunos de los hombres con los que su padre había estado pensando en casarla. Ester había decidido que *nunca* quería un matrimonio propio.

Pero Alfonzo no era esos hombres. Alfonzo no era su padre.

El matrimonio con Alfonzo podría no ser la pesadilla que había crecido creyendo que era el matrimonio.

El matrimonio con Alfonzo podría ser bueno...

¡¿Por qué había sido un monstruo para él?! ¿Cómo podía acusarlo de tal cosa? Ester solo podía rezar para no haberlo lastimado tanto como para que él decidiera que ya no deseaba estar con ella.

Tenía que hablar con él... necesitaba ir a buscarlo. Pero primero necesitaba ropa.

Alfonzo había mencionado que Chepina y las chicas le traían ropa. Fue entonces cuando Ester notó un pequeño armario contra la pared al lado de la chimenea. Eso no había estado ahí la última vez que Ester había estado en la cabaña.

Muy cautelosamente, Ester se puso de pie, concentrándose en respirar a través del dolor de su cuerpo. Honestamente, había tenido cosas peores antes, pero eso nunca hizo que pareciera más fácil.

Ester se envolvió con la manta, fue al armario y abrió la puerta. Un sobre con su nombre escrito estaba clavado en el interior de la puerta. El guardarropa también estaba lleno de más vestidos, faldas y blusas de las que Ester había visto en total, excepto en una tienda.

¿Era todo suyo?

Cogió el sobre y lo abrió, reconociendo la letra de Alfonzo garabateada en el interior del papel. Sabiendo que no había nadie que leyera la carta por ella, Ester invocó todo lo que había aprendido en las últimas semanas.

Tomó mucho tiempo y mucho tropezar con las palabras y pronunciar las cosas, pero Ester finalmente leyó la carta de Alfonzo y, cuando terminó, le dolía el corazón al sentir que él la abrazaba para poder disculparse por su propio miedo tonto.

Mi Ester,

Lamento que esto haya sucedido. Siento que te haya pillado. Lamento haber tenido que hacer lo que hice para salvarte. No podía pensar en otra manera. Pero no me arrepiento de ser tu marido. En el baile te iba a pedir que fueras mi esposa pero nunca tuve la oportunidad. Espero que no estés demasiado molesta, Ester. Seré un buen marido para ti. Nunca pensé que conocería a una mujer que me hiciera querer darle mi corazón, pero tú eres esa mujer.

La ropa de este armario es tuya. Encontrarás un vestido blanco. Es uno especial. Quiero darte la boda que debiste haber tenido... Es decir, si la quieres.

Siempre tuyo

Alfonzo

Ester tenía que hablar con él. Ella tuvo que disculparse. Ella amaba a Alfonzo. Y ella sabía que él también la amaba. Puede que las cosas no hayan ido como a ella le hubiera gustado, pero ¿cuándo en la vida las cosas fueron así?

Tenía un buen marido, uno que sería bueno con ella. No era justo que ella hubiera sido tan cruel con él.

Dejando la carta, Ester volvió a la ropa y eligió una blusa azul y una falda marrón. Se puso ropa interior limpia, se vistió y salió lentamente por la puerta, esperando que el dolor no la abrumara.

Ester caminó hacia el granero, pero en lugar de encontrar a Alfonzo, se encontró cara a cara con su padre, Victor.

"Señorita Ester…" Parecía sorprendido de verla y Ester se sentía incómoda. Envolvió sus brazos cuidadosamente alrededor de sí misma y miró hacia afuera, preguntándose si estaba a salvo con él.

"Por favor, no me tengas miedo. Creo que probablemente necesito hablar contigo".

Ester asintió lentamente y se miró los pies. "Bueno."

Victor se apoyó en el rastrillo que tenía en las manos y suspiró. "Primero, te debo una disculpa. Te juro que no sabía que Armando era ese tipo de hombre. No nos habíamos visto desde que éramos niños".

Ester simplemente se encogió de hombros. No sabía qué más decir o hacer.

Victor golpeó el suelo con el extremo del rastrillo varias veces y se aclaró la garganta. "Pensé que estaba protegiendo a mi hijo..."

Ester lo miró con el ceño fruncido. "¿Protegerlo de qué?"

"Una mujer que le rompería el corazón", respondió Victor como si eso fuera obvio.

Ester negó con la cabeza. "Yo no le haría eso a Alfonzo".

Victor se frotó el cuello con un movimiento que a Ester le recordó a su hijo. Dejó escapar un largo suspiro. "Debería explicarte... creo que te debo mucho".

Ester hizo una mueca mientras ajustaba su peso y Victor se apresuró a tomar su brazo. "¿Estás bien?"

Miró su mano en su brazo y rápidamente se alejó. "He tenido cosas peores", susurró.

Victor gruñó. "No fui un buen esposo para la madre de Alfonzo... y no fui un buen padre. Tendía a hacer lo que quería y montaba en los senderos en lugar de estar con ellos cuando me necesitaban. Pero amaba a mi esposa y *Nunca* le fui infiel. Nunca toqué a otra mujer. Cumplí mis votos".

Ester lo miró, asimilando el dolor grabado profundamente en las líneas de su rostro. "¿Y tu mujer?"

"No fue tan honorable", murmuró Victor. "Ella murió después de dar a luz al hermano de Alfonzo. El bebé murió primero y momentos después, mi esposa también respiró por última vez. Pero no antes de dejarme saber que el bebé muerto envuelto en mis brazos no era realmente mío".

Inmediatamente, la lástima por Victor cobró vida en el corazón de Ester. Trató de recordarse a sí misma que Victor era el hombre que casi le había causado la muerte la noche anterior, pero el dolor en los ojos del anciano lo hacía fácil de olvidar.

"Lamento que te haya pasado", susurró Ester. Pero no seré esa esposa para tu hijo.

Victor no parecía convencido, pero sonrió e inclinó la cabeza. "Espero que estes bien."

Ester intentó darse la vuelta, con la intención de salir del granero y encontrar a Alfonzo, pero el movimiento de torsión hizo que el dolor se extendiera por todo su pecho y gritó.

Ester se habría caído si Victor no la hubiera tomado suavemente en sus brazos y sostenido su peso. "No debería estar despierta moviéndose", la regañó.

"¿Qué está sucediendo?" La voz de Alfonzo vino desde la puerta.

Victor se giró para que estuvieran frente a él. Ester se sintió enrojecer de vergüenza cuando lo miró a la cara, todavía tan enojada y llena de dolor. Realmente había sido una tonta.

"Ella no debería estar aquí, Alfonzo", le dijo Victor a su hijo. "Ella no está lo suficientemente bien como para estar caminando".

"No me di cuenta de que se levantaría de la cama", le aseguró Alfonzo. Tomó el brazo de Ester y ella sintió que su corazón latía más rápido cuando su cuerpo estaba presionado contra el de él. Se sentía segura, cálida y protegida tirada a su lado de esta manera.

"Lo siento", dijo en voz baja. "Quería hablar contigo".

Alfonzo asintió pero su mirada permaneció en Victor. "Debería sacarte la vida a golpes por lo que le hiciste a Ester", dijo sin rodeos.

Ester abrió la boca para hablar, pero Alfonzo volvió a hablar antes de que pudiera pronunciar una palabra. "Pero no voy a hacerlo. En parte porque realmente pareces arrepentirte por lo que hiciste y en parte porque Armando ya te golpeó bastante bien. Me voy a ir a trabajar con Nathan Black. Quiere mi ayuda para cuidar el ganado. Para llenar un contrato del ejército. Estaré fuera un buen mes sólido. Mientras estoy fuera, quiero que vigiles este lugar y a Ester. También haré que Chepina se registre y Frank y Adolfo vigilará las cosas".

"No te decepcionaré, Alfonzo", prometió Victor, aparentemente sorprendido por las palabras de su hijo.

Ester estaba aún más sorprendida. ¿Alfonzo se iba? ¿Después de anoche? ¿Después de que acababan *de* convertirse en marido y mujer? ¿Él iba a dejarla y estar fuera por un mes sin previo aviso?

"Sé que no lo harás", respondió Alfonzo a su padre, la amenaza claramente se escuchaba en su voz.

Ester permaneció en silencio mientras él la conducía a la casa. Ella no dijo una palabra cuando él cerró la puerta detrás de ellos y la ayudó a volver a la cama. "Tienes que tomártelo con calma mientras no estoy, Ester. Déjate curar", le advirtió, sin mirarla a los ojos.

Ester se aclaró la garganta. “Recibí tu carta”.

Alfonzo simplemente asintió mientras comenzaba a tirar cosas en una cartera de cuero. "Lo escribí antes de saber cómo te sentías".

Mordiéndose el labio, Ester miró sus manos inquietas. "¿Tienes que irte?"

"Sí." Su frialdad congeló a Ester hasta los huesos. Nunca antes había oído ese tono en su voz, no cuando le hablaba. "Le prometí a un amigo que lo ayudaría con un trabajo y cumplo mi palabra".

"Pero... solo pensé... con todo lo que pasó..."

Alfonzo se echó la cartera al hombro y agarró el rifle que estaba junto a la puerta. "Me tengo que ir, Ester. Puedes quedarte aquí o volver a la ciudad. Pero no viajes sola".

El corazón de Ester se rompió cuando Alfonzo alcanzó la manija de la puerta. Estaba herida, enfadada y confundida. ¿Por qué Alfonzo estaba actuando de esta manera? Necesitaba quedarse para que pudieran hablar y conocerse mejor... ¡ahora eran marido y mujer!

"¿Es así como va a ser, Alfonzo? ¿Vas a ser como él? ¿Irás y vendrás como quieras y me dejarás en paz toda nuestra vida juntos?"

Alfonzo estaba de espaldas a ella, pero Ester vio que sus hombros se tensaban. Una vez más se quedó lamentando sus palabras. Ester nunca había sido alguien que hablara tan francamente o fuera tan cruel.

La voz de Alfonzo era poco más que un gruñido bajo cuando respondió. "No lo sé. ¿Vas a ser una puta que muere dando a luz al hijo de otro hombre?"

Con eso, Alfonzo salió de la cabaña y cerró la puerta con tanta fuerza detrás de él que Ester estaba segura de que las paredes temblaron.

Se acurrucó sobre la cama y sollozó, a pesar del dolor que le causaba el llanto en el pecho. ¿Qué les había pasado? Habían pasado de compartir besos, risas y caricias a compartir miradas frías, riñas de enojo y palabras hirientes. La mayoría de los cuales eran su culpa.

Alfonzo había pasado de amarla a odiarla y Ester no tenía idea de qué haría para recuperar su afecto.

Capitulo 18

Ester no se movió mucho de la cama durante el resto del día. Estaba miserable y desconsolada. Necesitaba hablar con Alfonzo, pero él se había ido, se había ido después de salir furioso de la cabaña.

Y ahora estaba sola.

Había pensado en volver a la ciudad y vivir allí hasta que regresara Alfonzo, pero no podía hacer ese viaje hasta que sus costillas sanaran un poco. Nunca soportaría el dolor de caminar o cabalgar ese largo viaje por un camino lleno de baches.

Y no estaba segura de que *debería* irse. Si ella se va y Alfonzo regresa, ¿qué le haría entender eso? Ester no quería causarle más dolor.

No, ella era su esposa. Su nombre ahora era Ester Prieto. Y ella haría lo que se esperaba que hiciera una esposa. Mantendría la casa en pie y esperaría pacientemente a que regresara su esposo.

Ester estaba imaginando lo que podrían decir entre ellos, cuando de repente la puerta de la cabina se abrió y Victor entró. Esa inquietud familiar la atravesó.

Alfonzo no estaba cerca. Victor ya había intentado deshacerse de ella una vez. ¿Lo haría de nuevo? ¿O intentaría hacerle daño?

"No me tengas miedo", insistió Victor mientras se quitaba el cinturón de la pistola y el abrigo y los colgaba de un gancho junto a la puerta. "Eres mi nuera ahora. Eso nos convierte en familia".

Ester no lo había pensado así. Victor avivó el fuego y miró hacia la cocina. "¿Tienes hambre, Ester? Probablemente debería haber entrado y haberte hecho algo antes. Admito que soy nuevo en pensar en otra persona, eso es algo que mi hijo y yo tenemos en común".

Ester frunció el ceño. "Alfonzo es un buen hombre..."

"Lo sé", le aseguró Victor mientras sacaba varias papas de un contenedor debajo de un gabinete. "Pero él no está acostumbrado a pensar en otra persona antes de tomar decisiones. No pretendas que no te molesta que haya tomado ese trabajo hoy".

Ester simplemente miró la manta que cubría sus piernas. Victor suspiró. "Hoy fue un mal día. Ambos se vieron envueltos en algo para lo que no estaban preparados y ambos lo manejaron mal. Pero tienen un mes para descansar, sanar y pensar en las cosas. Estoy seguro de que cuando llegue Alfonzo de vuelta, ambos volverán a ser la pareja feliz y sonriente que vi en el baile".

Ester se sintió sonreír a pesar de sus propias dudas. Realmente quería que Victor tuviera razón.

Victor sonrió, sus mejillas correosas se arrugaron más profundamente. "Ahora, déjame prepararte un poco de cena. No soy muy buen cocinero, pero puedo freír una papa y puedo calentar frijoles. Espero que te guste".

Ester asintió, sintiéndose más cómoda con la presencia del hombre que hace unos momentos. Seguramente él no era un peligro para ella, ya no. "Eso me parece bien. Gracias, Victor".

Victor se encogió de hombros ante la gratitud. Ni lo menciones. Te debo mucho más que una mala cena.

***

A la mañana siguiente Ester se encontró aún más dolorida que el día anterior. Sabía que necesitaba levantarse y moverse. Victor había dormido en el granero la noche anterior y aún no había estado en la casa. Tal vez Ester podría prepararle el desayuno como agradecimiento por prepararle la cena.

Quería asegurarse de que su relación no quedara atrapada en el pasado y contaminada por su error. Él realmente parecía arrepentido por lo que había hecho y ella entendió que, a su manera, honestamente había pensado que estaba ayudando a su hijo al enviarla de regreso a su padre.

Además, el pasado era el pasado y no se podía hacer nada para cambiarlo. Ahora era la esposa de Alfonzo, lo que significaba que Victor era su suegro... Ester nunca había tenido un padre que realmente se preocupara por ella, tal vez Victor algún día podría ser eso para ella.

Estaba colocando los huevos, las papas, la salsa y el pan en la mesa cuando Victor entró. "Bueno, estaré..." murmuró mientras se quitaba el sombrero y lo colgaba junto a la puerta. "A pesar de lo agradecido que está mi estómago de ver el desayuno listo, le prometí a Alfonzo que no te excederías mientras él no estuviera".

Los labios de Ester se curvaron en una sonrisa. "Es solo el desayuno. No corté leña".

Victor se rió. "Por favor, mantente fuera de la leñera".

Ester señaló la mesa. "¿Vas a comer?"

"¡Por supuesto que voy! ¿Te unes a mí?"

Cuando Ester se sentó frente a Victor en la mesa, no pudo evitar sentirse un poco incómoda e insegura.

Casi había limpiado su plato cuando el sonido de un carrito que se acercaba hizo que Victor se levantara. El miedo floreció en su pecho cuando el hombre mantuvo su mano en el revólver en su cadera mientras caminaba hacia la ventana y levantaba la esquina de la cortina.

Dejó escapar un suspiro y sonrió mientras se giraba para mirarla. "Solo son Legarda y Clarence".

¡Un visitante! Ester nunca antes había recibido visitas. Debería haber hecho más desayuno... no había suficiente para que comieran dos personas más.

"Pareces asustada como un ratón en una guarida de serpientes", la regañó Victor suavemente. "Legarda es tu amiga, ¿no es así? Probablemente solo quiera ver cómo estás".

Ester asintió, regañándose a sí misma por ser tonta. Su padre siempre le había pedido a su madre que entretuviera a sus ruidosos y malos amigos, y Ester había escuchado a su madre recibir más de una paliza por no ser una buena anfitriona.

Ester no querría decepcionar a Alfonzo de esa manera.

"¡Venga!" Victor llamó cuando sonó el golpe en la puerta.

Legarda irrumpió, miró a Ester y empezó a sollozar. Corrió hacia adelante y tiró de Ester en un abrazo suave. "¡Siento mucho que te hayas lastimado, Ester!"

"No es culpa tuya", respondió Ester, palmeando su espalda y mirando impotente a Victor. Los abrazos largos eran incómodos e incómodos para ella.

"Lo sé, pero te animé a ir al baile... trabajé duro para convencer a Alfonzo de que te llevara. Si no, no hubiera hecho eso..."

Victor dio un paso adelante. "Aquí el único culpable de lo que pasó soy yo", insistió, con la voz tensa.

Legarda lo miró fijamente. "Tienes razón en eso". Se apartó de Ester y sonrió. "Shania quería venir, pero una vez que supo que Victor estaba aquí, Chepina no la dejó".

Ester cruzó las manos frente a ella. "¿Por qué no?"

"Porque Shania estaba afilando su cuchillo, por eso no".

Victor tragó saliva y agarró su sombrero del gancho. "Saldré y veré si Clarence es una mejor compañía", se quejó, antes de colocarse el sombrero en la cabeza y salir de la cabaña.

Ester se mordió el labio. "Realmente parece un hombre decente".

Legarda resopló. "Él tiene mucho que demostrar antes de que pueda creer eso. Y realmente no eres la juez más confiable de un buen hombre, Ester, considerando que el único hombre con el que creciste para juzgarlos a todos es un alcohólico furioso con malas higiene y puños pesados".

Ester suspiró. Legarda ciertamente fue franca, pero era una buena amiga. "Entonces, ¿qué te trae por aquí?" preguntó Ester, mientras conducía a Legarda al pequeño sofá y las dos damas se sentaron.

"Solo quería visitar a mi amiga", respondió Legarda, bajando la mirada momentáneamente. "¿Cómo estás, Ester? Te ves... Cansada".

Ester se sonrojó. Sabía que se veía terrible. Había evitado el único espejo diminuto pegado al lavabo. Podía decir por la hinchazón y el dolor en su rostro que su padre le había hecho bastante daño. No quería saber lo fea que era.

"Duele", respondió ella honestamente. "Pero Alfonzo me salvó la vida. Llegó justo a tiempo".

"Oh sí." Legarda sonrió. "El matrimonio se escuchó en todo el mundo".

La mirada de Ester se posó en sus manos cruzadas. "¿Todos saben acerca de eso?"

Legarda asintió. "Sí. La ciudad puede estar creciendo todos los días, pero las noticias aún viajan rápido, especialmente las noticias sobre Alfonzo. Es bien conocido en la ciudad por ser un solitario misterioso. Por supuesto, la gente está sorprendida de que haya tomado una esposa tan rápido después de conocerte".

Ester sintió que se le rompía el corazón. "Sí... bueno... estoy segura de que desearía no haberlo hecho".

Legarda jadeó. "¿Por qué diablos dirías eso? Si alguna vez hubo un hombre enamorado, es Alfonzo Prieto. ¡Todo el mundo puede verlo cuando te mira!"

Ester se puso de pie lentamente, gimiendo de dolor mientras se acercaba a la ventana y miraba el valle de hierba que fluía detrás de la cabaña. "Fui un monstruo para él ayer, Legarda. No tomé bien saber que era una esposa y dije cosas, lo acusé de cosas..." Ella se mordió el labio. "Alfonzo

me odia ahora".

"No, no lo hace".

"¡Sí, él lo hace!" Ester insistió. "No estabas aquí. No me escuchaste... Y ahora se ha ido, ¿no? No pudo salir de aquí lo suficientemente rápido".

Legarda se unió a Ester en la ventana y colocó una mano gentil sobre su hombro. "Ester, este trabajo ha estado planeado durante bastante tiempo. Alfonzo estaba decidido a ir, luego no iba porque estabas inconsciente, pero debe haber cambiado de opinión cuando te despertaste..."

"Porque yo fuí mala..."

"¡Oh, cállate! Alfonzo es un hombre fuerte, independiente y adulto. No va a hacer un puchero y salir corriendo porque alguien dice algo malo y hiere sus sentimientos. Este trabajo le paga muy, muy bien y estoy segura de que está pensando en el futuro. Él tiene una esposa que mantener ahora. Necesita dinero para hacer eso".

Ester sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla cuando se giró para mirar a su amiga. "¿De verdad crees que me perdonará?"

Legarda rió levemente mientras se limpiaba la lágrima. "Estoy segura de que ya lo ha hecho. Estabas cansada y con dolor y confundida y los ánimos pueden estallar cuando eso sucede. Para cuando llegue a casa, Alfonzo estará tan feliz de volver a ver tu rostro que ni siquiera recordará lo que pasó". Sucedió cuando se fue".

Los labios de Ester se curvaron en una sonrisa esperanzada. Legarda tomó su mano y tiró de ella suavemente hacia el sofá. "Ahora, vamos. Sentémonos porque tengo que hablar contigo sobre algo".

A Ester no le gustó la inquietud que de repente había entrado en la voz de Legarda. "¿Hay algo mal?"

"No... no exactamente." Legarda se sentó y comenzó a tirar de su falda. "Clarence se está mudando al este... tiene familia allí y quiere trabajar en su música allí". Legarda encontró su mirada. "Voy a ir con él. Nos casamos esta mañana y nos vamos de la ciudad ahora. Queríamos parar aquí en el camino".

El corazón de Ester cayó a sus pies y su garganta se obstruyó por la emoción. "Pero yo..."

Ester deseaba tanto decirle a Legarda que no podía ir. Que Ester necesitaba que se quedara. Pero ella no podía hacer eso. Legarda había vivido una vida dura antes de venir a casa de Chepina y había estado en casa de Chepina más tiempo que cualquier otra chica antes de esperar a que su propia vida la encontrara.

Y lo tenía.

Así como la vida había encontrado a Ester.

Así que puso una sonrisa temblorosa en su rostro y tomó la mano de Legarda. "Estoy feliz por ti".

El rostro de Legarda se iluminó. "¿De verdad? Estaba nerviosa por decírtelo. Pensé que te enojarías o sentirías que te estaba abandonando... Clarence me pidió que me casara con él esta mañana porque no podía soportar la idea de irse sin mí. "

Ester se mordió el labio y luchó por contener las lágrimas. "Te voy a extrañar... No puedo mentir sobre eso. Pero estoy feliz por ti. Mereces ser feliz".

Legarda se inclinó hacia adelante y abrazó a Ester una vez más. "Te enviaré un mensaje cada vez que pueda mientras estemos de viaje, Ester. Y una vez que estemos instalados, escribiremos constantemente".

Ester asintió mientras Legarda se alejaba. "Por supuesto. Fuiste mi primera amiga verdadera, Legarda, y nunca lo olvidaré".

Las dos mujeres se sentaron y hablaron un rato más antes de que Legarda finalmente se pusiera de pie y dijera que tenía que irse. Ester la acompañó hasta el porche y se abrazó con fuerza mientras observaba cómo Clarence ayudaba a Legarda a subir al carrito y su amiga desaparecía de la vista.

"¿Estás bien, Ester?" preguntó Victor, frotándose el cuello y moviendo los pies. Claramente estaba incómoda y el movimiento le recordó tanto a Alfonzo que Ester ya no pudo contener las lágrimas.

Volvió a entrar corriendo, se acurrucó en la cama y sollozó sobre la almohada. No volvería a ver a Alfonzo durante al menos un mes y había muchas posibilidades de que nunca volviera a ver a Legarda.

Victor entró en la cabina, movió los pies como si quisiera decir algo y luego salió, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

Ester lloró un buen rato antes de levantarse de la cama y secarse la cara. Estaba decidida a ser fuerte. Ester se concentraría en mejorar y permitir que su cuerpo sanara y pronto Alfonzo regresaría y todo volvería a estar bien, tenía que creer eso.

Capitulo 19

Alfonzo sintió el alivio fluir a través de él mientras metía el dinero en su bolsillo. Había hecho una pequeña fortuna por solo un mes de trabajo y aseguraría que no tendría que estar atrapando por un tiempo.

Alfonzo quería tener mucho tiempo libre mientras realmente aprendía sobre su esposa y su vida de casado.

Y maldita sea, estaba listo para volver a casa con Ester, si Ester todavía estaba allí. Después de la forma en que se habían separado, no sabía si ella seguiría estando cerca o si le diría que se fuera al infierno y que no quisiera volver a verlo.

"¿Quieres ir al salón conmigo por una o dos noches antes de regresar?" preguntó Nathan, saltando a su silla.

Alfonzo se apresuró a negar con la cabeza. "No."

Nathan se rió entre dientes. "¿Tienes prisa por volver con esa mujer tuya que has estado suspirando después de las últimas semanas?"

Alfonzo simplemente se encogió de hombros y se limpió la frente con su pañuelo. "Gracias por el trabajo, Nathan".

"Dentro de unos tres meses haré otra carrera. Tengo que llevar un rebaño a las montañas y llevarlo a una base en el oeste. ¿Quieres participar en eso?"

"¿Cuánto tiempo?"

"Probablemente tomará unos buenos tres o cuatro meses, supongo".

"No, no creo que quiera estar fuera de casa tanto tiempo", declinó Alfonzo. Demonios, se estaba volviendo lo suficientemente loco después de solo un mes sin Ester. No podía imaginar cómo se sentiría tres o cuatro veces eso.

"Está bien, entonces, Alfonzo. Buena suerte con la vida de casado. Creo que prefiero recibir una bala en la pierna".

Alfonzo simplemente inclinó la cabeza y los hombres se separaron. Hubo un tiempo no hace mucho cuando Alfonzo habría estado de acuerdo con Nathan, pero eso había sido antes de Ester. Ahora era el momento de ir a casa y hacer las cosas bien con ella.

Si cabalgaba duro, sabía que Kaiser podía manejar un ritmo rápido, Alfonzo podría llegar a casa en unos tres días. Tres días y estaría sosteniendo a Ester en sus brazos.

El viaje no fue tan largo como parecía... la anticipación había hecho que cada milla se sintiera como diez. Pero ahora estaba cerca... a solo unas pocas millas de la ciudad donde se registraría en casa de Chepina para asegurarse de que Ester no se había quedado allí, y luego se iría a casa.

El día era hermoso y Alfonzo estaba disfrutando de la calidez del sol en su rostro cuando la paz se rompió repentinamente por el eco de un disparo.

Una bala atravesó el hombro de Alfonzo desde la parte posterior, rasgó la parte delantera de su

camisa al salir y lo tiró de la silla de montar.

Alfonzo fue por su arma pero cuando chocó contra el suelo, su cabeza golpeó bruscamente contra una roca y el mundo comenzó a dar vueltas. Alfonzo se esforzó por mantener la conciencia, pero fue inútil: su mundo rápidamente se volvió negro.

***

Gimiendo, Alfonzo volvió a la conciencia, solo para ser recibido por la oscuridad. Era de noche.

Su cuerpo estaba débil y perezoso y su camisa, así como la tierra debajo de él, estaban empapadas de sangre. Cuando Alfonzo se levantó para sentarse, le daba vueltas la cabeza y rápidamente vomitó en la hierba a su lado.

¿Quién diablos le había disparado? Alfonzo no tenía enemigos...

Excepto por uno.

Armando Spinelly.

¿Significaba eso, que Ester estaba en problemas?

Si Victor hubiera permitido que el padre de Ester volviera a ponerle las manos encima, Alfonzo lo mataría. Había perdonado al hombre una vez. No volvería a pasar.

Alfonzo era un hombre amante de la paz. Odiaba la tensión y la violencia. Pero no tenía miedo de pelear y si Armando hubiera puesto una mano sobre Ester, el hombre moriría. No más segundas oportunidades. Alfonzo mataría al bastardo.

Pero primero, Alfonzo tuvo que concentrarse en no morir él mismo.

Dejó escapar un silbido y escuchó el resoplido instantáneo de Kaiser en respuesta. Segundos después, su nariz estaba tocando su hombro ileso.

Alfonzo la agarró del cuello y dejó que su fuerza lo pusiera de pie. "Niña gracias."

Alfonzo no parecía poder enfocar su visión. Su mente seguía dando vueltas y sus ojos veían el doble y el triple de todo lo que lo rodeaba.

De alguna manera, Alfonzo logró subirse a la espalda de Kaiser. Sabía que estaba sangrando mucho. No aguantaría mucho más si la hemorragia no se detenía.

"Vamos a la ciudad, cariño", murmuró mientras colgaba sin fuerzas en la silla.

Kaiser pareció entender y sus cascos comenzaron a llevarlos en la dirección correcta.

Alfonzo quería permanecer despierto, necesitaba mantenerse alejado.

Pero aún así el mundo volvió a caer en negro.

***

"Buenos días, Ester", saludó Victor mientras entraba en la cabaña.

Ester sonrió y levantó la vista de ajustar la colorida manta que había cosido sobre el sofá. Si bien coser ropa aún resultaba demasiado complicado para ella, descubrió que las almohadas y las mantas eran mucho más fáciles.

Había cosido varias almohadas nuevas para la cama de Alfonzo, así como una almohada para

Victor, que seguía insistiendo en vivir en el granero en lugar de dormir en el sofá.

Ester había pensado en hacer almohadas y mantas junto con sus tartas para ganar dinero, pero no sabía si podría...

¿Alfonzo querría que ella ganara dinero? Ahora era su esposa y, por mucho que odiara la verdad, seguía siendo verdad que él la poseía.

No podía hacer pasteles y venderlos o hacer almohadas y mantas por dinero, sin pedirle permiso. Ella ya estaba lo suficientemente asustada como para haber tenido que ir a comprar suministros mientras él no estaba y poner los suministros en su crédito.

¿Estaría enojado?

Pero seguramente Alfonzo sabía que Ester tendría que tener provisiones durante su ausencia.

"¿Cuáles son tus planes para hoy?" preguntó Victor.

Ester miró por la ventana. "Tenía la esperanza de ir a la ciudad. Chepina me pidió que fuera a la casa la última vez que estuvo aquí... ¿Te importaría llevarme?"

"Por supuesto que no. Yo diría que estás muy cansada de mirar las mismas cuatro paredes día tras día".

Ester asintió y sonrió agradecida. Victor realmente era un buen hombre y los dos se habían acercado mucho en el último mes. Ella confiaba en él de todo corazón y eso decía mucho del tipo de hombre que era.

Se había mantenido ocupada pero necesitaba *escaparse* por un día. Si bien Victor era un buen hombre, tendía a mantenerse ocupado fuera de la cabaña durante el día y Ester pasaba gran parte de su tiempo sola.

"Iré a preparar los caballos", dijo Victor mientras abría la puerta. "Ven cuando estés lista".

Ester miró alrededor de la cabaña una vez que estuvo sola de nuevo. Todo estaba limpio y ordenado. La ropa y las sábanas recién lavadas estaban colgadas en la cuerda en el valle detrás de la cabaña y no había nada que ella pudiera hacer.

Entonces, Ester se puso su chal para protegerse del aire frío de la mañana y salió.

Esperó pacientemente en el porche hasta que Victor condujo a su caballo y a Cain fuera del establo. "Bueno, vamos, cariño, iremos a la ciudad. Aunque, probablemente no iré a casa de Chepina contigo. No les agrado mucho allí".

Ester montó a Cain y se dirigieron por el sendero. "Chepina tiene sus razones", le recordó en voz baja. "Pero si pudiera llegar a conocer a la persona que eres ahora, podría cambiar de opinión".

Victor se rió entre dientes y se pasó la mano por el pelo canoso. "Si tan solo todos en este mundo fueran tan amables como tú".

Cabalgaron en un cómodo silencio durante un largo rato antes de que el sonido de los cascos que corrían hacia ellos llegara a sus oídos. Victor instantáneamente sacó su arma y llevó su caballo frente a Ester.

El miedo floreció dentro de ella. ¿Quién podría venir? ¿Era su padre? No había sabido nada de él ni lo había visto desde la noche en que la secuestró del baile. Ester había esperado que él siguiera

adelante... pero ¿lo había hecho?

El alivio la llenó cuando reconoció a Frank y Adolfo. Pero su inquietud volvió rápidamente cuando vio la desesperación en sus rostros. "Ester, diablos, veníamos a buscarte", anunció Frank.

Ester tragó saliva. "¿Por qué, qué está mal?"

Había pasado algún tiempo con Frank y Adolfo. Le habían dicho la verdad sobre su relación y, en todo caso, la había hecho sentir *más* cómoda con ellos.

"Es Alfonzo...", comenzó Frank.

Adolfo se acercó a Ester y ella lo miró a los ojos con Desesperación. "Qué....?" Ella susurró.

"Le han disparado, Ester", susurró Adolfo. "Está en los médicos. Probablemente deberías llegar rápido".

Capitulo 20

"¿Ester?"

Sobresaltada por la repentina voz detrás de ella, Ester saltó y dejó caer el trapo mojado que había estado alisando en la frente de Alfonzo sobre la almohada junto a su cabeza.

"Hola Chepina…" susurró Ester, su voz tensa por la fatiga.

"Cariño, ¿por qué no te tomas un descanso? Has estado junto a su cama durante días".

Ester negó con la cabeza mientras miraba el rostro pálido y demacrado de Alfonzo. Adolfo y Frank lo habían trasladado a su propia cabaña la noche anterior, habían insistido en que cuando despertara preferiría estar en casa.

Ester estaba aterrorizada de que nunca supieran con seguridad cuál sería su reacción al despertarse en casa. El médico había limpiado y cosido la herida de su hombro y les había dicho que la herida en sí no ponía en peligro su vida.

Pero la pérdida de sangre había sido grande y seguía teniendo fiebre baja. El médico también había expresado su preocupación por el bulto en la parte posterior de la cabeza de Alfonzo.

El corazón de Ester estaba roto. Su esposo, un hombre con el que había estado soñando y planeando un futuro, yacía en la cama casi muerto. No se había despertado ni una sola vez. Ester no tenía idea de si él querría *verla* si se despertaba.

Tenían tantas cosas de qué hablar... Disculpas que decir y sentimientos que expresar. Alfonzo no podía morir... ahora... no así.

"Ester, por favor, cariño. Tengo que regresar a la ciudad. ¿Puedes al menos salir y tomar un poco de aire fresco por unos minutos antes de que me vaya?"

De nuevo Ester negó con la cabeza. "No lo dejaré. Puede que se despierte mientras no estoy".

Chepina suspiró y el sonido fue triste. "Quiero que mi sobrino se despierte tanto como tú, pero Ester, tenemos que..."

"¡Detente!" La voz de Ester era fuerte y desesperada mientras cerraba los ojos con fuerza. "Por favor…" gimió ella. "Solo para."

La mano de Chepina tocó suavemente su hombro. "Está bien. Tengo que irme, Ester. Shania está esperando noticias sobre Alfonzo. Ambas saldremos mañana".

Ester simplemente asintió, negándose a apartar la mirada del rostro de su esposo. Escuchó a Chepina salir y supo que ella y Alfonzo estaban nuevamente solos.

"¿Alfonzo? ¿Puedes oírme?" Ella susurró. "Necesito que te despiertes. No quiero perderte. Lamento cómo actué antes de que te fueras. Estaba asustada y era una tonta y hablé sin pensar. Necesito saber si me perdonas, Alfonzo".

Ella lo miró, esperando, rezando para que pudiera responder. No lo hizo Continuó acostado allí todavía sobre la cama.

Ester mojó el trapo una vez más en el lavabo al lado de la cama y continuó alisándolo sobre su

frente ligeramente acalorada.

Ester perdió la noción del tiempo. Estaba perdida en sus pensamientos y sus preocupaciones. Solo cuando Victor entró en la cabaña, Ester apartó la mirada de Alfonzo y se dio cuenta de que se acercaba el atardecer.

"Ester, cariño, tienes que continuar y estirar las piernas un rato", dijo Victor y estaba claro que el hombre lo decía como una orden.

Ester negó con la cabeza. "No quiero dejarlo, Victor... ¿y si se despierta mientras no estoy?"

Victor suspiró mientras se quitaba el sombrero y el cinturón de armas. "Si te prometo sentarme allí mismo en esa silla en la que estás sentada y gritarte por la puerta si muestra la más mínima señal de despertar, ¿saldrías y tomarías un poco de aire por unos minutos antes de que oscurezca?"

Ester se mordió el labio mientras debatía si realmente deseaba o no dejar el lado de Alfonzo.

Sin embargo, la elección fue hecha por ella por el llamado de la naturaleza. Por mucho que no quisiera dejar a su marido ni por un momento, parecía que tendría que hacerlo.

Lentamente, Ester se puso de pie, haciendo una mueca de dolor mientras la sangre corría por sus piernas dormidas. Sus pies hormiguearon y se tambaleó, sorprendida cuando Victor corrió hacia ella para estabilizarla.

"Cuídate, cariño. Tienes que darle un minuto a esas piernas. Has estado sentada allí todo el día".

Ester asintió pero se soltó de su agarre tan pronto como sus piernas estuvieron lo suficientemente firmes. Había recorrido un largo camino hablando con la gente y sintiéndose más cómoda en su presencia, pero el contacto físico, especialmente de los hombres, era algo a lo que no se había acostumbrado.

"Vuelvo enseguida".

Victor negó con la cabeza. "Tómate tu tiempo. Descansa. Yo me ocuparé de él".

Ester salió por la puerta trasera, hizo una visita rápida a la letrina y luego se abrazó con fuerza.

El viento azotaba las hierbas altas y las faldas alrededor de sus piernas. Su cabello oscuro se enredaba alrededor de su rostro. Las lágrimas que Ester había estado conteniendo durante días de repente se agolparon en sus ojos y no pudo hacer nada contra ellas.

El pecho de Ester se agitó cuando las gotas tristes y desesperadas resbalaron por sus mejillas. Dejó que sus pies la llevaran rápidamente al río y cayó de rodillas al pie de un árbol.

Sus lágrimas eran incontrolables y caían como venganza. Las había retenido desde que entró por primera vez en la habitación de Alfonzo en el consultorio del médico. Había visto el dolor de Chepina, el dolor de Victor, el dolor de Adolfo y Frank… todas esas personas habían amado a Alfonzo, conocían a Alfonzo desde mucho antes que Ester… simplemente no le había parecido correcto actuar como si su dolor pudiera compararse. .

Así que ella lo había contenido.

Pero ella no pudo contenerse más.

Ester dobló las rodillas contra su pecho y sollozó sobre sus faldas.

No quería perder a Alfonzo.

***

Alfonzo gimió e hizo una mueca cuando intentó ajustar su hombro tenso y el dolor se disparó a través de él.

Fue entonces cuando recordó que le habían disparado. Abrir los ojos resultó en un dolor sordo en su cabeza, rugiendo y convirtiéndose en un ruido sordo intenso.

Fue entonces cuando recordó que se había golpeado la cabeza.

Alfonzo luchó por recordar dónde estaba... lo último que recordaba era subirse a la espalda de Kaiser y señalarle hacia la ciudad.

Un gemido salió de su boca y casi saltó de su piel cuando escuchó a Victor gritar. "¡Demonios chico! ¿Estás despierto?"

Alfonzo hizo una mueca. "Más silencio, por favor", se quejó.

Lentamente, Alfonzo abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en su propia cabaña. Victor estaba sentado en la silla a su lado luciendo agotado y cansado. "¿Cuánto tiempo he estado fuera?" preguntó Alfonzo, su voz áspera por la falta de uso.

Victor llenó rápidamente una taza con agua del lavabo y se la acercó a la boca a Alfonzo. Alfonzo tomó varios sorbos con avidez y se empujó hasta quedar sentado.

"Has estado fuera durante unos cuatro días, hijo. Te trajimos aquí ayer. Frank y Adolfo pensaron que preferirías despertarte en casa y el médico dijo que no había nada más que pudiera hacer".

Alfonzo miró alrededor de la cabaña. Estaba limpio y ordenado y pudo ver almohadas nuevas y una manta. ¿Ester las había hecho? No la vio por ninguna parte.

¿La había perdido Alfonzo? Maldito sea él y su incapacidad para simplemente abrirse y comunicarse. Si hubiera *hablado* con Ester en lugar de responder a su temperamento confuso y sus acusaciones alejándose furioso, aún tendría a la mujer...

"Parece que alguien pateó a tu cachorro, hijo. ¿Qué pasa?"

Alfonzo gruñó y acomodó la manta sobre él, fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. "¿Por qué no estoy usando ropa?"

"El doctor pensó que sería mejor para tu fiebre si te mantuvieras fresco. Ester..."

"¿Ester?" La cabeza de Alfonzo giró bruscamente para mirar a su padre. "¿Ester está bien? ¿Está a salvo en la ciudad?"

Victor se rió entre dientes mientras asentía. "Ella está bien, Alfonzo. No ha habido ningún problema aquí mientras estuviste fuera".

Alfonzo frunció en ceño. "¿Ella ha estado viviendo aquí?"

Victor sonrió. "¿Dónde más viviría?"

"Bueno, entonces, ¿dónde diablos está ella?" exigió Alfonzo.

"Salió hace un rato a tomar aire fresco".

Alfonzo miró por la ventana, vio la puesta de sol que se desvanecía y se puso de pie.

Sus piernas se balancearon y cedieron debajo de él mientras su cabeza daba vueltas. Alfonzo se agarró desesperadamente a la parte delantera del armario para no perder el equilibrio cuando la fina manta con la que había estado cubierto cayó al suelo.

"¿Cuánto tiempo ha estado allí?" gruñó, mientras tragaba bilis y luchaba contra las ganas de vomitar. "Está oscureciendo... ella no debería estar ahí afuera sola".

Victor levantó las manos. "Ella ha estado ahí afuera por un tiempo, pero estoy seguro de que estará bien, Alfonzo. Demonios, la mujer no ha dejado tu lado de la cama desde que te lesionaste. Necesitaba aire".

El corazón de Alfonzo se hinchó. ¿Ester se había preocupado por él?

"Voy a ir con ella", insistió.

"Estás débil. Déjame. La traeré de vuelta".

Alfonzo negó con la cabeza. "Estaré bien."

"Deja de ser tan malditamente terco", espetó Victor. "¡Casi mueres, hijo! La herida no fue tan grave, pero casi te desangras y ahora te está bajando la fiebre. La pobre Ester te ha estado cuidando durante días. Tratando de bajar la fiebre y refrescar tu cuerpo…"

Una imagen de las delicadas manos de Ester acariciando su cuerpo desnudo cruzó por la mente de Alfonzo. Sintió que su sangre se calentaba más cuando la imaginó mordiéndose el labio inferior mientras lo tocaba.

Victor se aclaró la garganta, se dio la vuelta rápidamente y su risa tranquila llenó la cabina. "Sí, estás en el camino de la recuperación, está bien".

Alfonzo miró hacia abajo y sintió que su rostro se calentaba cuando se dio cuenta de que su padre debía haber visto pruebas de adónde lo habían llevado sus pensamientos.

Victor fue a la puerta principal. "Voy a ver cómo están los caballos y los dejaré solos un rato... pero, ¿hijo? Quizá quieras ponerte algo de ropa antes de buscar a tu esposa". Sus hombros subieron y bajaron en un encogimiento de hombros. "Por otra parte, tal vez no".

Cuando Alfonzo estaba solo, salía a vestirse lo más rápido que podía. El vendaje del hombro, así como el dolor y la tensión en esos músculos, entorpecían sus movimientos y dificultaban la tarea.

Alfonzo estaba débil, tenía hambre, tenía dolor y se sentía cansado y tembloroso. Pero tenía que encontrar a Ester. Tenía que hablar con ella.

Alfonzo salió por la puerta trasera y miró hacia el valle. La luz que se desvanecía no mostraba señales de Ester. Alfonzo escuchó atentamente y escuchó un sonido ahogado, algo parecido a un sollozo, proveniente del río.

Sin perder tiempo, Alfonzo dejó que sus pies lo llevaran rápidamente hacia el sonido.

Encontró a Ester acurrucada debajo de un árbol, con la cara enterrada en sus faldas mientras sollozaba en ellas.

Alfonzo se acercó pero estaba claro que Ester no lo escuchó. Sus lágrimas hicieron que le doliera el corazón. Era un sentimiento nuevo: tener el dolor de otra persona causándole dolor y dejarlo

sin querer hacer nada más que arreglar lo que fuera que la estaba lastimando.

"¿Ester?"

Su cabeza se levantó de golpe y sus ojos azules e hinchados por las lágrimas se posaron en él con sorpresa. "¿Alfonzo?" ella susurró con voz ronca.

Ester se puso de pie y Alfonzo extendió una mano gentil, limpiando las lágrimas de sus mejillas empapadas. "¿Por qué lloras? Nunca deberías llorar, Ester. Tu sonrisa es demasiado bonita".

Las mejillas de Ester enrojecieron y sus dientes mordisquearon su carnoso labio inferior. "Pensé que ibas a morir".

Alfonzo negó con la cabeza. "No, todavía no. Solo estaba tomando una siesta".

Ester asintió mientras se acomodaba el cabello desordenado detrás de la oreja. Empezó a avanzar y luego se detuvo rápidamente. Alfonzo frunció el ceño. La quería en sus brazos.

En lugar de hablar, Alfonzo simplemente abrió los brazos e inclinó la cabeza. Ester se apresuró hacia adelante. Sus manos se cerraron en puños mientras agarraban su camisa y ella lloró en su pecho.

Alfonzo la rodeó con los brazos y enterró el rostro en su cabello oscuro. "Lo siento, Ester".

"Yo también lo siento", fue su respuesta amortiguada.

Alfonzo besó su cabeza. "¿Podemos pretender que ese día nunca sucedió?"

Ester asintió. "Sí. Fui tonta, mezquina, cruel y..."

Alfonzo se apartó y puso su dedo debajo de su barbilla para levantar su mirada y encontrarse con la de él. "Ambos fuimos tontos, malos y crueles. Es por eso que vamos a olvidar ese día. Yo... te amo".

La mandíbula de Ester se abrió. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Alfonzo se movió incómodo. ¿Debería haber dicho eso? Alfonzo era un hombre que trataba de decir siempre la verdad. Y la verdad era que amaba a Ester. Casi había muerto sin haberle dicho esa verdad y quería asegurarse de que ella lo supiera.

Se frotó el cuello. Ester levantó una mano temblorosa y le tocó la mandíbula, lo que hizo que Alfonzo se inclinara hacia su toque. "Yo también te amo, Alfonzo. No pensé que alguna vez llegaría a decírtelo".

"Sé que la forma en que nos convertimos en marido y mujer probablemente no fue lo que soñaste, pero..."

"Me salvaste la vida, Alfonzo", interrumpió Ester. "Y tenía miedo de ser esposa... miedo de ser la esposa que fue mi madre para el esposo que fue mi padre. Pero no seremos como ellos".

"No", estuvo de acuerdo Alfonzo rápidamente. Dejó un beso protector en su frente. "Nunca te lastimaría, Ester. No seremos ellos. Y no seremos mis padres. Seremos nosotros".

Alfonzo se tambaleó levemente cuando su visión vaciló. Quizás no era tan fuerte como pensaba que era. Estaba claro que iba a tener que acostarse pronto o de lo contrario se iba a caer.

Ester debió haber notado su debilidad cuando el color desapareció de su rostro. "Vamos, Alfonzo. No deberías estar aquí. Vamos a llevarte de vuelta a la cama".

Iba lento y Alfonzo sabía que él apoyó mucho más su peso sobre ella de lo que debería, pero finalmente lograron regresar a la cabina.

Alfonzo se sintió como un niño cuando Ester lo metió en la cama, pero él no la detuvo. Era agradable, en cierto modo, que lo cuidaran. Alfonzo no conocía nada parecido desde que era un niño pequeño.

"Voy a preparar la cena. Necesitas descansar y te la traeré cuando termine", insistió Ester.

"Entonces te unirás a mí en la cama", respondió Alfonzo.

Ester se puso tan roja que casi brillaba. "Yo... eh... yo..."

"A dormir, Ester. Solo dormiremos".

Dios sabía que Alfonzo quería algo más que dormir, pero él estaba débil y ella no estaba lista.

Ester asintió. "Está bien. A dormir".

Alfonzo sonrió cuando ella rápidamente se dio la vuelta y se ocupó en la cocina.

Capitulo 21

Alfonzo salió de la cabaña a la mañana siguiente mientras Ester continuaba durmiendo tranquilamente. Se había quedado allí despierto durante mucho tiempo simplemente mirándola.

Ella era hermosa.

Los moretones que su padre le había hecho habían desaparecido. Tenía una pequeña cicatriz sobre el labio, pero solo le recordaba a Alfonzo lo afortunado que era de tenerla todavía.

No podía esperar para conocer verdaderamente a la mujer que era su esposa. No podía esperar a verla crecer y cambiar mientras salía de su caparazón y se liberaba de las ataduras que su padre le había puesto.

Ahora mismo, Alfonzo necesitaba hablar con su propio padre.

Encontró a Victor en el granero, levantándose de su propia cama improvisada. "Buenos días hijo."

"Buenos días, Victor", respondió Alfonzo mientras rascaba el cuello de Cain.

Victor gruñó y sus articulaciones chasquearon y crujieron mientras se estiraba. "¿Cómo te sientes?"

Alfonzo rodó su hombro con una mueca. "Dolorido. Pero viviré".

"¿Quién te disparó, Alfonzo? ¿Viste a alguien?"

Alfonzo negó con la cabeza. "No lo vi, pero sé quién fue".

Victor maldijo. "¿Armando?"

Alfonzo simplemente se encogió de hombros y llenó una taza de hojalata con avena. "No importa. No puedo probar que fue él".

"¡También importa!" Victor contraatacó, pateando furiosamente la puerta de un puesto. "¡Casi mueres, hijo!"

"Lo sé", respondió Alfonzo con calma mientras vertía la avena en el comedero de Cain.

"¿Así que eso es todo? ¿Se va a salir con la suya?"

Alfonzo suspiró, limpiándose las manos en los pantalones. "No veo nada más que pueda hacer".

Victor murmuró por lo bajo un rato mientras Alfonzo trabajaba con una mano alimentando al resto de los animales.

"¿Así que no hubo ningún problema aquí mientras estuve fuera?" finalmente le preguntó a su padre.

"No." Victor agarró el balde de agua. "Les daré agua, Alfonzo. No deberías abusar de ese brazo".

Alfonzo aceptó la ayuda de mala gana. Victor salió del granero. "No ha habido ninguna palabra de Armando, o cualquier otro hombre de la montaña, mientras estuviste fuera. Seguro que no esperábamos que viniera detrás de ti. Supuse que todavía estaba cuidando esas costillas rotas. "

Alfonzo siguió a su padre. "Tendremos que esperar que haya terminado ahora. Y estar atentos en caso de que no lo esté".

Victor asintió. "Nos encargaremos de las cosas. Vuelve allí con tu esposa. Tendrás compañía a caballo en breve".

"¿Compañía?" Alfonzo gimió.

"Chepina y Shania. Probablemente Frank y Adolfo también".

Parecía que no iba a haber tranquilidad, privacidad o paz en el futuro cercano.

Alfonzo volvió a entrar y encontró a Ester ajustándose un cinturón alrededor de su cintura. Estaba completamente vestida y él sintió una punzada de decepción. Había esperado verla de nuevo con ese camisón blanco y delgado.

"Buenos días", saludó Alfonzo.

Ester sonrió y Alfonzo sintió que su corazón se aceleraba. "Buenos días, Alfonzo. Te ves mucho mejor esta mañana".

"Me siento mejor. ¿Dormiste bien anoche?"

Las mejillas de Ester se sonrojaron mientras asentía. "Sí. ¿Lo hiciste?"

Alfonzo dio un paso adelante, la tomó del brazo con suavidad y la acercó a él antes de depositar un tierno beso en su cabeza. "La mejor noche de sueño que he tenido".

Ester sonrió y se alejó lentamente. "Necesito preparar algo de desayuno".

"Me siento inquieto", se quejó Alfonzo. "Quiero hacer el trabajo".

"Tienes que tomártelo con calma. Tu hombro necesita sanar".

Alfonzo resopló. "Así que sigo escuchando".

Ester simplemente se encogió de hombros y se dirigió a la cocina donde tenía tocino y huevos esperando para freír. Alfonzo recogió la manta nueva del sofá.

"¿Hiciste esto?" preguntó.

"Sí", respondió Ester, colocando un mechón de cabello suelto detrás de su oreja y negándose a mirarlo a los ojos. "Solo estoy aprendiendo... Me temo que no soy buena en nada más complicado que una manta o una almohada".

Alfonzo sonrió. "Eso es bueno. No puedo hacer una almohada o una manta, pero puedo hacerte ropa si la quieres. Siempre y cuando no te importe usar pieles y pieles".

Ester sonrió brillantemente y volvió a preparar la comida. "Ten... tenía miedo de que estuvieras enojado porque yo los había hecho", admitió vacilante.

"¿Por qué estaría enojado por algunas almohadas y mantas? Creo que los necesitamos a ambos para estar cómodos por la noche".

Las manos de Ester temblaban mientras rompía los huevos en un tazón. "Yo... yo no tenía el dinero para comprar el material", susurró, con la voz temblorosa. "Entonces, tuve que comprarlas a tu crédito. Lo siento, Alfonzo... Tuve que comprar varias cosas a crédito mientras no estabas... Espero que no estés enojado..."

Alfonzo suspiró. Caminó hacia Ester y la hizo girar antes de poner su dedo debajo de su barbilla y obligarla a mirarlo a los ojos. "Yo no soy él, Ester, ¿recuerdas? Y tú no eres ella. No seas un ratoncito asustado conmigo. Soy tu esposo. Considero que protector, proveedor y muchas otras cosas van junto con eso... cosas buenas. Compra lo que necesites. Compra lo que quieras. Quiero que seas feliz.

Los ojos azules de Ester se abrieron un momento y luego sonrió cuando su cuerpo se hundió con evidente alivio. Era obvio que ella realmente había estado aterrorizada. Le dolía el corazón al saber lo dura que había sido su vida. Nadie vivo merecía ese tipo de vida.

Alfonzo se alejó de ella para permitirle continuar cocinando ya que su estómago gruñía con fuerza. "Debería haberte mostrado esto antes de irme pero, bueno, no estaba pensando con claridad". Alfonzo fue al suelo junto a la chimenea y levantó una tabla suelta. Sacó una bolsa de dinero y los ojos de Ester se agrandaron.

"¿Eres rico, Alfonzo?" ella jadeó.

No pudo evitar reírse. "No, no soy rico. Pero tengo suficiente. ¿Dónde están mis alforjas?"

Ester vertió sus huevos y crema en una sartén caliente y señaló hacia la esquina. Ahí, con el resto de tus cosas.

Alfonzo se dispuso a agregar el dinero del trabajo que había hecho en el saco y volvió a guardarlo todo en su escondite. Tenía mucha suerte de que Armando no hubiera asaltado sus pertenencias y le hubiera quitado ese dinero.

Alfonzo se preguntó por un momento mientras observaba a Ester en la cocina, si debería decirle que sospechaba que su padre había disparado. Rápidamente decidió no hacerlo. Ester estaba asustada y lo suficientemente asustada. No necesitaba ninguna preocupación adicional.

A menos que ella le preguntara directamente si Armando le disparó, él no iba a expresar sus sospechas.

"Sabes que no me importa que uses crédito para obtener lo que necesitas, Ester, pero ¿qué pasa con tus pasteles?" preguntó Alfonzo. "¿Pensé que los estabas vendiendo?"

Ester negó con la cabeza mientras sacaba los huevos terminados en un plato grande. "No he estado llenando ningún pedido".

"¿Todo el mundo en la ciudad ha perdido el sentido del gusto?" exigió Alfonzo. Los pasteles de Ester estaban malditamente cerca de lo mejor que Alfonzo había probado en su vida.

"No... No he estado tomando ninguna orden... No quería hacerlo sin tu permiso. Mi padre le prohibió a mi madre trabajar. Dijo que lo hacía quedar mal que su esposa ganara dinero. Yo No quería hacer nada para avergonzarte".

Alfonzo suspiró y se mordió la lengua. Él estaba enfadado. Pero tenía que recordarse a sí mismo que Ester había sido criada de cierta manera y que esas cosas no iban a desaparecer simplemente porque él quisiera. Tenía que tener paciencia con su esposa.

"Ester, amor, no necesitas mi permiso para hornear y vender pasteles. Soy tu esposo, no tu guardián. Demonios mujer, soy el que te dijo que la gente pagaría por ellos en primer lugar".

Ester se mordió el labio. "¿Así que no te importaría si ganara dinero?"

Alfonzo optó por no responder y en su lugar solo la miró fijamente. Ester sonrió y corrió hacia adelante, lanzando sus brazos alrededor de la cintura de Alfonzo y abrazándolo con fuerza.

"Gracias..."

Alfonzo envolvió su brazo bueno alrededor de ella. "No tienes que agradecerme, Ester. Pero puedes abrazarme cuando quieras".

****

Ester estaba flotando, llena de tanta felicidad que no podía mantener los pies en el suelo.

Alfonzo fue increíble.

Sabía que lo era, pero de alguna manera era mejor de lo que había soñado e imaginado. Era amable, cariñoso, fuerte y *diferente*. Muy, muy diferente de lo que ella sabía que era un marido.

No quería que ella fuera nada más que una esclava de sus necesidades. Él quería que ella hiciera cosas que disfrutaba, que fuera feliz e incluso que ganara su propio dinero, ya que eso la hacía sentir orgullosa y productiva.

Estaba feliz de que, cuando se sentaron y desayunaron juntos, la tensión, la ira y la dureza de ese día hace más de un mes realmente habían quedado atrás.

Justo cuando estaban terminando su comida, Ester escuchó que un carro se acercaba a la cabaña y se detuvo. "Esa será nuestra compañía", se quejó Alfonzo, sonando menos feliz ante la idea de los visitantes.

"¿Compañía?" preguntó Ester.

"Sí, Victor dijo que Chepina y las chicas iban a salir. Me alegro de que Legarda y Shania todavía te hayan hecho compañía aquí".

El corazón de Ester se retorció un poco. "Legarda, en realidad se mudó. Se casó con Clarence y dejaron la ciudad y se fueron al este al mismo tiempo que tú te fuiste para ese trabajo".

"Oh..." La voz de Alfonzo era plana pero su expresión decía mucho. Sus ojos marrones se llenaron de tristeza mientras la miraba. "Lamento que hayas perdido a tu amiga y yo no estuve ahí para ayudarte..."

Ester se encogió de hombros mientras se levantaba y comenzaba a limpiar la mesa. "No fue tan malo. Ella prometió escribir y he tenido a Chepina, Shania, Victor, Frank y Adolfo. Todos me han hecho compañía. No me he sentido sola".

"Oh."

¡Ahora el hombre parecía celoso! ¿Quería que *ella* se sintiera sola?

No hubo tiempo para preguntarle antes de que Chepina entrara a toda prisa. "¡Alfonzo!" Ella exclamo. "¡Seguro que es bueno verte de vuelta en la tierra de los vivos!"

Alfonzo se puso de pie justo a tiempo para que su tía lo abrazara y lo apretara con fuerza. Ester estuvo a punto de hablar cuando vio el dolor que sentía Alfonzo, pero él se encontró con su mirada por encima del hombro de Chepina y su esposo sonrió mientras negaba levemente con la cabeza.

"Estoy bien, tía Chepina".

"¡Por supuesto que lo estas!" Shania estuvo de acuerdo, entrando en la cabaña. "¡Eres Alfonzo Prieto! ¡Se necesitarían al menos diez balas para matarte!"

Ester sintió que se le revolvía el estómago. "No lo averigüemos".

"¿Hay suficiente desayuno para nosotras? ¡Mi estómago se ha comido mi columna vertebral!" dijo Shania, mirando con añoranza a la mesa.

Ester se mordió el labio. "Queda un poco. Se suponía que era para Victor, pero puedes quedártelo. Haré más..."

"No te molestes", Chepina agitó la mano. "Está escondido en un agujero en algún lugar y no saldrá hasta que nos hayamos ido si sabe lo que es bueno para él..."

"Chepina..." La voz de Alfonzo sonaba cansada.

Chepina se encogió de hombros mientras se dirigía rápidamente a la mesa y se sentaba junto a Shania, que ya estaba llenando un plato. "Sé que es tu padre, y sé que ha sido bueno con Ester, pero es un canalla, un sinvergüenza, un granuja y lo odio, no creo que eso cambie nunca".

"Todavía me gustaría arrancarle el cuero cabelludo por lo que hizo", estuvo de acuerdo Shania.

Ester vio a Alfonzo acercándose a la puerta. Sabía que el hombre se sentía incómodo con tanta gente en su casa y la conversación estaba lejos de ser algo que lo hiciera sentir cómodo.

Chepina también miró a Alfonzo. "Te ves pálido, sobrino. ¿Tienes dolor?"

Alfonzo encogió su hombro ileso. "He tenido cosas peores".

"¿Peor que una herida de bala?" Ester preguntó con escepticismo mientras se acercaba a él. No estaba segura de cómo se sentiría Alfonzo si ella le mostraba afecto frente a la compañía; rápidamente descubrió cómo se sentía él acerca de esas cosas cuando su brazo serpenteó alrededor de sus hombros y la acercó a su lado.

"Sí... hubo una vez que Frank me tiró un avispero en la cabeza cuando éramos niños".

"O esa vez que te patearon en las regiones inferiores por mirar hacia arriba en las faldas de June Fallery en la iglesia", intervino Chepina.

Ester sintió que le ardían las orejas mientras se sonrojaba y miraba a Alfonzo en estado de shock. "¿Subidas las faldas? ¿En la iglesia?"

Alfonzo simplemente se encogió de hombros. "Solo tenía diez años. Parecía una buena idea en ese momento".

"Sabes, he oído decir que si un hombre recibe un golpe lo suficientemente fuerte en sus *regiones inferiores*, ya no funciona", señaló Shania, antes de empujar un tenedor de huevos en su boca mientras sonreía con picardía.

Chepina se atragantó con el sorbo de agua que había estado tomando mientras Ester jadeaba audiblemente y tapaba su risa ahogada con la mano. Alfonzo se aclaró la garganta. "No me golpearon *tan* fuerte", respondió. "Y creo que voy a salir un rato. Dejen que las mujeres visiten". Ester se mordió el labio cuando Alfonzo se apartó de ella. Él sonrió antes de agacharse y besar sus labios suavemente.

"Te amo, Ester".

Ester tartamudeó varias veces: ¡no podía creer que él acababa de declararle su amor frente a la compañía! No había pensado que Alfonzo sería el tipo de esas cosas.

Su corazón se hinchó y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. "Yo también te amo."

Con eso, Alfonzo casi corrió hacia la puerta para escapar de la cabaña. Shania estaba sonriendo como el gato que recibió la crema. "¿Estás seguro de que no lo patearon *tan* fuerte?"

"¡Shania!" exclamó Chepina, arrojando su tenedor. "Es suficiente de esa charla".

Shania simplemente se encogió de hombros. "Parece algo importante de saber".

Capitulo 22

Los siguientes días fueron los mejores que Ester había tenido. Aprendió mucho sobre Alfonzo. Aprendió sobre su infancia y las relaciones familiares y ciertas cosas que habían convertido a Alfonzo en el hombre que era hoy.

Le encantaba su naturaleza tranquila y gentil. Su fuerza pacífica.

Ella yacía despierta en sus brazos, mirándolo dormir profundamente a su lado. El sol entraba por la ventana, brillando en su mandíbula angulosa, acentuando la barba que crecía allí.

Su marido era el hombre más guapo que había visto en su vida... Y era muy paciente. Ni una sola vez Alfonzo la había empujado a hacer algo más que simplemente acurrucarse juntos mientras dormían por la noche.

Sospechaba que una de las razones detrás de eso podría ser el hecho de que su hombro todavía le dolía... Pero sabía que eso no era todo. Alfonzo le estaba dando tiempo, esperando hasta que estuviera lista.

Ester no estaba segura de estar *lista* para dar el siguiente paso... Sabía que se esperaba que lo hiciera. Como esposa, era su deber atender las necesidades de su esposo... pero, ¿le dolería? Ester solo había visto el lado duro y cruel de lo que pasaba entre un hombre y una mujer. Su madre lo había hecho sonar como si fuera una experiencia miserable y dolorosa para una mujer, mientras que el hombre parecía disfrutarlo inmensamente.

¿Por qué? ¿Por qué un hombre disfrutaría de algo que le dolía a su esposa? Seguramente Alfonzo no sería así... Quizás hacer el amor no siempre era doloroso para una mujer. Tal vez todo dependía de su pareja.

"¿En qué estás pensando tanto?" La voz soñolienta de Alfonzo cuestionó.

Ester sonrió. Sus ojos aún estaban cerrados y ella no se había dado cuenta de que el estaba despierto. "¿Cómo sabes que estoy pensando?"

"Porque estás despierta y siempre estás pensando cuando estás despierta".

"¿Hay algo malo con una mujer pensante?" bromeó Ester. Eso era algo más que Alfonzo había comenzado a sacar de ella. Un lado juguetón, burlón y bromista que no se había dado cuenta de que poseía.

Alfonzo se rió entre dientes, apretando su brazo alrededor de ella. "Nada en absoluto."

"¿Vamos a la ciudad hoy?"

Los ojos de Alfonzo se abrieron y levantó una ceja. "¿Estás ansiosa por alejarte de mí?"

Ester puso los ojos en blanco. "No, quiero que vengas conmigo".

Alfonzo puso una mano gentil en su mejilla. "No creo que quiera ir a ningún lado. Estoy disfrutando demasiado estar aquí contigo".

Ester se sonrojó y desvió la mirada mientras se mordía el labio. "Y también he disfrutado estar contigo. Pero... Necesito pedidos y suministros. Y me gustaría visitar a Chepina. No he estado en

la ciudad desde que te trajimos de los doctores y Creo que sería bueno para la gente ver que estás despierto y vivo y bien..."

Alfonzo silenció su divagación presionando sus labios contra los de ella en un ligero roce como una pluma. Ester se quedó en silencio al instante porque le robaron el aliento y olvidó cómo hablar.

"Aw, señora", gruñó Alfonzo mientras se alejaba. Luego, antes de que Ester pudiera hablar, él estaba sobre ella otra vez. Este beso fue más firme, más intenso y la consumió.

Instantáneamente su cuerpo respondió con dolor y anhelo por algo que sabía que solo Alfonzo podía darle.

La mano de Alfonzo apartó el cabello de su rostro y tiró de su cuerpo al ras del suyo. Todas las dudas y preocupaciones parecieron desvanecerse de la mente de Ester. Este era Alfonzo y nunca la lastimaría por su propio placer egoísta...

Y, a juzgar por el doloroso placer que su beso y su cercanía estaban creando dentro de ella, hacer el amor con Alfonzo sería algo increíble.

Las yemas de los dedos de Alfonzo se deslizaron por su mejilla y bailaron a lo largo de su cuello. Ester tembló cuando él dejó llamas sobre su hombro. Él se apartó y la miró a los ojos, claramente pidiendo permiso para mover su toque más abajo.

Ester tragó saliva y asintió. Los ojos de Alfonzo se oscurecieron y sus labios una vez más le robaron la capacidad de pensar. Esos dedos callosos se movieron más abajo, rozando su pezón endurecido a través de la fina tela de su camisón y haciéndola jadear contra su boca.

Su sonrisa era diabólica y llena de picardía mientras se alejaba una vez más. "¿Quieres que me detenga?"

Ester negó con la cabeza y se sorprendió a sí misma presionándose más contra él.

Cuando Alfonzo se movió para besarla una vez más, la puerta de la cabina se abrió. "¡Oh diablos! Maldición. Lo siento..."

Ester y Alfonzo se separaron y Ester se cubrió con la manta mientras Alfonzo se levantaba de la cama y apretaba los puños. "Diablos, Victor, ¿no sabes tocar la puerta?"

"Yo... bueno, sí, por supuesto... pero no sabía que estarías ocupado".

El rostro de Ester ardía mientras luchaba contra el impulso de enterrarse completamente debajo de la manta. Alfonzo se quejó. "¿Por qué entraste? ¿Pasa algo?"

Ester quería recordarle a Alfonzo que su padre vivía en la propiedad y tenía derecho a ir y venir de la casa pero no creía que ahora fuera el momento de tener esa conversación… Y no tenía prisa. Hablar y llamar más la atención sobre sí misma en este momento.

"Nada está mal." Victor se retorció las manos y mantuvo la mirada en la pared detrás de ellos mientras movía los pies. "La compañía está llegando, así que quería avisarte antes de que llegaran".

"¿Más compañía?" Alfonzo negó con la cabeza. "Extraño los días en que la gente me evitaba".

"¿Reconociste quién venía, Victor?" preguntó Ester.

"Chepina. Me escaparé por la parte de atrás y estaré muy ocupado en el bosque por un tiempo".

Ester sonrió. "¿No crees que es hora de que los dos se enfrenten y hagan las paces?"

Los ojos de Victor casi se salieron de sus órbitas. "No, señora, no creo".

"Bueno, continúa entonces". Alfonzo señaló la puerta trasera. "Eventualmente, tal vez tenga algo de tiempo a solas con mi esposa".

Ester vio a Victor escapar rápidamente antes de salir de la cama. Alfonzo estaba vestido sólo con los pantalones que había usado en la cama y la vista de su cuerpo delgado y duro no hizo nada para calmar el fuego dentro de ella.

"Podríamos decirle que no nos sentimos bien y que no queremos visitas hoy...", ofreció.

Alfonzo la miró fijamente un momento antes de reírse. "Ella no caerá en la trampa", le aseguró. Si le digo a Chepina que no nos sentimos bien, ella insistirá en quedarse y atendernos hasta que nos sintamos mejor.

Ester se mordió el labio mientras bajaba la mirada con decepción. Alfonzo se acercó a ella y la apretó contra su pecho. "No te preocupes, Ester. A partir de esta noche, no vamos a usar esa cama solo para dormir".

Ester tembló en sus brazos, poniendo su mano suavemente sobre el vendaje blanco y crujiente alrededor de su hombro, el color contrastaba fuertemente con su piel bronceada. "¿Lo prometes?"

"Oh diablos, mujer..." Alfonzo tragó saliva y un gruñido bajo retumbó en su pecho. "Sí, lo prometo".

Un golpe en la puerta significó la llegada de Chepina. Alfonzo suspiró y agarró su camisa del respaldo del sofá. "Saldré a recibir la visita mientras te vistes... Y luego es tuya mientras encuentro algo de tranquilidad".

Ester asintió. "Suena bastante bien", estuvo de acuerdo, sabiendo que Alfonzo era una persona solitaria que no disfrutaba de las visitas y que había tenido demasiadas últimamente.

"Un momento", llamó Alfonzo. Él besó su frente suavemente, se deslizó en su camisa, tiró de sus botas y se dirigió a la puerta. Se deslizó fuera y cerró detrás de él, con la voz de Chepina ya llenando el silencio de la mañana.

Ester se vistió rápidamente. Ella sabía que Alfonzo estaba en sus límites cuando se trataba de entretener. Todos los días desde que se despertó, *alguien* había salido a visitarlo. Si no fue Chepina, fueron Frank y Adolfo, o el predicador del pueblo llamado Peter. Y Victor también vivía allí, lo que significa que *nunca* tuvo la privacidad tranquila que Alfonzo necesitaba.

A veces, Ester se preguntaba si a él le molestaría que ella estuviera allí... Esperaba que no. Esperaba que su compañía fuera algo que él deseara.

Ester se arregló el cabello y salió corriendo al porche para relevar a su esposo. "Buenos días, Chepina".

Chepina sonrió, sus ojos brillando. "Buenos días, Ester. Lo siento si interrumpí *algo*".

Ester sintió como si sus oídos fueran a estallar en llamas. "No... no, no interrumpiste nada."

"Muy bueno." Chepina aplaudió. "Vamos a ir a la ciudad hoy, Ester".

Ester miró a Alfonzo. "Alfonzo y yo íbamos a ir..."

Alfonzo negó con la cabeza rápidamente. "No, está bien. Tú y Chepina vayan, diviértanse". Levantó la mano. "Espera aquí un minuto".

Ester vio desaparecer a Alfonzo adentro y regresó un momento después con dinero. "Diviértete. Date un capricho. Te lo mereces. Consigue lo que quieras y todos los suministros que necesitarás para tus pedidos. ¿De acuerdo?"

Ester se mordió el labio mientras miraba el dinero. "E... ¿estás seguro?"

La mirada de Alfonzo se dirigió al cielo. "Si estoy seguro."

Ester asintió mientras tomaba el dinero de su mano y lo colocaba en el bolsillo de su falda. "¿Estás seguro de que estarás bien mientras no estoy?"

"Estoy seguro, Ester. Me he estado cuidando mucho tiempo", le aseguró suavemente.

Chepina la tomó del brazo y sonrió cálidamente. "Vamos, Ester. La ausencia hará que sus corazones crezcan más".

***

A pesar de su vacilación en dejar a Alfonzo solo en casa, Ester terminó pasando un tiempo maravilloso en la ciudad con Chepina. Visitaron la pensión, pasaron tiempo con Shania, hicieron algunas compras y almorzaron en el café.

Ester se sintió como si fuera una persona nueva. Ya no le tenía tanto miedo a las multitudes ni a todos los que pasaban. Pudo sonreír y saludar a aquellos con los que pasaba. Era una mujer casada con una nueva confianza.

"Tengo varios pedidos. Necesito parar en el mercantil antes de que regresemos a la cabaña para que pueda obtener suministros", dijo Ester, notando que el sol se estaba poniendo un poco más bajo en el cielo. No podía creer que había estado en la ciudad tanto tiempo.

Chepina asintió. "Está bien, entonces. Y será mejor que te llevemos a casa antes de que tu esposo decida venirte a buscar".

Chepina detuvo el carrito frente al mercantil y la pareja entró. Ester le dio la lista de suministros que necesitaba para la tienda antes de dirigirse a las telas en exhibición en la parte trasera de la tienda.

"Bueno, mira lo que el gato arrastró".

Ester frunció el ceño y se dio la vuelta cuando una voz habló detrás de ella. Sus ojos se abrieron cuando reconoció a Chendalla parada allí con una mueca en sus labios rojos. Ester casi había olvidado que la mujer existía. No la había visto desde la noche del baile hacía tanto tiempo.

"Hola, Chendalla", saludó, volviendo rápidamente a su tela. Ester no quería una confrontación: la idea de una discusión la asustaba terriblemente.

Chendalla resopló. "No me des la espalda", espetó ella.

Ester se volvió lentamente para mirarla una vez más. Miró hacia el mostrador para ver que Chepina estaba enfrascada en una conversación con una dama allí y no parecía haberse dado cuenta de que Chendalla la había acorralado.

"Solo estoy haciendo algunas compras", insistió Ester, con la esperanza de evitar una pelea de alguna manera.

Chendalla se quitó la tela de las manos y arrugó la nariz. "No deberías estarlo. Esa tela es horrible".

Ester optó por no responder. Había aprendido por experiencia en su vida que la mayoría de las veces, responder a tales incitaciones solo empeoraba las cosas.

"Me sorprende verte por aquí", continuó Chendalla, mientras arrojaba la tela sobre la mesa de exhibición. "Lo último que supe de ti fue que habías regresado a donde pertenecías en esa montaña con tu pobre padre".

Ester frunció el ceño. "¿Dónde has estado?" preguntó, preguntándose cómo Chendalla pudo haberse perdido todo lo que había sucedido desde esa noche.

Chendalla jugueteó con su cabello rojo brillante. "Estaba de vacaciones en el este. Eso es algo que la gente bien educada con dinero tiende a hacer para escapar del estrés de mezclarse con gente menor".

Ester puso los ojos en blanco. Respiró hondo cuando se dio cuenta de que no tenía motivos para sentirse amenazada por Chendalla. Alfonzo era su marido. Estaba fuera del alcance de Chendalla, y Chendalla ni siquiera lo sabía.

"Estuve con mi padre solo unas horas antes de que Alfonzo viniera a buscarme".

El rostro de Chendalla enrojeció; casi igualando el color de su cabello. "Ester Spinelly, perteneces a esa montaña".

Ester se mantuvo firme, a pesar del temblor de sus piernas. "En realidad, ahora es Ester Prieto".

El chillido que escapó de la boca de Chendalla fue aterrador y ciertamente no propio de una dama ni equilibrada en lo más mínimo. Ester se estremeció y se acurrucó contra la mesa de tela.

Chepina se acercó inmediatamente. "¿Qué está pasando aquí? Por favor, ponte un corcho en la boca, Chendalla. Nadie quiere oír ese alboroto".

"¿Cómo pudiste casarte con él?" Chendalla exigió, sus puños apretados. "¿Cómo podría una montañesa ignorante como tú venir aquí y tomar al único hombre decente que esta ciudad tiene para ofrecer? ¡Alfonzo es mío!"

"¡Oh tonta!" Chepina exclamó con un movimiento de su mano. "Mi sobrino nunca ha tenido más interés en ti que un perro en una cabeza de repollo".

Chendalla cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente a Ester. "¿Cuándo tuvo lugar este matrimonio?"

Ester se mordió el labio y bajó la mirada. "La noche del baile".

"Escuché que Alfonzo se fue poco después del baile para entregar una manada de ganado".

"Él lo hizo."

Chendalla se rió, el sonido áspero y agudo resonó en los oídos de Ester. "Pobre niña ignorante. ¡Alfonzo solo se casó contigo por lástima! Supongo que vio que te lastimabas a manos de tu padre y se casó contigo porque se sentía mal por ti. Luego se fue justo después. ¿Ya te

aburriste?"

Ester movió los pies cuando una roca se instaló en su estómago y su garganta pareció obstruirse. Sintió que le temblaban los labios. Lo último que Ester quería hacer era llorar frente a Chendalla.

Chendalla se acercó más. "Alfonzo es un hombre. Un *verdadero* hombre. Un ignorante pedazo de basura de la montaña no puede satisfacer a un hombre como Alfonzo. Pronto vendrá en busca de una mujer más adecuada a sus necesidades y estaré esperando".

"Hablas como una verdadera puta", escupió Chepina.

El color abandonó el rostro de Chendalla cuando se quedó boquiabierta. "¿Cómo acabas de llamarme?" ella siseó.

Chepina se encogió de hombros. "Te llamé exactamente por lo que eres. Te pavoneas por la ciudad como si fueras algo especial, pero todos saben que las únicas personas para las que eres especial son los hombres con estándares bajos: los buenos hombres te ven y se mantienen alejados. Y no hay un solo hombre en este pueblo que se vaya a casar contigo, Chendalla.

"¿Y por qué dices eso?" Chendalla susurró, su voz tensa.

Chepina sonrió. "Porque no van a comprar una vaca cuando pueden probar toda la leche gratis". Chepina tomó el brazo de Ester suavemente. "Vámonos ahora, cariño. Alfonzo nos estará esperando".

Ester asintió, sintiéndose muy agradecida por Chepina y la protección que le brindó de la otra mujer. Las dos comenzaron a alejarse, pero Ester sintió que la mano de Chendalla se cerraba sobre su muñeca y se detuvo para mirarla.

"No escuches a ese viejo pájaro gordo", se burló Chendalla, mirando a Chepina antes de volver a mirar a Ester. "Alfonzo disfrutó mucho mi *leche* y volverá por mucho más antes de que termine".

Con eso, Chendalla se alejó.

Mientras Chepina guiaba a Ester afuera y subían al vagón, Chepina siguió hablando tranquilizadoramente e insistiendo en que Ester no le prestara atención a Chendalla.

Ester simplemente asintió, pero mientras se acurrucaba en el asiento del carrito y observaba el paisaje que pasaba, no pudo evitar sentirse dudosa y enferma.

El hecho era que Alfonzo se había casado con ella cuando tenía que salvarle la vida, si no fuera porque su padre casi la mata, los dos no se habrían casado cuando lo estuvieron.

Y Ester, sinceramente, *no* tenía idea de cómo complacer a un hombre: estaba aterrorizada de decepcionarlo y él iría corriendo a una mujer como Chendalla, que claramente sabía lo que les gustaba a los hombres.

¿Y Alfonzo y Chendalla habían estado *juntos* antes? Imágenes pasaron por su imaginación y causaron que el estómago de Ester ardiera. Las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos, pero la pura fuerza de voluntad las mantuvo a raya.

Al menos hasta que llegaron a la cabaña y Alfonzo se levantó de la silla del porche con una sonrisa en su rostro. "¿Ustedes dos la pasaron bien?"

Ester dejó escapar un sollozo ahogado, incapaz de luchar más contra sus emociones. Sin una

palabra, saltó del carro y pasó corriendo junto a Alfonzo, para esconderse dentro de la cabaña.

Por mucho que Ester quisiera creer que su felicidad y su vida con Alfonzo eran reales y duraderas, sabía que no tenía sentido. No podía competir con una mujer como Chendalla.

Capitulo 23

Alfonzo se dio la vuelta para mirar a su tía. "¡¿Qué le hiciste a ella?!" el demando.

Los ojos de Chepina se entrecerraron desde su posición sobre el carro. "No uses ese tono conmigo, Alfonzo. No le hice nada a Ester. Tuvo un encuentro con Chendalla Palacios".

Alfonzo gimió y se pellizcó la nariz entre los dedos. Realmente odiaba a esa mujer. "Ester ya debería saber que no debe escuchar una maldita palabra de lo que dice esa mujer".

Chepina simplemente suspiró y se encogió de hombros. "Sabes tan bien como yo que Chendalla Palacios es la peor clase de mujer. Puse a la chica en su lugar y traté de tranquilizar a Ester, pero creo que ella necesita tu tranquilidad, no la mía".

Chepina inclinó su mano hacia la parte trasera del carrito. "Descarga estas cosas y luego ve a atender a tu esposa, Alfonzo".

Alfonzo usó su brazo bueno para descargar todas las compras de Ester, principalmente suministros para hornear para sus pedidos. Lo amontonó todo en el porche mientras intentaba entender a las mujeres. ¿Por qué demonios Ester prestaría un poco de atención a cualquier cosa que dijera Chendalla? ¿No había demostrado Alfonzo que era a Ester a quien quería y no a Chendalla?

¡Diablos, no se había casado con Chendalla!

Alfonzo vio a su tía alejarse. Victor salió del granero una vez que Chepina se fue. "¿Qué ocurre?" preguntó.

Alfonzo simplemente negó con la cabeza. "No estoy seguro. Solo déjanos tener privacidad por un tiempo, ¿de acuerdo?"

Victor asintió. "Claro hijo. Lo que necesites."

Alfonzo respiró hondo mientras se giraba para mirar hacia la puerta. Definitivamente estaba entrando en un territorio desconocido para él. No quería que se repitiera la mañana después de casarse con ella; tenía que mantener la calma y recordar que Ester había vivido una vida violenta pero protegida en esa montaña.

No estaba acostumbrada a tratar con arpías venenosas como Chendalla. Y Ester no estaba acostumbrada a ser feliz o a que le pasaran cosas buenas. Chendalla, como todos los depredadores, parecía haber encontrado las mayores debilidades de Ester y las estaba usando para su beneficio.

Al entrar en la cabaña, Alfonzo encontró a Ester en el mostrador de la cocina, pelando papas. Sus lágrimas parecían haberse detenido pero estaba empuñando ese cuchillo con mucho más gusto del necesario. ¿Estaba enojada?

"¿Ester? ¿Estás bien?"

"Sí", murmuró sin mirar en su dirección. "Estoy bien."

Alfonzo estuvo tentado de creer en su palabra. No estaba ansioso por tener ningún tipo de

conversación que pudiera conducir a lo que había sucedido entre ellos hace poco más de un mes. Pero, él sabía que ella no estaba realmente bien. Y, como su esposo, le debía a ella intentar calmar cualquier dolor que estuviera sintiendo.

Dio un paso lento hacia ella, deteniéndose cuando sus hombros se tensaron. Alfonzo no sabía mucho sobre mujeres, pero conocía a los animales, y la tensión siempre era mala. Estaba claramente caminando cerca de aguas turbulentas.

"Chepina dijo que tuviste un encontronazo con Chendalla. ¿Dijo algo que te molestó?"

Ester se volvió muy despacio, con el cuchillo aún en la mano y la mirada clavada en el suelo. "Ella siempre me molesta, Alfonzo..." Su voz temblaba, lo que dejaba claro que estaba conteniendo las lágrimas. "Porque ella me dice la verdad y no quiero escucharla".

Alfonzo frunció el ceño. Chendalla soltó muchas cosas de esa boca suya, pero la verdad, seguro como el infierno, nunca había sido una de ellas. "¿Y qué verdad te dijo ella?"

Ester se dio la vuelta y volvió a pelar papas. "Te casaste conmigo por lástima, Alfonzo. Simple y llanamente. Si no hubiera sido porque mi padre me tuvo, no te habrías casado conmigo esa noche..."

Alfonzo suspiró y se dejó caer en la mesa. "¿Esto otra vez?" exigió con exasperación. "Ester, no sé cuántas veces puedo decir que me casé contigo porque quería. Si no lo hubiera hecho esa noche, lo habría hecho tan pronto como pudiese después. Tú tienes que dejar de escucharla a ella y a su madre".

Ester comenzó a picar las papas con ganas. "¿Te gusta la leche, Alfonzo?"

Alfonzo se movió en la silla. ¿Leche? ¿Estaban hablando de leche ahora? Maldición... estaba confundido. No estaba del todo seguro de cuál era la respuesta correcta a esa pregunta.

"Uh... sí. Supongo. Me gusta la leche tanto como cualquier otra persona".

Ester resopló. ¿Fue esa la respuesta incorrecta?

"Chendalla es muy bonita", agregó Ester, sin mirarlo ni una sola vez.

Alfonzo se levantó lentamente. Se dio cuenta de que estaba caminando por un sendero estrecho y rocoso al borde de un acantilado y estaba a un paso en falso de sumergirse en unos rápidos embravecidos...

"Podría haber pensado eso durante unos dos segundos cuando la vi por primera vez... luego abrió esa boca suya y eso fue todo". Alfonzo se frotó el cuello. "¿Puedo preguntar de qué diablos estamos hablando sobre la leche y el aspecto de Chendalla?"

Los hombros de Ester se hundieron y comenzó a sollozar. Alfonzo corrió hacia adelante y la hizo girar, atrayéndola contra su pecho. Besó su cabello oscuro. "Ester, amor, háblame... Ya te he dicho que no soy bueno en este negocio de apertura. Si esto va a funcionar, tienes que hablarme en un español sencillo y dejar de hablar en círculos".

La voz de Ester se ahogó cuando comenzó a hablar y las palabras brotaron de ella casi tan rápido como las lágrimas. "Chendalla es hermosa y sabe exactamente cómo complacer a un hombre. Dijo que te gustaba su leche. Y dijo que solo sería cuestión de tiempo antes de que volvieras con ella porque una mujer como yo nunca podría satisfacer a un hombre de verdad. Ella dijo no sé

cómo y tiene razón, Alfonzo. Yo no... No sé qué hacer para hacerte feliz. Y sé que no merezco un hombre como tú. Y yo siempre sabré en el fondo de mi mente que, no importa lo que digas ahora, te obligaron a casarte conmigo para mantenerme a mí y a ti a salvo esa noche..."

Alfonzo se apartó y se tragó su temperamento. "Diablos, mujer... seguro que sabes cómo cortar a un hombre hasta los huesos".

Parpadeó varias veces con sus grandes ojos azules e inclinó la cabeza. "¿Qué...? Yo no..."

Alfonzo se pasó la mano por el pelo y miró por la ventana. "No tienes ni una pizca de fe en mí, ¿verdad? He compartido más contigo en el poco tiempo que nos conocemos de lo que he compartido con nadie, incluso con mis mejores amigos que he conocido". Toda mi vida. Dices que me amas y luego vas y dices algo como lo que acabas de decir y eso...". Alfonzo tragó saliva y apretó el puño. "Me desgarra, Ester".

Ester negó con la cabeza. "Alfonzo, no fue mi intención... Te *amo* y sé que eres un buen hombre...".

Alfonzo extendió una mano gentil y la colocó sobre su mejilla, sintiendo su propio corazón dolido por ella cuando ella se estremeció impulsivamente. "¿Entonces por qué le haces caso? ¿Por qué te permites creer por un segundo que te haría daño? ¿Que te dejaría? ¿Que te sería infiel? Te guste o no, Ester, estás atrapada conmigo". . No siempre sé qué decir o cómo actuar. Soy desordenado. Tengo frecuentes conversaciones unilaterales con mis animales. Huelo a animal la mayor parte del tiempo y me gusta pasar más tiempo en el bosque. que en un pueblo, pero, soy tuyo y no soy de nadie más".

Alfonzo sintió que se le oprimía el pecho cuando una lenta sonrisa curvó los labios de Ester. "Lo siento, Alfonzo... No quise lastimarte..."

Alfonzo suspiró mientras ponía un dedo en sus labios para silenciarla. "No te disculpes. Chendalla es una serpiente en la hierba y tú... eres un inocente ratoncito de campo".

Los ojos de Ester se entrecerraron un poco y Alfonzo no pudo evitar sonreír antes de besar su frente. "Solo hazme un favor y deja de prestar atención a todo lo que ella tenga que decir. La próxima vez que te abra la boca, solo dile que gire su trasero y que lo lleve de vuelta al burdel".

Los ojos de Ester se abrieron cómicamente. "¡Alfonzo!" Ella exclamo.

Él se rió entre dientes y puso una tierna mano en su mejilla. "He trabajado duro en mi vida para ser un hombre en el que las personas puedan confiar. Saber que mi esposa duda de mí, duele, pero me hace aún más decidido a ganarme la tuya".

"Confío en ti", insistió Ester. "Solo me preocupa que no seré suficiente para satisfacerte..." Su rostro se sonrojó y bajó la mirada a sus pies.

Alfonzo se sintió temblar, maldición, pero la mujer no tenía idea de las formas en que podría satisfacerlo.

"¿Podrías..." La voz de Ester se apagó mientras jugueteaba con su delantal.

Alfonzo inclinó la cabeza, puso un dedo debajo de su barbilla y levantó su mirada para encontrarse con la de él. "¿Podría qué?"

"¿Enseñarme?"

Alfonzo reprimió una maldición. "Sí…" Se aclaró la garganta. "Sí, creo que podría darte una lección".

"¿Qué pasa si se necesita más de una?"

Alfonzo estuvo a punto de ahogarse con la lengua. Si bien Ester quiso decir la pregunta de la manera más inocente posible, encendió un fuego en la sangre de Alfonzo como nunca antes lo había sentido.

Alfonzo agarró sus caderas y tiró de su cuerpo contra él, ganándose un grito ahogado de sus labios. "Estoy dispuesto a darte todas las lecciones que sean necesarias, Ester".

Se chupó el labio inferior entre los dientes y lo miró a través de las pestañas. "Comencemos entonces".

Capitulo 24

Alfonzo miró a su esposa durmiendo pacíficamente en su cama. Habían pasado la última semana encerrados en la cabaña, haciendo el amor, conociendo los cuerpos del otro y, de alguna manera, él se había enamorado aún más de ella.

Alfonzo miró alrededor de la cabaña. Era pequeño y acogedor y le había servido muy bien como soltero, pero ahora tenía una esposa y algún día esperaba tener hijos, una familia. Necesitarían más de una habitación.

Alfonzo agregó mentalmente eso a la lista de cosas que esperaba lograr antes del invierno. Pero por hoy, planeaba subir las montañas y tomar otra oportunidad para traer a casa a ese semental negro.

Estaba rebuscando en su armario en busca de ropa cuando escuchó el crujido de las sábanas en la cama. Girando la cabeza, Alfonzo encontró a Ester mirándolo desde su almohada. "¿Adónde vas?" susurró adormilada.

Alfonzo sabía que no iba a ser feliz, pero la honestidad siempre era lo mejor. "Voy a subir a la montaña", admitió. "Hay un caballo que espero encontrar".

Justo como sabía que lo haría, los ojos de Ester se abrieron como platos. "¿La montaña? ¿Por qué quieres subir allí?"

Alfonzo suspiró y comenzó a ponerse los pantalones de ante. "Hay un caballo que corre por ahí arriba. Lo he estado persiguiendo por un tiempo y me gustaría atraparlo".

Ester se mordió el labio. "Podrías quedarte aquí conmigo".

Alfonzo dejó que su mirada vagara sobre la imagen tentadora que ella pintó con esa sábana enredada alrededor de su cuerpo esbelto y su cabello oscuro esparcido sobre la almohada.

Sintió que sus pantalones recién puestos le apretaban, pero negó con la cabeza. "Hemos estado en esa cama por cerca de una maldita semana, amor. Tengo que hacer algunas cosas o el invierno estará sobre nosotros antes de que te des cuenta".

"¿Invierno?" Ester resopló. Apenas es verano.

Alfonzo se deslizó en una camisa. "¿Hay alguna otra razón por la que no quieres que me vaya hoy?"

La mirada de Ester cayó sobre la sábana que la cubría. "No me gusta la idea de que estés en esa montaña. ¿Qué pasa si... qué pasa si pasa algo malo?"

Alfonzo cruzó los brazos sobre el pecho mientras la miraba. "¿Qué crees que va a pasar exactamente?"

Ester se movió sobre la cama, levantándose para sentarse y tirando las piernas por el borde. "Puede que esté protegida y temerosa, Alfonzo, pero no soy una completa tonta. Sé que fue mi padre quien te disparó. Y él está en esa montaña probablemente buscando alguna oportunidad de hacerlo de nuevo".

Alfonzo tragó saliva y desvió la mirada. No se había dado cuenta de que Ester sabía quién le había disparado. No habían hablado de eso. "No hay pruebas..."

El resoplido de Ester lo interrumpió y Alfonzo suspiró. "Estaré bien allá arriba, Ester. No soy un hombre fácil de sorprender".

"Lo hizo una vez", le recordó.

Alfonzo giró su hombro que aún estaba tenso y rojo. "Y una vez es todo lo que obtendrá". Alfonzo suspiró antes de sentarse a su lado en la cama. "No viviré mi vida escondido en esta cabaña por miedo a *él*. Te prometo que estaré bien".

Ester se quedó en silencio un momento mientras estudiaba sus manos cruzadas sobre sus rodillas. Alfonzo se preguntó qué estaba pensando. No estaba acostumbrado a que alguien cuestionara sus idas y venidas. No le importaba, pero también entendía que ella lo amaba y se preocupaba por él. Él tampoco querría que ella fuera a algún lugar que sintiera peligroso.

"¿Qué caballo estás buscando?" preguntó finalmente.

Alfonzo no estaba preparado para el repentino cambio de tema. Se aclaró la garganta y tomó su mano suavemente entre las suyas. "Un semental negro. Lo he estado observando durante años, pero se las arregló para mantenerse por delante de mí".

Ester encontró su mirada con una sonrisa. "¿Un semental negro con una estrella blanca en la cabeza?"

Alfonzo fue así para responder. "Sí."

Ester se puso de pie, manteniendo la sábana envuelta alrededor de ella. El amanecer que entraba por la ventana parecía hacer que sus hombros desnudos brillaran y Alfonzo se vio obligado a luchar contra el impulso de tirar de ella hacia la cama.

"Conozco el caballo que buscas. Una familia se mudó a las montañas hace unos años. Las familias de las montañas no querían que ocuparan tierras y las quemaron. Robaron la mayor parte del ganado, pero el caballo se escapó".

Alfonzo miró a su esposa en estado de shock. "¿Lo has visto?"

Ester asintió. "Por supuesto que sí. Y sé dónde se queda allá arriba".

Alfonzo se levantó rápidamente, frotándose las manos con anticipación. "Dime. Demonios, he estado tras él por un tiempo".

Ester se mordió el labio y sacudió la cabeza lentamente. "No, no te lo diré".

Alfonzo reprimió su temperamento y tomó su mano. "Ester, esto significa mucho para mí. Quiero ese caballo. Podría venderlo por mucho dinero".

Los ojos azules de Ester se llenaron de determinación mientras lo miraba fijamente. "No te lo diré. Te lo mostraré. Me vas a llevar allí contigo".

Alfonzo estaba seguro de que debía haberla malinterpretado. ¿No? "No me parece."

Podía sentir la tensión saliendo de Ester en oleadas. "¿Por qué no? Si es seguro para ti subir allí, entonces es seguro para mí".

Alfonzo se puso de pie lentamente y cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Qué se suponía que debía

decir a eso? ¡Diablos, no quería a Ester en esa montaña!

Se miraron el uno al otro y, aunque él deseaba que ella retrocediera, no pudo evitar sentirse orgulloso de su valentía cada vez mayor. Ester estaba cambiando todos los días, se estaba volviendo un poco menos asustada y mostrando más quién era ella debajo de la niña maltratada que su padre había criado.

Finalmente, Alfonzo suspiró. "Bien. Pero si vienes allí conmigo, montarás a Kaiser y te preocuparás de cada una de mis palabras si terminamos en problemas".

El miedo brilló en los ojos azules de Ester y su labio tembló un poco. "¿De verdad crees que serán un problema?"

"Si hubiera pensado que habría problemas, te habría dicho que no". Alfonzo agarró sus botas. Ahora prepárate y yo ensillaré los caballos. Salió por la puerta, agarró el cinturón de su pistola en el camino y no estaba nada contento con el giro de los acontecimientos de hoy.

****

Ester estaba nerviosa mientras cabalgaba detrás de su esposo por el angosto sendero de montaña. Estar aquí arriba entre los espesos pinos y robles, con sombras a su alrededor, la aterrorizaba.

Estaba segura de que su padre saltaría en cualquier momento y le metería otra bala a su marido. El viaje fue tranquilo, como la mayoría de los viajes con Alfonzo. Era un silencio cómodo pero le dio a Ester demasiado tiempo para pensar y preocuparse.

Un silbido bajo sonó frente a ella y se dio cuenta de que era Alfonzo. La melodía era alegre y Ester no pudo evitar sonreír.

Él la miró y sonrió, su rostro cincelado se suavizó. "Ven aquí a mi lado, Ester. El camino debería ser lo suficientemente ancho ahora".

Ester estaba feliz de hacer lo que él dijo. Sintió que sus propias preocupaciones se aclaraban cuando Alfonzo reanudó sus silbidos. Estaba asombrada de que su esposo parecía saber exactamente lo que ella necesitaba sin que ella tuviera que pedírselo.

Esperaba poder ayudarlo a encontrar el caballo que quería y así no sentiría la necesidad de regresar a la montaña.

"Te dejaré tomar la iniciativa. Tú eres la que sabe dónde está esa criatura aquí arriba", ofreció Alfonzo.

Ester asintió. "Aún falta bastante... y antes de que lleguemos al claro probablemente deberíamos dejar los caballos y terminar el viaje a pie. Siempre he ido a pie cuando lo he encontrado antes. Los caballos podrían asustarlo. "

Alfonzo asintió. "Tú eres la jefa."

Los dos continuaron su camino, los temores de Ester fueron olvidados mientras hablaban alegremente sobre el caballo y por cuánto dinero podría venderlo Alfonzo.

Ester levantó la mano y detuvo a Kaiser cuando supo que se estaban acercando al lugar de pastoreo favorito de los sementales. "Deberíamos ir a pie desde aquí", susurró.

Con un asentimiento, Alfonzo se deslizó de la silla y ayudó a Ester a bajarse de la

suya. Aseguraron los caballos a una rama baja que colgaba y Ester se deslizó en silencio entre la maleza.

Se detuvo una vez para mirar a Alfonzo y se llevó el dedo a los labios. ¿No se dio cuenta de lo ruidoso que era? La reacción de Alfonzo fue reírse y Ester frunció el ceño. "¿Qué?" Ella susurró.

"Supongo que olvidé que estaba casado con una mujer de la montaña. Puedes escabullirte aquí mejor que yo" dijo Alfonzo.

Ester no estaba segura de cómo responder a eso, así que simplemente reanudó su viaje hacia el prado que sabía que amaba el semental negro. Lo que Ester no le había dicho a su esposo era que había hecho más que simplemente mirar al caballo, se había sentado con él, lo acariciaba, le peinaba la cola.

El caballo negro era un secreto suyo aquí en la montaña y se había escabullido de casa cada vez que podía para estar cerca de la gentil criatura.

Cuando se acercaron al prado, Ester se volvió una vez más hacia Alfonzo. "Quédate aquí. Podría asustarse si los dos vamos juntos".

Sin darle tiempo a Alfonzo para responder, Ester salió de la cubierta y entró en el prado. Vio al caballo parado al otro lado del claro.

Instantáneamente levantó la cabeza y pareció sobresaltarse. Ester le tendió la mano. "Siento haber estado fuera tanto tiempo", arrulló suavemente.

Dejó escapar un resoplido, sacudió la cabeza y se dirigió rápidamente hacia ella. En el último momento, se detuvo y le tocó el hombro con la nariz.

Ester se rió y le acarició el cuello, sabiendo que eso era lo que quería.

Escuchó a Alfonzo maldecir detrás de ella. Volviendo la cabeza, Ester vio a su marido saliendo de la maleza con el arma en la mano. "¡Diablos, mujer!" gruñó. "Casi le disparé a ese caballo cuando corría hacia ti de esa manera".

"¿Por qué le dispararías?" demandó Ester, frotando su cara contra las mejillas del caballo. Es un buen caballo.

Alfonzo resopló, enfundando su arma. "Sí, pero eres una buena esposa y no iba a dejar que te pisoteara".

Ester sintió un rubor en sus mejillas. "Él no me hará daño, Alfonzo", le aseguró. "Debería haberte dicho que solía escabullirme con él bastante a menudo. Somos amigos".

Alfonzo dio otro paso adelante y el caballo echó las orejas hacia atrás. Ester se apresuró a calmarlo. "Está bien. Alfonzo es un buen hombre. No tienes que tener miedo".

Cuando el caballo pareció calmarse un poco, Alfonzo extendió su propia mano y la pasó por su cuello. "No puedo creer esto... Lo he estado persiguiendo durante años y nunca he tenido más que un vistazo..."

Ester sonrió y se puso de puntillas para besar la mandíbula de Alfonzo. Su brazo instantáneamente se cerró alrededor de ella y la atrajo contra él. Ester sintió su cuerpo calentarse instantáneamente en el momento en que estuvo contra su calor.

"Maldición mujer, eres una tentación..." Lentamente, Alfonzo se alejó. "Hagámoslo bajar de la

montaña. Creo que tengo algo más que enseñar".

Ester se encontró incapaz de formar una respuesta. Alfonzo parecía saber exactamente qué hacer y decir para abrumar sus sentidos. Había estado tan equivocada cuando una vez pensó que acostarse con un hombre solo podía ser doloroso y degradante. Cada caricia que Alfonzo le daba a su cuerpo solo la hacía sentir más querida y amada.

Se quedó allí, soñando despierta con las cosas que Alfonzo haría con ella una vez que estuvieran en casa, y se sobresaltó cuando Alfonzo le tocó el hombro.

Miró en su dirección solo para darse cuenta de que usó su cuerda para fabricar una brida y una cuerda de plomo que ya había colocado en el semental. "Estamos listos si tú lo estás", dijo Alfonzo con un guiño.

Su sonrojo se profundizó mientras seguía a Alfonzo a Kaiser y Cain. Ella había pensado que el semental se sentiría incómodo, pero parecía tranquilo y cómodo con su nueva manada.

El descenso de la montaña transcurrió sin incidentes y Ester simplemente quería que terminara, hasta que se dio cuenta de que el aire parecía volverse más denso. La niebla se estaba instalando.

La niebla de la montaña podría ser algo peligrosa. Tendía a moverse rápidamente y era gruesa y eliminaba por completo su capacidad de ver más de un pie o dos.

Ester lanzó una mirada nerviosa a Alfonzo antes de mirar detrás de ella. La niebla la hizo sentir como si alguien estuviera detrás de ella, le envió escalofríos por la espalda.

De repente la niebla se hizo más espesa, cayendo como si fuera una manta sobre sus ojos. "¿Alfonzo?" susurró, mientras se daba la vuelta. Alfonzo se había ido.

Un trueno retumbó sobre ella justo antes de que los cielos se abrieran en un aguacero ensordecedor. "¡Alfonzo!" gritó tan fuerte como pudo.

Si él la escuchó, o si él la llamó a cambio, era imposible decirlo a través de la tormenta.

El miedo la abrumó. La respiración se volvió difícil y las lágrimas llenaron los ojos de Ester mientras miraba a su alrededor, intentando ver en todas direcciones a la vez.

En cualquier momento esperaba que su padre, o algún otro hombre de la montaña, vinieran corriendo a través de la niebla y la arrancara de la espalda de Kaiser. Estaba claro que Kaiser también tenía miedo. El caballo se deslizó hacia un lado y dejó escapar un resoplido.

Ester se concentró en calmarse. Tenía que ser fuerte y sacar a Kaiser de la montaña. Si simplemente continuaba lentamente cuesta abajo, con cuidado de ver si había desniveles o rocas que pudieran causarles daño, eventualmente saldría de la niebla y luego podría concentrarse en encontrar a Alfonzo o regresar a la cabaña.

El trueno retumbó de nuevo, causando que Ester soltara un chillido de sorpresa mientras saltaba un poco. Su ropa ya estaba empapada hasta la piel. Era hora de concentrarse en llegar a casa.

"Está bien, cariño. Vámonos a casa ahora", instó suavemente.

La caminata hacia abajo fue lenta, pero eventualmente la niebla se volvió más delgada y Ester se encontró saliendo de ella por completo. Miró a su alrededor, tratando de orientarse. Había dejado el rastro por completo y la lluvia seguía golpeando.

Ester no sabía exactamente dónde estaba, pero sabía que si continuaba descendiendo,

eventualmente llegaría al valle de abajo.

Ester sintió un escalofrío filtrándose mientras la lluvia parecía empaparla hasta los huesos. Siguió guiando a Kaiser hacia adelante, llamando a Alfonzo de vez en cuando, a pesar del volumen de la tormenta a su alrededor.

Ester dejó escapar un grito de sorpresa cuando una figura salió repentinamente de los árboles a su lado y una mano agarró la brida de Kaiser y detuvo el caballo.

"¿Bueno, bueno, bueno, qué tenemos aquí?"

Ester miró fijamente a Shade Marxton, con el miedo asentándose profundo y pesado en sus entrañas. Él se burló de ella con su sonrisa de dientes podridos debajo de ese bigote sucio. "Ester Spinelly... No puedo decirte cuánto tiempo he querido tenerte a solas".

"Yo... ahora soy Ester Prieto...", respondió ella temblorosa. "Y estoy de camino a casa, así que sal de mi camino..."

Ester trató de empujar a Kaiser para que pasara al hombre de la montaña que había estado detrás de ella desde que podía recordar, siempre con mirada lasciva y amenazante.

"Sí, me enteré de eso", se rió Shade. "Armando está bastante enojado porque te escapaste. No me molesta en absoluto tomar la esposa de otro hombre".

Sin previo aviso, Shade la agarró del brazo y tiró, tirando de Ester de la silla. Kaiser, asustada por la repentina pérdida de su jinete y los gritos de Ester, corrió hacia el bosque.

Ester trató de volver a ponerse de pie, pero el pie descalzo de Shade chocó bruscamente con sus costillas y la hizo rodar hacia un lado con un grito de dolor. "No tienes idea de cuánto tiempo he querido contactarte".

Ester se arrastró hacia atrás. "¡Alfonzo!" ella gritó su nombre desesperadamente mientras resbalaba en el barro.

Shade se rió entre dientes mientras ella pasaba la manga de su camisa andrajosa por su cara mojada. "Él no va a venir, cariño. Eres mía".

Los gritos de Ester se cortaron cuando Shade cayó sobre ella y su boca cubrió la de ella. Sabía a tabaco y su hedor la abrumó.

El dolor llenó sus sentidos. Se sentía como si fuera a romperle la mandíbula.

De repente, su mano se deslizó por su cintura y la sujetó con fuerza sobre su pecho. Ester corcoveó debajo de él, luchando por escapar. Eso solo pareció alentarlo.

Shade gruñó y se empujó contra ella. Podía sentir su excitación a través de sus faldas y una lágrima se escapó de su ojo.

Cuando su mano subió por sus faldas, tocando su piel desnuda, Ester supo que no iba a escapar. Él era demasiado fuerte. Shade estaba usando su cuerpo fornido para dominarla por completo y sujetarla.

Vio una roca al lado de su mano y cerró los dedos alrededor de ella. "No te atrevas", gruñó Shade. Ester soltó rápidamente la piedra cuando vio el brillo de un cuchillo en su mano. La hoja presionó contra su cuello.

Su sangre se congeló y se quedó inmóvil por completo. "Deja de pelear conmigo ahora, pequeña puta. Abres las piernas para la basura del valle y las vas a abrir para mí".

"Y vas a quitar tus manos de encima de mi maldita esposa ahora".

Shade se puso de pie de un salto, pero Ester aún no podía moverse. Estaba congelada sobre el barro con los ojos apretados y el cuerpo temblando.

"¡Alfonzo!" exclamó Shade. "¿Tu esposa? No sabía que era tu esposa".

"Claro que no. Ahora tira ese cuchillo y aléjate diez buenos pasos de Ester".

Ester oyó el ruido del cuchillo contra una piedra. Sintió una mano cerrarse sobre su brazo y gritó mientras se encogía. "Ester, amor, soy solo yo".

Abriendo un poco los ojos, Ester vio el rostro de Alfonzo cerca del suyo. Ella se incorporó rápidamente, lanzando sus brazos alrededor de su cuello. Alfonzo se tensó cuando la puso de pie y la empujó suavemente detrás de él. "Vuelve con Kaiser cariño".

Fue entonces cuando Ester se dio cuenta de que Kaiser había regresado. Le tomó dos intentos en su estado inestable, pero Ester logró deslizarse en la silla.

"Ahora, Shade, debería matarte", gruñó Alfonzo.

Shade se humedeció el labio tembloroso. "Probablemente deberías, Alfonzo".

Ester observó a Alfonzo mientras sostenía su revólver con fuerza en sus manos, manteniendo la mira en el pecho de Shade. "Sigue adelante y corre a casa con tu esposa, Shade".

Los ojos de Shade se agrandaron. Él asintió y se acercó a su cuchillo. Alfonzo negó con la cabeza. "Yo me quedaré con ese cuchillo. Ve tú ahora".

Shade miró a Alfonzo, pero pareció pensárselo dos veces antes de arriesgar su suerte. Dio media vuelta y corrió hacia el bosque.

Alfonzo saltó sobre la espalda de Cain. "Vamos, Ester. Vamos a llevarte a casa".

Ester estaba aturdida mientras seguía a Alfonzo montaña abajo. Estaba entumecida y ni siquiera podía recordar la mayor parte del viaje. Se sorprendió cuando se dio cuenta de que Alfonzo estaba de pie junto a Kaiser para ayudarla a bajar mientras estaban parados frente a la cabaña.

Entra y sécate, amor. Yo cuidaré de los caballos y estaré dentro en un minuto.

****

Alfonzo observó a Ester entrar rígidamente en la cabaña y cerrar la puerta lentamente detrás de ella.

La rabia vibró dentro de él mientras conducía los tres caballos al granero. Victor lo recibió en las puertas con el ceño fruncido. "¿Qué diablos pasa, hijo? Pareces un hombre con el asesinato en mente".

Alfonzo golpeó con el puño una viga y siseó de dolor. "Shade Marxton".

"¿Qué hay de él?" exigió Victor.

Alfonzo apretó los puños con fuerza. "Ester y yo nos separamos en la niebla y la tormenta... Logré encontrarla, pero cuando lo hice, Shade Marxton estaba encima de ella..."

"¡Jesucristo!" exclamó Victor. "¿Él la violó, Alfonzo?"

La mandíbula de Alfonzo se abrió cuando cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente por la nariz. "No... llegué allí antes de que él lo hiciera".

"¿Lo mataste?"

"No."

"¿Porque diablos no?"

Alfonzo abrió los ojos y miró fijamente a su padre. "Porque mi esposa había pasado por suficiente. No necesitaba ver a su esposo asesinar a un hombre... Y si hubiera disparado un tiro, todos los hombres en esa montaña habrían ido tras nosotros".

Victor asintió mientras le quitaba los caballos a Alfonzo. "Los tengo. ¿Por qué no vas allí y atiendes a Ester?"

Alfonzo asintió, prometió darle las gracias a su padre más tarde y se dirigió a la cabaña. No estaba seguro de lo que diría... diablos, ¿qué podría decir?

La había llevado a esa montaña porque estaba seguro de que podía mantenerla a salvo, y no lo había hecho.

Alfonzo entró en la cabaña y sus ojos se dirigieron instantáneamente a Ester. Estaba sentada en la silla frente al pequeño tocador que él le había comprado. Tenía un trapo mojado en la mano y se frotaba la cara con violencia.

Alfonzo corrió hacia ella. Se dejó caer de rodillas frente a ella y agarró sus manos suavemente entre las suyas, deteniendo su movimiento. Se frotó la piel roja y en carne viva y su corazón se rompió por ella.

"Ester, amor, lo siento..."

Sus ojos azules se encontraron con los de él y él pudo ver el miedo en ellos. "Puedo besarte..."

Alfonzo se levantó ligeramente y presionó sus labios contra los de ella en un tierno beso. Mientras se alejaba lentamente, se dio cuenta de que sus ojos se habían cerrado. "Bésame, Ester".

Ella asintió levemente y Alfonzo la besó de nuevo. Sintió las yemas de sus dedos bailar sobre su mejilla y Alfonzo ya no pudo contener sus propias emociones. Se apartó y hundió la cara entre las manos. "Lo siento, Ester... Demonios, lo siento mucho..."

En lugar de hablar, Ester atrajo su rostro hacia su regazo y Alfonzo apoyó la cabeza contra su falda y lloró en silencio. Ella frotó su cabello y nunca dijo una palabra sobre su repentina demostración de debilidad mientras le ofrecía su fuerza.

****

Victor acomodó los caballos para pasar la noche. Ni siquiera se tomó el tiempo de examinar el semental negro que su hijo finalmente había logrado tener en sus manos.

Su mente estaba en Ester y ese monstruo en esa montaña que la había tocado.

Ester fue un regalo del cielo. Un ángel.

Victor fue a la cabaña y miró por la ventana. Su corazón se rompió cuando vio a su hijo, su hijo fuerte y orgulloso, arrodillado con la cabeza en el regazo de su esposa mientras lloraba y ella le ofrecía todo el consuelo que podía.

Victor apretó los puños. Entendió las razones de Alfonzo para dejar a Shade con vida, pero Victor no tenía tales razones.

Regresó a la lluvia y se dirigió hacia el granero. Era hora de ensillar un caballo y visitar la montaña.

Capitulo 25

"Ese es un caballo elegante, Alfonzo", dijo Adolfo antes de silbar bajo y pasar la mano por el costado del semental negro.

"Había estado detrás de esta bestia durante años", señaló Alfonzo.

Frank se rió entre dientes. "Se necesitaba una mujer para hacer las cosas".

Adolfo suspiró. "Y una mujer bonita además. ¿Dónde está Ester hoy? Esperaba poder verla".

Frank resopló. "Si yo fuera un hombre celoso, podría estar preocupado".

Adolfo guiñó un ojo. "Eres el único hombre para mí".

Frank cruzó los brazos sobre el pecho y levantó una ceja. Pero Ester es una mujer.

En lugar de decir nada más, Adolfo saltó hacia adelante y envolvió a Frank en un abrazo aplastante. "No hay necesidad de estar celoso, Frank. Soy tuyo. Además-" Miró a Alfonzo, que miraba al dúo con leve diversión. "Alfonzo me asusta".

Alfonzo puso los ojos en blanco y salió del granero. "Ester quería pasar algún tiempo en la ciudad hoy, así que la llevé esta mañana. Ella regresará con Chepina esta tarde".

La verdad era que Alfonzo estaba feliz de que Ester hubiera decidido ir a la ciudad. Había pasado una semana desde que había sido atacada en esa montaña y a Alfonzo le preocupaba que se retirara a su caparazón y perdiera el progreso que había logrado desde que escapó de su padre.

Pero Ester parecía haberlo superado, aunque él la había oído gemir y llorar en sueños por la noche e hizo todo lo posible por consolarla.

Victor había sido bueno para Ester durante la última semana. Alfonzo estaba enojado por el ataque y todavía bastante nervioso. Victor, sin embargo, estaba tan despreocupado como siempre y le había hecho compañía a Ester.

Alfonzo no había hablado con nadie más sobre ese día. Pensó que no era asunto de nadie a menos que Ester decidiera decírselo. Demonios, probablemente Alfonzo ni siquiera se lo hubiera contado a su padre si Victor no lo hubiera atrapado en un momento tan vulnerable.

"Entonces, ¿vas a vender ese caballo?" preguntó Frank.

Alfonzo suspiró. "Lo había planeado. Pero creo que Ester está unida a él. Tendré que hablar con ella antes de decidir algo".

"Sí. No puede dar un paso sin esa vieja", señaló Adolfo.

Alfonzo miró a su amigo con el cerebro confundido. "¿Qué tal si haces algo útil contigo mismo hoy?"

"Buena suerte con eso", murmuró Frank.

"Siempre soy útil", se quejó Adolfo.

Alfonzo sonrió. "Mi cabaña necesita un par de habitaciones nuevas. Necesito troncos para construirlas. ¿Ustedes dos quieren ser leñadores hoy?"

***

"Ester, cariño, ¿hay algo que te moleste?" Chepina preguntó mientras las dos se sentaban en el columpio en el porche y miraban a la gente del pueblo afanarse por su día.

Ester forzó una sonrisa. "No, por supuesto que no. Solo me siento un poco cansada".

Chepina resopló y Ester vio que los ojos de la mujer mayor se entrecerraban. "Ahora, no me mientas, Ester Prieto. Sé que algo anda mal. Puedo verlo en tus ojos de la misma manera que pude verlo en los de Alfonzo cuando te dejó aquí esta mañana. Podrías también ponerte a hablar".

Ester cruzó los brazos sobre el pecho, recordando lo ásperas que se habían sentido las manos de Shade cuando la sujetaron y la inmovilizaron en el suelo húmedo. Se estremeció y sintió que se le revolvía el estómago.

"¡Ester!" Chepina comenzó a abanicar su mano frente a la cara de Ester. "¡Cariño, estás blanca como una sábana! ¿Qué diablos está pasando? ¿Ese padre tuyo te ha estado dando más problemas? ¿O Chendalla?"

Ester negó con la cabeza. No había hablado de Shade desde el ataque... Ni siquiera había hablado del ataque en sí. Alfonzo tampoco. Sabía que él se sentía responsable por no mantenerla a salvo, y ella se sentía culpable por no luchar con más ahínco.

Ester encontró la mirada de Chepina y luchó contra las lágrimas que querían llenar sus ojos. "Alfonzo y yo estábamos en la montaña cuando azotó la tormenta la semana pasada. Íbamos a buscar a ese semental negro que ha estado persiguiendo durante tanto tiempo...".

Chepina asintió. "Sí, mencionó que finalmente logró atraparlo, con tu ayuda, por supuesto". Su mirada era suave. "¿Te encontraste con tu padre allá arriba?"

Ester negó con la cabeza. "No... No he visto ni oído nada de mi padre desde la noche del baile". Le temblaban las manos, así que las dobló con fuerza sobre su regazo y trató de concentrarse en respirar profundamente. "Alfonzo y yo nos separamos en el camino de regreso, la niebla y la tormenta hicieron imposible que nos encontráramos... Sabía que si seguía bajando, encontraría el valle y podría volver a casa.... Sólo quería ir a casa...."

Chepina alisó un mechón de cabello detrás de la oreja de Ester. "Por supuesto que sí, cariño. ¿Qué pasó?"

"Shade Marxton me encontró... Me arrancó a Kaiser y él... él..."

Ester no pudo terminar su pensamiento. Apretó los ojos con fuerza al recordar el sabor de su lengua cuando la había metido en su boca.

Chepina maldijo por lo bajo. "¡Por qué ese hijo de novilla con cara de rata no es bueno! Ester, cariño, ¿verdad...?"

Ester sabía lo que Chepina estaba preguntando y rápidamente negó con la cabeza. "No, no estoy arruinada si eso es lo que quieres decir. Alfonzo vino y..."

"¿Arruinada?" La voz de Chepina era peligrosamente tranquila. "¿Qué demonios te haría creer que estarías arruinada si Alfonzo *no hubiera* llegado a tiempo?"

Ester frunció el ceño. "Porque Shade habría..."

"Esos son los pecados de Shade, sus errores. No habría tenido relación contigo o con la mujer que eres. Nunca te permitas pensar que algo que alguien te hace determina qué tipo de persona eres o cuánto vales. ¿Me escuchas?"

Ester nunca en su vida había escuchado nada parecido a lo que decía Chepina. Iba en contra de todo lo que su padre había dicho alguna vez sobre las mujeres, e incluso su propia madre había hablado de la necesidad de una mujer de ser pura y fiel solo con su marido, no *tentar* a los hombres para que no pudieran ayudarse a sí mismos.

Sinceramente, le gustaba mucho más la perspectiva de Chepina. Shade era un monstruo, un hombre mezquino y malvado que se había aprovechado de ella. Ester amaba a Alfonzo. Ella no había instado a Shade ni lo había tentado de ninguna manera... Y Alfonzo ciertamente no la culpaba por lo que pasó.

Necesitaba dejar ir la culpa a la que ella misma se había estado aferrando.

"Alguien debería ir allí y hacerle una visita a Shade", se quejó Chepina, acelerando el ritmo del columpio del porche.

"No resolvería nada", respondió Ester. "Y luego los hombres de la montaña bajarían en busca de su propia venganza".

Chepina suspiró. "Supongo que tienes razón. Quiero que te quedes fuera de esa montaña, Ester. No es seguro. Me gustaría que Alfonzo también se mantuviera alejado, pero eso sería como pedirle a esa roca que le salgan patas y corra por la montaña". Pero tu si puedes mantenerte abajo donde sea un poco más seguro".

Ester simplemente sonrió y asintió... pero Chepina no tenía toda la razón. Era igual de peligroso aquí abajo. Alfonzo no estaba en esa montaña cuando su padre le disparó. Y su padre la había secuestrado aquí mismo en la ciudad.

Pero Ester estaría de acuerdo con Chepina simplemente para complacer a la mujer. Era la mejor amiga que tenía Ester fuera de Alfonzo.

"¡Hola, señorita Chepina!" Shania llegó corriendo al porche, su cabello oscuro un desastre y el sudor goteando por su frente. Se limpió un trozo de tierra de la blusa mientras Chepina miraba a la niña.

"¿Qué haces en ese estado? ¿Estás cubierto de sudor y suciedad y corres bramando como un ternero a la hora de comer?"

"Estaba jugando kickball con Miguel y los demás", admitió Shania rápidamente. "Tú eres la que me dijo que hiciera amigos", agregó deliberadamente.

Ester intentó ocultar su sonrisa detrás de su mano mientras que Chepina simplemente suspiró derrotada. "¿Y qué hay de los bramidos?"

Shania sonrió bajo la suciedad y las pecas. "¡El escenario acaba de llegar! ¿No dijiste que esperabas a una chica nueva en el escenario?"

Los ojos de Chepina se iluminaron cuando casi saltó sobre sus pies. "¡Sí! ¡Casi lo había olvidado por completo! Recibí un telegrama hace unos días sobre una joven que se había presentado en algunos pueblos del oeste. Me preguntaban si podía acogerla y, por supuesto, acepté". Chepina se volvió hacia Ester. "¿Te gustaría venir conmigo para darle la bienvenida a Spring Falls?"

Ester quería decir que no. Todavía no se sentía del todo cómoda con la idea de conocer a extraños. Pero Chepina parecía tan emocionada que Ester odiaba rechazarla.

Forzó una sonrisa y se puso de pie. "Está bien."

El camino a la oficina de la diligencia no tomó mucho tiempo, aunque Ester se sentía cada vez más incómoda entre la multitud que parecía volverse más espesa a medida que se acercaban.

Hubo un sonido repentino de tela crujiendo y un ruido sordo justo antes de que una voz femenina llenara el aire de la tarde. "Maldita sea. ¡Las campanas del infierno! ¡Eso dolió muchísimo!"

Shania se rió mientras Chepina suspiraba. "Esa será ella".

Chepina empujó su camino hacia la plataforma y Ester se quedó sin aliento cuando vio a la chica nueva por primera vez. Era bajita y bastante delicada, con una mata de rizos tan salvajes y macizos que parecían tragarse su cabeza y sus hombros.

Su rostro estaba rojo y sonrojado bajo un montón de pecas oscuras y sus grandes ojos verdes brillaban con bondad.

Pero lo que más sorprendió a Ester, más que las maldiciones que había gritado y más que su golpe en su trasero manchado de suciedad mientras se levantaba del suelo, ¡fueron los pantalones y la blusa que llevaba la mujer!

Abrazaron su diminuto cuerpo con fuerza, mostrando sus piernas y caderas de una manera que Ester nunca en su vida había visto hacer a una mujer.

"Oh Dios mío..." murmuró Chepina.

Shania se rió más fuerte. "¡Podrías haber encontrado un caso más difícil que el mío!"

Shania recibió un fuerte golpe en la nuca antes de que Chepina se adelantara. "Hola, cariño. Mi nombre es señorita Chepina. ¿Eres la joven de la que me enteré?"

La joven, probablemente de la misma edad que Ester, sonrió de una manera que iluminó todo su rostro y casi partió sus mejillas por la mitad, ahondando hoyuelos en ellas. "Sí, esa soy yo. Me llamo Valentina Rodriguez. Me crié con un padre, ocho hermanos y ninguna mamá después de cumplir cinco años. Aparentemente me falta lo que llamarías 'aires femeninos'".

"¿En serio?" Shania se rió. "Nunca lo habría adivinado".

Shania esquivó otro golpe de Chepina antes de que Chepina le tendiera la mano a Valentina. "Es maravilloso conocerte, cariño. Esta aquí es Ester, está casada con mi sobrino y es una mujer maravillosa para tener como amiga. Y, esta niña a mi lado es Shania... Un trabajo en progreso".

"Bueno, seguro que es un placer conocerlos a todos!" Valentina sonrió. Luego cruzó un poco las piernas y dio un brinco. "Si no les importa, ¿podrían mostrarme una letrina? ¡He estado encerrada y aguantando durante horas!"

Capitulo 26

"Debería irme a casa, Chepina", admitió Ester después de mostrarle a Valentina la casa de huéspedes.

"Por supuesto", estuvo de acuerdo Chepina, mirando por la ventana el cielo de la tarde. Te llevaré en el carro.

"¿Puedo ir?" preguntó Valentina. No estoy muy acostumbrada a estar encerrada en un pueblo.

"Por supuesto." Chepina volvió su mirada hacia Shania. Quédate y límpiate para la cena. Parece que has estado revolcándote en una pocilga.

Shania se limpió la mano sucia en el vestido. "No es *tan* malo".

Ester, Valentina y Chepina subieron al carro. No habían viajado lejos de la ciudad cuando se encontraron con Peter. "Hola chicas", saludó con un movimiento de cabeza.

Chepina sonrió. "Hola Peter. Estábamos llevando a Ester a casa".

"Iré contigo", se ofreció Peter. "Me dirigía hacia allí en mi camino hacia la montaña".

"¿Por qué vas a la montaña?" Ester cuestionó.

Sus rasgos estaban tensos. "Un funeral. No es uno que me guste mucho realizar, pero es *mi* deber como predicador".

"¡¿Predicador?!" exigió Valentina. "¡No puedes ser un predicador! Todos los predicadores a los que me he referido alguna vez son viejos o gordos. ¡Vaya, eres muy guapo!"

Ester jadeó con sorpresa, Chepina se rió en voz baja en su mano y los ojos de Peter se abrieron tan cómicamente que parecían a punto de salirse de su cabeza.

Se aclaró la garganta cuando sus mejillas se pusieron de un rojo más profundo del que Ester había visto nunca. "Uh... bueno... gracias, señora. Usted... uh... usted también es encantadora... yo...". Peter se aclaró la garganta con fuerza y tiró de su cuello. "No creo que nos hayamos conocido".

"No, no lo has hecho", Chepina ayudó al hombre nervioso. "Esta es Valentina. Se acaba de mudar a Silver Falls para quedarse conmigo un tiempo. Valentina, este es Peter Empire. Es nuestro predicador local".

Valentina sonrió mientras recogía los pantalones. "Encantada de conocerte, Peter. Probablemente no debí salir y decir lo que dije... No tengo muy buenos modales. Esa es una de las razones por las que mi papá me envió a casa de la señorita Chepina".

Peter negó con la cabeza, pareciendo superar su conmoción y vergüenza iniciales. "No se disculpe, señorita Valentina. Disfruté el cumplido y es bueno conocer gente que dice exactamente lo que quiere decir".

"Esa soy yo", Valentina sonrió. "Sin filtro."

"Oh cielos..." murmuró Chepina. "Me temo que esta podría hacer que Shania parezca un paseo por el parque un domingo por la tarde".

Ester se mordió el labio un momento antes de preguntar: "¿Quién es el del funeral?".

Los ojos de Peter se suavizaron. "No *ese* funeral". Luego se encogió de hombros. "Desafortunadamente." Antes de que Ester tuviera tiempo de procesar por completo lo que acababa de decir, Peter continuó. "Aparentemente, un hombre estuvo allí durante esa tormenta hace una semana y se dio la vuelta y caminó por un acantilado. Recientemente encontraron su cuerpo y me pidieron que viniera a hablar algunas palabras. Se supone que debo decir algunas cosas buenas sobre el difunto y ofrecer a su familia el consuelo de que se ha ido al cielo..."

Peter dejó escapar un suspiro y miró el paisaje. "Y luego oren para que el Señor me perdone por el pecado de mentir".

De nuevo Ester jadeó antes de sofocar su risa detrás de su mano. Chepina se apresuró a regañar a Peter, aunque Ester estaba segura de que la mujer mayor luchaba por no sonreír. Valentina, sin embargo, se golpeó la pierna y se rió tan fuerte que asustó a varios pájaros en un árbol cercano.

Peter se aclaró la garganta y se sentó un poco más derecho en la silla.

El resto del viaje transcurrió rápidamente con conversaciones fáciles y risas. Ester descubrió qué le gustaba a Valentina. La mujer ciertamente era tosca, pero parecía lo suficientemente honesta y amistosa.

Cuando llegaron a la cabaña, Ester no pudo contener su sonrisa. Alfonzo estaba en el patio usando una sierra de dos hombres con Frank para cortar ramas de un árbol.

Se veía tan fuerte... tan guapo.

Alfonzo levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de ella y también se formó una sonrisa en su rostro. El corazón de Ester se aceleró mientras mariposas revoloteaban en su estómago.

"Supongo que debe ser tu hombre. Seguro que te mira como un hombre enamorado", señaló Valentina.

Ester se sonrojó y se miró la falda. Chepina sonrió. "Ester ha sido buena para mi sobrino. Y él la mira de esa manera porque eso es exactamente lo que es".

Victor, Alfonzo, Adolfo y Frank dejaron de trabajar y, mientras Adolfo, Frank y Alfonzo se acercaban al carrito, Victor escapó rápidamente al granero; claramente, todavía no estaba listo para arriesgarse a conversar con Chepina.

"Me gustaría que todos ustedes conocieran a Valentina", dijo Chepina, señalando a la mujer que se movía en el asiento y tiraba de las rodillas de sus pantalones. "Valentina, estos son Alfonzo, Adolfo y Frank", agregó Chepina, señalándolos a cada uno. "Y el cobarde que metió la cola y corrió hacia el granero cuando me vio fue Victor".

"Él no es realmente malo", respondió Adolfo. "Simplemente tiene el buen sentido de darse cuenta de que Chepina es una mujer con la que no te quieres enredar".

Alfonzo ayudó a Ester a bajar del carrito y mientras el grupo continuaba con una pequeña charla, la empujó ligeramente hacia un lado. "¿Pasaste un buen momento?"

Ester le sonrió y asintió. "Lo hice. Yo..." Se mordió el labio. "Le conté a Chepina lo que pasó en la montaña..."

Alfonzo se tensó y Ester vio la culpa en sus ojos. Sabía que se culpaba a sí mismo por lo que Shade había hecho. "¿Y?" preguntó firmemente.

Ester colocó una tierna mano en su mejilla y sintió que su corazón se hinchaba cuando Alfonzo se inclinó hacia su toque. "Y, estoy bien".

****

Alfonzo miró a su esposa y una vez más se sorprendió de la fuerza de las mujeres. Él le creyó cuando dijo que estaba bien. Ester no mentía y Alfonzo podía leer sus emociones como un libro.

Era diminuta, pequeña y delicada y, sin embargo, tenía más fuerza que los hombres tres veces su tamaño.

"Me iré ahora", gritó Peter.

"Diviértete diciendo mentiras en ese funeral, Peter", respondió Valentina.

Alfonzo frunció el ceño. "¿Funeral?"

"¿Mentiras?" Adolfo intervino. "Pensé que los hombres santos no decían mentiras".

Peter se aclaró la garganta. "Por supuesto que podemos, Adolfo. El Señor nos permite tres al año para usarlas sabiamente", afirmó secamente. Peter dirigió su atención a Alfonzo. "Un hombre de la montaña murió durante esa tormenta hace una semana. Se dio la vuelta en esa niebla y caminó por un acantilado".

Los pelos de la nuca de Alfonzo se erizaron. "Dios mío"

"Shade Marxton es su nombre. Preferiría no hablar por él, pero hago lo que me piden".

Alfonzo sintió la conmoción que sintió Ester cuando agarró su mano con fuerza. El propio Alfonzo se sentía bastante conmocionado. ¿Shade Marxton estaba muerto? ¿Había muerto el día de la tormenta?

"Dios mío, pensé que los hombres de la montaña conocían esas montañas y acantilados como la palma de sus manos. ¿Cómo baja uno?" preguntó Adolfo.

"Tal vez tuvo ayuda", dijo Frank.

Chepina resopló. "Sí, el buen Dios mismo llevó al hombre allí y lo tiró solo para ahorrarnos todo el dolor de cabeza".

"¡Chepina!" Ester y Valentina jadearon al unísono.

Chepina se encogió de hombros. "¿Qué? Me niego a sentarme y actuar como si su muerte fuera una gran pérdida". Le lanzó a Ester una mirada mordaz. "Es mi más sincera creencia que obtuvo exactamente lo que se merecía".

"Si lo merecía", casi gruñó Alfonzo.

Todavía estaba tratando de averiguar cómo había sucedido eso. Adolfo tenía razón. Los montañeses conocían las montañas.

Sintió ojos en él y miró hacia el granero para ver a Victor observándolo de cerca. Su padre había desaparecido la noche de la tormenta después de que Alfonzo y Ester regresaran a casa. Alfonzo no se había enfocado mucho en él, o la cojera que el hombre había tenido a la mañana siguiente,

había asumido que Victor acababa de ir a la ciudad y posiblemente bebió demasiado y terminó con un tobillo torcido.

Pero, ¿y si eso no fuera lo que había sucedido? Victor parecía terriblemente enojado esa noche. Y Victor conocía esas montañas tan bien como cualquier montañero.

Sus miradas se encontraron y Alfonzo vio a su padre asentir levemente.

Justo cuando Alfonzo pensaba que estaba descifrando las cosas, la vida le había lanzado otra sorpresa.

Capitulo 27

"Yo digo que terminemos este negocio de enlatado por hoy", declaró Chepina mientras se pasaba el brazo por la frente sudorosa.

Ester estaba feliz de estar de acuerdo. Con la ayuda de Valentina y Shania, las mujeres habían estado enlatando manzanas y peras desde poco después del amanecer. Les dolían las manos y cada una de ellas estaba sobrecalentada y cansada de estar de pie sobre el agua hirviendo.

"Hemos hecho bastante hoy", observó Ester, tomando nota de las latas, más de cien de ellas.

"Quiero que sepas que al menos un tercio de estos son para ti y Alfonzo", dijo Chepina. "Puedes usarlos para pasar el invierno y ayudar con tus pasteles".

"¡No podría tomarlos!" discutió Ester. "Todos estos son de tus árboles frutales".

"Sí, que ayudaste a elegir y ayudaste con todo este enlatado. Te los has ganado", le aseguró Chepina en un tono de voz que dejaba claro que había terminado con la conversación.

Shania se rió entre dientes. "No deberías rechazar comida gratis".

"Sí", estuvo de acuerdo Valentina. "Como siempre dice mi papá, nunca debes mirarle los dientes a un caballo regalado".

Chepina levantó una ceja. "¿Me estás comparando con un caballo?"

Las mejillas de Valentina se sonrojaron ligeramente. "No claro que no."

"Probablemente debería irme a casa. Estoy segura de que los hombres tienen hambre", señaló Ester, mirando el reloj en la pared.

"Cabalgaré contigo", se ofreció Valentina. "De esa manera no estás sola. Estoy segura de que la señorita Chepina está cansada después de trabajar tan duro todo el día".

Chepina sonrió. "Me queda mucha energía para llevar a Ester a casa... a menos que la *verdadera* razón por la que estás tan ansiosa por viajar con ella sea para que puedas volver a la ciudad con Peter".

Ester sonrió ante la vergüenza y la sorpresa en el rostro de Valentina. No era ningún secreto para nadie a su alrededor que Peter y Valentina se habían tomado cariño el uno al otro en las últimas semanas.

Peter había estado trabajando con bastante frecuencia en las ampliaciones de la cabaña con Alfonzo y casi todos los días Valentina cabalgaba hasta la cabaña solo para que Peter se ofreciera a acompañarla de regreso a la ciudad.

Sin duda fue un partido extraño. Valentina maldijo más de lo que consideraría apropiado que se hiciera la esposa de un predicador y, aunque Chepina finalmente la convenció de que los pantalones no eran un atuendo apropiado para una dama, insistió en usar solo faldas divididas, ya que los vestidos y las faldas apropiadas hacían demasiado difícil saltar derecho a lomos de un caballo y cabalgar.

Pero a Peter no parecía importarle las peculiaridades de Valentina. Su falta de filtro y su

tendencia a decir lo que se le ocurría. De hecho, esas son precisamente las cosas que parecían gustarle más de ella.

"Vamos, Valentina", Ester sonrió. Será mejor que nos vayamos para que la señorita Chepina pueda descansar. Se detuvo en la puerta. "Chepina, si estás segura de que Alfonzo y yo podemos tener algunas de las latas, haré que venga a la ciudad conmigo mañana a buscarlas".

Chepina puso los ojos en blanco. "Por supuesto que estoy segura, cariño". Hizo un gran espectáculo de sofocar un bostezo. "Chicas, deberían ponerse en marcha ahora. Esta anciana necesita su descanso de belleza".

Shania resopló. "Mejor que sea una siesta larga".

Esquivó un golpe en la cabeza de Chepina antes de salir corriendo de la habitación riendo. Los labios de Chepina se torcieron con una sonrisa reprimida. "Una siesta larga suena muy bien para mí".

***

"Diablos, Alfonzo, ¿cuándo va a llegar esa mujer tuya a casa y preparar la cena? Me muero de hambre", se quejó Adolfo.

Alfonzo gruñó, deteniéndose entre golpes de martillo. "Diablos, Adolfo, entre tú y Frank, uno de ustedes debe saber cocinar o de lo contrario ambos se habrían muerto de hambre".

Frank se rió entre dientes. "Adolfo es muy útil en la cocina".

"¿Tienes un delantal?" Peter habló. "Todos los buenos cocineros usan delantal".

Alfonzo se rió entre dientes mientras volvía a clavar las tejas. A Alfonzo le gustaba Peter. El hombre podría ser un predicador, pero no era un bastardo engreído como muchos de ellos. Todavía hablaba y expresaba opiniones reales a pesar de su origen sagrado y era fácil estar cerca de él.

Demonios, Peter incluso sabía sobre el secreto de Adolfo y Frank. Lo había descubierto bastante rápido. A Adolfo le preocupaba que el predicador los juzgara con dureza o los hiciera huir de la ciudad por su estilo de vida *pecaminoso*, pero Peter simplemente dijo que había muy poco amor en el mundo y que si Frank era lo suficientemente tonto como para atarse a sí mismo un dolor en el cuello como Adolfo, quién era él para decir una palabra en contra.

Alfonzo se rió entre dientes al recordarlo. Sí, le gustaba Peter.

"Podría bajar y preparar la cena", ofreció Victor. Sé un par de cosas sobre una cocina.

"Bueno, gracias, Victor. Eso sería muy femenino de tu parte", sonrió Adolfo.

Victor simplemente se encogió de hombros antes de salir del techo y bajar la escalera.

Alfonzo no estaba muy seguro de qué hacer con el cambio en su padre. Se había ido el vagabundo enojado y borracho que Alfonzo conocía desde hacía casi treinta años.

Victor rara vez bebía, ya no era impulsivo y se había quedado más tiempo que nunca. Se preocupaba por Ester, se ocupaba de todo lo que Alfonzo necesitaba hacer y Alfonzo estaba bastante seguro de que el hombre incluso había asesinado a Shade Marxton para ahorrarle problemas a Alfonzo.

Era algo confuso y Alfonzo estaba teniendo problemas para averiguar qué quería hacer... estaba luchando para descubrir cómo abrirse al hombre que apenas había conocido la mayor parte de su vida.

Con un suspiro, Alfonzo decidió que hablaría con Ester sobre algunas cosas. Se había vuelto bastante bueno para abrirse a su esposa y ella tenía un espíritu amable y afectuoso. Ella lo ayudaría a resolver las cosas.

"Bueno, hablando de mujeres bonitas, aquí vienen dos margaritas soleadas ahora", dijo Frank, señalando hacia el camino de la ciudad.

Alfonzo siguió su mirada y vio a Ester y Valentina cabalgando hacia ellos. Ester montaba el semental negro al que había llamado Colt. Le había tomado tal simpatía a ese semental, y él a ella, que Alfonzo ni siquiera había tenido el valor de mencionar venderlo.

Pensó que todavía podría ganar bastante dinero con Colt simplemente usándolo como semental. Ya había tenido algunas personas preguntando cuánto cobraría.

"La señorita Valentina vino con ella", notó Peter rápidamente, antes de trepar desde el techo tan rápido que Alfonzo pensó por un momento que podría haber desaparecido en el aire.

"¿Viste eso?" preguntó Adolfo. "Voló de este techo como un maldito mono araña".

Adolfo siguió a Peter y Alfonzo miró a Frank. "¿Qué diablos es un mono araña?"

Frank se encogió de hombros. "Ni idea. No entiendo ni la mitad de lo que dice ese hombre".

Alfonzo estaba a punto de bajar la escalera él mismo cuando un destello de movimiento detrás de las mujeres que se acercaban llamó su atención.

León de montaña.

Y estaba acechando.

¿Qué clase de puma acechó a dos mujeres a caballo en medio del día con tanta gente alrededor? ¿Estaba rabioso?

Alfonzo no iba a esperar hasta que atacara a su esposa para averiguarlo.

Sacó su revólver y apuntó, sabiendo por la postura de la bestia que solo tenía unos momentos para disparar antes de que fuera sobre su esposa, y sabiendo que su puntería tenía que ser perfecta o de lo contrario estaría entregando una comida al gran felino.

Ester lo vio apuntando con el arma y soltó un grito ahogado justo cuando Alfonzo apretaba el gatillo.

Valentina maldijo en voz alta y el caballo que montaba dejó escapar un grito agudo antes de arrojar a Valentina de su espalda y correr de regreso por el sendero hacia la ciudad.

Peter corrió hacia Valentina y tomó su mano para ayudarla a ponerse de pie mientras sus maldiciones llenaban el aire. "¡Esa maldita bestia! ¡Me tiró de espaldas!" Empezó a sacudirse la suciedad de la parte de atrás de su falda. "¿Estoy realmente sucia, Peter? La señorita Chepina me matará si mancho la falda. ¿Mi trasero se ve mal?"

Se dio la vuelta y señaló su trasero y Alfonzo, incluso desde la distancia, vio a un nervioso Peter tirar de su cuello y sacudir la cabeza rápidamente. "No, señorita Valentina... eh... su trasero se ve

muy bien".

Alfonzo se deslizó por la escalera y corrió hacia Ester justo cuando estaba saliendo de la espalda de Colt. "¿A qué estabas disparando?" ella exigió, su rostro pálido.

Alfonzo señaló detrás de ella unos diez metros y ella se aferró con fuerza a su brazo cuando vio al puma. "¡No tenía ni idea de que estaba allí!"

"No la ibas a tener", le aseguró Alfonzo. "Hasta que saltan sobre tu espalda y te rompen el cuello".

"Esa cosa sin duda fue terriblemente valiente al tratar de atacar a los humanos a plena luz del día de esa manera", señaló Victor, saliendo del porche con un rifle en la mano.

"¿Está loco?" preguntó Frank.

Alfonzo se encogió de hombros. Caminó hacia la criatura muerta, plenamente consciente de que Ester todavía lo sujetaba con fuerza por el brazo. Mirando de cerca al puma, Alfonzo se dio cuenta de lo flaca que era la bestia y parecía tener una herida en la pata.

Eso explicaba todo. El gato no estaba rabioso, estaba desesperado, hambriento y herido; buscando cualquier presa que pudiera encontrar.

Alfonzo miró a su esposa y supo lo que tenía que hacer. El gato no tenía rabia, pero *había* sido una llamada de atención. Con tantos peligros, desde montañeses hasta pumas, necesitaba saber que Ester podía protegerse a sí misma.

Tuvo que enseñarle a usar un arma.

Capitulo 28

"No estoy segura de querer hacerlo", admitió Ester mientras miraba la pieza de hierro y madera que descansaba en la mano de Alfonzo.

Un arma.

Las armas eran peligrosas y mortales y Ester no quería tener nada que ver con quitarle la vida a alguien.

Alfonzo negó con la cabeza. "Ya sea que quieras o no, tienes que hacerlo. ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera estado cerca cuando ese león de montaña te atacó ayer? ¿Y si hubiera llegado antes en el camino antes de que llegaras a la cabaña?"

Ester suspiró. "Lo sé, Alfonzo. Sé que podría haberme matado..." Se mordió el labio. "Pero las armas matan, Alfonzo... yo no podría matar a una persona..."

Ester vio que los ojos de Alfonzo se volvían atormentados justo antes de que abriera el cilindro de su revólver y revisara las rondas dentro. "Te sorprendería lo que harás cuando se trata de eso, Ester. Y no estoy diciendo que tengas que aprender a disparar para que puedas matar a todas las personas que conozcas. Puedes protegerte contra criaturas como ese león".

Ester todavía estaba nerviosa, aún insegura y aún incómoda. Pero, podía decir cuán importante era esto para Alfonzo. Sabía que él se culpaba por el incidente con Shade. Sabía que si alguna vez le pasaba algo más, o incluso si *casi* le pasaba, Alfonzo se culparía a sí mismo.

Si enseñarle a disparar un arma le daba un poco de consuelo y seguridad, entonces Ester se lo permitiría. Después de todo lo que había hecho por ella, ciertamente no era mucho pedir.

"Está bien. Pero tendrás que decirme exactamente qué hacer. Nunca antes había usado un arma".

Alfonzo sonrió, claramente feliz de que ella se hubiera reconciliado. Él le mostró el arma. "La primera regla es, siempre trate un arma como si estuviera cargada, incluso si no está seguro de que lo esté. Nunca apunte con un arma a *nada* ni a *nadie* a menos que quiera dispararle a ese objetivo. Y nunca toque el gatillo hasta que estamos listos para disparar una bala. A demasiadas personas les da comezón en el gatillo y lo aprietan demasiado pronto; así es como tienden a ocurrir los accidentes graves".

Ester tragó saliva y asintió. Esta lección ciertamente no la estaba haciendo sentir más cómoda acerca de usar un arma.

Luego, Alfonzo siguió los pasos para enseñarle a cargar el arma. Cuando Ester fue bastante capaz de hacer eso, dirigió su atención a un tocón en el jardín con un trozo de piel bien atado alrededor.

"Ahí está tu bicho, Ester. Es hora de aprender a dispararle".

Alfonzo se paró detrás de ella y la rodeó con sus brazos. Colocó sus brazos sobre los de ella y la guió mientras ella intentaba apuntar.

"Quieres alinear esas miras con el objetivo. Deberías poder ver la mira delantera entre las traseras... tómate tu tiempo. Respira hondo, déjalo salir muy despacio y aprieta el gatillo, no, No

tires muy fuerte o tu tiro saltará".

Ester intentó recordar todo eso mientras sostenía el arma. Lo tenía apuntado al objetivo y exhaló lentamente antes de apretar el gatillo.

El arma saltó en su mano y el sonido de la bala rebotó con fuerza en sus oídos. Rápidamente, giró la cabeza para mirar a Alfonzo. "¿Lo golpeé?"

Tenía una sonrisa orgullosa en su rostro mientras una risa retumbó en su pecho, vibrando contra su espalda. "No. Pero te acercaste." Él debió haber notado su decepción porque besó su cabello. "No te sientas mal, amor. Nadie da en el blanco la primera vez. Tengo cajas y cajas de municiones y tenemos todo el día. Estarás disparando tan bien como yo en poco tiempo".

Cuando terminaron el día, Ester se dio cuenta de que, si bien Alfonzo podría haber estado exagerando sobre lo buena que sería su puntería, había *mejorado* mucho. La mayoría de sus disparos habían comenzado a dar en el blanco. Estaban separados y no juntos como los de Alfonzo, pero Ester estaba orgullosa de sí misma de todos modos.

Y disparar le había quitado gran parte de su miedo al arma. Aprender a usar el arma la había ayudado a entenderla y con la comprensión vino un cierto consuelo.

Y el orgullo en el rostro de Alfonzo a medida que mejoraba había valido la pena para superar su miedo.

Alfonzo la atrajo hacia su pecho una vez que terminaron y la besó en la frente con amor. "Eres una gran mujer, Ester".

El orgullo floreció en su pecho mientras se acurrucaba contra él. Alfonzo se apartó y tomó su mano entre las suyas. "Quiero que empieces a portar un arma cuando vayas a la ciudad y no esté contigo".

"Alfonzo..."

"¿Por favor?" el insistió. Haría muchísimo para tranquilizarme y probablemente nunca tendrás que usarla.

Ester suspiró. Sabía que no podía decirle que no... No cuando Alfonzo rara vez le pedía algo y era la preocupación por ella lo que le hacía preguntar ahora.

"Está bien. Llevaré una cuando vaya a la ciudad".

Miró hacia el cielo y se dio cuenta de que se acercaba la noche. Será mejor que vaya a preparar la cena. Seguro que te da hambre.

Alfonzo negó con la cabeza, entrelazando los dedos de sus manos entrelazadas. "¿Podemos dar un paseo por el valle? Hay algo de lo que quería hablar contigo".

Ester frunció el ceño. "Por supuesto... ¿está todo bien?"

"Estoy confundido y me gustaría hablar de eso con alguien en quien confío".

El ceño fruncido de Ester se transformó rápidamente en una sonrisa. "Hablar mucho."

Mientras caminaban lentamente, tomados de la mano, Alfonzo habló sobre su padre. Habló sobre la forma en que su padre nunca había sido y cómo el hombre que estaba aquí ahora *no* era el mismo hombre que había estado antes. Le contó a Ester sobre su confusión hacia esta nueva

versión de su padre y admitió que no estaba seguro de cómo aceptarlo o seguir adelante.

Se detuvieron junto al río y Ester puso sus manos sobre el pecho de Alfonzo mientras lo miraba a los ojos. "Victor, el hombre que es ahora, es bueno. Tienes razón cuando dices que ha cambiado. Alfonzo, se preocupa por ti y creo que tú también te preocupas por él".

"No sé cómo... no sé cómo mostrarle eso, Ester. No estoy listo para abrazarlo y llamarlo papá".

Ester sonrió. Por supuesto que no lo estaba. Alfonzo era un hombre que no decía nada a menos que estuviera seguro de que quería decirlo y no hacía ningún movimiento hasta que estaba seguro de que era lo que quería. Era un hombre privado que no mostraría abiertamente sus sentimientos hasta que estuviera bien y listo.

"Pequeños pasos entonces," ofreció ella. Todavía está *durmiendo* en el granero.

Una sonrisa curvó los labios de Alfonzo, acentuando sus rasgos afilados. Se inclinó y le dio un tierno beso en los labios, dejando a Ester sin aliento y con ganas de más. "Mi esposa es una mujer tan inteligente".

****

Alfonzo estaba de pie en el porche, mirando la tierra que lo rodeaba. Su cabaña estaba casi completa. Su padre había trabajado incansablemente a su lado para terminar el trabajo, el anciano no merecía llamar al granero su hogar.

Saliendo del porche, Alfonzo se dirigió al granero y encontró a Victor adentro, sentado en un balde y afilando su cuchillo. "Hola, hijo. ¿Está lista la cena?"

Alfonzo negó con la cabeza. "No, aunque ella está cocinando", respondió él, señalando distraídamente hacia la casa.

Victor se rió entre dientes mientras continuaba mirando la hoja y la piedra en su mano. "Vi algo de esa práctica de tiro hoy. Será mejor que tengas cuidado. Ester parece ser natural y después de algunas prácticas más, será peligrosa con esa arma, tendrás que caminar por la línea".

"Siempre he tenido un buen equilibrio", le aseguró Alfonzo. Se frotó el cuello y se aclaró la garganta mientras arrastraba los pies.

Victor pareció notar su incomodidad y miró hacia arriba. "¿Pasa algo, hijo?"

Alfonzo agarró la barandilla a su lado con una mano y evitó la mirada de su padre. "Vamos a tener que cortar algunos troncos más".

"¿Para qué? La cabaña ya no necesita más, a menos que planees tener un vagón lleno de jóvenes", agregó con una sonrisa.

Alfonzo tragó saliva y cuadró los hombros. Era hora de dejar de ser un niño pequeño. Se encontró con la mirada de su padre. "Supongo que como te vas a quedar, necesitas un lugar mejor para dormir que el desván del granero. Hay mucho espacio en el valle y queda un buen clima este año para construir una cabaña".

Los ojos de Victor se abrieron. "¿Estás seguro, hijo?"

Alfonzo asintió. "Estoy seguro de que."

Por un momento, Alfonzo pensó que su padre podría levantarse y abrazarlo y agradeció que

permaneciera sentado y volviera a afilar su cuchillo. "Eso será muy agradable, Alfonzo. Gracias".

Capitulo 29

Ester salió de la sensación del doctor como si estuviera flotando en el aire.

Ella estaba embarazada.

Había estado bastante segura de que lo estaba, pero no le había contado a Alfonzo sus sospechas. La había llevado a la ciudad esa mañana antes de volver a casa para trabajar en la cabaña de Victor, que estaba casi terminada.

Ester había usado una visita a Chepina para disfrazar sus verdaderas razones para querer venir a la ciudad.

A un bebé le estaba creciendo la barriga. Una parte de ella y Alfonzo pronto se uniría al mundo y estaría en sus brazos.

La sonrisa en su rostro era imposible de borrar mientras Ester bajaba por el paseo marítimo, sin prestar atención a lo que pasaba en el camino.

Estaba tan perdida en sus pensamientos felices que no escuchó los pasos cerrándose detrás de ella. Cuando una mano tocó repentinamente su hombro, Ester casi gritó y giró rápidamente.

"¡Ester! ¡Lo siento, no fue mi intención asustarte!" Peter jadeó, cubriendo su pecho con su mano. Llamé tu nombre varias veces, pero no parecías escucharme.

Ester respiró varias veces para calmar los latidos de su corazón antes de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora. "Está bien, Peter. Lo siento, estaba tan perdida en mis pensamientos".

"No te retendré mucho tiempo", le aseguró Peter. "Me preguntaba si habías visto a Valentina esta mañana. Hablé con la señorita Chepina y me dijo que Valentina estaba en algún lugar de la ciudad haciendo mandados".

Ester negó con la cabeza. "Lo siento, Peter. No la he visto. Estaba en el médico y..."

"¿El doctor?" Peter interrumpió rápidamente con preocupación. "¿Estás enferma? ¿Dónde está Alfonzo?"

Ester se apresuró a hacerlo callar y él inclinó la cabeza mientras hablaba. "No estoy enferma, Peter... Estuve en el médico por motivos *personales* y Alfonzo no sabe que estuve allí. Está en casa trabajando en la cabaña de Victor".

Una luz de complicidad iluminó los ojos de Peter, pero si entendió sus razones para visitar al médico, no lo dijo. En cambio, puso una mano amistosa sobre su brazo y Ester se obligó a aceptar el contacto. Peter era un amigo, no un hombre que deseaba lastimarla.

"Te dejaré continuar con tu día entonces, Ester. Realmente necesito encontrar a la señorita Valentina..."

"Ahí está ella." Ester señaló la abrumadora masa de rizos que actualmente salían del mercantil. "Iré contigo, Peter. Necesitaba comprar algunas cosas".

Ester notó que el hombre ya no hablaba y su rostro se ponía más pálido con cada paso que daban por la bulliciosa calle. Valentina los vio y una sonrisa iluminó su rostro. "¡Bueno, verás eso! Mis

dos personas favoritas en todo el mundo aparecen al mismo tiempo".

"Hola, Valentina", respondió Ester. Esperó a que Peter también hablara, pero la boca del hombre simplemente se movía arriba y abajo como si fuera un pez luchando por respirar fuera del agua. ¿Qué diablos estaba mal con él?

Ester se aclaró la garganta. "Valentina, Peter dijo que tenía algo de lo que deseaba hablar contigo. Entraré en la tienda y les daré un poco de privacidad".

Ester se escabulló, esperando que cualquier cosa que Peter tuviera que decir fuera algo bueno. Valentina realmente se había enamorado del predicador y Ester no quería ver lastimada a su amiga.

Miró a través de la neblina polvorienta y encontró la pequeña sección de telas en la parte trasera de la tienda. Abriéndose camino entre barriles de frutas secas y nueces, Ester se acercó a las escasas selecciones.

Podía ir a la tienda de ropa por un suministro más amplio de telas, pero no quería que ninguna de esas tiendas dejara correr por la ciudad que había estado comprando la tela que esperaba encontrar, todo lo que necesitaba era para La madre de Chendalla, la Sra. Palacios o la propia Chendalla para averiguarlo.

Ester había logrado hasta ahora evitarlas por completo desde su último encuentro con Chendalla y deseaba que siguiera siendo así.

Ester pasó los dedos por una tela amarilla fina y suave adornada con osos danzantes. Podía ver a su hijo envuelto en eso y durmiendo profundamente sobre el pecho de Alfonzo. El precio era casi el triple de la tela blanca lisa y áspera que normalmente usaba para una manta o un atuendo, pero tenía *dinero* de la venta de sus pasteles y seguramente a Alfonzo no le importaría si derrochaba lo suficiente para hacer solo un par de mantas y tal vez una almohada.

Ester recogió el bulto de tela y se dirigía al dependiente cuando Valentina irrumpió en la tienda. La mujer chocó contra ella, tomándola de las manos y saltando como una posesa.

"¡¿Qué demonios?!" exigió Ester.

Las mejillas de Valentina se sonrojaron de un rojo brillante cuando se apartó los rizos de la cara. "¡Diablos, Ester, no vas a creer lo que acaba de pasar!"

Ester miró hacia la puerta pero no había nadie allí. ¿Adónde había ido Peter? "¿Qué pasó?" se encontró preguntando.

"¡Peter fue y me pidió que me casara con él! ¿Puedes creer eso? ¿Un hombre tan bueno, decente y guapo queriendo casarse con una mujer como yo?"

"Eres una muy buena mujer", le aseguró Ester rápidamente. Antes de que pudiera decir algo más, Valentina estaba hablando una vez más.

"Mi papá y mis hermanos me enviaron aquí seguros de que era un desperdicio de la feminidad y que solo me interpondría en su camino. ¡Y ahora tengo un hombre mejor que todos ellos juntos que quiere hacerme su esposa!"

Ester sonrió, la felicidad de su amiga era realmente contagiosa. Hoy fue un buen día. "¿Qué dijiste?" ella preguntó. "¿Te vas a casar con él?"

Valentina jadeó, se apartó y se golpeó la frente. "¡Me olvidé de contestar!"

Sigue riéndose detrás del mostrador. "Puedo ver al pobre hombre desde aquí. Está paseando por el paseo marítimo y parece a punto de caer muerto. Es posible que desees ir a sacarlo de su miseria".

Valentina soltó una maldición y salió disparada de la tienda, casi volcando un barril de carne seca y obligando a una pareja de ancianos a apartarse de su camino.

Ester fue al mostrador y mientras pagaba su compra, escuchó a Peter soltar un grito de felicidad y su sonrisa creció.

Recogió el paquete envuelto en papel marrón y salió. "Estoy tan feliz por ustedes dos".

"Peter me pidió que fuera a almorzar con él al café. Le dije que deberíamos invitarte. ¿Quieres venir con nosotros?"

"No, creo que necesitan pasar un tiempo juntos y disfrutar el uno del otro", insistió Ester. "Voy a visitar a Chepina por un tiempo y luego volveré a casa".

"¿Estás segura?" preguntó Valentina, sus ojos llenos de estrellas parecían incapaces de apartar la mirada del rostro sonriente de Peter.

"Estoy segura. Disfruten su día. Realmente estoy feliz por ustedes dos".

"¿Ester?" Valentina finalmente rompió el contacto visual con Peter. "Por favor, no le digas a Chepina. Quiero sorprenderla cuando regrese".

Ester sonrió. "Tu secreto está a salvo conmigo."

Ester se separó de sus amigos y se dirigió a la pensión. Estaba doblando una esquina al final de la ciudad cuando una sombra cayó detrás de ella.

"Bueno, bueno, bueno... Mira lo que encontré".

Capitulo 30

El miedo obstruyó los sentidos de Ester. Ella había pensado que estaba a salvo. Habían pasado meses desde que lo había visto....

Ahora su padre la había rastreado.

Ester se volvió lentamente, con el corazón acelerado contra las costillas. "¿Qué haces aquí, papá?"

El rostro macilento y barbudo de Armando se dividió en una fea sonrisa. "¡Bueno, escúchate! Hablando bien y olvidando de dónde vienes y lo que eres".

Ester negó con la cabeza, esperando que él no pudiera escuchar sus rodillas chocando juntas. "No he olvidado nada", le aseguró.

"¿Dónde está ese esposo tuyo y todos esos guardaespaldas?"

"Alrededor", susurró débilmente.

Él se rió, el sonido duro en sus oídos. "Sabes mejor que mentirme, Ester Spinelly".

Ester tragó saliva. "Mi nombre ya no es Ester Spinelly. Ahora es Ester Prieto y lo sabes. A Alfonzo no le gustará que me molestes".

La ira contrajo las facciones de Armando y Ester supo que había dicho algo incorrecto. ¡Maldición! Últimamente se había sentido cada vez más cómoda diciendo lo que pensaba y le iba a costar muy caro.

"¿Honestamente crees que me importa un infierno lo que ese bastardo de hombre querría?"

Ester sabía que se avecinaba violencia. Puso una mano sobre su estómago y pensó en la vida que crecía allí. ¡Ella *no* dejaría que su padre le quitara algo más! Le había robado la infancia con su abuso. Asesinó a su madre. Intentó asesinar a su marido. Él no le haría daño a su hijo.

Había un arma en su bolsillo.....

Antes de que Ester pudiera armarse de valor para alcanzar el arma, y antes de que su padre pudiera recurrir a la violencia que Ester sabía que se avecinaba, un cuerpo peludo se interpuso entre ellos.

"¿Estoy interrumpiendo algo?"

La voz de Adolfo era uno de los mejores sonidos que Ester había escuchado en su vida. "Este es un asunto familiar y no es asunto tuyo", gruñó Armando. Ester ya no podía verlo, pero su enojo era evidente.

"Y Ester es mi familia", respondió Adolfo. "Si piensas por un solo momento que te dejaré dañar un cabello de su cabeza, eres incluso más tonto de lo que pareces".

Ester casi se cae. *Armando no* era un hombre que la mayoría de los hombres querrían cruzar y, sin embargo, ¡Adolfo lo había amenazado e insultado al mismo tiempo!

Parecía que Armando estaba tan sorprendido como Ester. Tartamudeó y resopló, pero se quedó

sin palabras reales. Adolfo le sonrió a Ester y extendió una mano. "Súbete, Ester y te encontraré una mejor compañía para tener".

Ester estaba más que feliz de poder escapar de su enojado padre. Dejó que Adolfo la subiera al caballo y mantuvo su sí en la espalda de Adolfo, evitando volver a ver a su padre.

Una vez que estuvieron a salvo de vuelta en la bulliciosa calle principal, lo que acababa de suceder pareció asimilar realmente. Ester comenzó a temblar y las lágrimas llenaron sus ojos.

"No entres en pánico ahora", Adolfo la regañó suavemente. Hizo que el caballo se detuviera, saltó y tiró de Ester con él. "Todo ha terminado, Ester", la tranquilizó, abrazándola y frotándole la espalda.

"Probablemente debería llevarte a casa", ofreció Adolfo cuando los temblores de Ester disminuyeron lentamente y él se alejó.

"¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué seguirme?" Ester susurró.

Porque asustar a la gente lo hace sentir duro".

"Iba a dispararle", agregó, poniendo su mano sobre el arma en su bolsillo.

Adolfo rió suavemente. "Es bueno que llegué allí cuando lo hice entonces. Le salvé la vida a ese hombre".

Ester envolvió sus brazos alrededor de sí misma. "Quiero ir a casa."

Ella quería a Alfonzo.

Adolfo asintió. "¿Dónde está Colt?"

"Enganchado a la librea".

Adolfo llevó a Ester allí y la pareja salió de la ciudad. "¿Por qué estás en la ciudad de todos modos?" preguntó Ester mientras cabalgaban. "Pensé que estabas ayudando a Alfonzo en la cabaña hoy".

"Nos quedamos sin clavos". Se encogió de hombros. "Yo era el chico de los recados".

Ester se quedó en silencio. El viaje a casa fue tenso y temeroso. Ester esperaba que su padre saliera disparado del bosque en cualquier momento, o que una bala golpeara su espalda, o la de Adolfo, como le había ocurrido a Alfonzo.

Pero ninguna de esas cosas sucedió. El viaje fue largo y sin incidentes. Ester se dio cuenta de que Alfonzo estaba de vuelta en el valle, en lo alto de la cabaña de su padre. No creía que él la hubiera visto y, ahora que estaba tan cerca, tenía miedo de verlo.

Había estado tan emocionada, tanto por contarle sobre el bebé como sobre el compromiso de sus amigos, pero ahora... ahora sabía que tendría que contarle sobre su padre y eso sería una nube oscura sobre cualquier felicidad que pudieran tener ambos.

"Adolfo, ¿puedes atender a Colt?" preguntó, deslizándose del lomo del caballo.

Adolfo dejó escapar un gemido. "Pero ese caballo me odia. Me muerde cada vez que me acerco lo suficiente". Cuando Ester no dijo nada, suspiró. "Está bien. Atenderé al caballo demoníaco. Será mejor que te alegres de que te amo".

Ester escapó rápidamente a la cabaña sin tener idea de lo que le diría a su esposo cuando se diera cuenta de que había regresado.

***

"Te vi llevar a Colt al granero", dijo Alfonzo, parándose derecho y secándose la frente con la manga de la camisa. Frunció el ceño a Adolfo. "¿Ester ya llegó a casa?"

El rostro de Adolfo palideció. "Uh... sí... ella está en casa".

Frank se acercó. "¿Qué pasa, Adolfo?"

"Creo que deberíamos irnos a casa hoy. Alfonzo necesita hablar con Ester".

"¿Qué diablos le pasa a Ester?" exigió Alfonzo. "¿Está ella enferma?"

"Ella no se lastimó, ¿verdad?" preguntó Victor.

Adolfo suspiró y tomó la mano de Frank. "Alfonzo necesita ir a hablar con ella. Creo que sería mejor si *te* contara lo que pasó".

La inquietud recorrió la columna vertebral de Alfonzo. Sin otra palabra, saltó desde el techo. Con el impacto aún resonando a través de él, las piernas de Alfonzo devoraron el suelo mientras corría hacia la cabaña que compartía con Ester.

Irrumpiendo, Alfonzo encontró la cocina y las habitaciones principales vacías. Inmediatamente fue a su nuevo dormitorio y encontró a Ester sentada en el centro de la cama con las rodillas pegadas al pecho.

"¿Ester?" Alfonzo corrió hacia la cama y se sentó a su lado, atrayéndola a su regazo. "Dios mío, mujer... ¿qué te pasa?" demandó cuando se dio cuenta de que su rostro estaba mojado por las lágrimas.

Ester permaneció en silencio y Alfonzo se tensó. "No te encontraste con Chendalla o su madre otra vez, ¿verdad? Dime que todavía no estás poniendo ningún peso en lo que dicen..."

Una sacudida de su cabeza siguió a su pregunta. Alfonzo suspiró. "Entonces, ¿qué pasa? No puedo leer tu mente, amor. ¿Qué pasó en la ciudad? Adolfo dijo que necesitaba hablar contigo".

"Yo... yo lo vi", susurró Ester.

Alfonzo frunció el ceño. "¿A quién?"

Un sollozo vino de Ester y su agarre en su camisa se volvió un poco más fuerte. "Mi padre... me siguió. Me acorraló lejos de la calle principal".

Alfonzo se puso tenso. La ira se disparó a través de él. Junto con la culpa. Demonios... Parecía que cada vez que algo malo le pasaba a Ester, él no estaba allí para protegerla.

"¿Te lastimó?"

"No", Ester se apresuró a responder. "Pero lo habría hecho... O yo lo habría lastimado..."

Alfonzo la abrazó un poco más fuerte. "Me alegro de que no hayas tenido que sacar esa pistola, amor", admitió. Él le había enseñado a disparar para que pudiera defenderse, pero en realidad no quería que tuviera que *usarla*. Matar a una persona nunca fue fácil, incluso cuando esa persona no te dejó otra opción.

El rostro de Ester estaba pálido y sus ojos estaban enrojecidos y distantes mientras miraba la pared. "Pensé que estaba a salvo allí... Estaba caminando hacia lo de Chepina y di la vuelta a las afueras de la ciudad para llegar allí. Se me acercó por detrás y se rió y se burló de mí... Dije lo que pensaba cuando no debía. Y lo hizo enojar más. Lo sabía..." La voz de Ester se quebró. "Sabía que iba a ponerse violento y sabía que no podía dejar que me golpeara... No podía porque..." Se detuvo de repente. "....porque estoy cansada de ser golpeada".

Alfonzo permaneció en silencio. No sabía qué decir. ¿Qué podría decir? Simplemente la abrazó contra él y trató de ofrecerle todo el consuelo que pudo.

Ester se movió ligeramente para mirarlo. "Adolfo llegó justo antes de que las cosas se pusieran violentas".

"Me alegro por eso", admitió Alfonzo.

"¿Por qué no nos deja vivir en paz?" Ella susurró.

Alfonzo suspiró. "Es un hombre enojado y solitario que ha construido todo su mundo alrededor de controlar y lastimar a aquellos que sienten que son más débiles que él. El hecho de que hayas escapado de esa vida es un golpe para su orgullo que parece tener problemas para superar".

"Bueno, me gustaría que lo superara".

Se hizo el silencio. No había mucho que Alfonzo pudiera decir. Simplemente abrazó a su esposa y estaba agradecido de que no le hubiera pasado nada peor.

No iba a dejarla ir sola por la ciudad por más tiempo. Al igual que Ester, Alfonzo también había pensado que ella estaba a salvo en la ciudad a plena luz del día; equivocarse casi le costó a su esposa.

Alfonzo no podía volver a una vida sin Ester. Simplemente no era una opción.

Capitulo 31

Una semana vino y se fue rápidamente. Ester ya no deambulaba sola por la ciudad. Alfonzo había venido con ella la primera vez y la había vigilado como un halcón, lo que en realidad la había hecho sentir más tensa. Alfonzo ahora parecía bastante contento de saber que ella siempre se aseguraba de que Valentina, Shania o Chepina estuvieran con ella. El miedo comenzaba a desvanecerse ya que Ester había hecho tres viajes a la ciudad sin volver a ver a su padre.

Tal vez él no la estaba siguiendo. Tal vez solo había sido casualidad que se hubieran topado.

Ester aún no le había dicho a Alfonzo sobre el bebé, pero sabía que hoy era el día para hacerlo. Tenía una buena comida cocinada, un pastel horneado y estaba esperando que él llegara a casa después de revisar algunas de sus trampas.

Odiaba haber esperado tanto antes de contárselo a Alfonzo, pero quería que parte de la tensión, el miedo y la ira se desvanecieran. No había querido que esos sentimientos empañaran un momento que debería ser perfecto, feliz y alegre.

Los pasos de Alfonzo en el porche anunciaron su llegada. Ester podía decir por las fuertes caídas que estaba molesto.

Algo debió haber pasado mientras él no estaba.

Su corazón cayó. ¡Quería que Alfonzo estuviera de buen humor cuando le hablara de su hijo!

Alfonzo abrió la puerta, se quitó el sombrero, lo arrojó sobre el sofá y se quitó el cinturón de la pistola de las caderas antes de colgarlo junto a la puerta. Su cara estaba roja y su mandíbula apretada.

Luego miró hacia la cocina y su mirada se posó en ella. Ester vio cómo sus hombros se relajaban mientras caminaba hacia ella y la atraía en un cálido abrazo.

"Dios mío mujer, volver a casa contigo hace que incluso un día infernal parezca el cielo".

Su corazón se calentó ante las amorosas palabras. Ella lo miró después de que él la soltó. "¿Qué pasó?"

Alfonzo suspiró mientras se dejaba caer en una mesa de la cocina. "Nada importante."

"¿Alfonzo?"

Frotándose el cuello, Alfonzo negó con la cabeza. "Preferiría simplemente comer esta cena. ¿Es bistec de venado lo que huelo?"

"Sí, pero quiero saber qué te hizo irrumpir en la casa de esa manera".

Ester comenzó a hacer el plato de Alfonzo y él se quejó. "Algunas de mis trampas fueron destruidas".

"¿Destruidas cómo?" preguntó Ester, su mano se detuvo en el aire mientras alcanzaba la cuchara para papas. "¿Animales?"

Alfonzo resopló. "No, no eran animales. Alguien allá arriba las destruyó".

Ester sabía quién había sido ese alguien. Ella no necesitaba decirlo y Alfonzo tampoco. Terminó de hacer su plato y lo colocó frente a él. "Gracias, amor. Esto se ve bien. Me muero de hambre. Siéntate. Come conmigo".

Ester permaneció de pie y se mordió el labio. No quería esperar más para contárselo a Alfonzo, incluso si el momento no era el perfecto que había imaginado.

"De hecho, tengo algo que quería decirte", comenzó.

Alfonzo dejó el tenedor y giró la silla para mirarla. "¿Qué ocurre?"

"No pasa nada. Yo... tengo algunas noticias".

Estaba temblando con una combinación de nervios y emoción mientras Alfonzo la estudiaba con curiosidad. "¿Qué diablos es?"

Ester respiró hondo, agarró su mano callosa y la puso sobre su estómago. "Vamos a tener un bebé, Alfonzo".

Los ojos de Alfonzo estaban muy abiertos cuando su mirada cayó sobre su estómago. Sus dedos se extendieron por su vientre y tragó saliva. "¿Un bebé? ¿Estás segura?"

Ester se mordió el labio. No podía decir, basándose en su reacción, si estaba feliz o no... ¿Y si estaba decepcionado o molesto? Ella había estado segura de que él quería tener hijos... Habían ampliado la cabaña y ciertamente no habían hecho nada para *evitar* tener un hijo.

Cuando los ojos de Alfonzo se encontraron con los de ella, todas sus dudas se desvanecieron. Ella se sorprendió más allá de las palabras cuando se dio cuenta de que las lágrimas se alineaban en sus ojos. Una brillante sonrisa casi partió su rostro por la mitad antes de saltar de la silla y abrazarla con fuerza.

"Te amo, Ester".

"Yo también te amo", susurró Ester, amando esa abrumadora sensación de protección y calidez que siempre sentía cuando estaba en los brazos de Alfonzo de esta manera.

"No te digo lo suficiente, pero lo eres *todo* para mí. Mi vida estaba vacía antes de ti. Me diste felicidad, un hogar real y un propósito. Ahora me estás dando un hijo... Tú Eres lo mejor que me ha pasado, Ester Prieto".

Ester sabía que si hablaba, rompería en lágrimas de felicidad. También sabía que no había nada que pudiera decir que fuera más hermoso que las palabras que Alfonzo acababa de decir.

Entonces, en lugar de hablar, Ester simplemente abrazó a su esposo con más fuerza. Después de varios momentos, Alfonzo se apartó lo suficiente para levantar la barbilla de Ester.

Presionó sus labios contra los de ella y Ester se perdió. El beso fue largo, tierno y totalmente embriagador.

Estaba tan absorta en el movimiento de sus labios contra los de ella que no se dio cuenta de que Alfonzo los había estado moviendo hacia el dormitorio hasta que cayó sobre la cama con Alfonzo cayendo junto con ella.

La cena que había pasado tanto tiempo preparando se olvidó cuando Alfonzo le dio vida a su cuerpo y la guió expertamente a la cima una y otra vez.

El cuerpo de Ester zumbaba de alegría mientras yacían abrazados en la cama.

"Necesitamos llevarte a la ciudad mañana para que puedas hablar con el doctor y asegurarte de que todo se ve bien para ti y nuestro chico".

Ester frunció el ceño. "Nuestra hija, querrás decir, y ya he ido al médico".

La frente de Alfonzo se arrugó. "¿Ya?"

Ester se mordió el labio. "Sí...."

"¿Cuándo? ¿Cuánto hace que lo sabes?"

"Alrededor de una semana." Ella se mordió el labio. "Vi al doctor el día que vi a mi padre en la ciudad".

El cuerpo de Alfonzo se tensó contra el de ella. Sus dedos detuvieron su trazado en su brazo. "¿Tu padre lo sabe?"

"No…" Ester se acurrucó más cerca de él, queriendo aliviar su tensión. "Nadie sabe más que tú y el doctor... Y Peter podría haberlo descubierto, pero no estoy segura y él no lo dijo. Iba a decírtelo ese día, pero estabas tan enojado por mi padre". Y no quería que esta noticia estuviera contaminada".

Alfonzo suspiró y sus labios rozaron su cabello. "No vamos a dejar que tu padre arruine nada de lo que estamos construyendo juntos, amor. *No* lo dejaré".

Un cómodo y contenido silencio cayó sobre el dormitorio. El latido constante del corazón de Alfonzo debajo de su oído le dio a Ester una maravillosa sensación de paz.

Ninguno de los dos tenía prisa por dejar la cama hasta que el ruido de un estómago vacío llenó el silencio. Alfonzo se rió entre dientes mientras apartaba el cabello de Ester de su cara roja. "¿Tienes hambre, Ester?"

Ella se mordió el labio. "Un poco."

Alfonzo se sentó. "Vamos a conseguir que te alimenten entonces. No puedes dejar que mi niña hermosa pase hambre".

****

Tan tonto como sonaba, Alfonzo se sentía como si estuviera flotando en una nube. Un niño... ¡Dios mío, iba a ser padre!

Alfonzo nunca en su vida había pensado mucho en tener hijos. ¡Nunca pensó que encontraría a una mujer que pudiera tolerar lo suficientemente bien como para casarse y mucho menos tener hijos!

Pero Ester había cambiado todo eso. Ella había llegado a su vida, le hizo darse cuenta de que *ella* había sido lo que siempre había necesitado y le dio una razón para ser un hombre mejor.

Alfonzo fue al granero esa noche después de cenar. Iba a alimentar a los animales, pero se dio cuenta de que su padre se le había adelantado. "Hola, hijo", saludó Victor cuando Alfonzo entró.

"Gracias por hacer la alimentación".

Victor se rió. "Cuando el sol comenzó a ponerse y no lo habías hecho, supuse que tú y la señora

estaban ocupados".

Alfonzo sintió que se le calentaban los oídos pero no dijo nada. Él no era alguien para besar y contar. "Tengo algo que necesitaba, o supongo que debería decir *quería*, para decirte..."

Victor tiró un poco de heno en el establo de Kaiser y se limpió las manos en los pantalones antes de volverse hacia su hijo. "¿Hay algo mal?"

Alfonzo se aclaró la garganta. "No. Son buenas noticias". Alfonzo no estaba seguro de por qué se sentía tan incómodo de compartir esto con el padre. Tal vez fue porque Victor nunca había sido un gran padre cuando Alfonzo estaba creciendo y ahora era Alfonzo quien iba a ser padre... Se aseguraría de ser uno mejor.

"Bueno, Dios mío, hijo, ¿qué es? No mantengas a un viejo en suspenso".

Alfonzo asintió. "Va a haber un bebé. Ester está embarazada de nuestro hijo".

Alfonzo no estaba seguro de qué respuesta esperaba. No había pensado mucho más allá de simplemente pronunciar las palabras para contarle la noticia a su padre.

El rostro arrugado de Victor se abrió con una sonrisa feliz. Sus ojos se iluminaron y la risa llenó el granero. "¡Eso es maravilloso!" el exclamó. "¡Voy a ser abuelo!"

Alfonzo asintió, frotándose el cuello. "Sí, lo serás".

Victor pareció notar la inquietud en el tono de Alfonzo, incluso si Alfonzo no hubiera tenido la intención de que estuviera allí. Dejó de reírse y su rostro se puso serio. "Sé que no fui un buen padre, Alfonzo. Sé que te decepcioné una y otra vez y yo no estaba cerca... pero voy a ser bueno con este joven. Muy bueno. Él o ella sabrá que su abuelo los ama, tal como debería haberme asegurado de que mi hijo lo supiera".

Los ojos de Victor estaban rojos y húmedos cuando terminó de hablar y Alfonzo parecía no poder respirar y mucho menos hablar con el nudo en su propia garganta.

Así que no lo hizo. Simplemente asintió con la cabeza, agarró el delgado hombro de su padre por un momento y luego se dio la vuelta y salió del granero sin una sola palabra.

Capitulo 32

"¡Me voy a casar! Oh Dios... ¡Que alguien me pellizque rápido para saber que no estoy soñando!" Valentina exclamó mientras se paraba frente a un espejo de cuerpo entero en su habitación en casa de Chepina y se miraba a sí misma en su vestido de encaje blanco.

Shania extendió la mano y pellizcó la parte posterior del brazo de Valentina, lo que provocó que la otra mujer soltara un grito y mirara a la chica. "¿Para que era eso?"

Shania se encogió de hombros. "¡Tú pediste que alguien te pellizcara!"

"Es suficiente, alborotadora", le regañó Chepina con una sonrisa mientras entraba en la habitación. "Valentina, te ves hermosa".

Ester tuvo que estar de acuerdo con Chepina. Los rizos salvajes de Valentina no se podían domar, pero le quedaban perfectamente mientras caían en cascada por su espalda y el vestido de encaje contrastaba con su piel dorada.

"Si mi papá y mis hermanos pudieran verme, no creerían lo que ven sus ojos", dijo Valentina, tocándose la mejilla ligeramente pintada.

A Ester le dolía un poco el corazón por su amiga. A pesar de varias invitaciones enviadas a su familia en el último mes, se negaron a asistir a su boda. Aparentemente, enviarla con Chepina había sido la manera de deshacerse de Valentina para siempre; eso hizo que Ester se sintiera aún más feliz al saber que ella había encontrado tanto amor con Peter y amigos y familiares dentro de su grupo.

Llamaron a la puerta. "¡Adelante a menos que seas Peter! ¡Peter, se supone que no debes verme todavía!" Valentina advirtió, deslizándose detrás de la cortina y gritando detrás de ella.

La puerta se abrió y Frank asomó la cabeza. "Si hay algo que no soy, es un predicador", les aseguró Frank con una sonrisa.

Ester notó la bolsa en sus manos. "¿Qué tienes ahí?" ella preguntó.

Él se lo tendió a ella. "Es para ti. De Alfonzo. Me enviaron aquí con instrucciones directas, que ya han recibido el sello de aprobación de la novia y el novio, así que no te sientas incómoda..."

"¿De qué estás hablando?" preguntó Ester, sintiéndose confundida por sus divagaciones.

"Solo mira lo que hay en la bolsa, cariño", instó Chepina.

"Sí, estoy teniendo dificultades para mantenerlo en secreto", coincidió Valentina. "No soy buena manteniendo la boca cerrada".

"Lo sabemos", bromeó Shania.

Ester tomó la bolsa y la abrió lentamente. Al instante reconoció el vestido de encaje blanco de su guardarropa en la cabaña. "Yo... no entiendo..."

Frank tomó su mano e inclinó la cabeza. "Alfonzo quería venir a decirte esto él mismo, pero temía tener mala suerte si te veía..."

"Pero ya estamos casados..."

"No fue una gran boda", respondió Frank. "Alfonzo te ama, Ester. Has cambiado a ese hombre para mejor y él quiere hacerte feliz. Quiere que tengas una boda real con todas las personas que te aman allí para celebrar contigo".

Ester no pudo contener las lágrimas que llenaron sus ojos. Ella culpó al bebé en su vientre. Puso su mano sobre su estómago, que apenas comenzaba a crecer ligeramente, no lo suficiente como para ser visible debajo de sus vestidos y faldas.

Valentina rodeó la cortina. "Por favor, haz esto conmigo, Ester. ¡Estoy más nerviosa que un gato de cola larga en una habitación llena de mecedoras! Me sentiría mucho mejor si tuviera a mi amiga conmigo casándose también".

Ester miró a su alrededor a todos los rostros de su familia, su verdadera familia. Estaban ansiosos y emocionados y claramente todos llenos de amor por ella y Alfonzo.

Ester estaba aterrorizada ante la idea de ponerse ese vestido y pararse frente a tanta gente del pueblo, ¿y si se equivocaba con sus palabras? Entonces recordó la carta de Alfonzo el día que había metido este vestido en ese guardarropa. Él quería esto. Quería hacer esto por ella. Sabía que tenía que ser un gran paso para él estar abiertamente frente a una multitud y compartir su amor y sentimientos por ella.

Alfonzo era una persona muy reservada. Si él podía hacer esto, entonces ella también. Ester sostuvo el vestido cerca y puso su mano sobre sus cabellos oscuros. "Voy a necesitar ayuda con mi cabello".

****

Alfonzo caminó por el suelo sintiéndose como un mono vestido con su traje. Extrañaba sus pieles de animales... pero Adolfo le había asegurado que usar la carne muerta de bichos no era la etiqueta adecuada para una boda o alguna tontería por el estilo.

Gruñó mientras tiraba del cuello de su camisa. Demonios, hacía calor afuera. ¿Cuándo iba a enfriarse el clima?

Al darse cuenta de que tal vez estaba de mal humor debido a los nervios, Alfonzo dejó de caminar y respiró hondo.

"¿Por qué estás dando vueltas refunfuñando y gruñendo?" preguntó Adolfo, caminando hacia él. "Estás actuando como un colegial nervioso".

Alfonzo miró al hombre. "Diablos, estoy nervioso".

"¿Por qué?"

"Diablos si lo sé", se quejó Alfonzo. "La mujer y yo ya estamos casados y lo hemos estado durante meses. Hay un bebé en su vientre por el amor de Dios y, sin embargo, aquí estoy muerto de miedo de que ella diga que no".

"Bueno, deja de preocuparte", dijo Frank, poniéndose al lado de Adolfo. "La mujer dijo que sí. Hoy se va a casar contigo *de nuevo"*.

El aliento de Alfonzo lo abandonó rápidamente. El alivio fluyó a través de él como el agua.

"¿Por qué tuviste que decirle?" Adolfo se quejó. "Disfruté viendo al valiente, fuerte y estoico Alfonzo Prieto tener un episodio leve".

"¿Por qué diablos estaría *teniendo* un episodio?" preguntó Peter, acercándose a ellos. "¿Viste a Valentina?" le preguntó a Frank. "¿Ella dijo algo?"

Alfonzo estaba preocupado por el hombre. Estaba pálido, temblando y parecía a punto de colapsar... Sin embargo, estaba claro que Frank no compartía su preocupación. “Ha cambiado de opinión, Peter. Dijo que no hay forma de que pueda casarse con un predicador”.

El poco color que había en el rostro de Peter se desvaneció rápidamente. Tragó saliva y Alfonzo estuvo seguro de que el hombre estaba a punto de llorar. Adolfo le dio un codazo a Frank y Frank habló rápidamente. "Peter, estoy bromeando. Demonios, no te enfades tanto".

"Entonces, ¿ella no cambió de opinión?" Peter jadeó.

"No. La mujer está perdidamente enamorada de ti, predicador".

Peter asintió, una sonrisa curvó sus mejillas y luego extendió la mano y golpeó a Frank con fuerza en el pecho.

Frank se tambaleó hacia atrás, agarrándose el pecho mientras reía. "¡Me golpeaste! No pensé que el Señor aprobara la violencia".

Peter se ajustó el cuello. "Él no. Pero a veces, yo sí, y él es bueno para perdonar".

El tiempo parecía prolongarse, pero finalmente llegó el momento de mudarse a la pequeña iglesia. La gente estaba abarrotada adentro y Alfonzo se sentía incómodo con tantos ojos sobre él.

Alfonzo había insistido en permitir que Peter y Valentina tuvieran su ceremonia primero. Lo había hecho en un intento de ser un buen amigo y permitirles su momento, pero era difícil como el infierno pararse y esperar su turno.

La boda fue corta y dulce, pero pareció llevar años donde estaba Alfonzo. Su traje le picaba y estaba caliente. Su cuello era demasiado apretado. Odiaba que los ojos lo miraran y quería estar fuera de la iglesia y en el aire...

Luego, Peter tomó su puesto en el altar para realizar la ceremonia de Alfonzo y Ester y se olvidó hasta el último gramo de estrés, preocupación e incomodidad de Alfonzo cuando el pianista comenzó a tocar y Ester entró.

Su esposa era la vista más hermosa que Alfonzo había visto en su vida. Su piel de porcelana brillaba contra el vestido de encaje blanco. Su cabello oscuro estaba todo recogido sobre su cabeza y mechones sueltos se enroscaban alrededor de sus mejillas.

Pero fue su sonrisa feliz y el amor que brillaba en sus ojos azul claro lo que realmente le robó el aliento.

Sus votos fueron simples, pero Alfonzo puso cada gramo de amor y honestidad en cada palabra que dijo.

Alfonzo estaba tan perdido en el momento y en lo que sentía por Ester que cuando Peter dijo que era hora de besar a su novia, no dudó antes de hacerlo allí mismo, frente a la mitad del pueblo.

Después de la boda, Alfonzo y Ester caminaron tomados del brazo hacia el último sol de la tarde. Alfonzo estaba listo para llevarla a casa; pensó que también podrían tener la noche de bodas que acompañaba a la boda.

Shania y Chepina los detuvieron afuera. "¿Adónde van?" preguntó Chepina.

"A casa", respondió Alfonzo rápidamente.

"No, no", respondió Chepina. "Ninguno de nosotros pudo participar en su primera boda y Ester pasó la noche de esa boda inconsciente y medio muerta a golpes en su cabaña. No es exactamente una *celebració*n".

Alfonzo miró a su tía, enojado con ella por sacar a la luz tales recuerdos. Sintió el agarre de Ester en su brazo con fuerza, ya que ella también debe haber estado recordando esa terrible noche.

Shania le dio un codazo a su tía. "Creo que esa podría ser la razón por la que Alfonzo quiere llevarla a casa, señorita Chepina. Haga las cosas de la manera *correcta* esta vez".

Shania se agachó, sabiendo que la mano de Chepina vendría por la nuca. "¡No deberías hablar de esa manera! Sabía que permitirte correr con esos chicos era una mala idea". Chepina jugueteó con su sombrero. "Hay un bebé en camino, así que parece que todo salió bien".

Alfonzo casi podía sentir el calor saliendo de las mejillas de Ester. "Está bien, es suficiente. Iremos a la celebración que has planeado".

Capitulo 33

La celebración en la que Chepina y varios otros habían trabajado tan duro para preparar a las felices parejas resultó ser una gran reunión y un baile, muy parecido al que habían secuestrado a Ester varios meses antes.

Estaba nerviosa por volver al mismo lugar, pero estaba decidida a no dejar que su propio miedo o los recuerdos de su padre arruinaran la noche de lo que había sido un día perfecto.

O casi perfecto.

Durante todo el día, Ester había sentido que faltaba algo, y ese algo era su madre. Ester trató de no pensar en ella con demasiada frecuencia, pero hoy lo había estado haciendo...

No pudo evitar preguntarse quién habría sido su madre si hubiera sido lo suficientemente fuerte como para escapar de su esposo abusivo. ¿Le habría encantado reír? ¿Se habría llevado bien con los nuevos amigos y familiares que Ester había encontrado?

¿Habría sonreído al ver a Ester caminar por el pasillo y pronunciar sus votos a Alfonzo?

"¿Estás bien?" La cálida voz de Alfonzo sopló en su oído cuando él se colocó detrás de ella y envolvió su brazo alrededor de su cintura.

"Estoy bien", respondió ella, apoyándose en su toque.

Alfonzo suspiró. "Algo no está bien. Has estado callada desde que llegamos aquí. ¿Estás lista para irte a casa? ¿Estás enferma?"

Ester negó con la cabeza mientras buscaba a sus amigos entre la multitud y sonrió. Shania estaba bailando con Miguel y se negaba a dejar que el chico liderara. Valentina les estaba enseñando a Chepina y Peter un baile country 'stomp' como ella lo llamaba, y Frank y Adolfo estaban enfrascados en una conversación en un rincón trasero, compartiendo un plato repleto de comida de la mesa de refrigerios.

"Hoy ha sido maravilloso, Alfonzo", le aseguró Ester, no queriendo que él sintiera que no estaba feliz. "Extraño a mi madre, este bebé tiene mis emociones actuando".

Alfonzo le dio la vuelta y le puso las manos en las mejillas. "Puedes extrañar a tu madre, Ester. Deberías extrañarla. La amabas y ella te amaba. Yo también extraño a la mía, especialmente en días como hoy. Pero están aquí con nosotros, sé que lo están".

Ester sonrió a su marido. Un hombre tan amable, cálido y cariñoso se escondía debajo de ese exterior tranquilo y estoico.

Alfonzo colocó un mechón de cabello suelto detrás de su oreja. "Ahora, ¿qué tal si vamos a aprender el baile de 'pisotear'?"

La frente de Ester se arrugó. "¿Vas a bailar?"

Alfonzo se encogió de hombros. "¿Seguro Por qué no?"

Ester se enamoró aún más de Alfonzo cuando él la condujo hacia Valentina, Peter y Chepina y torpemente comenzó a intentar pisar fuerte y bailar al ritmo de la música. Sabía que Alfonzo

debía haberse sentido fuera de lugar e incómodo, pero también sabía que estaba haciendo lo que estaba haciendo para ponerle una sonrisa en la cara.

Y funcionó.

Después de un largo rato, Ester ordenó que detuvieran su baile. Se sentía acalorada y necesitaba un trago. Alfonzo la condujo hacia la mesa de refrescos y cuando le estaba sirviendo un vaso de limonada, un destello familiar de pelo rojo de repente se interpuso entre ellos.

"Hola, Alfonzo", ronroneó la voz de Chendalla.

¡Ester no podía creer lo que veía! Chendalla ciertamente tuvo mucho valor al presentarse en la fiesta.

La mandíbula de Alfonzo se tensó mientras miraba a Chendalla. "Hola. Mi esposa y yo estamos disfrutando de nuestra velada juntos. Te agradecería que mantuvieras la distancia".

Chendalla se acercó más y Ester no pudo hacer nada más que quedarse allí y mirar mientras hervía por dentro. "Sabes, Alfonzo, estoy segura de que te debes estar cansando de lo poco que esa mujer tiene para ofrecer, especialmente ahora que pronto estará gorda con tu hijo... Aunque prefiero tenerte solo para mí". , estoy más que dispuesta a ser tu amante. Creo que tratarías muy bien a una amante".

Alfonzo abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera, Chendalla se acercó y su mano rozó la parte delantera de sus pantalones. Alfonzo saltó hacia atrás tan rápido que derramó la limonada que acababa de servir. Se quedó boquiabierto y era obvio que no tenía idea de qué decir.

Ester, sin embargo, vio rojo. Ella estaba cansada. Cansada de ser intimidada, empujada y faltada al respeto. Toda la lógica y el sentido común huyeron de su mente.

Enderezó los hombros y tocó a Chendalla en el hombro. "¿Chendalla?"

La hermosa, egoísta mujer, se volvió bruscamente y miró a Ester. "¿Qué?" Ella chasqueó.

Ester encontró su mirada con toda su fuerza, negándose a retroceder. "Lleva tu gran trasero al burdel". Apretando su puño, Ester giró y golpeó a Chendalla con fuerza en la mandíbula.

La cabeza de la mujer se echó hacia atrás y se derrumbó en el suelo sin ni siquiera un gemido.

Ester miró hacia abajo en estado de shock, sin poder creer lo que acababa de hacer. No era una persona violenta... odiaba la violencia. Pero acababa de dejar inconsciente a esa mujer.

Alfonzo pasó por encima de Chendalla y apartó a Ester. "¿Qué fue eso?" preguntó, examinando los nudillos rojos y doloridos de su mano.

Ester sintió la necesidad de defenderse. "Ella necesitaba aprender su lugar... y seguro que no estaba poniendo su mano en el... *área* de mi esposo".

Los labios de Alfonzo se torcieron. "¿Mi area?"

"Silencio", regañó Ester.

"Fue todo un espectáculo", dijo Frank, acercándose con Adolfo pisándole los talones.

"Creo que la bruja malvada está fuera de combate", declaró Adolfo, empujando a Chendalla con el pie. La mujer gimió pero no tuvo otra reacción.

"Ese fue un buen golpe", elogió Shania.

"Pensé que era la única mujer que podía dar un puñetazo así", coincidió Valentina.

"Frank, ¿podrías ser amable y llevar a la chica afuera?" preguntó Chepina, abanicándose la cara. "El resto de nosotros vamos a tomar asiento por un rato. Creo que Ester podría necesitar algo de tiempo para calmarse".

Ester se mordía el labio mientras seguía a Chepina hasta una mesa larga cubierta con lino blanco. Todos tomaron asiento y Ester llamó la atención de Chepina. "Sé que no debí haber hecho eso... ¿estás enojada conmigo?"

Chepina agitó la mano y se rió levemente. "¡Por supuesto que no! ¡Me he estado preguntando por qué no lo hiciste antes!"

"Yo también", estuvo de acuerdo Peter.

Los ojos de Ester se agrandaron. "¡Peter! Se supone que eres un predicador y nos alejas de la violencia".

Peter se encogió de hombros. "Algunas personas simplemente no entienden el mensaje hasta que les lanzas un gancho de derecha a la mandíbula".

Valentina tenía los ojos estrellados mientras miraba a su esposo. "Realmente eres perfecto", dijo ella, lo que hizo que él se sonrojara y ladeara la cabeza para evitar la mirada de todos.

Frank y Adolfo se unieron a ellos poco después y los amigos se rieron y hablaron durante un largo rato. Ester se olvidó de Chendalla y comenzó a divertirse una vez más de lo que realmente había sucedido en su vida. Estar despreocupada y completamente a gusto no había sido un lujo que hubiera experimentado mucho en su vida.

La noche estaba terminando y todos comenzaban a mostrar signos de fatiga, cuando de repente Victor entró caminando al edificio.

Ester solo había visto destellos de él en las afueras de la boda. El hombre había mantenido las distancias y ella sabía que era por Chepina.

Se acercó a la mesa y Alfonzo se levantó. "Sé que ya llevas un tiempo casado pero, felicidades hijo, eres un buen esposo".

Alfonzo asintió, frotándose la nuca. "Gracias, Victor. Y gracias por estar ahí hoy".

Victor movió los pies y se frotó el hombro. "Te dije que estaría por aquí a partir de ahora".

Ester casi se rió, pero ahogó el sonido detrás de su mano. Era difícil saber quién parecía más incómodo por el cortés intercambio. Estaba claro que ninguno de los dos era muy bueno en las demostraciones públicas de afecto.

Victor le tendió la mano y Alfonzo se la estrechó rápidamente. Entonces Victor se inclinó detrás de Ester y le dio un tierno beso en el cabello. "Te ves muy bonita hoy, Ester".

Fue el turno de Ester de sonrojarse. "Gracias, Victor".

Miró al otro lado de la mesa a Chepina, que estaba observando el intercambio con una expresión muy cautelosa. Victor rodeó la mesa y se quitó el sombrero cuando se paró frente a ella. "¿Señorita Chepina? ¿Me haría el honor de un baile?"

Se hizo el silencio.

El shock llenó el aire.

Ester se preguntó si Victor iba a morir, seguramente Chepina lo asesinaría.

Pero la mujer los sorprendió a todos cuando sonrió cálidamente, tomó su mano y le permitió ayudarla a ponerse de pie. "Supongo que puedo manejar un último baile antes de acostarme".

"¿Acabamos de presenciar el fin del mundo?" Adolfo murmuró.

"Era Armagedón", declaró Shania.

"¿Fue el rapto, Peter?" Valentina le preguntó a su esposo.

Peter se rió entre dientes. "No lo creo".

Ester miró a su marido, que miraba a Chepina y Victor con una expresión cómicamente desconcertada. Ella ahogó un bostezo y su atención rápidamente se volvió hacia ella.

"Pareces agotada, Ester".

"Gracias," murmuró ella.

Él tomó su mano y tiró de ella para ponerla de pie. "Voy a llevarla a casa".

Se despidieron de todos en la mesa y se fueron de la fiesta.

Los ojos y el cuerpo de Ester se sentían más y más pesados por momentos. Realmente estaba exhausta después de un día tan ajetreado. Alfonzo la llevó a la librea, pero en lugar de montar a Colt, se subió a Kaiser con Alfonzo y se acurrucó contra él.

"Duerme, amor", susurró mientras salían de la ciudad. "Conozco el camino a casa".

Ester dejó que el ritmo suave del caballo y el latido constante del corazón de Alfonzo la arrullaran hasta un sueño tranquilo. Estaba cálida, contenta y segura....

Hasta que un disparo atravesó el aire de la noche, rompiendo su paz y rociando sangre en su mejilla.

Capitulo 34

Alfonzo sintió que la bala le atravesaba el brazo. Ester se sacudió en su regazo y el miedo lo abrumó. ¿La habían golpeado? Su cabeza estaba a escasos centímetros de su brazo... ¿Tenía la bala...?

Alfonzo la miró, vio el miedo en su rostro perfectamente intacto y sacó su arma mientras se deslizaba de la espalda de Kaiser y la arrastraba con él.

El disparo había venido desde detrás de ellos hacia la izquierda. Alfonzo se giró en esa dirección y vio al hombre parado en la maleza, preparándose para tomar otro tiro que estaba siendo obstaculizado por Colt y Kaiser, que los rodeaban.

Alfonzo apuntó su arma y apretó el gatillo. El estallido del disparo reverberó a través de su cuerpo y el sonido de la bala golpeando la carne llenó sus oídos.

El cuerpo del hombre cayó, desapareciendo entre las hojas y ramas del arbusto detrás del cual se había estado cubriendo.

"Ester, necesito que te quedes aquí, ¿de acuerdo?"

El agarre de Ester sobre él se hizo más fuerte. "No... no me dejes sola", suplicó. "¡Te dispararon!" Su voz estaba cerca de la histeria cuando notó la herida ensangrentada en su brazo. "¿Estás bien?"

Alfonzo respiró hondo. Sus nervios estaban tensos y su atención estaba en todo lo que los rodeaba, esperando otra amenaza, pero tenía que mantener la calma en el exterior por Ester.

"Estoy bien, amor. Es solo un rasguño. Quédate detrás de mí. Necesito asegurarme de que esté muerto".

Alfonzo se dirigió hacia el hombre, su ojo escaneando a su alrededor a la vez, en caso de que otro tirador estuviera al acecho.

Cuando Alfonzo volteó el cadáver, Ester jadeó. "Ese es... ese es mi tío... es el hermano de mi padre".

Alfonzo se puso tenso. Una cosa era si Armando quería enviar hombres tras él, pero había cruzado una línea infernal al enviar a su hermano a dispararle cuando Ester había estado tan cerca. ¿Y si esa maldita bala no lo hubiera alcanzado? ¿Y si Ester hubiera…?

Alfonzo negó con la cabeza para poner fin a ese tren de pensamientos.

"Alfonzo... mi padre debe haberlo enviado..."

Alfonzo podía escuchar el miedo en la voz de Ester y eso lo enfureció. Ella lo había estado haciendo tan bien. Cada vez más fuerte y valiente e incluso había logrado golpear a Chendalla en su trasero hoy. Se había reído y estado completamente despreocupada esta noche...

"Vamos, Ester. Vámonos a casa".

El viaje a casa fue tenso. Alfonzo hizo que Ester se subiera a Colt y él montó a Kaiser, haciendo amplios círculos a su alrededor mientras vigilaba atentamente cualquier otra amenaza.

Llegaron a la cabaña a salvo. Alfonzo ayudó a Ester a desvestirse y ella lo ayudó a limpiar y vendar el profundo corte que la bala le había atravesado en el brazo.

Ester temblaba cuando se metieron en la cama y Alfonzo la envolvió con fuerza en sus brazos. "Duerme, amor. No te hará daño. Estamos a salvo en la cabaña".

"Él nunca va a parar, ¿verdad?" susurró, su voz casi sin emociones mientras miraba fijamente a la noche.

Alfonzo la abrazó con más fuerza y la besó en la frente. "Solo duerme ahora, amor. Te mantendré a salvo".

Pasaron varias largas horas antes de que Ester temblara y el sueño intermitente dio paso a un sueño profundo provocado por el puro agotamiento.

Alfonzo también estaba exhausto y su brazo latía dolorosamente, pero no tenía tiempo para dormir. Tenía algunos asuntos que necesitaba atender.

Alfonzo se levantó de la cama, se puso una muda de ropa, se puso las botas y se colocó el cinturón del arma en las caderas. Lanzó una última mirada larga a una Ester dormida y salió de la cabaña, saliendo a la noche previa al amanecer.

Se sorprendió cuando se encontró con Victor saliendo del granero. "¿Dónde has estado?" preguntó Alfonzo. Había asumido que su padre había estado profundamente dormido dentro de la cabaña que recientemente habían terminado para él.

Victor se aclaró la garganta y desvió la mirada. "Ciudad. Estuve ocupado". Su mirada se estrechó cuando la devolvió a su hijo. "¿Adónde vas?"

La ira burbujeó en su sangre cuando Alfonzo miró hacia el camino a la ciudad. "Ester y yo tuvimos problemas para volver a casa. Nos dispararon y me rozaron el brazo; la bala casi le dio en la cabeza". Alfonzo respiró hondo para calmarse. "Disparé y maté al bastardo y resultó ser el hermano de Armando. Planeo llevarlo a esa montaña y arrojar su cuerpo en la puerta de Armando. Esto tiene que terminar".

Victor bajó la mano a la pistola en su propia cadera. "¿Quieres que vaya contigo?"

Alfonzo negó con la cabeza. Podía manejar las cosas por su cuenta. "Te necesito aquí para cuidar a Ester. No dejes que le pase nada".

"Puedes contar conmigo, hijo", asintió Victor.

Alfonzo asintió. "Sé que puedo."

Sin otra palabra, Alfonzo entró en el establo y ensilló a Cain. Colt era el caballo de Ester y tampoco le importaba y Kaiser todavía estaba conmocionada por el ataque anterior.

Tal como esperaba Alfonzo, el cuerpo seguía donde lo había dejado. Alfonzo ató un buen trozo de cuerda alrededor de los tobillos del bastardo y sujetó el otro extremo al cuerno de la silla de montar.

Chasqueó la lengua e instó a Cain a avanzar, lista para entregarle el regalo a Armando.

El viaje a la montaña fue lento y tomó un tiempo. El cuerpo se enredó en las raíces y la maleza varias veces y Alfonzo no había querido empujar demasiado a Cain mientras llevaba la carga. Estaba feliz de no haber conocido a nadie; solo podía imaginar la reacción si alguien lo

sorprendiera arrastrando a un hombre muerto de la montaña por los tobillos.

Finalmente, Alfonzo llegó a la choza en ruinas que una vez había sido la casa de Ester. Era media mañana y había mucha luz afuera, pero la casa estaba en silencio.

Alfonzo dejó escapar un silbido y esperó.

Segundos después, Armando salió por la puerta principal con una sonrisa, que rápidamente se desvaneció cuando vio a Alfonzo sentado sobre Cain.

"¿Qué pasa, Armando? ¿Esperabas a alguien más?"

"¿Qué diablos estás haciendo aquí arriba?" Armando gruñó. "Maldita sea, deberías saber que no eres bienvenido aquí".

Alfonzo cruzó los brazos sobre el cuerno de su silla y asintió hacia su carga. "Te traje algo."

La mirada de Armando cayó hacia atrás y cada onza de color desapareció de su rostro nudoso y barbudo. "Ese es Clem... Demonios, ¿asesinaste a mi maldito hermano?"

Alfonzo negó con la cabeza. "No."

"¡¿Entonces cómo diablos murió?!" gritó Armando.

Alfonzo se encogió de hombros. "Le disparé".

"¡Así que lo asesinaste!"

"No. Fue en defensa propia. El hombre estaba al acecho y la bala que me disparó no alcanzó la cabeza de mi esposa, la cabeza de su hija, por pulgadas".

Armando tragó saliva y sus ojos escanearon a Alfonzo. "¿Así que se *las* arregló para dispararte?"

Alfonzo estaba furioso. Más allá de enojado. Quería sacar su arma y poner una bala justo entre los ojos de Armando... Pero Armando estaba desarmado y Alfonzo estaba en su territorio.

"Fue solo un rasguño, Armando. Lamento decepcionarte", agregó Alfonzo cuando la cara de Armando cayó. "¿Te perdiste la parte sobre él casi matando a tu hija?"

"¡Esa puta no es hija mía!" Armando gruñó. "Y no tuve nada que ver con que Clem estuviera en ese camino. ¡No vengas aquí buscando problemas conmigo!"

Alfonzo se bajó de la silla y caminó hacia Clem. Desató la cuerda de los tobillos del hombre y luego caminó lentamente hacia Armando, feliz de ver el miedo en los ojos del cobarde cuando quedó claro que estaba luchando contra el impulso de huir a su choza.

"Creo que es hora de que aclaremos algunas cosas, Armando. Creo que te he dado una impresión equivocada de mí. Pareces pensar que no me defenderé y eso no está bien".

Alfonzo estaba de pie cara a cara con el hombre tembloroso ahora. Sus puños estaban apretados y estaba usando cada gramo de autocontrol que tenía para evitar sacar su arma o su cuchillo, y silenciar al hombre para siempre.

"Ester es mi esposa. Ella está fuera de tus límites. No quiero que la mires, te acerques a ella o le hables de nuevo. Vas a dejar de destruir mis trampas. Vas a dejar de enviar tu familia para hacer tu trabajo sucio y vas a dejar de intentar enviar balas a mi espalda. Vas a olvidar que existimos porque si no lo haces..." Alfonzo sacó su cuchillo de la funda y lo colocó en la garganta oscilante

del otro hombre antes de que pudiera parpadear. "... Pondré fin a tu maldita vida. ¿Está claro, Armando Spinelly? Has encontrado a alguien peor que tu y debes darte cuenta de eso antes de que te cueste la vida, como le costó la vida a tu hermano".

En lugar de ira en los ojos de Armando, Alfonzo no vio nada más que puro miedo y eso le dio satisfacción. "¿Está claro, Armando? Necesito oírte decir que me entiendes".

Armando asintió, lo que hizo que el cuchillo se apretara más contra su garganta. Rápidamente se quedó inmóvil y sus labios temblorosos formaron la palabra sí, aunque ningún sonido pudo escapar.

Alfonzo se alejó y enfundó su arma. Caminó de regreso hacia Cain, manteniendo a Armando en su visión periférica mientras se movía, mientras se deslizaba sobre su espalda.

Sintió un momento de diversión cuando vio la mancha húmeda extendiéndose por la parte delantera de los pantalones de Armando.

"Diría que te vería por ahí, Armando, pero de verdad espero que no sea así, por tu bien".

Con eso, Alfonzo se llevó a Cain, dejando a Armando inmóvil.

Fue un viaje tenso por la montaña. Alfonzo no estaba seguro de si iba a recibir un balazo en la espalda o si iba a ser atropellado por una pandilla, pero ninguna de las dos cosas sucedió.

Regresó sano y salvo a su cabaña y estaba llevando a Cain al granero cuando su padre salió corriendo de la cabaña. Su cabello gris era un desastre sobre su cabeza y se veía más que un poco agotado.

"¿Qué está sucediendo?" exigió Alfonzo, instantáneamente preocupado por Ester.

Victor resopló. "Ella está más enojada que una vieja gallina mojada, Alfonzo. No está nada feliz de que te hayas ido esta mañana y es lo suficientemente inteligente como para saber a dónde fuiste... Buena suerte, hijo. Tu esposa es una gata enojada".

Alfonzo suspiró. "Cuida a Cain por mí".

"Con mucho gusto", se quejó Victor, tomando las riendas. El pauso. "¿Cómo te fue? ¿Tú...?"

"No, no lo maté".

"Creo que fue un error", lo regañó Victor con un chasquido de lengua.

Alfonzo miró al hombre mayor. "El asesinato no es algo que me guste hacer", afirmó. "Especialmente para un hombre desarmado en su propia maldita propiedad que está rodeada por cientos de sus parientes".

La puerta de la cabaña se abrió rápidamente y Victor negó con la cabeza. Estoy atendiendo al maldito caballo.

"¿Qué diablos pensaste que estabas haciendo esta mañana, Alfonzo?" exigió Ester.

Alfonzo miró a su esposa de pie en el porche con los pies descalzos. Se le estaba cayendo el pelo de la elegante cofia que llevaba ayer y todavía llevaba puesto el camisón y la bata. Su rostro estaba sonrojado y sus ojos azules brillaban mientras estaba allí de pie con las manos en las caderas, mirándolo.

Era un infierno de una imagen aterradoramente hermosa.

"Pensé que estaba entregando un cuerpo a un familiar y protegiendo a mi esposa".

Ester negó con la cabeza. "¡Podrías haber sido asesinado! ¡Nunca debiste haber subido allí solo!"

Alfonzo salió al porche y la besó en la frente, lo que solo hizo que ella se pusiera rígida y se hiciera a un lado para permitirle pasar. Suspiró mientras entraba en la cabina. "No morí, Ester. Estoy aquí, sano y salvo".

"Tonta suerte", se quejó.

Alfonzo se encontró riéndose mientras se quitaba el cinturón del arma y lo colgaba junto a la puerta. "Se lo lleve."

Se dejó caer en la silla de la cocina y se alegró cuando Ester se sentó en su regazo. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y enterró su rostro en su hombro. "¿Lo mataste?" Alfonzo apenas pudo entender su pregunta ahogada.

"No, amor. Yo no maté a tu padre".

Ella se apartó y lo miró con los ojos muy abiertos. "¿Por qué no?"

Alfonzo parpadeó varias veces. "¿*Quieres* que lo mate?"

Las lágrimas llenaron sus ojos azules. "Él no se detendrá si no lo haces, Alfonzo. Nunca nos dejará vivir en paz".

Alfonzo la atrajo hacia su pecho y la abrazó con fuerza mientras ella lloraba. Frotó suaves círculos en su espalda y besó su cabello con ternura. "Lo hará, Ester. Hablé con él. No tienes que preocuparte".

Después de varios largos momentos, Ester se apartó, se limpió la cara y se puso de pie. Será mejor que empiece a desayunar.

Alfonzo se puso de pie y tomó sus manos entre las suyas. "No tengo tanta hambre. ¿Por qué no volvemos a meternos en la cama y nos quedamos ahí por hoy? Eso suena mucho mejor para mí".

Ester sonrió. Era un fantasma de una sonrisa y no alcanzó sus ojos enrojecidos, pero Alfonzo tomaría lo que pudiera. "Eso suena mejor para mí también".

Capitulo 35

Ester salió al aire de la mañana y se envolvió con más fuerza en su chal. Los meses pasaban rápidamente y noviembre estaba sobre ellos, y había traído consigo fríos invernales.

Sintió que el bebé se agitaba dentro de ella y sonrió. La vida era *pacífica*. A pesar de sus temores de que su padre nunca dejaría de atacarlos, Alfonzo parecía haber tenido razón.

Estaban a salvo.

Habían pasado meses sin una sola palabra de él. No había tenido ningún encontronazo en la ciudad, las trampas de Alfonzo no habían sido tocadas y no habían recibido más balas.

Se acercaba el invierno y, sinceramente, Ester estaba más que preparada para ello. Pronto caería la nieve y los atraparía en su acogedora cabaña donde permanecerían abrazados hasta el nacimiento de su hija en la primavera.

Todo estaba listo. Alfonzo había hecho a mano una cuna y Ester había hecho muchas mantas y ropa para mantener al bebé abrigado y envuelto.

El ahumadero y la despensa estaban a punto de rebosar de comida y la leñera estaba llena.

Sí, todo fue perfecto, excepto que Alfonzo se estaba preparando para irse por dos días.

Tenía todas sus pieles de la primavera y el verano cargadas en el carro y las iba a llevar a una ciudad más grande en un esfuerzo por conseguir más dinero para ellos. Ester sabía que él estaba tratando de ganar suficiente dinero para no tener que hacer muchas trampas el próximo año; sabía que él quería poder pasar ese tiempo con ella y su hijo.

Pero eso no iba a hacer que fuera más fácil despedirse de él esta mañana.

"¿Estás segura de que no quieres venir?" preguntó Alfonzo, colocándose detrás de ella y envolviendo sus brazos alrededor de su creciente cintura.

Ester suspiró, apoyándose en su abrazo. "Estoy segura. No creo que esté preparada para tanto tiempo sentada en el carrito".

Victor salió del granero con Kaiser, que iba a tirar del carro cargado. "No te preocupes, hijo. La gata infernal y yo lo pasaremos bien y regresarás antes de que te des cuenta".

Ester se sonrojó y puso los ojos en blanco. Victor la había estado llamando gata infernal desde que ella perdió los estribos con él cuando Alfonzo subió a la montaña para enfrentarse a su padre.

Al parecer, Ester había asustado al hombre.

Honestamente, ella no estaba *tan* mal... ni siquiera había perdido mucho los estribos desde entonces.

"Estaré en casa en dos días", prometió Alfonzo, girándola para poder ver su rostro.

Ester forzó una sonrisa. "Todo estará bien. Apenas tendremos tiempo para extrañarte".

Alfonzo se agachó y le dio un rápido beso antes de rodearla y salir del porche. Observó cómo él

y Victor enganchaban a Kaiser al carrito. El estómago de Ester estaba hecho un nudo.

No quería que Alfonzo se fuera, pero sabía que tenía que hacerlo.

"Yo me ocuparé de las cosas por aquí", prometió Victor.

Alfonzo le dio una palmada en el hombro a su padre. "Lo sé."

Le dio una última mirada larga a Ester después de subirse al carrito y luego se alejó.

Ester lo observó hasta que dobló la curva y luego suspiró mientras se ajustaba más el chal. "Hace demasiado frío para pararse aquí. Entra, Victor. Tengo un poco de café recién hecho".

Victor se frotó las manos curtidas mientras subía los escalones. Seguro que conoces el camino al corazón de un anciano.

****

Ester estaba lavando los platos de la cena la noche siguiente cuando sintió que el bebé comenzaba a moverse inquieto dentro de ella. Ella sonrió, amando la sensación de patadas y vueltas.

Miró a Victor, que estaba sentado en el sillón, fumando una pipa y mirando el fuego. "¿Victor?" ella llamó. Volvió la cabeza para mirarla. "¿Te gustaría sentir a tu nieto moverse?"

El rostro de Victor palideció. "Yo... uh..." Se puso de pie y dejó su pipa. Sus manos temblaban cuando se acercó a ella vacilante. "¿No te importa?"

Ester rió levemente. "No habría preguntado si lo hiciera". Ella tomó su mano áspera y la colocó sobre su estómago en el lugar correcto. "Dale un minuto", instó Ester.

Casi de inmediato, el bebé dio una gran patada. Victor gritó con sorpresa y saltó hacia atrás. Una sonrisa partió su rostro. "Bueno, que me condenen", murmuró. "¿Puedo sentir eso de nuevo?"

Ester asintió. "Por supuesto."

Después de varias patadas más, el bebé comenzó a calmarse. Los ojos de Victor estaban un poco rojos cuando comenzó a colaborar con la limpieza de la cena. "Gracias por eso, Ester... Había olvidado lo que se siente al sentir a un bebé moverse en el vientre de su mamá. Sin duda, es una maravilla del mundo".

"Tu nieto te va a amar, Victor". Ester le aseguró, haciendo una pausa en su tarea de lavar los platos. "Serás un abuelo increíble para el".

Victor tragó saliva antes de reírse en voz baja. "Según Alfonzo, voy a tener una nieta".

Ester agitó su mano mojada. "De cualquier manera, serás amado y ellos serán mimados".

Los dos disfrutaron de una conversación ligera de ida y vuelta mientras continuaban con las tareas. Ester estaba ansiosa por que Alfonzo volviera a casa mañana pero, sinceramente, también estaba disfrutando este tiempo con Victor. Le recordó el tiempo que habían pasado juntos cuando Alfonzo se había ido en la primavera.

Ester señaló hacia la mesa. "Victor, ¿podrías traerme ese cuenco? Olvidé agarrar..."

Sus palabras fueron interrumpidas cuando sonó un disparo. El vidrio se hizo añicos cerca de ella

y Ester sintió el dolor abrasador y abrasador de una bala que se estrelló contra su brazo.

Ella cayó instantáneamente, gritando de miedo y dolor.

Victor gritó. Apagó la linterna cercana para rodearlos en una oscuridad casi completa. "¿Ester?" susurró, agachándose y acercándose a ella. "¿Estás bien?"

Estaba temblando y el dolor era intenso pero asintió. "Solo golpeó con el brazo", respondió ella. "¿Quién nos está disparando?" Se sintió tonta por siquiera hacer la pregunta.

Solo podía ser una persona.

Si Victor pensaba lo mismo, no lo dijo. "Voy a mirar por la otra ventana. Quédate abajo y quédate escondida".

Los ojos de Ester estaban muy abiertos cuando Victor fue a la ventana y se levantó lo suficiente para mirar hacia afuera. ÉL cayó instantáneamente, justo antes de que una bala destrozara esa ventana también.

"¿Has visto quién es?" Ester siseó.

Victor asintió. "Tres de ellos. Tu pa es uno..."

Ester sintió lágrimas llenando sus ojos. Maldito sea ese hombre. ¿Por qué no podía simplemente dejarla en paz? Por qué.....

Victor sacó su otro revólver por la ventana y comenzó a disparar a ciegas. Mientras recargaba, llovieron más disparos sobre la cabina. Ester tuvo que luchar contra los gritos cada vez que sonaban las explosiones.

Entonces, para su horror, Victor se levantó. Ella lo vio apuntando con más cuidado y logró dos disparos antes de que una bala finalmente lo alcanzara, y luego otra.

Ester gritó su nombre mientras caía al suelo.

"¡Creo que lo tenemos!" escuchó la voz de su padre desde afuera.

A veces se rompía dentro de ella. El miedo se desvaneció. En su lugar estaba la rabia. Estaba cansada de su padre, cansada de las amenazas y la violencia. Él había asesinado a su madre. Había intentado asesinar a su marido. Podría haber matado a su suegro...

Sería un día frío en el infierno antes de que ella lo dejara asesinar a su hija por nacer.

Ester gateó hacia Victor. Hizo un balance de sus heridas. Una bala le había rozado la cabeza y lo había dejado inconsciente y otra le había entrado en el pecho por el lado derecho, bastante alto, cerca del hombro. Ella no era doctora, por lo que no tenía forma de saber si su vida estaba en peligro o no.

"¿Estás ahí, Ester?" llamó su padre.

Las manos de Ester temblaban pero su determinación era fuerte mientras agarraba su arma. "Tienes que detener esto, padre".

"¿O qué, Ester?" se burló. "¿Me vas a disparar?"

Ester se arrastró hasta la ventana de la cocina, él no la esperaba allí. Ella se levantó, lo suficiente para verlo a unos seis metros de distancia, acercándose al porche. Había un cadáver un poco más

lejos y reconoció a uno de sus tíos caminando con su padre.

Ester apuntó y apretó el gatillo, maldiciendo cuando la bala no dio en el blanco y dio en el poste del porche.

Armando se detuvo en seco. "¿Acabas de dispararme, perra?"

En lugar de responder, Ester apuntó con más cuidado y disparó de nuevo. La bala golpeó el brazo derecho de su padre y su arma cayó al suelo. "¡Maldita sea!" gritó.

Envalentonada por sus acciones, Ester disparó otro tiro. Los dos hombres dieron media vuelta y comenzaron a correr. Ester disparó sus últimos tres tiros a sus espaldas en retirada, recargó su arma y continuó disparando a los árboles contra los que habían corrido.

La noche cayó en silencio.

Ester sintió que se le acumulaban las lágrimas. Sintió que empezaba a temblar y temblar.

Pero no hubo tiempo.

Victor necesitaba un médico.

Ester agarró un pañuelo del armario y usando su brazo bueno y sus dientes lo ató con fuerza alrededor de su herida sangrante. Luego agarró una jarra de agua y se acercó a Victor.

Sintiéndose un poco culpable, Ester lo derramó en su rostro y él se desmayó. "Qué....?" Murmuró.

"Te dispararon, Victor. Tengo que llevarte al médico, pero no puedo levantarte y sacarte de aquí por mi cuenta. Tienes que levantarte", dijo Ester, sabiendo que no había tiempo que perder explicando más las cosas.

"¿Su padre?" declaró Victor, sentándose demasiado rápido y gimiendo mientras se agarraba la cabeza sangrante.

"Se ha ido. Se escaparon".

Ella esperaba.

Ester ayudó a Victor a ponerse de pie y lo condujo al porche, donde se sentó con el arma en el regazo para vigilar.

Ester entró en el establo y sacó a Colt de su establo. No podía cargarlo con un solo brazo, pero lo había montado a pelo antes, Alfonzo había insistido en que aprendiera. Él había dicho que era una habilidad que ella podría necesitar algún día. Tenía razón.

Llevó a Colt al porche y se dio cuenta de que Victor había vuelto a perder el conocimiento. Ester lo sacudió para despertarlo. "Vamos ahora", instó. "Tienes que subir allí".

Les costó un poco de esfuerzo, pero ambos finalmente lograron subirse al lomo de Colt con la ayuda de los escalones del porche y la propia inteligencia del caballo.

Ester nunca había estado tan aterrorizada mientras bajaba por ese camino oscuro. Seguía esperando que los monstruos saltaran de los árboles y la atacaran.

Victor estaba cayendo más y más pesado contra su espalda.

La noche se sentía como si se estuviera riendo de ella. Burlándose de ella.

El frío era abrumador. Su aliento se arremolinaba alrededor de su cabeza.

Ester no estaba del todo segura de que lo lograrían.

Pero lo hicieron. El resplandor de la ciudad se acercaba y Ester señaló a Colt hacia el doctor.

"¿Ester?"

La voz de Adolfo hizo que su cabeza diera vueltas cuando vio que el hombre comenzaba a correr hacia ella. "¿Qué diablos estás haciendo aquí, Ester? Es medianoche... ¿eso es sangre?"

"¡Por favor, Adolfo, ayuda! ¡Victor necesita el doctor!"

Adolfo agarró al anciano inconsciente y lo tiró del caballo, lanzándolo sobre su hombro. "¿Qué pasa contigo?" el demando. "¿Qué pasó?"

"Estoy bien... Te lo explicaré más tarde. Solo llévalo allí rápidamente. Ya voy".

Adolfo pareció desconcertado por un momento, pero finalmente asintió y corrió, lo más rápido que pudo con un hombre sobre su hombro, hacia el médico.

Cuando Ester logró bajarse de la espalda de Colt y subir las escaleras del médico, la sala de estar estaba vacía. Adolfo y el Doc estaban de vuelta en la otra habitación con Victor y podía escuchar sus voces preocupadas a través de la puerta.

Ester se sentó en el sofá.

Se sintió entumecida mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás y simplemente comenzó a mirar la pared. El tictac del reloj parecía hacer eco en sus oídos.

Finalmente, la puerta de la otra habitación se abrió. Adolfo y el doctor salieron. "¿Victor va a estar bien?" exigió Ester. Se puso de pie rápidamente, la cabeza le daba vueltas y se derrumbó contra el sofá.

Adolfo se lanzó hacia ella. "ÉL va a estar bien, pero ¿por qué no me dijiste que te habían disparado?" exigió, tirando de su vendaje improvisado.

Ester siseó de dolor. "Porque no es nada grave", respondió ella. "Y no me grites... ¿Por favor?" Ella susurró. Ella simplemente no podía soportarlo.

La mirada de Adolfo se suavizó. Le apartó el pelo de la cara. "No quise gritar. Me preocupo mucho por ti, Ester. Y no puedo imaginar lo que le pasaría a Alfonzo si te perdiera. ¿Qué pasó?"

"Ella puede decírtelo después de que le saquemos la bala del brazo", respondió el doctor. Hizo un gesto hacia una mesa de metal cercana. "Salta allí y acuéstate".

Ester estaba demasiado débil para estar sola. Adolfo la levantó y la guió hasta la mesa antes de levantarla y acostarla sobre ella. Se quitó el cinturón de la pistola y sostuvo la correa hasta su boca mientras el médico abría una cartera llena de herramientas afiladas.

"¿Para qué es eso?" Ester le preguntó a Adolfo, con el estómago revuelto.

"Esto va a doler, Ester. Querrás morder algo".

"Sujétala", ordenó el doctor, que no parecía muy contento con la tarea que tenía que realizar.

Adolfo se acostó sobre sus piernas y sostuvo sus brazos con fuerza. Ester mordió la correa de cuero. Vio la luz de una linterna brillar en algo de metal en la mano del médico justo antes de

que el dolor la cegara a todo lo demás en el mundo.

El cuerpo entero de Ester se tensó, sus venas se hincharon, el sudor resbaló por su piel y mordió con todas sus fuerzas esa correa mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

El médico tardó menos de un minuto en quitarle la bala del brazo, pero pareció que ese minuto se prolongó durante horas.

Limpió y vendó la herida, y luego Adolfo la llevó de regreso al sofá y la acostó con una almohada, una manta y un vaso de agua.

Ella temblaba de puro agotamiento cuando él volvió a ponerse el cinturón de la pistola. "Dejaste tu marca en él", señaló, señalando las huellas de sus dientes.

Ester se estremeció. "Estoy tan cansada."

Adolfo se arrodilló y la besó en la frente. "Voy a buscar a Frank. Deja que Peter, Valentina y Chepina sepan lo que está pasando. Descansa hasta que todos estemos de regreso. Estoy seguro de que solo quieres contar la historia una vez".

Ester asintió.

Después de los acontecimientos de la noche, debería tener demasiado miedo para dormir, pero el cansancio anuló todos los demás pensamientos o sentimientos que tenía y el sueño se apoderó de ella en cuestión de segundos.

Capitulo 36

Alfonzo estaba sonriendo mientras se acercaba a casa. El viaje había ido bien. Había ganado dinero más que suficiente con sus pieles para tomarse la siguiente temporada libre, lo que significaba más tiempo para pasar con Ester y su hija.

No podía esperar a ver la mirada en el rostro de Ester cuando se diera cuenta de que estaba en casa temprano. Todavía no había amanecido y sin duda aún estaría durmiendo profundamente.

No había planeado estar en casa hasta el mediodía, pero había decidido saltarse el sueño y cabalgar toda la noche. No hace mucho, Alfonzo había sido un hombre que desaparecía durante días, a veces semanas, y nunca le decía a nadie adónde iba. Ahora, el único lugar en el que quería estar era en esa cabaña con su esposa.

Cuando su casa apareció a la vista, la inquietud se deslizó por su columna vertebral. Se le erizó el vello de la nuca y detuvo a Kaiser.

La oscuridad lo estorbó cuando miró a su alrededor, pero sus ojos estaban bastante bien ajustados... lo suficientemente ajustados para darse cuenta de que las ventanas de su cabaña se habían hecho añicos.

Alfonzo saltó de Kaiser a toda prisa y corrió hacia el porche, resbalando en un charco de algo. El estómago de Alfonzo se revolvió y un pánico tangible comenzó a arañar sus entrañas: un charco de sangre estaba bajo sus pies.

"¡Ester!" Alfonzo gritó mientras corría por la puerta principal abierta. La lámpara en la parte trasera de la sala de estar estaba encendida, proyectando sombras alrededor de la cabina.

Había un balde lleno de platos, las sobras de la cena estaban en otro balde. La pipa de Victor, algo que no habría dejado de buena gana, estaba sobre la mesa.

Y sangre... sangre estaba manchada por el suelo y encharcada en algunos lugares.

"¿Ester?" La voz de Alfonzo sonó entrecortada y tranquila cuando fue al dormitorio y se dio cuenta de que ella no estaba allí.

Lo que había sucedido mientras él no estaba... Una parte de él sabía exactamente lo que debía haber sucedido, pero otra se negaba a creerlo.

Alfonzo le había advertido al hombre; lo habia dejado claro.....

¿Se la había llevado Armando? ¿Y dónde estaba Victor?

Alfonzo corrió a la cabaña de Victor pero estaba vacía, tal como había pensado que estaría.

Yendo al establo, Alfonzo comenzó a ensillar a Cain. Si Armando pensaba que se saldría con la suya con Ester, tenía otra cosa por venir.

Fue entonces cuando Alfonzo se dio cuenta de que Colt se había ido.

Obligándose a sí mismo a tomar varias respiraciones profundas, Alfonzo trató de calmar sus pensamientos acelerados y deshacerse de las imágenes que actualmente destellaban en su mente.

Algo malo había pasado aquí, sí, pero si Colt se había ido, eso significaba que Ester debió

haberlo sacado de aquí. Esa bestia no habría permitido que nadie más, y mucho menos un montañés como Armando, lo montara.

Alfonzo volvió a entrar en la cabina y agarró la lámpara. Lo llevó afuera y comenzó a examinar las huellas. Con la ayuda de la luz, pudo determinar que Ester y Victor se habían ido en la espalda de Colt, aunque al menos uno de ellos había estado sangrando bastante.

También encontró el cadáver de un hombre de la montaña junto a la línea de árboles y las huellas de otros dos hombres sangrando que se dirigían a la montaña.

Alfonzo se ocuparía de ellos más tarde. Por ahora, necesitaba llegar a su esposa y padre.

Rápidamente desenganchó a Kaiser del carro, la instaló en el granero y terminó de ensillar a Cain. Saltando sobre su espalda, Alfonzo clavó los talones profundamente y la urgió a su ritmo más rápido. No tenía idea de lo que encontraría cuando llegara a la ciudad, pero sabía que tenía que llegar rápido.

****

Alfonzo subió corriendo los escalones del doctor con toda la intención de irrumpir, pero cuando llegó al último escalón, se congeló. ¿Qué iba a encontrar?

¿Podría continuar si Ester...?

Con una respiración profunda y tranquilizadora, Alfonzo empujó lentamente la puerta para abrirla. La sala estaba abarrotada. Adolfo, Frank, Chepina, Shania, Miguel, Peter y Valentina estaban adentro.

Pero, ¿dónde estaba Ester?

"Alfonzo... ¿qué estás haciendo de regreso tan pronto?" Frank exigió cuando todos lo notaron.

Las manos de Alfonzo temblaban y tuvo que mover la boca varias veces antes de que saliera el sonido. "¿Ester?"

Todos se hicieron a un lado y él la vio. Estaba acostada en el sofá. La sangre cubría su vestido y su cabello estaba mojado por el sudor y pegado a su pálido rostro. Tenía los ojos cerrados y estaba muy pálida, muy quieta.

"Es ella.....?"

Chepina corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos, aunque Alfonzo no respondió. Simplemente se quedó allí congelado. "Ella está bien, Alfonzo. Solo exhausta y durmiendo".

No sintió alivio. Vio el vendaje en su brazo y la palidez de su rostro... su esposa no estaba bien. "¿Qué pasó?"

Adolfo dio un paso adelante mientras Chepina se alejaba, secándose las mejillas húmedas con el pañuelo. "No lo sabemos exactamente", admitió Adolfo. "Ella y Victor no han sido muy comunicativos".

"¿Victor está bien?" preguntó Alfonzo. "¿Dónde está?"

"El médico está con él en la otra habitación", respondió Chepina con voz hueca.

"Estará bien... pero pasará un tiempo antes de que se levante y esté listo para salir", admitió Adolfo. "Una bala le rozó la cabeza y lo confundió bastante y otra le cortó el pulmón. El médico

dijo que se recuperará, pero que llevará tiempo".

Se hizo el silencio, pero fue rápidamente interrumpido por los gemidos irregulares de Ester. La mirada de Alfonzo rápidamente volvió a ella. Estaba dormida pero era como si estuviera peleando con alguien que él no podía ver.

Ella gritó su nombre y Alfonzo corrió hacia adelante, empujando los cuerpos en su camino. Se dejó caer de rodillas frente al sofá y le apartó el pelo de la cara. "Ester, amor, estoy aquí".

Sus ojos azul claro se abrieron y volvió a gritar su nombre cuando lo vio. Su brazo bueno se colgó rápidamente alrededor de su cuello y Alfonzo la levantó, sentándose en el sofá, con ella apretada en su regazo.

"Alfonzo... no te vayas de nuevo..." susurró.

"¿Quién te hizo esto, Ester?" preguntó, sintiendo su cuerpo temblando contra él. Asintió en agradecimiento a Peter, quien trajo una manta y los cubrió con ella.

"*Lo* hizo", respondió Ester.

"Ester, sabemos que estás realmente cansada, pero ¿crees que podrías decirnos qué pasó? Necesitamos saberlo", instó Peter.

Ella respiró temblorosamente y asintió. Alfonzo escuchó sus palabras y la ira y la rabia dentro de él crecieron con cada una de ellas, al igual que la culpa.

Saber el dolor y el miedo que su esposa había estado sintiendo, saber lo que le había sucedido a su padre que había estado arriesgando su vida para proteger a Ester, nada de eso habría sucedido si Alfonzo hubiera matado a Armando Spinelly desde el principio.

Alfonzo tenía parte de la culpa de esas balas que habían entrado volando en su casa.

Cuando Ester terminó, Alfonzo apenas notó que Peter y Valentina salían de la habitación del doctor. Su atención estaba en el doctor que estaba saliendo de la otra habitación.

"¿Puedo verlo?" preguntó Alfonzo.

El doctor suspiró y se secó la frente. "Sí, supongo. Entra y sale por el golpe en la cabeza y tiene problemas para hablar. No te alarmes demasiado por su respiración, suena peor de lo que es".

Alfonzo asintió y se puso de pie. "Quiero ir contigo", dijo Ester, llegando a la suya también.

Alfonzo la tomó de la mano y la condujo hasta la puerta.

Sintió como si una tonelada de piedras se asentara en sus entrañas cuando vio a su padre acostado en esa cama. Su piel parecía fina como el papel y blanca como el algodón. Cada respiración que tomaba era traqueteante y jadeante. Era tan pequeño, tan frágil...

Fue Ester quien instó a Alfonzo a avanzar y los ojos de su padre se abrieron cuando llegaron al lado de su cama. Una débil sonrisa tiró de los labios de Victor. "Me alegro... que estés bien... gata infernal".

"Gracias por lo que hiciste", logró decir Alfonzo con un nudo en la garganta.

Victor asintió. Extendió la mano y tomó la mano de Alfonzo en la suya, su piel se sentía tan fría.

De repente, el pasado y todas las razones que Alfonzo tenía para odiar a su padre

desaparecieron. El muro que tan desesperadamente había luchado por mantener de pie, se derrumbó.

Alfonzo se agachó y abrazó a su padre postrado en cama lo mejor que pudo. Las lágrimas picaron en sus ojos cuando enterró su rostro en el hombro del hombre. "Te amo, papá".

La mano de su padre cayó sorprendentemente fuerte sobre su espalda varias veces. "Te amo hijo."

Alfonzo se enderezó y se pasó el brazo por la cara. "Vamos, Ester. Dejémoslo descansar".

Ester besó la mejilla de Victor y luego Alfonzo la condujo hacia la puerta, sorprendido cuando Chepina estaba entrando. "Me quedaré aquí y atenderé a Victor", dijo, sus ojos se dirigieron al hombre en la cama. Estoy segura de que le gustaría tener compañía.

"Me... gustaría eso", asintió Victor.

A pesar de lo confuso que era todo eso, Alfonzo no podía concentrarse en la incipiente relación entre sus parientes que alguna vez se pelearon. Tenía un ajuste de cuentas que entregar.

Alfonzo llevó a Ester de regreso al sofá, la acomodó en él y luego se agachó frente a ella. "Me voy, Ester".

El miedo y la preocupación abrieron sus ojos pero asintió. "Sabía que lo harías." Ella tomó sus manos y tragó saliva. "Por favor, ten cuidado... tu hija y yo te necesitamos, Alfonzo".

Alfonzo asintió. Presionó un tierno beso en sus labios antes de colocar un beso aún más tierno en su redondo estómago. Luego se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

Peter y Valentina entraron justo cuando él llegó. La mirada de Alfonzo instantáneamente se posó en el cinturón de armas que Peter colgaba bajo de las caderas. "¿Qué estás haciendo?" exigió Alfonzo.

"Voy contigo", respondió Peter. "Un hombre no puede dejar que algo como esto se mantenga".

"¿No está mal vista la venganza?" preguntó Alfonzo.

"El Señor lo perdonará", le aseguró Valentina. "Hombres como ese deben ser sacrificados".

Alfonzo suspiró. "Yo haré el sacrificio", prometió. "Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Te quedarás aquí".

Peter negó con la cabeza. "Quiero ayudar."

Alfonzo sabía que el corazón de Peter estaba en el lugar correcto pero dudaba que tuviera mucho talento con esa pistola en la cadera. Podía decir por la forma en que el hombre la usaba que no tenía mucha práctica.

"No olvidaré tu oferta", prometió Alfonzo. Pero necesito tus oraciones aquí más de lo que necesito tu arma allá arriba. No rompas tus votos por mí. Tengo esto bajo control.

Puso una mano en el hombro de Peter y Peter tragó saliva antes de asentir. Alfonzo pudo ver el alivio en los ojos del otro hombre, pero optó por no mencionarlo.

Alfonzo salió por la puerta y apretó los puños mientras bajaba los escalones. "¿Alfonzo?"

Con un gruñido se volvió para darse cuenta de que Adolfo y Frank lo habían seguido. "Ni

siquiera intentes decirme que no iré", advirtió Frank. Por Dios que somos más hermanos que amigos y no te dejaré subir solo.

Alfonzo sabía que no convencería a Frank de quedarse atrás. Reconoció demasiado bien la mirada en el rostro de su amigo. "Bien. Pero Adolfo, tienes que volver adentro".

Las fosas nasales de Adolfo se ensancharon. "¡No creo que lo haga!"

"¿Por favor, Adolfo? Sé que no es justo de mi parte preguntar ya que Frank vendrá conmigo, pero necesito saber que Ester y el bebé serán atendidos... Sé que los protegerás y cuidarás". Sé que los amarías en todas las formas que importan. Necesito saber que si no vuelvo, no estarán solos..."

Adolfo tragó saliva. Miró a Frank, quien asintió levemente y luego le tendió la mano a Alfonzo. "Tienes mi palabra, Alfonzo. Me ocuparé de tu esposa e hija".

"Gracias", respondió Alfonzo, contento de saber que, pase lo que pase, su esposa y su hija nunca les faltará nada.

Adolfo se aclaró la garganta. "¿Pero puedo pedirte un favor?" Alfonzo levantó una ceja en espera. Adolfo forzó una risa sin humor. "¿Puedes hacer lo mejor que puedas para traer a mi hombre de vuelta a casa conmigo?"

Capitulo 37

El viaje a la montaña fue tenso y silencioso. Ninguno de los dos dijo una palabra, no se necesitaban palabras. Ambos sabían que iban a acabar con la vida de al menos dos hombres, y muy bien podrían ser asesinados por un grupo de montañeses en el proceso.

Había una buena posibilidad de que nunca regresaran a la ciudad, pero Alfonzo se aseguraría de que Armando muriera primero.

Había llegado el alba y el cielo estaba más claro cuando llegaron a la cabaña de Armando. Estaba claro por el rastro de sangre que habían estado siguiendo que Armando y el hombre que había estado con él, uno de sus hermanos, habían regresado aquí y no se habían ido.

"¿Qué estaba pensando el hombre?" Frank preguntó en voz baja mientras se deslizaban de la espalda de su caballo. "¿Dispara a tu cabaña, a tu esposa y a tu padre y luego se va a casa?"

"Armando nunca fue muy inteligente", respondió Alfonzo encogiéndose de hombros. Se tomó un momento para realmente respirar en los alrededores. No había nadie afuera, lo que significaba que los hombres se habían puesto a cubierto adentro; muy bien podrían estar observándolos en este momento.

"¿Armando Spinelly?" Alfonzo llamó en voz alta. "He venido por ti".

El silencio reinó durante varios largos momentos. "Alfonzo, no quiero problemas contigo".

"Hemos superado los problemas, Armando. Tengo la intención de matarte", le aseguró Alfonzo.

Frank se rió entre dientes. "Nada como exponerlo todo".

Alfonzo asintió hacia la cabaña. "Ve por la parte de atrás. No dejes que el bastardo escape por ese camino".

Alfonzo vio desaparecer a Frank y luego se dirigió hacia la puerta principal de la choza en ruinas. "¡Detente ahí, Alfonzo! Demonios, estoy herido y mi hermano yace aquí muerto. ¿Qué clase de hombre se acerca a la gente indefensa?"

Alfonzo optó por no responder. Había aprendido por las malas que las palabras se desperdiciaban con Armando Spinelly. El hombre era malvado, puro y simple, y tenía que morir. Esa era la única forma en que Alfonzo mantendría a salvo a su familia.

No se inmutó cuando una bala golpeó el suelo junto a sus pies. No se detuvo cuando otra silbó más allá de su cabeza. Alfonzo pisó el porche y pateó, haciendo que la puerta se abriera de golpe.

Armando había estado siendo honesto. Su hermano estaba muerto con un agujero en el estómago y el mismo Armando claramente tenía el brazo bueno roto por la bala de Ester. Le había estado disparando a Alfonzo con la izquierda, en lo que claramente no era bueno.

Armando estaba sentado en el suelo junto a la ventana. Su ropa estaba ensangrentada, su rostro estaba pálido y sus ojos estaban muy abiertos y brillantes.

Rápidamente, arrojó su arma. "Eres un hombre justo, Alfonzo. Seguramente no le dispararías a un hombre desarmado..."

Alfonzo sacó su arma y la amartilló hacia atrás. "Dejé en claro lo que sucedería si le hicieras daño a mi familia".

Armando abrió la boca, pero Alfonzo lo silenció apretando el gatillo. La bala se estrelló contra la frente de Armando, pero Alfonzo no se detuvo. Continuó poniendo balas en la cara de Armando hasta que su arma se gastó y Armando era un desastre irreconocible en el suelo a sus pies.

Alfonzo recargó su revólver, lo guardó y se golpeó la mejilla antes de volver a salir.

Frank lo recibió en la puerta. Su rostro adquirió un bonito tono verde cuando miró por encima del hombro de Alfonzo y vio a Armando. "Maldita sea... ¿para qué estaba yo aquí?"

"No sé." Alfonzo se encogió de hombros. "Te dije que no vinieras".

"Jaja..." Montaron sus caballos. "Esos fueron muchos tiros, Alfonzo. Podríamos haber llamado la atención".

"Te garantizo que lo hicimos", estuvo de acuerdo Alfonzo.

Frank inclinó la cabeza. "Pase lo que pase. Estaré contigo hasta el final".

Los dos hombres no habían bajado mucho la montaña antes de que Alfonzo sintiera ojos en su espalda. Las figuras comenzaron a materializarse de la niebla y los árboles a su alrededor.

Tragó saliva y permaneció quieto y en silencio sobre la espalda de Cain. Parecería que el final podría haberlos encontrado, en la forma de docenas de montañeses armados rodeándolos por todos lados.

****

El agotamiento de Ester fue olvidado. Todos insistían en que se sentara y descansara, pero ¿cómo se suponía que iba a hacer eso? Su esposo estaba en esa montaña y, lo admitieran o no, su vida estaba en peligro.

"Ester, si sigues caminando así, vas a hacer un agujero en el suelo hasta el este", advirtió Valentina.

"Déjala caminar", se quejó Adolfo desde donde estaba sentado junto a la ventana, afilando un cuchillo hasta que cortara el hueso como mantequilla caliente.

"Su ritmo me está poniendo nerviosa", admitió Valentina.

"¡No me regañes, Valentina! ¡Mi esposo está en esa montaña con un montón de hombres a los que no les importaría verlo muerto! ¿Cómo te sentirías si Peter hubiera *subido* allí y te hubiera dejado aquí para juguetear con los pulgares?"

Valentina parpadeó varias veces y bajó la mirada mientras Peter le daba palmaditas en la mano para consolarla. "Creo que todos estamos un poco nerviosos. Ester, ¿por qué no vienes, te sientas aquí y descansas?"

Ester lanzó sus manos al aire y dejó escapar un gruñido enojada. "¡No *necesito* descansar!"

Corrió hacia la puerta, la abrió y salió.

Ester salió a la calle para reanudar su paseo. La luz del día había llegado hacía horas. ¿Dónde estaba su marido? Ester estaba preocupada y casi lista para subirse a Colt y subir ella misma a esa montaña para ver por qué le estaba tomando tanto tiempo.

Escuchó pasos detrás de ella y reconoció la mano de Adolfo cuando cayó suavemente sobre su hombro. "Tienen buenas intenciones, Ester".

"Ellos no entienden…" susurró ella.

"Claro que sí. Alfonzo tiene mucha gente que lo ama. Mucha gente que está preocupada por él... y Frank también está ahí arriba...", agregó Adolfo, con la voz tensa.

A Ester le dolía el corazón en el pecho. Se dio la vuelta rápidamente y lanzó su brazo bueno alrededor del cuello de Adolfo, enterrando la cara en su pecho.

No estaba segura de si él la estaba consolando o si ella lo estaba consolando a él mientras estaban parados allí con los transeúntes mirándolos con confusión.

Una garganta se aclaró detrás de ellos. "Quítale las manos de encima a mi esposa, Adolfo. Todavía no estoy muerto".

Capitulo 38

El sonido que salió de los labios de Ester al escuchar la voz de Alfonzo fue desesperado y animal. Se dio la vuelta y se arrojó a sus brazos que la esperaban y Alfonzo la sostuvo cerca de él.

Sostenerla lavó todos los pensamientos y emociones negativas en las que había sido consumido. Alfonzo la necesitaba y no se avergonzaba de dejar que todos alrededor lo vieran aferrado a ella en la calle.

Vio a Frank y Adolfo escabullirse hacia la casa del doctor, pero él permaneció donde estaba, contento con simplemente abrazar a su esposa.

"¿Tú...? ¿Te encargaste de las cosas?" Ester susurró, su voz amortiguada contra su pecho.

Alfonzo asintió mientras besaba su cabello. No fue fácil decirle a su esposa que había matado a su padre, incluso si ese padre había sido responsable de casi matarla.

"No tendremos que preocuparnos por él nunca más", prometió Alfonzo. "Lo siento. Lamento haber tenido que hacer lo que hice hoy y lamento no haberlo hecho antes; si lo hubiera hecho, él nunca habría podido...".

Ester se alejó y lo cortó con una mirada aguda. Alfonzo había aprendido a lo largo de los meses a simplemente dejar de hablar y escuchar cuando ella lo miraba así. "Alfonzo, no te culpo por nada. Nada de eso. Mi padre era malvado... Pero tú no lo eres. No querías matarlo y nadie puede culparte por eso".

"Pero lo maté", respondió Alfonzo. "Y no había nada poético o heroico al respecto. Estaba encogido en el suelo, cubierto de sangre y lo maté a tiros".

Ester se estremeció, tragó saliva y desvió la mirada un momento. Se rodeó con el brazo bueno y miró hacia el camino. Alfonzo esperó a que ella hablara. Podría haber dicho más de lo que debería haber dicho, pero Ester era la única persona con la que podía hablar de esa manera... la única persona con la que se sentía realmente cómodo abriéndose.

Finalmente, ella se estiró y tomó su mano antes de encontrarse con su mirada con tristeza en sus ojos azules. "No tuviste elección, Alfonzo. Eres un buen hombre, demasiado bueno, decente y justo como para que te arrinconen en ese rincón y no te quede otra opción que asesinar a un hombre. Mi padre tiene la culpa de eso. Él forzó tu mano".

Alfonzo sintió el fantasma de una sonrisa curvar sus labios. Sin dudarlo, la atrajo hacia sus brazos. "¿Cómo tuve la suerte de terminar contigo?"

La risa ligera de Ester llenó la mañana. "Creo que sucedió porque tropecé con tu granero".

"De cualquier manera, estoy jodidamente feliz".

Alfonzo puso su mano sobre su estómago redondeado. Sintió el movimiento de su hija, un aleteo bajo su palma. "Hemos tenido momentos difíciles este año, Ester, pero lo logramos. Y cuando llegue la primavera tendremos a nuestra hija aquí y no tendremos una sola amenaza sobre nuestras cabezas".

"Me alegro de que la vida sea pacífica para nuestra hija", respondió Ester deliberadamente, lo que provocó que Alfonzo se riera. Luego se mordió el labio y su risa se desvaneció. "¿Pero estás seguro de que no hay amenazas? ¿No se molestarán otros hombres de la montaña...?"

Alfonzo recordó lo que los rodeaba a él y a Frank en la montaña. Maldición, había estado aterrorizado. Había estado tan seguro de que iban a terminar muertos.

"No. Estábamos rodeados en el camino de regreso. Pensé que nos iban a matar, pero en cambio nos dieron las gracias. Armando se había descontrolado, era impredecible y violento. Y dejaron en claro que no habían tenido ninguna parte en su ataque contra ti".

Ester suspiró y Alfonzo juró que parecía como si cien toneladas de peso se le hubieran quitado de los hombros de repente. "Entonces, ¿realmente se acabó entonces?" ella preguntó. "¿Finalmente podemos dejar de mirar por encima del hombro y tener miedo?"

"Sí, amor." Alfonzo se agachó y la besó en los labios con ternura. Apartó los labios lentamente y presionó su frente contra la de ella. "Finalmente ha terminado".

Ese tierno momento fue interrumpido cuando Shania salió corriendo de la oficina del médico y bajó corriendo las escaleras con Miguel justo detrás de ella. "¿Qué está sucediendo?" exigió Alfonzo, temiendo que tal vez su padre había tomado un mal giro.

Los ojos de Shania estaban muy abiertos y su rostro estaba pálido debajo de sus pecas. "¡Son Chepina y Victor!" Ella exclamo.

"¿Que hay de ellos?" instó Ester.

Cuando Shania parecía incapaz de hablar, Miguel levantó las manos. "¡Fuego infernal, se van a casar!"

***

Alfonzo se sentó en los escalones del médico esa tarde sintiéndose más que un poco en conflicto y confundido. Ester estaba durmiendo profundamente en el dormitorio de invitados y Alfonzo se alegró por eso. Ella había sentido mucho dolor, un dolor que había intentado esconder de todos, pero no había podido esconderse de él, él la conocía demasiado bien.

Hoy había sido una montaña rusa. Pensó que su esposa estaba muerta, la encontró viva pero herida a manos de su padre y subió a esa montaña y asesinó a su padre sin piedad... Solo para volver a casa y descubrir que su padre se casaba con su tía. .

Y no habían perdido el tiempo... Peter los había casado allí mismo, en la habitación del médico, mientras su padre yacía en la cama del hospital y ella se sentaba a su lado.

Alfonzo sabía que una relación había estado creciendo entre ellos, pero asumió que era principalmente amistad, ¡nunca imaginó que los dos, una vez que se juraron enemigos acérrimos, terminarían enamorados el uno del otro!

Por otra parte, su padre no era el mismo hombre que había sido la última vez que se conocieron, los últimos meses lo había demostrado.

Alfonzo estaba abrumado... estaba más que listo para irse a casa y desaparecer en la cabaña durante el invierno. Necesitaba un poco de paz y soledad, con su esposa a su lado, por supuesto.

La puerta se abrió detrás de él y Alfonzo se giró para ver a Miguel salir. El chico se sentó a su

lado en la escalera y le tocó la pernera del pantalón.

"¿Algo en tu mente?" preguntó Alfonzo.

Miguel encogió un hombro huesudo. "Parece extraño, eso es todo".

Alfonzo miró hacia la bulliciosa calle. "La gente se casa todo el tiempo, Miguel".

"Eso no." Miguel resopló. "Aunque Shania parecía más que un poco sorprendida por la boda... No, estaba hablando de que mataste a ese hombre de la forma en que lo hiciste".

Alfonzo se puso tenso. Frank le había contado a Adolfo los detalles sangrientos y Adolfo, siendo el hombre que era, había decidido deleitar a todos con la historia. "¿Por qué te parece extraño?"

Miguel se rascó el pelo. "Es que siempre estabas hablando de lo que hacía un hombre, pero le disparaste a un hombre desarmado... Parece extraño".

Alfonzo quería enojarse, pero Miguel era un niño. Un niño impresionable sin mucha orientación en casa: el hecho de que había estado fuera y nadie había venido a buscarlo lo demostraba. Y Alfonzo supuso que sí le parecía extraño a un niño. Los niños tendían a ver las cosas en blanco y negro; solo cuando maduraban comenzaban a ver todo el gris.

"Un hombre hace lo que tiene que hacer para mantener a salvo a su familia. Sacar un arma y matar a alguien, quitarle la vida, nunca debería ser tu primera opción, pero a veces te quedas sin opciones. Si no hubiera hecho lo que hice, Armando me habría matado eventualmente, o a Ester, o al bebé o a alguien más que nos importaba... Hay maldad en este mundo que ninguna cantidad de sentido común curará".

Miguel asintió. "No estaba diciendo que lo que hiciste estuvo mal", le aseguró. "Yo también lo habría matado".

Alfonzo hizo una mueca. "Realmente espero que nunca vuelvas a caer en ese rincón".

Los dos se sentaron en el escalón un rato más. No hablaron, simplemente miraron hacia la ciudad.

Finalmente, Miguel se puso de pie. "Bueno, será mejor que vuelva a entrar... ¿Puedo decir una cosa más, Sr. Prieto?"

Alfonzo asintió y esperó a que el chico hablara.

"Seguro que espero ser capaz de ser como tú cuando crezca".

***

"Hogar, dulce hogar", anunció Alfonzo mientras llevaba a Ester a la cabaña y cerraba la puerta de una patada detrás de ellos.

Se apresuró a llevarla a través del desorden de la cocina y la sala de estar y encerrarlos a ambos en la comodidad de su dormitorio tranquilo.

"Tengo un lío que arreglar mañana", susurró Ester, mirando la puerta cerrada.

Alfonzo la depositó suavemente sobre la cama. No creo que lo hagas. Yo me ocuparé de todo.

"Pero...."

"No discutas conmigo. Soy un hombre terco y perderás".

Encendió la pequeña lámpara en la esquina de la habitación antes de quitarse la ropa. Alfonzo sintió los ojos de Ester sobre él y el hambre lo atravesó cuando miró en su dirección y vio esos ojos azules recorriendo su cuerpo.

Dejando la lámpara encendida, Alfonzo caminó hacia la cama. Ester susurró su nombre mientras él le quitaba lentamente la ropa, pieza por pieza.

Piel con piel, Alfonzo presionó sus labios contra los de ella y Ester gimió contra él.

En ese momento lo supo. Sin importar cuán extraña se volviera la vida, sin importar qué cosas terribles enfrentaran, sin importar el caos o las rarezas que sucedieran a su alrededor, mientras pudieran terminar sus días así, perdidos en los brazos del otro, ambos estarían bien.

Epílogo

Día de Navidad

Un año después

"Adolfo, ¿no crees que deberías tomártelo con calma con la comida?" Frank regañó mientras Adolfo comía su cuarto plato de pavo. "Casi te has comido un pollo entero".

Ester le dio unas palmaditas a Adolfo en la cabeza cuando pasó detrás de él camino al sofá. "Por eso hice dos".

"No deberías alentarlo", advirtió Frank.

Ester simplemente sonrió mientras caminaba hacia el sofá y se sentaba al lado de Alfonzo. Alfonzo estaba mirando a su padre mientras Victor hacía rebotar a su hija en su rodilla.

"Vamos a trotar a la ciudad", arrulló Victor mientras Amelia chillaba de alegría.

"Si vomita, tienes que limpiar el desastre", advirtió Chepina, aunque la sonrisa en su rostro dejaba claro que amaba ver a Amelia divertirse tanto.

Después de varios momentos de *trote* llenos de risas, Victor dejó escapar un suspiro y dejó que su rodilla se detuviera. "Papá necesita un descanso, pequeña. Casi has matado al caballo".

Chepina se abalanzó y recogió a la niña. "Ven aquí entonces, niña y hablaremos un rato".

Amelia dejó escapar un gruñido de enojo y extendió sus puños regordetes hacia Victor. "Creo que está tratando de decir papaya", declaró Victor.

"No, no lo está", respondió Alfonzo. "Si ella va a decir algo, es papá".

"Lamento decepcionar a todos, pero ella ya dijo mi nombre", dijo Adolfo con la boca llena de pavo y papas.

"No, no lo hizo", se burló Chepina.

El ceño de Adolfo se arrugó. "Sí, lo hizo", respondió indignado. "Ella me miró y dijo: 'Tío Adolfo'".

Frank negó con la cabeza mientras levantaba la vista del libro que estaba leyendo. "Eso fue un eructo, Adolfo. La niña tenía gases".

Adolfo le sacó la lengua al otro hombre y le arrojó un frijol. Frank se quitó el frijol de la camisa y se lo metió en la boca antes de volver a centrar su atención en el libro que tenía en las manos.

La discusión fue interrumpida por pasos en el porche. La puerta se abrió, trayendo consigo el aire frío de diciembre. "¡Hace más frío que la grupa de un cerdo ahí fuera!" Valentina declaró, sacudiéndose la nieve de su cabello salvaje.

Peter le quitó el abrigo de los hombros y besó su mejilla roja. "Ve a pararte junto a la estufa y caliéntate", instó.

Valentina puso sus manos sobre su gran vientre hinchado e hizo exactamente eso.

"¿Dónde está Shania? ¿Pensé que llegaría contigo?" preguntó Ester mientras se unía a Valentina junto al fuego.

"Ella está en la casa de su amigo por Navidad. Él la invitó. Creo que Chepina tendrá una niña menos en uno o dos años. Miguel parece estar decidido a casarse con nuestra Shania".

Chepina agitó su mano libre, mientras Amelia tiraba de su collar. "No me preocupo por Shania. Esa chica es más que capaz de valerse por sí misma. Y, si Miguel es lo suficientemente valiente como para pasar su vida con ella, entonces definitivamente podría hacerlo peor".

La cabaña se llenó de risas y conversaciones y a Ester le encantó. Le encantaba el silencio que generalmente lo llenaba también, pero, de vez en cuando, era agradable tener a todos juntos de esta manera.

Tenía a su esposo, su hija y familiares y amigos con los que sabía que podía contar para cualquier cosa.

La vida era verdaderamente más maravillosa de lo que jamás podría haber imaginado que sería.

Y estaba a punto de mejorar.

Después de que terminaron las festividades y todos se fueron, Ester y Alfonzo acostaron a Amelia antes de sentarse en el sofá para mirar el fuego.

Ester se mordió el labio mientras se preguntaba cómo decirle a Alfonzo lo que solo había aprendido por sí misma dos días antes.

El pecho de Alfonzo retumbó debajo de su cabeza. Puso su dedo debajo de su barbilla y levantó su cabeza para poder mirarla a los ojos. "¿Cuándo vas a venir a decirme que vamos a tener otro bebé? He estado esperando, pero te estás guardando las noticias sobre nuestro hijo".

Ester sonrió, sintiendo que su corazón se hinchaba de alegría. "Un hijo, ¿eh? ¿Estás seguro de que quieres empezar a decir eso ya? Creo que fui yo quien lo hizo bien la última vez".

Alfonzo se encogió de hombros. "Me imagino que si sigo diciendo chico *eventualmente* tendré razón".

Ester lo besó suavemente. "Entonces, ¿estás feliz?"

"Diablos, mujer, estoy más que feliz. Esta familia es mi mundo. Lo sabes".

Ester se acurrucó contra su pecho una vez más, amando el sonido de su corazón latiendo debajo de su oído. Ella tomó su mano entre las suyas y entrelazó sus dedos alrededor de los suyos. "Sin embargo, te equivocas de nuevo", advirtió.

Alfonzo besó su cabello. "¿Segura?"

"Sí."

"¿Chica otra vez?"

"No." Ester sonrió. "Esta vez son gemelos".

FIN